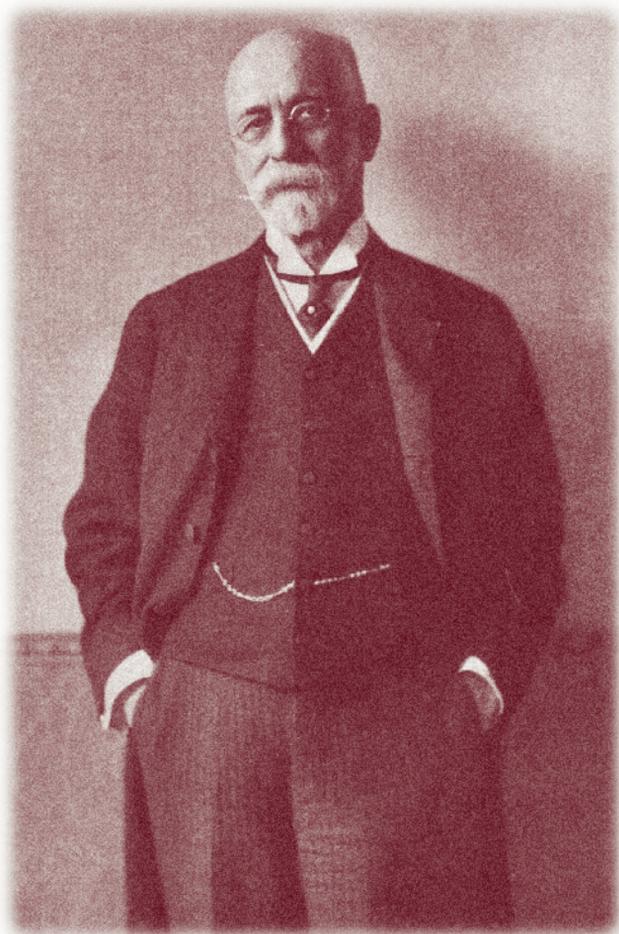


APORTES DE UN EMPRENDEDOR DE AVANZADA

Ernesto Tornquist cien años después

1842 - 1908



AUTORES

María F. Acuña, Carlos Dellepiane Calcena, Lucía Gálvez, Jorge Gilbert,
Adela Harispuru, Juan Cruz Jaime, Enrique Pinedo, María Saenz Quesada,
Sara Shaw de Critto, Luis Fernando Tornquist.

APORTES DE
UN EMPRENDEDOR DE AVANZADA

Ernesto Tornquist cien años después

1842 - 1908



Foto de tapa: Año 1900, Buenos Aires
Aportes de un emprendedor de avanzada
Ernesto Tornquist cien años después
1842-1908

Título: Aportes
de un emprendedor de avanzada
Ernesto Tornquist cien años después
1842-1908

Compiladores: María F. Acuña y Luis Fernando Tornquist
Autores: María F. Acuña, Carlos Dellepiane Calcena, Lucía Gálvez,
Jorge Gilbert, Adela Harispuru, Juan Cruz Jaime, Enrique Pinedo,
Sara Shaw de Critto, María Saenz Quesada, Luis Fernando Tornquist,
Isidoro J. Ruiz Moreno, Carlos M. Payá
Diseño Gráfico: Bonadeo+Gálvez www.bonadeogalvez.com.ar
Fecha de impresión: Febrero de 2011
Hecho el depósito que indica la Ley

1a ed. - Buenos Aires : Shaw de Critto Sara, editora, 2010
ISBN 978-987-25824-1-8
CDD 923.8

Fecha de catalogación: 13/04/2010



*A la gran familia de Rosa y Ernesto,
y a los habitantes del país que ellos contribuyeron a construir.*





Prólogo
por Isidoro J. Ruiz Moreno





Prólogo

por Isidoro J. Ruiz Moreno

Cuando se alude a los hombres de la “generación del 80” suele omitirse la figura de don Ernesto Tornquist. Ello constituye una grave omisión, no tanto porque naciera con pocos meses de diferencia con el personaje de mayor relieve de la misma -el general Julio A. Roca-, sino por la indudable y reconocida gravitación que Tornquist tuvo en los sucesos de esa época.

No obstante lo dicho, y pese a que el nombre de don Ernesto no ha pasado desapercibido en la nomenclatura geográfica nacional -se lo ha impuesto a todo un Partido del sur de la Provincia de Buenos Aires, del cual su ciudad cabecera también lo lleva-, en cambio no es recordado Tornquist en la medida que lo merece en la ciudad Capital de la República. Pero en Mar del Plata la avenida costanera ostenta un busto de él emplazado frente a una de sus perdurables construcciones: el “Torreón del Monje”. La diferencia entre sus realizaciones y su actual memoria, como se advertirá, es ostensible, y ella es buena muestra de la contradictoria permanencia de Ernesto Tornquist en la conciencia de las generaciones que lo sucedieron. Puesto que si bien el común de nuestros compatriotas desconocen su trayectoria, ésta es de indispensable mención cuando se historia el desarrollo patrio en los últimos años del siglo XIX y primeros de la centuria siguiente.

El presente volumen ha sido impulsado por un conjunto de sus descendientes, que con legítimo cariño y orgullo han querido divulgar la imagen pública de ese gran hombre en las varias facetas de su acción, al cumplirse el centenario de su muerte. Y apoyada su tarea por la de varios autores ajenos a la familia, que ponderan



con rigor científico la obra tan variada de Tornquist en beneficio del país, mostrando con la suma de su accionar, todo cuanto de positivo significó, tanto en lo que hace al desarrollo industrial como al crecimiento de la población, a la expansión del comercio y al logro de la paz, al igual que entre compatriotas, con el vecino Chile.

Se trata de una obra que si enaltece la personalidad de don Ernesto Tornquist, refluje por igual en el mérito en su posteridad, ya que no es frecuente entre las familias con antepasados notables el mantener viva la veneración de su ancestro, cuando bien lo merecen. Una contribución valiosa al mejor conocimiento del pasado nacional sería la imitación de este libro por parte de otros descendientes de quienes han ilustrado el apellido que llevan.

El contenido de los “aportes de un emprendedor de avanzada” como se titula, revela y difunde una personalidad aparentemente contradictoria en muchos aspectos, incluso desde su nacimiento, en cuanto a la diversidad de proveniencia de sus progenitores.

Un empresario de la capacidad y energía de Tornquist -cualidades no siempre simultáneas- estaba destinado a convertirse tanto en promotor del progreso como de civilización, en diferentes aspectos de las necesidades argentinas. Quizá ese distinto origen haya influido en ampliar su mentalidad, como también la temprana formación profesional en un mundo ajeno al horizonte limitado de sus connacionales, inmersos en la forja de un país desgarrado por luchas internas, conflictos exteriores, y la grave y dolorosa presencia de los indios, no menos que por la carencia de capitales. Don Ernesto Tornquist pudo llenar el vacío necesario a la República con la aplicación de sus proyectos a los trabajos que impulsó, mientras otros argentinos luchaban en campañas militares y se enfrentaban en la política ardiente.



Fue disímil la proveniencia genealógica de Tornquist, lo que sin duda contribuyó a formar la personalidad compleja que fue su característica más acentuada. El progenitor, George Peter Ernst, pertenecía a una familia alemana de Hamburgo -con raíz en Suecia-, cuyo giro lo hizo nacer accidentalmente en Estados Unidos de madre norteamericana. Comerciante radicado en Montevideo, luterano y masón, George Tornquist contrajo matrimonio con doña Rosa Camusso, descendiente de noble familia genovesa, católica, y nieta materna del español don Jaime Alsina y Verjes, también destacado comerciante en el Buenos Aires colonial. Como se advierte, una mezcla por todos los costados. De fuerte influencia alemana la familia, vinculada con los Bunge y los Altgelt, el séptimo hijo de aquel enlace, Ernesto, fue enviado a Alemania para educarse durante dos años. Marcado por su entorno, Ernesto Tornquist se casaría en Buenos Aires en 1872 -a los treinta años de edad- con su sobrina Rosa Altgelt y Tornquist. No pasó mucho tiempo sin que cobrara relieve propio desde la firma “Ernesto Tornquist y Compañía”.

Es ajena a esta presentación la narración de lo que siguió, ya descrita en el contenido del volumen. Baste recalcar la constante amplitud que mostró don Ernesto a lo largo de su vida, con la variedad de actividades llevadas a cabo. Es de cita ineludible la síntesis ofrecida por su amigo Groussac: “Curiosa combinación germano-argentina de áspero financista y hombre de mundo liberal; banquero con gustos de artista; entusiasta, nervioso, infatigable a pesar de su arruinada salud”. Su fortuna -que supo acrecentar sólidamente- movió a Tornquist a iniciar las más heterogéneas empresas, que si bien consolidaban su patrimonio, también servían para agrandar y fortalecer al país, mejorando la condición de sus hijos mediante la creación de fuentes de trabajo: refinería de azúcar, colonias en Buenos Aires, Santa Fe y la lejana Santa Cruz, aserradero en Santiago



del Estero, tendido de línea férrea a Tucumán, saladero en Entre Ríos, explotación de salinas en La Pampa, talleres metalúrgicos, y sociedades comerciales, y un sólido Banco que llevó su apellido, sin que le fuera ajena incluso la pesca de ballenas en las remotas islas Georgias del Sur para aprovecharlas industrialmente. Estos y otros negocios se detallan en el libro. Pero sería una limitación injusta considerar a Tornquist sólo como calculador en su propio beneficio, ya que la filantropía fue una de sus más destacadas características, traducida por ejemplo en la planificación, urbanización y venta en condiciones razonables para la radicación de colonos que así radicaba, donando los espacios y edificios públicos, e impulsando las nuevas poblaciones que así crecían merced a su tesón.

Y lo someramente expuesto tenía como derivación forzosa y prevista, el adelanto nacional. Puesto que se ha podido comprobar que los emprendimientos de Ernesto Tornquist se realizaban en comarcas despobladas, sin constreñirse a las cercanías de ciudades donde le hubiese resultado más favorable su explotación, sino en parajes lejanos, extendiendo la presencia argentina y su modernización allí donde el desierto dejaba de serlo debido a su empeño.

Para que nada faltase al patriotismo bien manifestado por Tornquist, debe ponerse de resalto su tenacidad en procura de la paz, tanto interna como internacional. Cuando tuvieron lugar las luctuosas jornadas de enfrentamiento sangriento en Buenos Aires entre revolucionarios y el Gobierno de Juárez Celman, integró don Ernesto la reducida comisión de “notables” que logró la pacificación (julio de 1890). Y en momento de grave tensión que hubo de hacer estallar la guerra contra Chile a causa del límite cordillerano (abril de 1902), puso todo esfuerzo en impedir el conflicto, lo que se logró mediante los esfuerzos iniciales basados en su prestigio.



Este hombre, elevado a gran consideración social y política debido a su propia capacidad y rectitud, en otro país sería conocido por el gran público como un ejemplo a seguir. Desgraciadamente en el nuestro no se ponen de relieve estos estímulos, y de aquí que sólo recoja la posteridad la memoria de políticos y militares, sin otorgar mayor trascendencia a quienes trabajaron con tenacidad, a la par que por su propio bienestar, para la prosperidad nacional.

Y si algo faltara para redondear la personalidad de don Ernesto Tornquist, el gran financista cuya influencia sirvió para fortalecer a la República Argentina en momentos difíciles por su falta de recursos ante una tensión internacional peligrosa, dígame que también el esparcimiento público le es deudor, como que impulsó el progreso de Mar del Plata en sus días iniciales de gran ciudad, y creó en Buenos Aires su club de golf en Palermo. Mención aparte es la construcción del Plaza Hotel en Buenos Aires, digno de cualquier gran Capital del mundo, para atraer a viajeros de otros países.

Bien han hecho, pues, sus descendientes en honrar su memoria, difundiendo su trayectoria. Se realzan a sí mismos, de paso, al evidenciar gratitud hacia el antepasado cuyo nombre tanto reconocimiento merece. Sin duda este volumen no es el definitivo para una biografía de Tornquist, puesto que cabe completar las facetas que en él se ofrecen con el estudio de la propia correspondencia de don Ernesto, y la de sus amigos y contemporáneos, entre los cuales las de Roca y Pellegrini contienen muchas referencias.

Pero ahora se cuenta con un volumen que dará una mayor dimensión a la figura de Tornquist entre el público culto y patriota, justificando los monumentos que la perpetúan.



1



El Punto de Partida
por Luis F. Torngquist





*“Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo”
Arquímedes en el siglo II*

Introducción

El tiempo y lugar en que nace una persona y el ámbito en que comienza su vida constituyen el punto de partida que es indispensable conocer para poder evaluar y ponderar el resultado de su pasaje por este mundo. Las facilidades con que se podía contar en ese momento y lugar y las limitaciones que debían afrontarse, las adversidades y las carencias, cómo se vivía y se pensaba por entonces, cuales los gustos y los estilos, cuáles las escalas de valores, como se modelaban los destinos, cuales las virtudes reconocidas y los defectos condenables, echarán luz sobre la pauta que permitirá dimensionar la trascendencia, importancia, efecto y mérito de una vida. Así el Nautilus de Julio Verne no sorprendería a nadie si se propusiera en estos tiempos, el planeador de Miguel Angel parecería extravagante si fuera sugerido ahora y el sextante resultaría inútil frente al navegador satelital. Copernico hoy no tendría nada que decir y Colón carecería de destino alguno en el año 2000 si quisiera realizar un descubrimiento sin aventurarse al espacio sideral.

Asimismo, una distancia será mayor o menor hasta la meta según donde se ubique el lugar de partida. De allí lo útil e interesante de dedicar una mirada curiosa al ámbito condicionante en el cual se origina el cambio, la acción, la gesta o la vida que nos interesa describir. Todo eso constituye su punto de partida. A partir de allí la interacción que se ejerce entre la vida de un hombre y la evolución de su medio ambiente ilustra también sobre la capacidad de reacción de los coetáneos de esos tiempos, las tensiones, las inquietudes, los desafíos y las dificultades que esos



hombres afrontan, asumen o modifican.

Ernesto Tornquist nació en diciembre de 1842. Veamos como eran esos tiempos para concebir su “punto de partida”.

El ambiente mundial:

Ubicándonos hacia 1842, año del nacimiento de Ernesto, Occidente vivía tiempos de grandes reyes, pompa y protocolo. La vida en Europa se desarrollaba en un ambiente de lujo en las ciudades y grandes casas de campo. La clase media europea se expandía y adquiría vigencia catapultada por las ideas de la revolución francesa una vez despojadas de la violencia que las impusieron, mientras aumentaba su contraste con la pobreza marginal también creciente, fruto de la explotación del hombre en aras de un progreso que todavía no había encontrado su madurez social. Era la época del inicio de los grandes progresos. Una Europa de brillo, poderosa, militar, floreciente, que empezaba a percibir los primeros beneficios de la revolución industrial, era cuna de la Ilustración que imponía su fe en la razón para dirimir las cuestiones de la vida cotidiana, mientras las monarquías aún gobernaban el mundo. Inglaterra luego de la batalla de Trafalgar dominaba los mares y consolidaba sus colonias bajo el incipiente reinado de Queen Victoria. Luis Felipe de Orleans en el trono de Francia sería sucedido en 1848 por Luis Napoleón; el Imperio Austro-Húngaro bajo el reinado de Fernando daría lugar en 1849 a la coronación de su sobrino Francisco José y su esposa Sissi; Prusia gobernada por Federico Guillermo IV requeriría todavía treinta años para dar nacimiento al Imperio Alemán cuando lo unificara Guillermo I y su canciller Bismark; Rusia bajo el Zar Nicolás I en plena expansión de su propio territorio; España gobernada por Isabel II; Italia en plena anarquía hasta coronar a Victor Emanuel II en 1849; el Papado en manos de Gregorio



XIV poco antes de Pio IX; Persia bajo el Shah Mohamed mientras la India era dominada por los ingleses; China obedecía al Tao-Kuang y Japón todavía respondía a Tokugawa Ieyoshi hasta 1853, anteúltimo de los jefes del Shogunato Tokugawa que dominó desde 1603 hasta 1867, período en que comenzó la modernización del país que luego de sesenta años vio renacer al Imperio Japonés. En Brasil el emperador don Pedro II daba las órdenes.

Apenas 53 años habían trascurrido desde el estallido de la Revolución Francesa y su difusión posterior a otros países; solo 37 años de ocurrida la batalla de Trafalgar en la que murió el almirante Nelson y España perdía su cetro como dominadora de los mares en beneficio de Inglaterra; 30 años desde la derrota de Napoleón Bonaparte ante Rusia y 27 desde su derrota definitiva a manos de Wellington en Waterloo; 56 años hacían desde que se reconoció la independencia de los Estados Unidos de América; faltaban aún 18 años para que estalle la Guerra de Secesión Americana y para el advenimiento de Abraham Lincoln; 30 años para el nacimiento del Imperio Alemán; 82 años para que estalle la 1ª Guerra Mundial; 86 para la Revolución Bolchevique y el final de las monarquías como gobierno efectivo.

En tiempos del nacimiento de Ernesto vivían George Stephenson, Victor Hugo, George Sand, Toqueville, Dickens, Chopin, Karl Marx, el emperador Francisco José, Napoleón III, Verdi, Darwin, Garibaldi, el Zar Alejandro II, Abraham Lincoln, Beethoven, Pio 9, Dostoievski, Alfred Nobel, Tolstoi, Bismark, Wagner, la Reina Victoria, Pasteur, algunos de los cuales aún no habían trascendido con sus hazañas y otros ya imprimían la impronta de la época y dictaban sus valores. Disraeli brillaba en la Cámara de los Comunes en Londres con sus fogosos discursos y Toro Sentado asolaba al Séptimo de Caballería en el Far West americano.



No existía la electricidad, ni el teléfono, ni el querosene, ni la dinamita, ni la imprenta rotativa, ni la sulfamida ni la penicilina, y la anestesia recién se difundió a partir de 1857 (catorce años después del nacimiento de Ernesto), el rifle de retrocarga aparecería en 1851, la jeringa hipodérmica en 1855, la máquina de escribir en 1868, el telégrafo en 1874, la estilográfica en 1884, el gramófono en 1887, la turbina de vapor en 1889, el automóvil a gasolina en 1893, el cinematógrafo en 1895, el telégrafo sin hilos en 1895, el dirigible Graff Zeppelin en 1900 y el aeroplano en 1903. Todos esos descubrimientos y revolucionarios avances acompañarían a Ernesto durante el trascurso de su vida.

La movilidad era por tracción a sangre, y por los mares surcaban goletas, bergantines y fragatas con jarcias y aparejos a vela. Si bien desde 1818 se inició la expansión de los primeros barcos a vapor, recién para el año 1835 la flota mercante inglesa había generalizado su aplicación en las distancias menores. Para ese entonces dicha flota contaba con unos 500 vapores pero su alcance era limitado por la cantidad de carbón que requerían. Recién en 1838 los primeros vapores osaron atravesar el Atlántico norte, siendo ellos el Sirus y el Great Western, de escaso tonelaje. En los mares del sur, más acá del Brasil, la gran innovación hace aparición en 1835, año en que la embarcación mixta a vapor y velamen “Federación” (ex Potomac) inicia un servicio de pasajeros entre Buenos Aires y Montevideo. En 1845 se adquirió al Brasil el vapor “Carlota” que rebautizado “La Merced” y armado con dos cañones fue el primer vapor de guerra argentino. Posteriormente irrumpen en nuestras costas los vapores anglo-franceses, que después de Caseros irán desplazando muy lentamente a los veleros. Sin embargo la carencia de un puerto adecuado para el abastecimiento y la cuantiosa carga de carbón que requerían las distancias oceánicas que implicaban los viajes a estas latitudes mantuvieron la vigencia del velamen por mucho tiempo más.



Las ciudades europeas, aún con vestigios medioevales, eran laberintos más o menos compactos de angostas calles pocas veces rectas, y en general carecían de avenidas o boulevards.

San Petersburgo, la notable excepción con sus famosos “Prospekt´s” (avenidas) concebidos por Pedro el Grande, fue tal vez la inspiración de Napoleón III para encomendar al Barón Haussmann la transformación de París entre 1853 y 1870, la que a su vez inspiró, sin duda a través del entusiasmo de Miguel Cané que residía por entonces en la ciudad luz, a Roca y a Torcuato de Alvear para iniciar la transformación de Buenos Aires con la remodelación de las Plazas de Mayo y Victoria, la apertura de la Avenida de Mayo, la terminación de Callao y la concepción de las dos diagonales centrales que recién vieron su realización en 1925.

La llegada a la nueva patria:

En tiempos del nacimiento de Ernesto Tornquist el océano Atlántico era inmensamente grande. La distancia entre Cádiz o Liverpool y el Río de la Plata se medía en interminables semanas de dura y a veces peligrosa navegación, en barcos a vela diseñados para otros mares, muy pocas veces con vestigios de propulsión a vapor que solo se usaba de apoyo por la imposibilidad de transportar la cantidad de carbón que consumía, incapaces de conservar alimentos frescos, con muy pobres recursos básicos para la vida corriente, con escasas opciones de arrimarse a tierra en casos de emergencia.

Luego de las vicisitudes del largo viaje, la vista que aparecía desde la cubierta del buque aproximándose a Buenos Aires por el Río de la Plata no era inicialmente prometedora. Barrosas aguas marrones de cortas pero fuertes olas que inspiraban respeto cubrían amplias extensiones casi hasta el horizonte, al cabo de



las cuales la costa parecía una llanura con pocas elevaciones y algunos montes. Se avizoraban inicialmente a lo lejos y a las cansadas las cúpulas de Santo Domingo y San Francisco, y más lejos la de la iglesia de La Merced.

Las naves de mayor calado debían fondear a considerable distancia de la ciudad en la zona inclemente denominada “balizas exteriores”. Al arriar el velamen y echar el ancla, a veces hasta a seis millas de la costa, el barco que había sido hábitat durante dos o tres meses según como se habían comportado los vientos, comenzábase a zarandear hasta lograr enfrentar al viento y la corriente, y una vez en su posición definitiva de amarre, a cabecear con ritmo según soplara el predominante viento del cuadrante este, o con la brusquedad del caso si soplaba sudestada o pampero. La calma no era posible en esos momentos pues en tal condición la falta de avance no hubiera podido sobreponer la correntada habitual del río de la Plata que empuja todo lo que flote hacia mar afuera.

Para epílogo de semejantes viajes la llegada a Buenos Aires deparaba a los agotados viajeros un desembarco bastante poco acogedor; la distancia que separaba a los buques fondeados hasta la costa según sus respectivos calados por la falta de profundidad, obligaba a los pasajeros y tripulantes a esperar medios de trasbordo intermedios para arribar a tierra firme junto con sus equipajes. Según la visibilidad lo permitiera, se percibirían con mayor nitidez por debajo de las cúpulas eclesiásticas los contornos de las primeras construcciones de la ciudad, sobre las barrancas del sur, desde las proximidades de la actual calle Humberto 1°. Más adelante, hacia el centro de la ciudad en saliente sobre el río, irán tomando forma los paredones externos del Fuerte, con su construcción central en dos plantas y el edificio de la aduana



a partir del cual se proyecta un pasaje costanero hacia el noroeste sobre el que se asientan nuevas construcciones de uno y dos pisos con vista a los bañados.

Si el tiempo no era malo pequeñas embarcaciones de menor calado se acercaban y amuraban al franco bordo del barco recién llegado. Mediante inestables escalinatas o precarios aparejos en medio de la marejada a ellas debía descender el pasaje para desembarcar. Al cabo de una navegación nada confortable, siempre mojada y a veces peligrosa, aún faltaba un trasbordo adicional, pues de ese modo tan rústico, el acercamiento a la ciudad tampoco era final y definitivo. Los últimos cien o doscientos metros, en los que ya no era posible navegar en las ínfimas naves de alije, debían sortearse trepando a primitivas y tambaleantes carretas con dos grandes ruedas de madera que apoyaban en el ondulante barro del fondo del río, tiradas por caballos semi ahogados a los que el agua les llegaba hasta medio cuerpo o más, de piso de tablas entre cuyas hendiduras surgían las picadas olas para empapar zapatos, equipajes y vestimentas. En esa circunstancia, probablemente no imaginada, los pasajeros experimentarían seguramente sensaciones parecidas a las sufridas por los condenados cortesanos franceses de pocos años antes siendo trasladados por la fuerza que respondía a Robespierre a una desplazada Bastilla para ser ejecutados en una sudamericana guillotina. Ello no estaría fuera de escena cuando al arribar a tierra firme el primer contacto con habitantes de estos lares era con las cuantiosísimas lavanderas que pintorescamente lavaban las ropas porteñas en las costas, que bien podrían haber tenido una guadaña o una hoz amenazante para blandir. El peaje de esta última hazaña siempre era elevado, pues la pérdida de baúles, muebles y demás pertenencias era más que común en esos tramos, cuando no eran adueñados por oportunistas duchos en beneficiarse de la confusión y el agotamiento reinante. La escasez de estos vehículos obligaba



a muchos viajeros y viajeras a trasponer ese último segmento del arribo a babuchas de algún voluntarioso marinero de gruesos omóplatos, mediante un estipendio negociado en condiciones poco favorables.

Quienes no eran residentes o no tenían alojamiento previsto en alguna casa privada tenían la opción de cobijarse en el “Hotel Argentino” del matrimonio Faunch, ubicado en la calle Catedral a metros de la plaza de la Victoria, lindando con el Club de Residentes Extranjeros, o en la fonda de la inglesa Mrs. Taylor en 25 de Mayo a cuadra y media del fuerte.

De este modo habrán arribado a Buenos Aires George Peter Ernest Tornquist y su mujer Rosa Camusso, padres de Ernesto, en sus viajes desde Montevideo en el “Federación” entre los años 1823 y 1840.

Por esos tiempos no existían travesías de línea entre Europa y nuestra parte del mundo. Recién en 1851 se estableció la primera línea regular a Europa con el vapor “Prince” entre Southampton y Buenos Aires. Pero las condiciones de desembarco siguieron siendo las mismas hasta muchos años después.

El hábitat local y la vida cotidiana:

Cuando Ernesto nació, Argentina contaba en su extensión total con 860.000 habitantes, y Buenos Aires, con sus escasos 68.000 residentes (vecinos) era sin duda poco más que una aldea. Con su modestia inevitable, la ciudad contrastaba fuertemente con las grandes capitales europeas. Se estima que ocupaba una superficie menor a las 500 ha. de las 25.000 ha. actuales de la Capital Federal con límite NO en la calle Santa Fe, SO en Entre Ríos-Callao, SE en el Zanjón de Granados (actual calle Chile), sin estar unida



al pequeño y aislado barrio de Barracas que llegaba a la actual Humberto Primo. Fuera de los límites indicados la ciudad estaba rodeada por pastizales, existiendo algunas quintas de menor tamaño, de no más de 25 ha., hacia Recoleta y hacia el sur-este.

El centro neurálgico del poblado estaba presidido por el viejo Fuerte con sus bastiones artillados, rodeado de fosas ya secas, que imponía su presencia ante las plazas 25 de Mayo y Victoria. Saliendo de allí hacia el nor-oeste, bordeando la costa del río, se extendía el recién diseñado paseo de la Alameda a ser inaugurado por Manuelita Rosas en 1843, pocos meses después del nacimiento de Ernesto, que por esos tiempos carecía del murallón que luego parapetó las barrancas. Bajo la sombra de ombúes, sauces y naranjos, el paseo bordeaba el río hasta la altura de la actual calle Lavalle. Allí se agrupaban marineros y capitanes que se mezclaban con comerciantes, en torno a la Sala de Comercio en 25 de Mayo y Cangallo que oficiaba de club de los marinos y punto de reunión. Los domingos y feriados se constituía en el lugar de paseo por excelencia, donde solían asistir los hombres y las damas con sus atuendos y los niños a remontar sus barriletes. Ese pasaje sería luego rediseñado para constituir el Pasaje de Julio, muchos años después denominado Leandro N. Alem.

A continuación de la Plaza 25 de Mayo cruzaba una edificación conocida como “La Recova Vieja” - adquirida en tiempos de Rosas por Nicolás Anchorena - que la separaba de la Plaza de la Victoria, la que a su vez terminaba en un conjunto edilicio constituido por el Cabildo, lindado por la sede de la Policía (instalada en el edificio de un viejo seminario), y las casas de altos de la familia Riglos y a continuación, sobre la esquina, la de Urioste. Sobre el costado sud-este de la Plaza de Mayo se encontraban los “altos de Escalada” hasta la calle “De La Reconquista” (actual Defensa), le seguía luego



la Recova Nueva de una sola planta hasta mitad de cuadra, que en la segunda mitad hasta la calle “Universidad” (actual Bolívar) soportaba los “altos de Crisol”.

Del otro lado de la plaza, en el número 32 de la Calle de la Catedral, se encontraba el Hotel de Mr. y Mrs. Faunch, famoso en Buenos Aires con su gran mirador, luego de haberse mudado de su ubicación original en la calle El Plata haciendo cruz con el fuerte. En su primera ubicación el vecindario alquilaba sus balcones para presenciar las ejecuciones de reos que eran ahorcados en la Plaza de Mayo, donde ahora se ubica la estatua de Belgrano.

Al lado de la Catedral, sobre la plaza, se encontraba el Palacio del Obispo y le seguía una construcción baja en una planta propiedad de la familia Azcuénaga. Ese lateral de la plaza terminaba hacia el Paseo de la Alameda en el “Hueco de las Animas”, en el que se construyó el teatro Coliseo, nunca terminado, y mucho después ocupado por el primer Teatro Colón (donde hoy se encuentra el edificio del banco Nación).

La ciudad en su conjunto alojaba 68.000 habitantes que vivían en casas casi todas de un piso con azotea. Las manzanas típicas eran de 140 varas por lado (121,24 metros). Las parcelas céntricas eran de 7,56 metros de frente por 60,62 de fondo, pero coexistían con parcelas de 15,15 metros e incluso de 30,30 mts. En las manzanas más alejadas las parcelas alcanzaban las 70 varas por lado, ocupando un cuarto de manzana. El fraccionamiento era mayor cuanto más al centro de la ciudad fuera. Hacia la periferia la división era en fracciones mayores e irregulares, hasta desdibujarse al acercarse a los límites urbanos de la ciudad de entonces, indicados más arriba. Sus calles más céntricas en cuadrícula estaban empedradas con piedras grandes tipo bocha,



pero quedaban muchas de tierra y se registraban algunos pantanos indomables, como el de la esquina de Temple (hoy Viamonte) y Suipacha donde los vecinos debieron utilizar un puente móvil para poder superarlo, el de Empedrado (Florida) y Paraguay o el de la calle Cuyo entre San Martín y Reconquista. Las plazas 25 de Mayo y Victoria, separadas por la Vieja Recova en la que se instalaban comerciantes, eran un verdadero baldío de tierra hasta 1867, a los 25 años de Ernesto, en que el arquitecto Prilidiano Pueyrredón y el ingeniero Carlos Enrique Pellegrini (padre de quien luego fue presidente) dan formas a ambas plazas trazando jardines y plantando árboles. Hasta ese año, ambas plazas se encontraban empedradas solo en sus calles perimetrales.

A la Recova central arribaban las carretas cargadas de productos, a veces importados descargados de barcos recientemente arribados, o la mayoría de las veces provenientes del interior luego de interminables viajes. Las veredas céntricas, de bastante altura, eran angostas y elevadas para evitar ser afectadas por inundaciones o salpicadas por caballos o carros cuando llovía, cosa que no siempre se lograba.

La edificación no había cambiado gran cosa desde los tiempos virreinales. La casa colonial de un solo piso con habitaciones en torno a patios constituía la arquitectura más generalizada. La sala de recibo y el escritorio sobre el frente a la calle, daban interiormente al primer patio al que convergían las habitaciones principales. El comedor dividía el primer patio del segundo, al que convergían las habitaciones de los hijos. Al tercer patio daban los dormitorios de la servidumbre, el baño de la casa (al no existir servicio de cloacas solía haber un solo baño, usualmente denominado “común”, el que se ubicaba de manera alejada de los ambientes “sociales” por razones higiénicas y ambientales), la cocina y el lavadero. El uso de



aparatos sanitarios recién se intensificó a partir de 1870 por lo que en las nuevas edificaciones se generalizó la incorporación del baño.

En este último patio, era frecuente que hubieran frutales y hortalizas, y allí se guardarán los caballos que poseyera la familia para sus traslados. Los patios tenían la misión de contener a los hijos para que no jugaran en la calle y oficiaban de ámbito social a las personas mayores en épocas calurosas. La servidumbre también usufructuaba ese ambiente protegido. Las casas más pudientes solían contar con aljibe para proveerse de agua, lo que les aminoraba la dependencia del servicio de aguateros o del derrame de los techos a dos aguas cuando llovía.

Al subdividirse las parcelas debido a la valorización urbana algunas casas mantuvieron el diseño colonial pero dividido por un tabique en dos viviendas contrapuestas, preservando la sucesión tradicional de patios y locales. La valorización de la tierra llevó más adelante a que aparecieran las llamadas “casas en hilera”, una delante y otra atrás en la misma parcela, pero con entrada independiente hacia el segundo patio. Luego se concibieron edificaciones de dos plantas, llamadas “casas de altos”, que se fueron difundiendo de a poco, consistentes en dos niveles idénticos que aprovechaban en muchos casos los mismos patios, con entradas independientes. Benjamín Vicuña Mackenna se quejaba en 1855 del advenimiento de nuevas casas de dos pisos (altos), de las cuales existían de tiempo atrás solo algunas en la Plaza Mayor. Una de las primeras y más conocidas fue los “Altos de Escalada”, sobre la plaza 25 de Mayo cruzando la calle en diagonal respecto al Fuerte, construida en 1785, propiedad original de la familia de ese nombre, entre cuyas paredes nació Remedios, la esposa del general San Martín. Según dice Leonel Contreras en su “Breve Historia de Buenos Aires”, fue con el



tiempo uno de los primeros conventillos de la ciudad. Es que era muy común que al lado de las casas mayores se construyeran pequeños departamentos para usar como inquilinatos, tal el caso de lo de Escalada. Por esos tiempos en su planta baja sobre Plaza 25 de Mayo había, entre otros comercios, una verdulería y una carnicería. Siempre frente a la Plaza pero llegando a la calle Balcarce estaba la casona de la familia Balcarce, de donde surgió su futuro nombre. Al llegar a la esquina de Victoria y Universidad (hoy Bolívar) se encontraba los Altos de Crisol, sobre la llamada Recova nueva.

Sobre Bolívar, al costado derecho del Cabildo y pasando el edificio de la Policía aparecen los altos de Riglos y los altos de Urioste en la esquina con la calle de El Plata (hoy Rivadavia) y Catedral (hoy San Martín). Cruzando la calle estaba la finca de Juan García, frente a la Catedral y lindera con el Club de Residentes Extranjeros y el hotel de Faunch.

Salvo las Plazas de la Victoria y de Mayo, las hoy llamadas “plazas” en esos tiempos eran denominados “huecos”, porque eso eran precisamente. Así existían el Hueco de las Cabecitas (hoy Plaza Vicente López), Hueco de los Sauces (Plaza Garay), Hueco de Doña Engracia (Plaza Libertad), Hueco de Zamudio (Plaza Lavalle), Hueco del Curro (calle Carabelas), Hueco del Sur (Constitución), Hueco del matadero o de Santo Domingo, y ya en caseríos fuera de la ciudad de entonces el Hueco Miserere (Plaza Once), y el Hueco del Norte o de Recoleta (Plaza Emilio Mitre).

En esos tiempos por las calles se circulaba a pie o a caballo. No existían medios públicos de transporte. Muy pocos lo hacían en carruajes particulares, pues eran escasos en estas tierras. Dice Vicente Quesada en “Memorias de un Viejo” *“En aquellos días no*



eran muy frecuentes los coches, y sólo en los últimos tiempos del gobierno de Rosas, cuando Palermo cobró gran auge, fue que empezaron los cupés y las volantas". Pero durante el día se sucedían algunos carros de trabajo tales como las tradicionales carretas de bueyes, aguateros, otros portando mercadería de diverso tipo, muy pocos trasportando personas, y peatones entre los que había vendedores de pescado, escribanos, vecinos, negros, mulatos, lugareños e ingleses y alemanes, algún acaudalado comerciante, un cura de tonsura o fraile de sandalias, lavanderas que iban o venían de la costa cargando la ropa a ser lavada, y las consabidas rondas de los mazorqueros...

La actividad se presentaba a su máxima intensidad entre las 8 y las 14 horas, tras lo cual comenzaba la rigurosa siesta hasta las 17 horas. Se reanudaba entonces el ajetreo hasta el atardecer.

"Únicamente los hombres circulaban durante el día y el movimiento es tal que parecería que acontecía algo extraordinario. Las porteñas muy raramente salen antes del atardecer" escribe Alcide D'Orbigny en "Viaje por América Meridional". Ellas frecuentaban las precarias tiendas tales como la relojería de don Diego Helsby en Cangallo y Catedral; la sombrerería de Mr. Pudicomb en Catedral y Piedad; la ferretería de Hargreaves en calle La Plata (hoy Rivadavia) y Piedras; la vieja sastrería de Coyle; el negocio de sombreros de Don Juan Varangot, o la mercería del As de Bastos o los tenderos de la Recova, según nos ilustra José Wilde en "Buenos Aires desde 70 años atrás". Don Jorge Pedro Ernesto habrá tal vez leído "la Gaceta Mercantil" o "El Agente Comercial del Plata" o "El Diario de la Tarde" en el Café de Marcos en Universidad (hoy Bolívar) y Potosí (hoy Alsina), o bebido con amigos en el Café de los Catalanes en Catedral y Cangallo, o en el de la Victoria en Universidad y Victoria, o esperado a Rosa en el de Santo



Domingo frente a ese templo mientras ella acudía a misa, y habrá pasado frente a la botica de Santiago Torres en la que se realizaban tertulias de jóvenes alegres. Con alguna frecuencia no programada ni mucho menos periódica, frente a la iglesia se solía observar una Diligencia recién llegada, seguramente perteneciente al Sr. Gutierrez, único servicio de transporte público de larga distancia que existía en los tiempos de Rosas, uniendo Buenos Aires con Dolores. Detrás de la diligencia, en la esquina, el café "Santo Domingo" aludido ofrecía acogida a los cansados viajeros.

Era la época de la cinta colorada, del chaleco colorado, del penacho colorado en el sombrero, de los carruajes colorados, de los frentes de casas pintadas de colorado, todo en voluntaria o forzada adhesión al gobernador Rosas, Restaurador de las Leyes.

Las confiterías de Baldraco y los Suizos competían por ser las mejores.

En esos tiempos era poco frecuente que los hombres asistieran a misa, lo que quedaba reservado a las mujeres. Estas asistían con sus mejores atuendos y peinados con tul o mantillas, acompañadas de una criada que les llevaba un lienzo para arrodillarse o permanecer sentadas en el suelo, ya que rara vez había bancos en las iglesias. Los hombres esperaban conversando en el atrio o se juntaban en algún café cercano. Tal vez por esa razón serían tan habituales los bares o cafés frente a cada iglesia. El café San Francisco frente a la vieja iglesia de ese nombre es un ejemplo de ello.

La iglesia de San Nicolás se encontraba donde ahora está el Obelisco, un poco más hacia la actual Lavalle. En ella oficiaba misa el Obispo de Buenos Aires, Mons. Mariano Medrano y Cabrera, cuando no lo hacía en la Catedral.



La vida económica y comercial era acotada. Circulaba como moneda corriente una emisión del Banco de Buenos Aires (antecesor del Banco de la Provincia) del año 1822, pero que convivía con emisiones de la Casa de Moneda de la Provincia creada por Rosas y con diversas monedas emitidas por otras provincias, e incluso algunas monedas particulares. La escasez de circulante existente provocó que también se usaran monedas extranjeras, siendo usual la boliviana, traída a estos lares por la corriente comercial proveniente del altiplano.

En la década de 1840 existía “El Camoatí”, especie de Bolsa donde se jugaba al valor del oro y donde ganaba quien tenía las mejores informaciones políticas.

Recién en 1881, mediante la ley 1130, en cuya concepción tuvo fundamental participación Ernesto, se crea una moneda nacional unificada. En 1843 se encargó a Londres la emisión de billetes argentinos, los que empezaron a circular desde ese mismo año.

Lógicamente el comercio se nutría de la importación. El país abonaba sus adquisiciones en el extranjero con el producido de la exportación básicamente de cueros, tasajo y lanas.

Al anochecer, desde temprano, tenían lugar las tertulias “de confianza” en las casas de una u otra familia, como en la casa de lo de Ayerza en Alsina 919 o de Azcuenaga en la calle El Plata, o en lo de doña Brígida Castellanos, o en los patios de la casa de Armstrong en Reconquista a media cuadra de Victoria, en lo de la familia Gerrico, o después de Caseros en lo de Mariquita Sanchez de Thomson en el número 98 (hoy 273) de la calle Florida en las que se bebía mate y se conversaba mientras la escasa iluminación de velas de sebo lo permitiera, o se bailaba con música al piano



o guitarra, interpretando a Esnaola con letra de Echeverría. En esas tertulias toda persona conocida era bien recibida, aunque en algunas casas se comenzaba a usar la invitación. En las casas de Adrogué, de Pacheco o de Palermo se estilaba el “dandismo federal”, según Mansilla.

Al irse apagando la vida, cuando cerraban las tiendas y se calmaba el movimiento, mientras algunas tertulias aún seguían su ritmo en los patios o salas privadas según sea verano o invierno, en las calles aparecían los serenos, que encargados de encender los faroles de cebo, recorrían la manzana muñidos de pica y machete, cantando las horas después de los vivos y muertas a federales o unitarios según ordenanza, siempre que no lloviera mucho.

Las costumbres coloniales españolas subsistían con fuerza; se comía tarde, con predominio de pucheros, guisos, sopas y ensaladas, concluyendo con postres de fruta o huevos quimbos, acompañado todo ello por vino charlón comúnmente circulando en un solo vaso para todos. Los maridos y sus mujeres gozaban de gran independencia social recíproca, siendo común que asistieran separados a tertulias diferentes. Los hombres se juntaban en los cafés a jugar a las cartas.

La vida social y la diversión tenían su ámbito también en el teatro De La Victoria (primer lugar de la ciudad iluminado con lámparas de aceite) en la calle Victoria (actual H. Yrigoyen) entre Tacuarí y la calle del Buen Orden (actual B. Irigoyen), o en el Coliseo Estable de Comedias en calle La Paz (actual Reconquista) y Cangallo frente a la iglesia de la Merced, en el que se lucía Trinidad Guevara o se oían las voces de Casacuberta, Velarde o Quijano.

El único club existente por esos años era el Club de Residentes



Extranjeros o “Sala de Extranjeros” en la calle de la Catedral (actual San Martín) frente a la Catedral a pocos metros de la plaza de Mayo, que realizaba su comida trimestral en el hotel de Faunch que lindaba con el club. Secretario General del club fue Jorge Pedro Ernesto Tornquist, padre de Ernesto.

Luego de la expulsión de los jesuitas, quienes hasta 1840 regenteaban el colegio en el que cursaron Rawson, Gorostiaga, Costa, Carranza, Escalada, los Anchorena y demás familias de la alcurnia porteña, la educación de la juventud se nutrió del colegio privado de M. Persy, del que fundó el Dr. Larroque, el de M. Carmont, o del Colegio Fiantrópico Bonaerense. Las niñas se educaban en la escuela de Doña Rosa Guerra o en el colegio de Miss Bevans. Algunos particulares daban lecciones, como Zinny, Bradish, Frers (supuesto educador de Ernesto Tornquist), y otros. Eso era todo lo que había.

En el predio donde hoy es la Plaza Lavalle existía el Parque Argentino, llamado Vauxholl, conjunto de jardines, salón de baile, circo, zoológico y un hotel francés.

El “Paseo de Marte”, casi fuera de la ciudad (actual plaza San Martín), aún no se hallaba conectado con el Paseo de Julio. Allí se llegaba del centro por la “calle del Empedrado” (actual Florida), de tierra desde la tercer cuadra. Había sido hasta 1819 el alojamiento de la plaza de toros de la ciudad y en él sobrevivía el viejo cuartel militar “Del Retiro” que albergó el nacimiento del cuerpo de Granaderos de San Martín (razón por la cual hoy el parque se llama Plaza San Martín), y lugar de encarnizada batalla con las tropas inglesas de Whitelocke en 1807 previa a su capitulación.

Las plazas de La Victoria y de Mayo eran el epicentro político



y comercial alrededor de las cuales giraba la vida de relaciones de la ciudad, en especial a partir de 1860 en que Jonás Larguía construye la Legislatura en ochava a continuación de los Altos de Escalada, en diagonal al fuerte, pero había una preponderancia edilicia hacia el sud-este, cuyo eje vital era la calle Balcarce. En esos barrios del sur extendidos hacia el oeste por los barrios de San Ignacio y San Juan vivían, según narra José Luis Romero en “Historia de cuatro siglos” las familias Agüero, Alzaga, Anchorena, Armstrong, Casares, Darragueira, Díaz Vélez, Huergo, Larrea, Lavalle, López y Planes, Luca, Mansilla, Martínez de Hoz, Medrano, Rivadavia, Sarratea, Saenz Valiente, Senillosa, Sagastume, Tagle, Ortiz de Rozas.

Hacia el sur de la ciudad, al superar el zanjón de Granados, salía la Calle Ancha de Barracas, que unía la ciudad con ese barrio y oficiaba de salida hacia el sur. Nos cuenta Leonel Contreras, en “Buenos Aires, La Ciudad – Breve Historia”, que a su alrededor se ubicaban las quintas de Lezama, de Alzaga, de Llavallol, de Moreno y de Guerrero en la que tuvo lugar el casamiento de Felicitas Guerrero con Martín de Alzaga. Continúa relatando que *“dicha Calle Ancha, con sus historias de suspenso y amores trágicos que se tejían en la legendaria arteria, que hasta finalizar el siglo XIX estuvo siempre de moda y fue sede de las quintas de veraneo de las principales familias porteñas”*. Nos indica que también sobre la Calle ancha de Barracas estaba la Iglesia de Santa Lucía y la pulpería La Paloma, y las residencias de Balcarce y Cambaceres. Y nos recuerda que José Marmol, en su novela “Amalia”, ubica la residencia de su protagonista Amalia Sáenz de Olavarrieta en la gran arteria, entre las actuales Magallanes y Araoz de Lamadrid. Dicha calle Ancha de Barracas es hoy la Av. Montes de Oca. A la altura del Zanjón de las Quintas (Av. Caseros actualmente) hacia el río se llegaba a la quinta del Almirante Brown (actual “Casa Amarilla”) y en sentido



inverso, pasando por la pulpería La Banderita estaban los Corrales del Alto, único Matadero de la ciudad en esos tiempos y el Hospital de Convalecencia donde hoy se encuentra el parque España.

Corrientes, calle angosta hasta 1925, no estaba todavía empedrada. En su esquina con Catedral había un puesto de verdura, carne y frutas, cuyo dueño era don Serapio, habitual proveedor de las familias de la zona, y a una cuadra de allí, en Corrientes y Empedrado (hoy Florida) estaba la conocida peluquería de Ruiz y Roca.

Córdoba llegaba a Callao, interrumpida allí por la quinta de Cazón.

Al nor-oeste del fuerte el barrio era llamado “Catedral al Norte” (de allí “Barrio Norte”), y en él vivían familias de inmigrantes más recientes que se instalaron con sus residencias y desplegaron sus actividades generalmente comerciales. Allí vivían al decir de Luis Romero las familias Arteaga, Castex, Escalada, Guerrico, Ocampo, Peña, Quirno, Victorica y Villegas, Don Aristides Monsegur, Juan Pondal y Desiderio Zeballos. Según cuenta James R. Scobie en “Buenos Aires, del centro a los barrios”: *“Como las familias cuya relevancia se remontaba al período colonial en su mayoría habían ocupado el área de Plaza de Mayo al sur, las que habían adquirido fortuna más recientemente se asentaron al norte de ella – cerca del centro de poder y prestigio – donde aún quedaba espacio para la expansión urbana. Los comerciantes extranjeros tendían a congregarse en esa área norte de Plaza de mayo. Su club principal, el Club de Residentes Extranjeros, estaba situado en la calle San Martín, justo frente a la Catedral”*. Dice la leyenda que las manzanas ubicadas en Catedral al norte, al ser tierras algo más altas, tenían la virtud de permitir avizorar en primicia que barcos se estaban acercando a estas costas, facilitando a los comerciantes importadores adelantarse en la recepción de la mercadería.



Siguiendo con Luis Alberto Romero, en “Buenos Aires, Historia de cuatro siglos”, nos enteramos que los comerciantes locales más notorios en los años del nacimiento de Ernesto eran los Elortondo, Iturriaga, Vivot, Martínez De Hoz, Llambí y Cambaceres. Otros como los Sarratea o Miguel de Riglos, Braulio Costa, Felix Castro, Juan Pedro Aguirre o Manuel Arroyo se asociaron con frecuencia a extranjeros como los Robertson, los Brittain o los Twaites.

Comenta el mismo autor que en esos tiempos muchos viejos comerciantes porteños como los Anchorena, Alzaga, Sáenz Valiente, Martínez de Hoz o Unzué adquirieron tierras de campo por las perspectivas y posibilidades que prometía, igual que militares y políticos como Alvear, Díaz Vélez, Pacheco, Azcuenaga o Balcarce, convirtiéndose en hacendados como ya lo eran los viejos terratenientes Cascallartes o Miguens o familias inglesas ya arraigadas como los Gibson, los Hannah, los Stegmann o los Newton, criadores de lanares en la provincia de Buenos Aires.

Luego de la calle de Santa Fe, llamada de esa manera porque era la salida hacia esa provincia, el urbanismo de la ciudad se diluía. A partir de Arenales al norte se encontraban las quintas del Retiro, entre las cuales las más importantes eran la de la familia Arroyo y Pinedo (Esmeralda, Juncal, Pellegrini y el bajo) que dio origen al nombre de la calle en curva que va de Libertad a Esmeralda; la quinta “Santa Calixta” de Juan Martín de Pueyrredón (Pellegrini, Juncal, Cerrito y el Bajo) luego de Prilidiano, y “Los Olivos” de Altolaquirre (Cerrito, Alvear, Callao y el bajo) para terminar en la propiedad de la familia Armstrong en Quintana y Ayacucho. Todas estas propiedades se iniciaban antes de la barranca y descendían por ella hasta el río.



Por el oeste la ciudad se extendía hasta Callao, llamada hasta hacía poco “Calle de las Tunas” por la presencia de ese tipo de vegetación, designada originalmente “calle de circunvalación” por Rivadavia. Esa arteria, que por esos tiempos a tramos era una simple huella, conducía desde la Plaza de Lorea (en Plaza del Congreso) hasta la calle del Chavango (ex camino del Bajo, actual Las Heras) en proximidades de Recoleta. Allí las quintas interrumpían la “calle de las Dunas”, que no lograba culminar hasta el camino de Palermo (actual Av. Alvear). En esa arteria se atrincheraron las tropas porteñas ante el avance de Urquiza en 1852 y fue testigo de sangrientos tiroteos.

A partir de los límites de la ciudad, indica Contreras que había quintas de no más de 25 ha. cuyos límites están señalados por lo que hoy sería la avenida del Libertador, Coronel Díaz, Mario Bravo, Boedo y Caseros.

Un brazo algo urbanizado se extendía a lo largo de Rivadavia, que no era más que una modesta callejuela, casi hasta unirse con otra área de uso intenso del suelo que se hallaba al este del pueblo de Flores. Otros dos núcleos menores de quintas pequeñas se perfilaban en Barracas y al sur de la actual calle La Pampa. El resto de la actual ciudad eran quintas y chacras mayores.

Como rutas de salida de la ciudad existían Chavango (salida hacia San Isidro), Santa Fé (salida hacia las ciudades del norte), Rivadavia (salida hacia el oeste) y Calle Larga del Sur (hoy Montes de Oca) (salida hacia el sudoeste). La calle Córdoba se interrumpía en Callao. La calle del Chavango (hoy Las Heras) unía el Hueco de las Cabecitas con el camino de Santa Fé y oficiaba de salida hacia San Isidro. La Av. “De las Palmeras” hoy Sarmiento, vinculaba Santa Fé con la costa y con el camino de San Isidro, pasando frente a la



residencia de Rosas cuando este la construyó por el año 1845.

Como fuera dicho, la ciudad carecía de transporte público. Lisa y llanamente no existía, según expresan publicaciones del Gobierno de la Ciudad y el libro “Entre Sendas, Postas y Carruajes - Los comienzos del transporte en la Argentina”, de Cristian Werckenthen.

Si bien desde 1847 se vio circular por ciertas calles un especie de ómnibus a caballo propiedad de Mr. Hickmann que cumplía la función de transportar clientes a un recreo que había adquirido e inaugurado, recién dos años después se inició un servicio de ómnibus desde la Alameda hasta la quinta de Rosas, en Palermo.

Tal como ilustran las dos fuentes mencionadas, habrá que esperar hasta 1853 para ver aparecer la empresa Mensajerías Argentinas, que inauguró ese año dos líneas con servicio cada hora desde Plaza Victoria a Recoleta y a Barracas.

Las siguientes dos líneas se inauguraron en 1854 a Constitución y a Plaza Once. El trayecto se realizaba con la mayor incomodidad por el movimiento a que estaban sometidos los pasajeros por el estado calamitoso de las calles.

Los vehículos utilizados eran como Galeras de campaña con puertas posteriores y algunas con “imperial” (acceso al techo) de dos o tres yuntas, que podían llevar hasta unos 15 pasajeros.

En 1859 Louis Sauce inició servicios de ómnibus a caballo desde la calle San Martín 81 (sus oficinas) hasta Belgrano, San Isidro y San Fernando. Costaba 6 chelines en verano y 10 en invierno.

En 1876 Eustaquio Salinas comenzó viajes para llevar pasajeros y



correo a Morón, Bella Vista, Pilar, con 2 breacks de 6 u 8 caballos. Paraba en almacenes y pulperías.

La Cia de Ómnibus de la Capital unía Plaza de Mayo con Callao, luego tomaba por la calle Santa Fe hasta San Cristóbal.

En 1888 la Cia. Nacional de Ómnibus construyó y explotó numerosos coches ómnibus.

Para 1894 se habían establecido de manera informal servicios de “volantas” y “breacks” entre diversos barrios, además de los ya incipientes “tranways” a caballo.

El campo y los viajes al interior

La vida en el campo era rústica y sufrida. Las distancias eran inmensas y la carencia de recursos fue la constante. No eran tiempos de “riquezas agropecuarias”. La tierra no valía, pues no valían los granos ni se explotaba la carne más que en magnitudes de consumo propio. No existía el alambrado ni los molinos y aguadas. Los malones hacían estragos robando ganado, matando hombres y cautivando mujeres en la provincia de Buenos Aires llegando incluso al sur de Córdoba. Dice María Saenz Quesada en “los Estancieros” que *“la pampa rioplatense, ávida de capitales y de habitantes, estaba desierta en su mayor parte. Casi dos tercios de la campaña se hallaba en poder de los indígenas”* y *“la falta de peones y de caballos provocaba la huida de los animales”*. *“En medio de la terrible soledad pampeana, cada propiedad rural, convertida por la necesidad y el derecho de defensa en verdaderos castillos feudales, está sujeta al derecho del más fuerte”*. No había mano de obra pues el país estaba despoblado. La frase de Alberdi: “Gobernar es Poblar” era su grito angustioso frente a la inmensidad de las pampas vacías.



“Con mucha parsimonia al principio, con más intensidad a partir de 1865, los campos se irían cercando con alambre”, continúa María Saenz Quesada, lo que facilitó el cuidado de la hacienda apotrerándola, y *“la agricultura por primera vez estaba en condiciones de desarrollarse sin que los animales estorbaran los cultivos”*. Recién después de 1865 el campo comienza a usar, casi como una excentricidad, algo de maquinaria agrícola: el escocés Melrose estrena el primer arado a vapor. Sin embargo, aún en 1868 los ranqueles agudizan sus excursiones de malones hacia el sur de Córdoba diezmando colonos ingleses radicados en campos de esa zona, mientras en el sudeste bonaerense los criollos eran el blanco preferido de los salvajes.

Antes del advenimiento del ferrocarril ocurrido en 1857, cuando Ernesto tenía 14 años, y que requiriera veinticinco años más para desarrollarse hacia el interior, según Quesada *“las galeras, como se llamaba entonces a las diligencias de pasajeros, no tenían regularizados periódicamente los viajes”*. El medio más frecuente para viajes largos, por ejemplo a las provincias del centro y norte del país, era todavía la organización de tropas de carretas, que se generaba mediante la asociación entre varios comerciantes que tenían que hacer un determinado viaje. *“Se contrataban carruajes, peones y provisiones. Los comerciantes más ricos tenían galera propia y adquirían sus productos en Buenos Aires, único mercado de mercaderías europeas”*. Era normal concebir un solo viaje anual, generalmente en las estaciones de menores lluvias. *“Esas caravanas eran de lenta marcha, pues no se podía galopar sin abandonar los cargueros. El paso y el trote durante días era el andar regular y único. A veces había que usar la azada y la pala para que la carreta cambiase de ruta, porque cuando hay barro las huellas de las grandes carretas encajonan las ruedas. Cuando se recorren las huellas, de noche a la luz de la luna, es imponente el silencio de la naturaleza en reposo. La naturaleza entera estaba en la inacción. En esas horas en que parece que hasta el polvo del camino tuviera pereza para levantarse, marchaba la*



caravana en fila, cada bestia se movía a su placer. Todos marchaban al paso, y de vez en cuando se oía la voz de un peón que agujoneaba a las mulas de carga, o se oía el chasquido del látigo. Esas voces se repetían por el eco, y se tornaban pavorosas”.

“Los viajes individuales se hacían a caballo, acompañados por peones, llevando el equipaje a lomo de mula. No había dónde hospedarse en el camino, pues las postas en general carecían de comodidades. En esos ranchos no se conocía el piso de baldosa o ladrillo sino la tierra negra y dura. Comúnmente se encontraban a la sombra de un añoso algarrobo. Había enjambre de vinchucas. Lo más prudente era dormir en los corredores de los ranchos, los que tenían la precaución de viajar llevando su catre. Durante el viaje se comía mal. El agua era no pocas veces horrible, barrosa y tibia”. Continúa diciendo Quesada: “Los que no han cabalgado durante un día entero al trote y al paso, no conocen la atroz fatiga que produce ese lento andar. Se tienen calambres en las piernas, se siente sueño, se desea con ansia echarse y cambiar de posición. Los gauchos hacen ese viaje con la más absoluta indiferencia; fuman, cantan y duermen, abandonando las riendas a aquellas cabalgaduras que están acostumbradas a ir y volver de una a otra posta, bien es cierto que no pasan de esa extensión, pero tienen el hábito de hacer aquella ruta y el instinto las conduce sin trabajo. El hombre deja que la bestia lo lleve. Habitados al caballo duermen mientras cabalgan. Al que no está acostumbrado, le cuesta mantenerse cabalgando y cerrar los ojos, pero el sueño es invencible, es más fuerte que la libertad...”

Fue en 1852 cuando comenzó a instrumentarse un sistema de mensajerías regulares para cruzar la pampa aún no transitada. Solo un lustro más tarde se inauguraba el primer ferrocarril.

Según nos cuenta Cristian Werckenthen, habían 3 clases de plazas para viajar: a) Primera o “Cupé” (dentro de la galera con asientos largos vis a vis) a \$ 20 para un tramo de unas 100 leguas; b) Segunda o “Rotonda” (en el techo con el equipaje) a \$ 17; c)



Tercera o “Pescante” (junto al cochero) a \$ 14. Esos trasportes avanzaban entre 80 y 150 Km. por día dependiendo del estado de los caminos y del clima.

La historia de las mensajerías comienza en 1852, después de Rosas, con la aparición de la empresa “Mensajerías Argentinas” de Fernandez y Rusiñol, que también brindaron el servicio de transporte urbano con galeras criollas. Partía de su oficina en Chacabuco y Mejico en Buenos Aires hasta Chascomús. Luego desarrollaron el servicio también a Pergamino, Mercedes, Azul y ampliaron el de Chascomús a Dolores. Transportaba el correo oficial sin cargo a cambio de exceptuar a sus empleados del servicio militar.

El primer ferrocarril argentino nació por iniciativa de Felipe Llavallol, y debía unir la Plaza del Parque (hoy teatro Colón) por el camino real del Oeste (Av. Rivadavia) hasta Flores. Fue inaugurado en 1857 con la locomotora “La Porteña”. En 1858 llegó a Ramos Mejía, en 1859 a Morón y en 1864 a Luján. El ferrocarril del norte, de capitales británicos, inaugurado en 1862, llegó al pueblo de Belgrano y al año siguiente a San Isidro. En 1865 el ferrocarril del sud llegó a Chascomus. En 1872 se construyó la Estación Central en el Paseo de Julio, donde hoy es Bme. Mitre y Alem, que unía los ferrocarriles del sur y del norte. Duró hasta que se incendió el 14 de febrero de 1897. En 1876 el tren llegaba hasta Campana y en 1886 por el norte a Rosario y por el sur a Mar del Plata. Entre Córdoba y Tucumán se habilitó una línea de trocha angosta en 1875, pero recién extendió sus vías a Buenos Aires en 1912. En 1884 se inaugura el tramo Mercedes-Chacabuco, que en 1886 se extiende hasta San Luis y en 1888 llega a Buenos Aires.



En 1886 Federico Lacroze fundó el “Tranvía Rural de la Provincia de Buenos Aires” que en parte de su recorrido usaba las vías del ferrocarril del oeste. Luego llega a Saavedra, a Zárate y a Carmen de Areco. Era la línea de tracción a sangre más larga del mundo y contaba con servicio de “tranvía dormitorio”.

El momento histórico:

En tiempos del nacimiento de Ernesto, allá por 1842, apenas 35 años habían transcurrido desde las invasiones inglesas; 32 años desde la Revolución de Mayo; 29 de la creación de la bandera argentina por Belgrano; y 26 desde la declaración de independencia en Tucumán; 25 desde el cruce de los Andes por San Martín; 20 desde la entrevista de San Martín con Bolívar en Guayaquil; 15 años desde la caída de Rivadavia; 13 años desde el inicio del primer gobierno de Rosas y 9 años desde su campaña al desierto; 7 años desde el asesinato de Facundo Quiroga en Barranca Yaco. El país era, por lo tanto, muy joven, apenas una nación poco más que declamada. Más que consolidada en instituciones asentadas, estaba sustentada en sentimientos patrios enardecidos por la lucha armada de la independencia y del desorden interno, más bien una comunidad en formación sin otra tradición que sus acontecimientos cotidianos, percibidos más en términos políticos que históricos. Las reglas de convivencia comunitaria aún no habían sido dictadas, más allá de un intento de carta magna unitaria que no había logrado establecer un orden y aceptación universal. Cuando nació Ernesto, el gobierno de Rosas promediaba su riguroso mandato, período signado por el orden impuesto a la fuerza y la disciplina política basada en el terror que inspiraba la Mazorca dirigida por el inefable y temible Ciríaco Cuitiño. Iniciando su gobierno a poco de terminada la guerra con el Brasil, con el interior del país en estado de rebeliones alternativas y luego con el estuario del Río de la Plata bloqueado por la



flota francesa hasta 1840 y por la anglo-francesa entre 1845 y 1848 ya en plena infancia de Ernesto el país vivía un estado de aislamiento exterior, proteccionismo e introspección asfixiante, aunque los extranjeros residentes que no se metieran con el poder eran respetados. El país había superado el estado inicial de anarquía y guerra civil, pero al no integrar la provincia de Buenos Aires a la Confederación del interior con tal de proteger los derechos aduaneros y otros privilegios porteños, no había logrado una organización nacional institucionalizada ni un régimen de federalización definitiva. El poder se ejercía de manera personalizada y autoritaria y se carecía de las garantías civiles propias de una república.

El medio político marcado por la carencia de ejercicio cívico y la vida social caracterizada por una densa rutina cotidiana aislada del mundo, contrastaba con la dinámica vida de las ciudades contemporáneas de otras tierras.

Pero pese al aislamiento llegaban mensajes, noticias, modas, novedades, productos, imágenes de las grandes ciudades europeas y de sus progresos. La llegada de un barco, aún dentro de lo limitado de las condiciones de la época, prometía siempre un “refresco” de noticias y actualizaciones sobre la evolución de la vida y de las actividades en otros lares.

Esas circunstancias fueron cultivando en la comunidad local un incipiente deseo reprimido de innovación, de progreso y de relacionamiento con el mundo que poco a poco iría socavando la autoridad de Rosas y creando las condiciones aptas para el cambio. Ese proceso se potenciaba por la presencia de muchos extranjeros residentes en la ciudad.



La rebelión que se venía gestando en el litoral con el apoyo de la Confederación, fogueada por los refugiados porteños en Montevideo, fue tomando forma y magnitud al correr el año 1851, y adquirió mayor iniciativa cuando el General Urquiza asumió la dirección militar, cruzó el Paraná y sometió a la provincia de Santa Fe. En el verano de 1852 la suerte del país se echó en la batalla de Caseros, acontecimiento que impacta en la formación de Ernesto a sus nueve años de edad. Ernesto pudo haber sido uno de los niños pintados por Leonie Mathis en su célebre representación del ingreso triunfal de Urquiza con sus huestes a la ciudad, desfilando por la plaza 25 de Mayo hacia el fuerte, espectáculo seguido desde la plaza de tierra y desde los balcones de los Altos de Escurra.

Para otorgar carácter definitivo al final de un período acabado, el 29 de diciembre de 1853 a las nueve de la mañana, en la Plaza de Montserrat, fueron fusilados los mazorqueros Ciríaco Cuitiño y Leandro Alen cuyos cuerpos permanecieron colgados por cuatro horas de la horca “para escarmiento de las generaciones venideras”. Fue testigo del hecho su hijo Leandro N. Alem. ¿Lo habrá sido Ernesto?

Las subsistentes divergencias aún no superadas, como las negativas de Buenos Aires a integrarse con la Confederación del interior, conviven ahora con el amanecer de un futuro venturoso pero difícil. Las tensiones políticas que ello origina y los antecedentes violentos de nuestra manera de resolver los diferendos tal como lo muestra nuestra corta historia inspiran a Diego de Alvear y a Delfín Huergo a fundar el periódico “El Progreso” con el auspicio de Urquiza, y luego junto con Felipe Llavallol, Rufino de Elizalde, Francisco Chas y otros a constituir en 1852 el Club del Progreso, tal vez el primer claro exponente del brillo político e intelectual que aflora con la caída de Rosas. Dice María Sáenz



Quesada en el sesquicentenario de la fundación del club *“En esa época de duros enfrentamientos políticos, la intención de los fundadores del Club era dar ejemplo de unidad a las clases propietarias a fin de superar la lucha facciosa de los intereses y de las ideologías. Pero las buenas intenciones se imponían con dificultad en esa ciudad que había recuperado su tradicional turbulencia, luego del largo paréntesis de quietud impuesto por la dictadura de Rosas”*. Al poco tiempo la sede del club se instaló en el imponente Palacio Muñoa en Perú y Victoria. Ernesto fue, al cumplir la edad adecuada, socio del club, y seguramente su padre Jorge Pedro también lo haya sido.

Las ideas de Alberdi plasmadas en su obra “Las Bases”, que encuentran antecedentes en la novedosa organización política de los Estados Unidos tan bien descripta en el libro “La Democracia en América” de Toqueville, pero enfocadas con sublime acierto, agudeza y adaptación a las dramáticas pero desafiantes realidades del país, empiezan a definir la antesala de una tarea ciclópea que requerirá hombres visionarios y talentosos, sabias adaptaciones de experimentos exitosos, desprendimientos de viejas costumbres y atavismos, dispuestos a encaminar un nuevo progreso por un nuevo rumbo, sin desfallecimientos ni claudicaciones, con fe y entusiasmo, con confianza en las posibilidades, con vocación al desafío y a la grandeza.

Luego de terminar sus estudios en Alemania, Ernesto retornó a Buenos Aires a los 16 años de edad en 1859 con su visión ampliada, buenas relaciones europeas, y seguramente un bagaje de inquietudes creativas, ansiedades y esperanzas basadas en su natural y juvenil optimismo. Sin duda aprendió a esa edad a cultivar la fe en esta tierra, en sus habitantes y en su progreso. Es que Buenos Aires hervía de conciencia de sí misma, de deseos de crecer, de ser protagonista central del futuro argentino y



americano, de dominar las pampas, de encontrarse con el mundo. El medio histórico al que llega Ernesto estaba signado por la batalla de Cepeda en la que Urquiza bate a Mitre. Un año después Derqui es investido Presidente de la Confederación en tiempos en que se discutía e instalaba la Constitución Nacional basada en el pensamiento de Alberdi. Habrá vivido Ernesto esos tiempos observando la historia con la vivencia del fragor político...

Podemos imaginar la repercusión en las gentes de Buenos Aires de la batalla de Pavón con las indefiniciones del accionar errático de Urquiza y el juego de intrigas políticas y diplomáticas en que se vieron envueltos Juan Cruz Ocampo y Martín Ruiz Moreno en aras de pacificar la contingencia, que luego de tan álgidas semanas desembocaron al cabo de pocos meses en la presidencia de Mitre.

Con la consagración de la Constitución Nacional en 1860 se confirma el camino de la organización nacional. El nuevo gran pacto sienta las bases de la convivencia y del desarrollo, basado en instituciones sólidas, poderes independientes, férrea defensa del derecho de propiedad, una decidida apertura al mundo y un llamado incentivado a la inmigración para poblar estas tierras.

La Argentina invitaba a la inmigración para poblar su interior y desarrollarlo, y aportar la mano de obra que se requería para crear una nueva industria. Como símbolo de la naciente pujanza en 1862 comenzó la construcción de la nueva Casa de Gobierno.

Con esas premisas una nueva generación de hombres jóvenes se dispuso a iniciar un gran despegue. Ernesto se identificó cabalmente con ese espíritu y poco a poco fue asumiendo un liderazgo sutil y cabal en aras de un promisorio futuro.



Hasta allí se puede decir que queda descripto el “punto de partida”. Lo que viene, el devenir de su gestión, el gran cambio que se produjo durante los siguientes cincuenta años al menos, son el resultado del esfuerzo y del acierto de esa comunidad de hombres y mujeres que dieron sustento sostenido a la consolidación del país y al desarrollo económico, dirigidos por un puñado de preclaros que se tomaron en serio los lineamientos de Alberdi y con ellos construyeron una gran nación.

Pocos años después, corriendo 1871, la ciudad sufre una de sus peores catástrofes al declararse la epidemia de fiebre amarilla en el barrio sur. La intensidad del drama, que se cobra al menos 15.000 víctimas, produce un forzado desplazamiento poblacional hacia el norte y el oeste. Ese gran éxodo implacable inició la expansión física de la ciudad, que necesitaba además acoger y alojar una incipiente corriente inmigratoria que resultó de una magnitud tal que hizo que en pocos años más de la mitad de la población porteña fuese extranjera.

Gestación de los grandes valores que guiaron la vida de Ernesto:

El valor de la palabra: La vida religiosa en la aún pequeña comunidad porteña, influida por las raíces hispánicas de estricta fidelidad a la fe católica heredada de la intolerante Inquisición, contrastaba con las nuevas corrientes de agnosticismo liberal provenientes de los movimientos intelectuales europeos de la Ilustración traídas a estas latitudes por la inmigración y la naciente influencia de la Masonería coincidente con el creciente poderío comercial de Gran Bretaña. Pese a ello, los orígenes protestantes de la familia de Jorge Pedro Ernesto, padre de Ernesto, habrán rescatado y preservado celosamente ciertos valores morales sobreviviendo a la revisión de costumbres y a la relativización



moral que amenazó la convivencia en esos tiempos de cambio. La autoridad moral de Jorge y la educación religiosa infundida por Rosa habrán marcado a fuego en la mente joven y abierta de Ernesto la férrea convicción del valor superlativo de la verdad y su expresión mediante la palabra cierta, precisa, mesurada y convincente.

El valor de la fe en esta tierra y en sus habitantes y en su progreso: A partir de ese trascendental evento histórico que termina con el gobierno de Rosas la vida en la ciudad comienza una nueva dinámica, se empieza a vivir una liberación de horizontes, se inicia un período con signo nuevo, aún difuso, que plantea grandes interrogantes y exige nuevos valores que deben madurar. Los grandes lineamientos de la organización nacional todavía están en discusión, pero ya se intuye que la comunidad se encaminará a un nuevo destino en pleno proceso de diseño. Ernesto, en su aún corta edad, debe haber percibido en las conversaciones de sus padres con sus amigos esa nueva vivencia y esa naciente perspectiva llena de optimismo, y tal vez haya palpado un principio de identificación con el nuevo desafío todavía no totalmente definido, y haya sentido una naciente atracción por el futuro de esta tierra y de sus habitantes, en su camino hacia el progreso.

El valor del compromiso con el país y de sentirse convocado: Pocos años después la ciudad colonial en que nació Ernesto se vio sacudida por el súbito movimiento de éxodos familiares de emergencia huyendo de un nuevo mal que se asentó en los barrios de la zona sur diezmando su población, movimiento que provocó el abandono de residencias y forzó la urbanización imprevista de lo que en ese entonces era el conurbano, requiriendo como consecuencia muchas edificaciones nuevas tanto en el barrio



Norte como en Balvanera, Palermo, Flores y otros barrios circundantes, al declararse la trágica epidemia de fiebre amarilla en 1871. Ya en 1868 una epidemia de cólera se había llevado 8.000 almas de la ciudad. Dice Leonel Contreras en su “Breve Historia de Buenos Aires”: *“la ciudad se convirtió en una ciudad fantasma y se cree que ya en abril solo quedaban en Buenos Aires 60.000 de los casi 200.000 habitantes que tenía”*. El nuevo drama, que costó más de 13.000 vidas en menos de seis meses, diezmando una cuarta parte de la población, se cobró entre las víctimas la vida de la propia madre de Ernesto, Rosa Camusso, quien contrajo el mal en su generosa actitud de ayuda a los enfermos. Esa noble acción de Rosa, acudiendo sin reservas al requerimiento del sufrimiento ajeno, habrá impactado seguramente en Ernesto despertando por el ejemplo materno su vocación permanente a sentirse convocado cada vez que él creyera que podía ser útil a la comunidad o al país. Una convulsión semejante debe haber sacudido su espíritu, tanto por el fenómeno en sí mismo como por la pérdida de su madre en circunstancias tan trágicas y heroicas. Fue sin duda esta una herencia cultivada de manera tan clara y contundente en la estructura de los valores que regirían la vida de Ernesto. Jorge, su padre, también fue víctima del mal, siguiendo el camino de Rosa.

Ernesto ya estaba formado. Su capacidad de trabajo, su mente preclara y su autonomía de criterio en el que predominaban los valores estables que habían marcado a fuego su espíritu acompañándolo durante toda su vida, hicieron el resto.

Primer vivienda conocida de la familia Tornquist

El Censo Poblacional realizado entre 1860 y 1870 identifica a la familia de Jorge Pedro Ernesto Tornquist, Comerciante de 68 años, de nacionalidad estadounidense, y a Rosa de Tornquist de 62 años, argentina, viviendo en la calle Reconquista número 231



de la vieja numeración, ubicada en la manzana N° 24. Vivían con ellos Adam Altgelt de 39 años, comerciante, de nacionalidad alemana y Laura T. de Altgelt de 31 años, de nacionalidad uruguaya, Carlos Altgelt de 16 años, Isabel Altgelt de 13, Laura Altgelt de 10 y Cristian Altgelt de 5. Vivían también cuatro empleadas domésticas. No se cuenta con datos de alguna vivienda anterior de la familia. Según el relevamiento del censo, la vivienda parece formar parte de una casa de altos, pues la información consignada está dividida en dos direcciones individuales pero idénticas. Podría deducirse que la familia Tornquist vivía en los altos, por ser esa dirección la segunda censada. En la primera de las direcciones idénticas, o sea en la planta baja según esta suposición, vivían según consigna el censo, la familia de Román Pacheco y su mujer Laura, de 40 y 30 años, con sus hijos Leonora de 8, Angel E. de 6, Carlos de 4 y Román de 2. Vivía también Octavio Bunge, argentino de 25, abogado, y cuatro sirvientes.

La forma de la casa, según imagen provista por el relevamiento catastral de Peter Beare de 1860, es la de una casa que ocupa un terreno perfectamente cuadrado en la esquina de Reconquista con la calle Temple (hoy Viamonte), con entrada a mitad de la construcción sobre la primera calle, con un patio interior totalmente rodeado por la construcción. Según esta descripción podría pertenecer al diseño colonial pero de un solo patio, tal vez por haber sido previamente subdividida con lo que luego fueron sus casas linderas sobre Temple identificadas con las nomenclaturas catastrales XXI, XXII, XXIII, XXIV y XXV. Esta deducción es plausible pues la supuesta casa original completa coincidiría en su fondo con los fondos de las viviendas linderas de la calle Reconquista, típicamente de origen criollo de tres patios. La casa ocupa un frente equivalente a un 1/6 de la cuadra; si esta medía 121 metros, cada frente de la casa tendría aprox. 20 metros, o sea



que se trataba de una casa construida sobre un terreno de unos 400 metros cuadrados. Considerando la existencia de un patio que abarcaba no más de un tercio del terreno, cada planta de la casa tendría al menos unos 270 metros cuadrados techados propios.

Ernesto, aunque no figura en el censo seguramente por haber estado circunstancialmente ausente de la casa o de viaje, habrá vivido también allí, siendo que tendría por ese entonces unos 22 años de edad. Recién una vez casado y vuelto del viaje a Europa en 1874 se habría instalado con su mujer Rosa en su nueva casa de Maipú 33 (antigua numeración), según nos dicen María Acuña y Carlos Altgelt en su monumental libro “El Ancho Camino se Bifurca”.

Volviendo a la historia:

Todo ese desarrollo enorme del país, que se inicia con el advenimiento del ferrocarril y se consolida con la organización nacional a partir de la consagración de la Constitución Nacional de 1853/60, que enriquece al interior y se instala a Buenos Aires como la ciudad de conexión del país con el mundo, enfrentando también dramáticas circunstancias como lo fueron las epidemias de cólera y fiebre amarilla, tiene lugar bajo las administraciones de las presidencias de Mitre, Sarmiento y Avellaneda, quienes preparan sin saberlo la gran presidencia de Julio A. Roca entre 1880 y 1886.

En efecto: la revolución del 80 termina despejando la antinomia entre Buenos Aires y el interior. La ciudad se federaliza, y lograda esa condición Roca asume la conducción del gran despegue. A esa brillante gestión Ernesto sirvió de concejero permanente, embajador itinerante para los intereses financieros y económicos del país con su intensa gestión diplomática, íntimo asistente para el apoyo a la organización institucional de la República,



mientras dedicaba también sus inagotables esfuerzos a la creación y desarrollo de sus industrias personales y explotaciones agropecuarias y extractivas, al fomento y desarrollo del poblamiento del interior y al impulso de legislación de fondo en materia comercial y monetaria.

Ernesto, desde la modestia de su anonimato, es parte del grupo íntimo que rodea, acompaña e inspira al presidente. Asume como tarea primordial, con el apoyo del presidente, la de poner orden en las anárquicas finanzas nacionales y en proveer al país de una moneda única y respetable, sólida y estable, que se constituya en unidad de medida, de intercambio y de ahorro. La ley 1130 de 1881 es también fruto de su talento. La Caja de Conversión creada por su iniciativa y establecida en 1899 da marco a la regla de juego que regirá la estabilidad monetaria durante los siguientes 20 años y hará respetable la conducción financiera argentina ante el mundo. La Caja de Conversión se cierra en 1914 con el inicio de la primera guerra mundial, pero sus huellas surgen vigorosas en 1935 mediante la creación del Banco Central Argentino, que no es otra cosa que su continuación.

Su protagonismo en la política argentina se fue acrecentando, siempre desde la modestia de su rechazo a ostentar cargos públicos o menciones oficiales, dando continuidad a la gestión gubernamental a lo largo de diversos gobiernos, culminando en la segunda presidencia de Roca luego de la breve pero brillante presidencia de su amigo Carlos Pellegrini.

¡Si el país no paga, yo pago...!

En tiempos aciagos en que nuestro país se había quedado sin crédito internacional, en que las puertas del mundo estaban cerradas, no había respaldo alguno, las reservas estaban agotadas,



cuando las finanzas argentinas requerían más que nunca del apoyo exterior, Ernesto se presentó ante los grandes bancos europeos para gestionar la renovación de préstamos que resultaban cruciales para la República. Entonces, ante la desconfianza de los banqueros, ofreció e instrumentó su garantía personal. Así, su grito “¡Si el país no paga, yo pago!” quedó anclada en medio de la city financiera mundial para informar a la humanidad que Argentina honrará sus compromisos, más allá de sus gobiernos de turno... Se confeccionaron los documentos requeridos mediante los cuales Ernesto comprometió su fortuna personal para respaldar la deuda externa argentina. Así fue como se destrabaron las operaciones pendientes y nuestro país pudo cumplir con sus compromisos internacionales y acceder a los propósitos de su reequipamiento.

Fueron esos años tiempos experimentales, en los que una nueva doctrina económica y un nuevo comportamiento social encontró en este suelo un campo propicio para probar su acierto. Con su energía pragmática Ernesto diseñó e implementó, mediante nuevas instituciones públicas y legislación adecuada concebidas y promovidas por él, un ordenamiento político-económico y monetario eficaz y completo. Partiendo de un ámbito monetario desordenado y anárquico, tomando en cuenta los conceptos centrales de Alberdi y las ideas novedosas de Silvio Gessel (creador de un nuevo pensamiento hoy estudiado con interés en celebres universidades europeas y americanas como un predecesor de John Maynard Keynes), y apoyado en el ímpetu de la generación del 80, consolidó la moneda nacional, contribuyó a crear las bases de la industrialización, a reordenar el endeudamiento externo, a movilizar capitales y a insertar el país en los mercados mundiales. Al empeñar su patrimonio personal en respaldo de los compromisos internacionales del país, demostró la simbiosis que existió por esos tiempos entre el poder privado y la solvencia



pública, síntesis estructural y sustento político del gran despegue que luego experimentó la República Argentina. Su obra, concebida globalmente, se la observa hoy con atención en ciertos círculos intelectuales del primer mundo denominándola “La Reforma Tornquiniana”.

Su relación con la provincia de Tucumán:

La industria azucarera debe una cuota importante de su desarrollo a Ernesto Tornquist, quien en la década del ochenta fundó la Refinería Argentina S.A., cuya planta fue establecida en el litoral. La existencia de esta refinería permitió a la industria azucarera del país refinar su producción local dentro del país, evitando tener que proveer azúcar no refinada al mercado o tener que mandarla a refinar al exterior, logrando mejores precios por mayor calidad de producto e incorporar mano de obra argentina en el nuevo segmento de producción.

Con posterioridad, el grupo Tornquist adquirió y agrandó los ingenios tucumanos Nueva Baviera, Lasténia, La Florida y La Trinidad, formando la Cía. Azucarera Tucumana S.A., la que mediante nuevas inversiones y mejoras tecnológicas y adquisición de tierras aptas para surcos de caña, se constituyó en la empresa de mayor capacidad de producción de azúcar en Sudamérica por muchos decenios.

Debe destacarse la relación tan intensa de Ernesto con la provincia de Tucumán, en la que adquirió prestigio como pionero y cultivó tantas relaciones comerciales y de amistad, cuyo impulso duró por varias generaciones. Yo era muy chico todavía cuando me tocó, allá por la década de 1940, vivir en la casona del ingenio La Florida mientras mi padre, Fernando Tornquist, nieto de Ernesto, presidió y administró la Cía. Azucarera Tucumana por



varios años, y luego presidió el Centro Azucarero Argentino. Recuerdo muy bien de épocas posteriores la íntima amistad que brindaron las familias más tradicionales tucumanas a mis padres, seguramente como continuación de los vínculos familiares generados en tiempos de Ernesto, lo que perduró y continuará perdurando para futuras generaciones de familia.

Las grandes transformaciones de Buenos Aires:

Ya en la década de los noventa, una vez repuesta de la tragedia sufrida por la peste de 1871, Buenos Aires se mira a sí misma y decide no quedarse atrás de los cambios que ocurren en las grandes capitales de Europa. París será el modelo. Seguramente la reforma Haussmaniana con la apertura de los boulevards en París impresionó fuertemente a Miguel Cané, quien a su vez inspiró a Roca y a su intendente Torcuato de Alvear para afrontar la modernización de Buenos Aires y a Rocha para diseñar la ciudad de La Plata. Dice Elisa Radovianovic en “Buenos Aires Ciudad Moderna” que Juan Antonio Buschiazzo fue sin dudas el constructor del Buenos Aires de los años 80, que el intento renovador propiciado por Alvear y alentado por Roca encontró en el arquitecto Buschiazzo su intérprete. Dice también Vicente Quesada: *“Ahora comienza un movimiento digno de encomio, y el espíritu nuevo ha penetrado ya, transformando y hermozeando el cementerio, la plaza de la Recoleta, la bajada y el bajo de aquel lugar, se empedra la calle ancha de Callao y Entre Ríos, bajo la autoridad municipal. Estas mejoras se deben a la iniciativa de don Torcuato de Alvear, activo presidente de la Municipalidad”*.

Diversos proyectos de urbanización involucraron entre otras áreas a la Plaza de Mayo, que ya unificada con la plaza de la Victoria al demolerse la Recova vieja, debía vestirse de prosperidad y belleza. Carlos Thaís, el célebre parquista recientemente llegado al país se ocupó de darle un nuevo paisaje.



La ciudad creciente habrá cambiado su colorido, su estética y su dinámica de manera muy rápida por esos tiempos. El diario La Prensa en su edición del 29 de octubre de 1884 dice que la aspiración era dar magnitud a la *“edificación raquíutica, dándole libertad para que se eleve a la altura de cuatro y cinco pisos”*.

La extensión de la ciudad hacia el norte y el oeste, nuevos edificios, plazas remodeladas, apertura de avenidas, la población creciente, nuevos comercios, bancos y oficinas, la proliferación de carruajes, tranvías a caballo luego remplazados por tranways eléctricos, la inauguración de las grandes estaciones ferroviarias, el empedrado generalizado luego convertido en asfalto, el tendido de cables de luz y transmisión de electricidad, la telefonía y demás avances tecnológicos que incorporaron a la vía pública su presencia, junto con la urbanización de las grandes arterias como Callao, Santa Fe, Corrientes, Rivadavia y la exuberancia de las grandes residencias cuya construcción proliferó por esos tiempos fueron generando un claro estilo de metrópoli europea a Buenos Aires. La construcción del puerto nuevo y dársena norte, con el arribo de los primeros trasatlánticos y grandes barcos de carga imprimieron también nuevos flujos de tránsito tanto de mercaderías como de personas. Los cambios en la moda y en la indumentaria se adaptaban rápidamente a los dictados de las grandes ciudades del primer mundo. Es que Buenos Aires ya pretendía ser parte de ese primer mundo, y el mundo la reconoció como tal.

Dice Elisa Radovanovic en “Buenos Aires Ciudad Moderna”: *“La gestión del municipio, tendiente a establecer un ordenamiento en la ciudad, se potenció debido a la consolidación del Estado nacional y a la federalización de Buenos Aires. La Capital, aquel rostro visible que hombres como Cané y Sarmiento ansiaban concretar y personalidades como Torcuato de Alvear lograron, fue la metrópoli que centralizó un poder que generó con el correr del tiempo un esquema al que se subordinó todo el país”*.



Los elementos de orden estético que favorecen las visuales y perspectivas urbanas persisten en el planteo transformador. Cané no siempre coincide con Alvear, como en el caso de la pasión de este último por las palmeras, pasión que había sentido en su tiempo Sarmiento, discusión que se desencadenó a partir de la instalación de esas especies en la Plaza de Mayo, encontrando más indicada la instalación de álamos de follaje tendido, abetos, eucaliptos y paraísos. Pero los grandes conceptos movilizadores de modernización, de apertura de grandes avenidas, de creación de nuevos espacios verdes, de nuevas estructuras físicas, en el ejercicio del poder y en los gustos, las costumbres, los componentes sociales y el imaginario colectivo, eran comunes a ambos y a la generación de hombres que habían asumido el desafío de conformar una nueva metrópoli.

Sin embargo, la gran transformación iniciada en la ciudad de Buenos Aires por esos hombres innovadores, ha quedado inconclusa. Su misma definición quedó incompleta. Vale la pena a esta altura del relato, transcribir otros conceptos de fondo de la ya citada Elisa Radovanovic: *“Todavía perduran en la ciudad estos espacios, vestigios de la modernidad surgida en el principio del siglo XX, exponentes de la potencial grandeza del país. Mientras tanto la marginalidad ya no se oculta en la periferia, ahora vive en el sector central, dormita en sus calles, pulula por los atrios de las iglesias y se higieniza en sus fuentes. Visible manifestación de una sociedad en crisis que renueva permanentemente sus contradicciones. La Buenos Aires de impronta europea, libre de todo rastro hispanizante, tomó cuerpo en el tiempo de esplendor que medió entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX. La Capital argentina está aún por definir su identidad, aún debe descubrir a sus héroes fundantes y consagrarlos, internarse en los mitos que gestaron los creadores de un modelo urbano, cuya adaptación se proyecta como un síntoma en el controvertido fin del siglo XX y en el umbral del XXI”*. Esa posta ha quedado inerte, clamando por nuevos visionarios capaces de recoger el



desafío inconcluso y culminar en Buenos Aires un final acabado y abarcativo, que rescate los valores que aún quedan en pie y los dignifique, los proyecte y los ofrezca a la admiración de las nuevas generaciones, y traduzca la impronta en nuevas convenciones que dicten comportamientos de convivencia constructiva merecedores del respeto y la adhesión consiente.

Ernesto habrá vivido los grandes cambios vertiginosos y su protagonismo en la dirección del país con su entusiasmo y su participación constante a mejorar la cosa pública. Su nueva casa en Florida y Charcas, su quinta en Belgrano, su campo en Cierra del la Ventana y su casa en Mar del Plata, constituyeron el hábitat de su ya numerosa familia.

Misión cumplida, sucesión pendiente

Su vida, descrita en sus diversos aspectos en los otros capítulos de este libro, fue trascurriendo en consonancia e interacción con el desarrollo de su ciudad, de su país, de sus empresas, de su familia y de sus demás creaciones. Con su empuje y su idealismo práctico influyó en el modelamiento de esa gran dinámica y esa gran construcción, que ganándole al mundo en tiempo e intensidad, propulsó a la Argentina - ese país que aún no era más que un ignorado apéndice del mundo cuando Ernesto nació - a constituirse en una nación referente del progreso y del liderazgo de ese mismo mundo, en apenas 65 años brillantes.

Las generaciones posteriores aún no han podido conciliar un espacio político apropiado desde el cual convocar al país y asumir la colosal posta recibida para llevarla hacia un renovado destino de grandeza. Mientras tanto, los tiempos que trascurren erosionan los monumentales logros y los socaban, minimizan sus beneficios y perturban sus meritos, retro trayendo lenta



pero inexorablemente el hábitat cotidiano hacia condiciones de convivencia más primitivas y divergentes.

Llamado a la reivindicación

Al termino de estas modestas líneas de homenaje a los hombres de los tiempos de progreso y convergencia, en particular a mi bisabuelo Ernesto Tornquist, deseo hacer un llamado a la reivindicación de la épica grandeza obtenida para que no quede en la historia como un brillo fugaz de un pasado desvanecido, a veces invalidado por la ignorancia, otras turbado por la deformación, y se constituya en la base de una nueva revitalización hacia la reconciliación de los habitantes de esta tierra, hacia el progreso, hacia la fe en nuestro futuro, hacia el compromiso con la República y el amor por nuestro País y nuestra ciudad, hacia el rescate de su belleza arquitectónica, urbanística y paisajística que supimos armonizar en tiempos pretéritos, hacia la valoración de nuestros próceres y nuestras gestas, para que podamos presentarnos al concierto de las naciones del mundo con el legítimo orgullo de haber cristalizado una nación que mereció ser poblada por hombres y mujeres que trajeron aquí sus esperanzas, empeñaron sus afanes y sentaron su descendencia.

El Punto Final

A su fallecimiento el Superior Gobierno de la Nación, en la persona de Figueroa Alcorta, decreta con fecha 17 de junio de 1908 rendir a Ernesto Tornquist los honores correspondientes a los hombres de la Representación Nacional, disponiendo que la bandera nacional permanezca izada a media asta en todos los edificios públicos de la Nación. El Congreso de la Nación invitó a la familia a realizar el velatorio en la sede de la Cámara de Diputados. En su sesión de ese mismo día 17 de junio, el



Presidente de la Cámara de Diputados dijo refiriéndose a Ernesto: “... *Hombre extraordinario, por la clarividencia de su talento financiero, por la rapidez de sus resoluciones, por su tenacidad y perspicacia, su ausencia será eternamente lamentada en las altas esferas financieras, en los consejos de gobierno, en las cámaras legislativas, en los directorios, y donde quiera que sea necesario el concurso de una opinión autorizada y ponderada como era la suya*”. Y continúa: “*La muerte de Ernesto nos priva, es cierto, de una voluntad y de una acción, de un compañero laborioso y afable y de lo mucho que aún el país podía esperar de él, pero en cambio, nos deja lo que nunca nos puede llevar, lo que vale más, lo que es imperecedero, lo que ha de acrecentarse día a día: nos deja su obra. ¡Sí! Señores diputados, su obra grande e inmortal. Ese movimiento de progreso y bienestar de que nos enorgullecemos y que observamos de un extremo a otro de la República, débesele en gran parte: se encuentra estrechamente vinculado a las iniciativas y a la perseverancia del señor Tornquist (Muy bien! Muy bien!) ¿Quién al extender la mirada por nuestras praderas pobladas de ganado, por nuestras campiñas llenas de mieses, por las usinas, por los talleres, por los ingenios azucareros de chimeneas humeantes, por donde quiera que se observe actividad, trabajo y vida transformable en riqueza, no ve el aliento de ese hombre superior que se llamó Ernesto Tornquist?*”

Describe el diario La Nación, una vez fallecido, que Ernesto “*gobernó el país en el sentido más amplio, más noble, más sutil de la palabra, sin ostensibles consagraciones oficiales, sin rango de ninguna especie en los presupuestos administrativos. Y gobernó patrióticamente*”. Solo aceptó una diputación al final de su vida exclusivamente por la insistente solicitud de dos de sus mejores amigos, que entre ellos estaban enemistados por esos días, como lo eran Julio A. Roca y Carlos Pellegrini, dos de los ex presidentes más brillantes y notables de la historia argentina.

En la monumental publicación IN MEMORIAM editada con



motivo de su fallecimiento, que recopila los honores oficiales tales como el decreto de duelo de la Nación y los discursos en el recinto de la Cámara de Diputados, los numerosos discursos de eminentes personalidades en su entierro en el cementerio de la Recoleta, los artículos necrológicos de diarios y revistas de la Capital Federal, del interior y del exterior americano y europeo, los telegramas, cartas y tarjetas de condolencia, que requirió nada menos que 687 páginas, dice en su editorial: “*Otros hombres con igual temperamento, con sus mismas cualidades morales y dones de inteligencia, permanecen estacionados dentro de una esfera reducida. Es que don Ernesto Tornquist sabía emplear sus energías, sobreponerse a lo pequeño y salvar los mayores obstáculos. Su espíritu práctico lo colocaba en el terreno fecundo que le correspondía, rodeándola de la atención que exigía su desarrollo delicado. En sus deberes de ciudadano sirvió a su patria con el desinterés que la historia podrá marcar más tarde, si se investigan ciertos hechos como los referentes a dotar al país de un poder armado suficiente para imponer la paz a sus vecinos, pero impedir luego el conflicto bélico con su gestión personal cuando el peligro fue inminente.*”

En oportunidad de desencadenarse la crisis de 1892 que comprometía el desarrollo del país por el estado de las finanzas argentinas, él planteó la combinación financiera llamada “unificación”, que reorganizaba la deuda pública externa bajo un plan que consistía en establecer un nuevo servicio prolongado hacia el futuro, que habilitaba al gobierno no solo a retomar el servicio íntegro de su deuda sino a asistir a la realización de obras públicas que la agricultura, la ganadería y la industria exigían para su desenvolvimiento. Que el Sr. Tornquist tenía razón en su planteo lo demuestra el hecho indiscutible de haber sido acompañado en todo el continente europeo por el grupo de banqueros más grande que se haya formado en el mundo para realizar una operación financiera: Baring, Morgan, Banque de Paris et des Pays Bas, Comptoir National d’Escompte, Société Générale, Heine, Disconto Gesellschaft, Deutsche Bank, etc, todos reunidos, tomaron sobre sí el plan de la unificación que fue adoptado después de un estudio y examen



verificado por las mejores cabezas que dirigían aquellas bancas. En esa ocasión el Sr. Tornquist demostró no solo la confianza que en él tenía la banca europea sin sus raras facultades de consumado financista. El simple proyecto de la unificación y su contrato provisorio firmado en Europa fue suficiente para entonar las finanzas argentinas y preparar los elementos del ejército y de la armada en que debía apoyarse la solución patriótica que tuvo la cuestión con Chile.

La ley de Conversión de nuestra moneda le debe su paternidad. Pocos meses después de nacer la iniciativa el Presidente de la República doctor Pellegrini, convencido por el Sr. Tornquist, hizo suya la campaña que dio como resultado la sanción de la ley que dio estabilidad a la moneda argentina hasta el inicio de la primera guerra mundial.

Dice más adelante la introducción: El espíritu incansable del señor Tornquist no abandonó el plan de llegar a la moneda universal, de la que la ley de la Caja de Conversión fue el primer paso. Su folleto sobre la unidad monetaria, el franco como moneda definitiva, ha echado las bases de la ley monetaria y de las instituciones a crearse con ese fin.

En el mundo de los negocios, en el de la industria, el señor Tornquist no será reemplazado por mucho tiempo, porque él arrancaba de los éxitos de su propia obra las ventajas para el país y para el gobierno. Es decir, al señor Tornquist interesaba principalmente lo que interesaba a todos, realizando su propia ganancia cuando había realizado la del país.

El señor Tornquist era uno de los pocos hombres de gobierno; ayudaba a gobernar o gobernaba desde su casa, creando negocios, creando industrias, pensando y sintiendo por muchos y prefiriendo la lucha activa, modesta y casi oscura de su escritorio, a la figuración política que le fue tantas veces ofrecida por diversos gobiernos para dirigir las finanzas nacionales. No quería ser ministro, no aceptó ser presidente del Banco de la Nación, rechazó no pocas



posiciones oficiales, y sin embargo, era todo, aconsejaba presidentes, dirigía ministros, preparaba planes y proyectaba leyes. Era, en fin un grande y principal elemento de gobierno. De su paso surgía el progreso, de sus palabras nacía el orden, de su ayuda moral o material dependía todo. La obra que deja don Ernesto Tornquist, sería, en cualquier nación de la vieja Europa, motivo para que su nombre se fijara al lado de los más ilustres y eminentes de la humanidad.

En la historia argentina merece un primer puesto.

Bibliografía

- . Buenos Aires 1536-2006. Historia Urbana del Area Metropolitana. Margarita Gutman- Jorge Enrique Hardoy. Ediciones Infinito.
- . Residencias Porteñas en el 1900 F-72-016 DGP
- . Imágenes de Buenos Aires 1915/40. 021-10-034
- . La Arquitectura 021-11-052 caps I, II y V.
- . Historia de la Ciudad de Buenos Aires. 021-09-015
- . Nuestro antiguo Buenos Aires. 21-12-31
- . Amalia. José Marmol.
- . Breve Historia Física de Buenos Aires. 021-11-40
- . Buenos Aires, Historia de 4 siglos. Tomo 2. 21-10-60
- . Manual de Historia Naval Argentina. Capitán de Navío Laurio H. Destefani. Armada Arg.
- . José A. Wilde. Buenos Aires desde 70 años atrás. (1881).
- . Buenos Aires y algunas constantes en las transformaciones urbanas. Fernando E. Diez. Editorial Belgrano.
- . Buenos Aires – La ciudad. Breve Historia. Leonel Contreras. Editorial Ediciones Turísticas
- . Personajes de la Ribera Porteña. Una historia de Aguateros, Lavanderas, Pescadores y Bañistas. Arnaldo Cunietti-Ferrando. Lulemar Ediciones.
- . La Casa Criolla. Roberto De Gregorio. Editorial Nobuko.
- . Buenos Aires visto por viajeros ingleses. Colección Buen Aire. M.C. Editores



S.A.

- . Juan Manuel de Rosas. El caudillo y su Tiempo. Felisberto López Sarabia. Ed. Libertador.
- . Los Estancieros. María Sáenz Quesada.
- . Memorias de un Viejo. Vicente G. Quesada. Ediciones Ciudad Argentina.
- . Imagen de Buenos Aires 1915-1940. Fundación Antorcha
- . La Arquitectura en Buenos Aires (1550-1880). Universidad de Buenos Aires.
- . Historia Bajo las Baldosas. Margarita Eggers Lan.
- . Patrimonio e Identidad Cultural. Comisión para la Preservación del Patrimonio de la Municipalidad de la CABA.
- . Buenos Aires, arquitectura y patrimonio. Fabio Grementieri.
- . Buenos Aires antiguo. Casa Witcomb.
- . Recuerdos del Río de la Plata. Carlos Enrique Pellegrini.
- . Historia de los barrios de Buenos Aires. Vicente Cutolo.
- . Historia de las calles de Buenos Aires. Vicente Cutolo.
- . Buenos Aires, esa desconocida. Canido Borges, Jorge Oscar.
- . Buenos Aires Historia de 4 Siglos. José Luis Romero.
- . Nuestro Antiguo Buenos Aires. Alfredo Taullard.
- . Breve historia física de Buenos Aires. José Juan Maroni.
- . Los Pobladores de Buenos Aires y su descendencia. Ialmar Edmundo Gammalsson.
- . Los Pioneros de la Industria Argentina. María Susana Azzi y Roberto De Titto.
- . Iconografía de Buenos Aires: La ciudad. Bonifacio Del Carril.





2

Palabras para celebrar un centenario

Se realizaron varios actos de homenaje a Ernesto Tornquist en el centenario de su fallecimiento. Este capítulo presenta las exposiciones de Lucía Gálvez, María Saénz Quesada y Enrique Pinedo.



**Ernesto Tornquist:
Escenario y Circunstancias**

por Lucía Gálvez

Los cambios transcurridos en los sesenta y seis años que duró la vida de don Ernesto Tornquist fueron tan profundos que, como es sabido, transformaron a La Argentina en un país pujante y prometedor. Lo interesante en este caso es que la personalidad que hoy nos reúne fue uno de los responsables de esos cambios. La Buenos Aires de su infancia era una ciudad teñida de rojo, con su puerto bloqueado y la mazorca impune recorriendo al galope sus calles de tierra. Nada entonces hacía prever lo que sería la “Paris del Sud”: palacetes con techo de pizarra y exquisitos salones, edificios monumentales, plazas arboladas y adornadas con fuentes y estatuas, calles de prolijos adoquines donde se escuchaba hablar en varias lenguas cruzadas por modernos tranvías y uno que otro automóvil, ferrocarriles y puerto en movimiento constante...

Varios factores se dieron para llegar a esta transformación: la Constitución, que garantizó el orden y atrajo a la inmigración con sus promesas de libertad; la conquista del desierto, que terminó con los malones y facilitó la población y cultivo de inmensos territorios, la educación, imprescindible para formar ciudadanos y... el genio de algunos hombres responsables de su primacía adquirida con trabajo y visión, que querían progresar y devolver al país algo de lo que éste les había dado.

Ernesto Tornquist Camusso llegó al mundo en plena época rosista. En su infancia alcanzó a ver el viejo Fuerte antes de que fuera demolido para construir la casa de gobierno y el paso de las carretas arrastradas por bueyes por las estrechas callecitas,



aún del ancho que les diera Garay.

La ciudad estaba más o menos como en tiempos virreinales, solo que predominaban los rojos, bermejos y punzó en los vestidos, chalecos, zócalos y puertas. Por entonces las casas eran modestas y sencillas, en general de una sola planta con sus tres patios que guardaban la jerarquía colonial. En este sencillo panorama arquitectónico irrumpirían los constructores italianos con sus típicas balaustradas y adornos de mampostería y luego los franceses, más elegantes y sofisticados. Muchos porteños prefirieron para sus nuevas mansiones de barrio norte, un estilo “eclectico”, mezcla de todos los demás que fue característica de la ciudad.

En 1857 los hermanos Muñoa construyeron el Club del Progreso en estilo neoclásico. Desde su mirador – visitado seguramente por Ernesto que perteneció a la institución - se tenía una vista panorámica de la ciudad en la que sobresalían las cúpulas y campanarios de San Ignacio, San Francisco, Santo Domingo y La Merced. Por cierto que, en la década de 1870 también la numerosa familia de Ernesto que, como tantas otras tradicionales familias porteñas habían dejado el barrio sur después de la epidemia de fiebre amarilla, tendría su nueva casa en barrio norte. La mansión, con mirador y una fachada decorada con esculturas, dominaba la esquina de Florida y Charcas.

Ernesto era el menor de cinco hermanos. Su padre, George Peter Tornquist – familia de origen sueco que se escribía “Tännkvist - había nacido en Baltimore de padre alemán y madre norteamericana, Ana Margaret Elkins. Pero volvió a Alemania de niño y en 1823 emigró a la Argentina como ciudadano de Hamburgo. Dos años después se casó en Montevideo con Rosa Camusso y Alsina, de padre genovés y madre criolla. Ernesto



nació el último día del año 1842. Con diez años es probable que asistiera a la entrada victoriosa de Urquiza después de Caseros. Habrá escuchado hablar del Acuerdo de San Nicolás y de los enardecidos discursos de Mitre que llevaron a la revolución de septiembre y a la secesión de Buenos Aires. Durante esos años inciertos estudió en la escuela primaria de la Comunidad Evangélica Alemana de German Frers. En 1856, a los catorce años, en su primer viaje a Europa, pudo utilizar el flamante Muelle de Pasajeros, construido en el Bajo de La Merced, entre las actuales calles Bartolomé Mitre y Cangallo. Se libró así de las incómodas carretas que se usaban para embarcar y desembarcar. A su regreso dos años después, pudo admirar la imponente Aduana Taylor y su nuevo muelle. Los porteños llamaban al edificio “el palomar” por la cantidad de ventanas que cubrían su estructura redonda.

En la ciudad alemana de Krefeld Ernesto estudió contabilidad, finanzas e idiomas. Volvió a Buenos Aires en 1859 y, con 16 años, comenzó a trabajar como tenedor de libros y despachante de Aduana en la firma “Altgelt, Ferber y Cía”, uno de cuyos propietarios era Adam Altgelt, casado con su hermana mayor, Laura Tornquist. La Casa comercial había sido fundada en 1830 por los hermanos Karl August y Hugo Bunge. Exportaba cueros, lana y frutos de la tierra e importaba maquinaria agrícola. En esa escuela práctica aprendió Ernesto a ser un hombre de empresa. En 1866, con 20 años se convirtió en apoderado de la firma Altgelt que había concretado buenos negocios con Londres, Paris, Berlín y Amberes. 1871, año del levantamiento de la Comune francesa, fue también el terrible año de la fiebre amarilla en Buenos Aires que provocó de 300 a 600 muertos por día. Es también el año de la edición del Martín Fierro y el Santos Vega. En otro orden de cosas, una ordenanza prohíbe a las lavanderas lavar en el río,



interrumpiendo una antigua y colorida costumbre local. Buenos Aires comenzaba a europeizarse.

En 1872 Ernesto eligió como compañera de su vida a Rosa Altgelt, su sobrina de quince años hija de Adam Altgelt y Laura Tornquist. Partieron para Europa en viaje de luna de miel... y de negocios. Serían una pareja muy unida como se ve por sus cartas. Tuvieron 14 hijos. Cuatro de ellos murieron de muy pequeños. Al año siguiente la casa Altgelt, Ferber y Cia., con su capital triplicado, pasaba a llamarse Ernesto Tornquist y Cia...

Mientras tanto se iba produciendo el proceso que llevaría a la unión nacional. Las ideas de la generación del 37, tan conversadas y discutidas en el Salón Literario - Joven Argentina y Asociación de Mayo - empezaban a tomar cuerpo. Las Bases de Alberdi, el Dogma Socialista de Echeverría y el Facundo de Sarmiento eran lectura obligatoria de la elite que gobernaba y gobernaría el país. Todos comprendían y deseaban el orden, los derechos individuales, la educación de las masas y la libertad de cultos que harían posible el anhelado Progreso. Después de Caseros, Urquiza, Mitre, Sarmiento, Avellaneda y Roca, secundados por una elite dirigente con conciencia de serlo, pusieron en acto las ideas de los grandes pensadores del 37. El orden, las posibilidades de trabajo y la libertad de cultos hicieron posible la gran inmigración. De una sociedad cerrada, con pocos extranjeros, donde los negros africanos ponían su nota de color y el pueblo acusaba su origen criollo o mestizo, se pasó en pocos años a otra Argentina cosmopolita. Pronto fue visible un cambio en la composición étnica de la población y surgieron nuevas clases sociales urbanas y rurales.

1880 fue un año decisivo en el crecimiento de Tornquist que



corría a la par del crecimiento del país. Se había hecho muy amigo de Julio Argentino Roca, ministro de Guerra de Avellaneda, preocupado por el problema de los malones, cada año más frecuentes, Tornquist lo terminó de convencer de que para sus planes de buena administración y progreso era imprescindible solucionar de alguna manera el problema indígena. Según se decía, "Buenos Aires con malones vale 10. Sin malones vale 100". La controvertida Expedición al Desierto dejó libres miles de hectáreas fértiles o aptas para pastoreo.

La revolución del 80 terminó con la victoria del gobierno nacional y el triunfo político de Roca. Se sancionó la ley de federalización de Buenos Aires y culminaron así los dos conflictos: la cuestión Capital y la cuestión presidencial. Roca cumplió con su lema "Paz y Administración". En su presidencia comenzaron los grandes logros materiales de la Argentina moderna. Tornquist era también uno de sus asesores.

El ideario de la llamada generación del 80 tenía otras características: tendencia hacia la secularización, repudio de lo hispánico etc. Las ideas liberales y la proliferación de Logias masónicas provocarían la reacción del pensamiento católico que haría eclosión en 1884. Se formó entonces la antinomia "clericales - liberales" que duraría varios años. Al mismo tiempo eran perceptibles en los medios las ideas socialistas y anarquistas traídas por obreros españoles, alemanes e italianos. La falta de leyes laborales llevaría a la injusticia social y su consecuencia de huelgas y protestas, hasta entonces desconocidas, a las que se llamó "la cuestión social".

En 1886, Juárez Celman ocupó la presidencia de la Nación. Ese mismo año Tornquist compró los campos de Fuerte Argentino, fundado por Alsina y llamado también "Paso de los chilenos" por



las incursiones de los araucanos que por allí llevaban el ganado robado para vender en Chile. Comienza la colonización de las nuevas tierras tomadas a los indios. Tornquist las subdivide y radica en ellas colonos suizos y alemanes. Ve las posibilidades de la industria azucarera y funda en Rosario La Refinería Argentina. Con esto consigue que el país deje de exportar azúcar.

Mar del Plata había sido fundada en 1874. Ernesto la apadrinó con varias obras, entre ellas el Hotel Bristol, que se convertiría en un ícono de la Belle époque porteña. Ese mismo año fundó también en Mar del Plata la Colonia Marítima para niños débiles.

Es por todos conocida la impactante anécdota en la que el Gringo reúne en su casa a los principales banqueros y empresarios y les dice “Necesito ocho a diez millones para pagar la deuda en Londres” y sale un momento del cuarto para recibir a quienes vienen a anunciarle la renuncia de Juárez Celman. En el ínterin Tornquist convence a los banqueros y al volver Pellegrini éstos le presentan por escrito sus posibilidades ¡entre todos han reunido 16 millones! – Bueno, - es el comentario de Pellegrini- ahora si soy presidente.

Ese mismo año Ernesto Tornquist, que ya había pasado por las experiencias de banquero, estanciero, industrial y colonizador, solicitó autorización para fundar un pueblo que hoy lleva su nombre. El pionero eligió esa tierra paradisíaca de Sierra de la Ventana para construir una casa donde pudieran vivir hijos, nietos y biznietos. El arquitecto Nordman levantó una inmensa mansión.

Con su aguda visión, Tornquist continúa la compra de tierras en el pago de La Magdalena, Córdoba y San Luis, para dedicarlos a la agricultura y la ganadería. Ese mismo año de 1891 rehabilita la firma Sansinena que había quebrado, con su frigorífico La



Negra, funda la planta de Cuatrerros en Bahía Blanca y compra un saladero en Entre Ríos.

En marzo de 1894 Ernesto Tornquist resolvió ir a Europa con toda la familia. “Nos embarcamos en el barco italiano *Duquesa de Génova* - cuenta en sus memorias Adolfo, el hijo sacerdote -. Éramos quince personas: Papá, Mamá, los nueve hijos y cuatro personas más, entre ellas Herr Walter (el tutor con quien hablaban alemán). Hasta llevábamos a bordo una vaca lechera para tener leche fresca.” De Génova fueron en tren a París y toda la troupe pudo recorrer Bélgica, Alemania, Suiza e Italia. Lo más emocionante para todos fue El Cairo. Con sus exóticos camellos y misteriosas pirámides. Fueron meses de felicidad para la familia... “Duró poco menos de dos años la feliz aventura”, concluye Adolfo. No siempre estaba con ellos el jefe de familia. Su viaje no sería solo de placer sino de “negocios” y algo más importante: pondría en juego su papel de conciliador y pacificador. Las relaciones con la Argentina estaban tensas por el incumplimiento de pago de la deuda externa. Algo más grave aún era la carrera armamentista de Chile y sus pretensiones de expansión que podrían llevar a una guerra en cualquier momento. Argentina debía mostrarse armada para disuadir al país vecino de cualquier intento de agresión. “Si quieres la paz, prepara la guerra”¹; escribe el 31 de mayo.

En Berlín, se reunía casi todos los días con empresarios y políticos para obtener apoyo para la causa nacional.

Juan José Romero, ministro de Hacienda en varios gobiernos, recordaba estos momentos en su elogio fúnebre: “Cuando llegaron los días aciagos para el país, cuando nuestro crédito había descendido en los mercados europeos a extremos vergonzosos y los fabricantes de armamentos se negaban a entregarnos los efectos (...) el señor Tornquist, entonces en



Europa, hacía esfuerzos supremos para levantar el crédito nacional y como sus vastas relaciones lo ponían en contacto diario con los constructores y fabricantes, aseguraba a estos que el Gobierno les abonaría sus créditos. “Si usted tiene tanta fe en la solvencia de ese país —contestó uno de los fabricantes - que su casa nos garantice nuestros créditos y en el acto entregaremos las armas construidas.” Y así lo hicieron. Al satisfacer la Argentina sus necesidades bélicas, pudo arreglar una tregua entre ambos países. Romero había dejado bien claro ante el Congreso de la Nación que Tornquist “jamás solicitó ni recibió comisión de ningún género” por las diligencias realizadas. “Nunca presentó cuenta alguna ni insinuó siquiera que debía ser reembolsado el gasto importante ocasionado”.

De 1899 a 1905 transcurre la llamada “Segunda” de Roca. La población había crecido de un modo espectacular en todo el país: de los 1.830.214 habitantes que había en 1869, se pasó, en 1895, a 4.044.911. Buenos Aires seguía su destino de progreso: los campos se poblaban y el comercio florecía. Había sin embargo un problema que preocupaba a todos: la inestabilidad de la moneda. Tornquist y Jose María Rosa, presidente del Banco Nación y luego ministro de Economía, pensaban que era necesario fijar el valor del peso. Carlos Pellegrini, desde París, también dio su opinión favorable. La Ley de Conversión quedó aprobada: el peso nacional equivaldría a 44 centavos oro, evitando a los ciudadanos “las angustias de vivir al día ignorando la suerte del mañana”. Regiría hasta 1926.

Ese año el cumpleaños de Ernesto sería festejado como nunca ya que se iniciaba el nuevo siglo, 1900. Era tradicional que el 31 de diciembre los Tornquist Altgelt uniendo a familia y amigos, reunidos en la quinta de Belgrano celebraran con música, cañonazos y champagne, el cumpleaños del dueño de casa. “Era la fiesta privada más grande de todo Buenos Aires, - recuerda su hijo



Adolfo - ... a medianoche exacta se hacían veintiún salvas de cañones desde un pequeño fuerte que había en el parque.”

Ese año el banquero de las múltiples inquietudes decidió edificar un hotel de primera categoría en un terreno de su propiedad. Y encargó al arquitecto Zucker la construcción del Plaza Hotel frente a su casa de Florida y Charcas.

Faltaba solucionar un grave conflicto: la unificación de la deuda externa.

Como sabemos, la ley estaba a punto de ser aprobada pero ante la feroz crítica de José Antonio Terry, profesor de la Facultad y la violenta reacción popular alimentada por el periodismo, el 8 de junio del 1901 el presidente retiró el proyecto. Esta actitud provocó la ruptura entre Roca y Pellegrini que nunca le perdonó el haberlo desautorizado.

La noticia cayó como bomba entre los banqueros europeos que habían trabajado con Tornquist y Pellegrini en el proyecto.

Mal empezaba el siglo. Para peor, volvía a resurgir el “asunto chileno” es decir, la inminente guerra. Un mal entendido orgullo nacional estaba por hacer posible ese absurdo.

Del diario privado de Delfina Bunge rescato ese testimonio del clima que se vivía, escrito el 17 de diciembre de 1901: “Anoche, las doce me tomaron levantada y no lo lamenté. Oíamos gritos y salimos al balcón. Pero de pronto aquellas voces discordantes se armonizaron y empezamos a oír una voz unánime: la de todo un pueblo entonando el himno nacional... Muy lindo sin duda, y entusiasma escucharlo. Pero pedían la guerra. Me hacía el efecto de que eran ciegos y obraban obedeciendo a impulsos de más



arriba (...) Todas estas calamidades son idénticas para los chilenos...Y todo ¿para qué? Dios mío, para qué? Siguiendo el asunto por los diarios la guerra se hace inevitable. Una guerra que nadie quiere y a nadie conviene. No creo que haya guerra. Estoy casi segura de que no la habrá.”

Desbordado, Roca recurrió a los consejos de Tornquist. Era necesario actuar con rapidez y usar la imaginación para encontrar posibles soluciones, y sobre todo, inspirar la confianza necesaria en aquellos que podían influir en los respectivos presidentes de los países hermanos. Tornquist era capaz de hacerlo. Su espíritu conciliador y pacifista, repudiaba una guerra que no traería más que males, miseria y un atraso en el desarrollo de ambos países. Telegrafió a la casa Baring y a Rothschild para que pidieran al gobierno británico que tratara de influir en los de Argentina y Chile. Eduardo VII le hizo saber que solo ofrecería sus buenos servicios si se lo pedían ambos gobiernos. El chileno Alberto del Solar, radicado en Buenos Aires, cuenta como fueron estas tratativas en las que él intervino conectando a Tornquist con su alter ego chileno Eulogio Altamirano, rico y respetado, que podía influir en su gobierno. Ambos consiguieron una respuesta favorable de las autoridades para que aceptaran el arbitraje de Inglaterra. Y así se llegó a los Pactos de Mayo.

La inquietud de Tornquist sin embargo, no se satisfacía con lo que tenía: siempre aspiraba a más. No por codicia sino por esa misión que sentía propia de aprovechar todas las oportunidades de crecer y hacer crecer al que ten generosamente recibía a quienes quisieran su progreso.

Ese mismo año el banquero artista, como le llamaba Groussac, compra a Eduardo Casey 250.000 hectáreas de tierra en Curumalán. Y comienza a colonizar 25.000. Forma también con



sus amigos de Amberes la Sociedad Belga de Ferrocarriles. En febrero de 1903 se inaugura la primera estación. Y en 1904 la última, con lo que queda construido el ramal Tintina –Añatuya. A este hombre de físico frágil, vitalidad asombrosa y variados intereses se le podría aplicar la frase de Terencio: “Nada humano me es ajeno”.

En 1904 Manuel Quintana, elegido por una Asamblea de notables convocada por Roca, asume la presidencia de la Nación. Ese año, Tornquist construye y dona al pueblo de Mar del Plata el Torreón del Monje, que pronto se convierte en un símbolo de la ciudad. En 1905 fracasa la última revolución radical.

En 1906 es elegido diputado del Partido Autonomista, primer y único cargo político que acepta ante la insistencia de sus amigos. Tanta pasión puesta en la vida da sus frutos pero a la vez consume en su propio fuego. A los 65 años Ernesto empieza a sentir el cansancio de la excesiva acción.

Al verlo cercano a la muerte nos preguntamos si era religioso y que creencias tenía. En las memorias de Adolfo, el hijo sacerdote, encontramos algo al respecto:

“Al casarse Rosa Camusso, con George Tornquist, luterano, decidieron que unos de sus hijos fueran bautizados católicos y otros luteranos”, a voluntad de la madre, que “no era muy practicante”.

A Ernesto le tocó ser bautizado católico pero cuando fue a estudiar a Alemania le enseñaron la doctrina luterana y recibió el sacramento de la confirmación por manos de un ministro de ese culto.”

Como la mayoría de los hombres de su generación, el 80, Ernesto



tenía fe pero no practicaba y veía con cierta desconfianza el sacramento de la confesión a la que, la mayoría de ellos, consideraba una intromisión en la vida familiar. Algunos pensaban que tener un hijo “cura” rebajaba la categoría social de la familia. Eso si, en su lecho de muerte todos llamaban al sacerdote.

Rosa Altgelt había nacido en Hamburgo el año de 1856, segunda de ocho hermanos, bautizados como católicos. *“Cuando Papá se casó, prohibió a Mamá confesarse, lo que ella cumplió mientras vivió. Pero, muerto él, ella volvió a confesarse y comulgar. De todos modos en esos tiempos pocos católicos comulgaban más de una vez al año para Pascua.”*

Estando don Ernesto a la muerte en 1908, *“monseñor Terrero fue llamado para atenderlo, y se confesó con él. Días después, el padre Massana, teniente cura de la parroquia del Socorro, le dio la extremaunción”*.

El gran luchador podía descansar en paz sabiendo que dejaba a su patria y a su familia las obras de toda su vida. “Por sus frutos los conocerán” dice el Evangelio y los frutos que Don Ernesto produjo fueron abundantes. Si estuvo entre los privilegiados que recibieron diez talentos, en la tarde de la vida pudo devolver otros tantos a su Creador.



El gran empresario de una generación de hacedores

por María Saenz Quesada

En 1906, Ernesto Tornquist convocó a pasar la Semana Santa en su castillo de la Sierra de la Ventana – o al chalet como prefería llamarlo su esposa - a Carlos Pellegrini, a Paul Groussac y a otros amigos. En la estación de Bahía Blanca, invadió el andén un numeroso grupo local, a quien Pellegrini arengó desde la plataforma del vagón, celebrando el desarrollo presente de la nueva ciudad y anunciando el futuro. Pero tuvo una frase extraña que nos impresionó: “ese porvenir, por cercano que estuviere, yo no lo veré...”, escribe Groussac. “ Pareciome notar una ligera alteración en su acento y sentí en mi frente el leve soplo helado de que nos habla Job”.

En efecto, pocos meses después de estas vacaciones falleció Pellegrini; Tornquist vivió dos años más. Por consiguiente correspondió a Groussac hacerse cargo de la memoria de este calificado grupo de amigos en su libro *Los que pasaban*.

...”Sin embargo,- continúa- bajo el estímulo entonador del delicioso abril montañés, [Pellegrini] solía recobrar su buen humor chacotero, y por momentos, el ademán amuchachado de otros años. Pasamos, a la verdad, días encantadores en aquella residencia señorial cuya hospitalidad perfecta ofrecía todo el confort moderno, en el ambiente de expansiva cordialidad que mantenía el dueño de casa: curiosa combinación germano argentina de áspero financista y hombre de mundo liberal; banquero con gustos de artista, entusiasta, nervioso, infatigable a pesar de su arruinada salud; terrible organizador de programas pedestres, de los que volvíamos rendidos y despenados, desplomándonos en los Rocking chairs, mientras él se sentaba



al piano y tocaba un preludio de Bach... Por supuesto que las excursiones de Pellegrini, cuando no limitadas al parque vecino eran siempre en coche. Aún así, le ocurría volver cansado y dando cabezadas... Una vez, al abrir los ojos, me dijo sonriendo, tengo el ala quebrada..." Pero luego se sacudía con una pirueta y nos contaba anécdotas hasta organizarse el querido tresillo".

Días de descanso en la estancia; caminatas, que reemplazan a las cabalgatas de la juventud, los almuerzos copiosos seguidos por la siesta y los juegos de salón, tresillo, truco, póker y por sobre todo la conversación, bromas, recuerdos, historias, y también proyectos para esa Argentina cuyo esplendor del Centenario, ni Pellegrini ni Tornquist llegarían a presenciar.

Así, gracias a la pluma de uno de los mejores prosistas de la Generación de 1880, tenemos un cuadro vivo de la intimidad de sus más esclarecidos representantes. Dicha Generación, heredaba a las que imaginaron primero y construyeron después la nacionalidad argentina. Vemos que estos caballeros de edad madura - Pellegrini tenía 59 años, Groussac (58), Tornquist (63), mantenían invariables las costumbres gestadas en el lapso en el que habían pasado de hijos de familias acomodadas en la austera sociedad criolla, a dirigentes de la República Argentina, uno de los países con mejores expectativas de crecimiento en el mundo. La estancia se constituía en refugio para quienes llevaban una vida agitada por los negocios y por la política, en el país y en Europa. Por cierto que ese mismo año y el siguiente, Tornquist invitó a Julio Argentino Roca a pasar temporadas breves en su establecimiento rural y por la correspondencia entre el general y el financista, vemos que Roca, por su parte, lo había invitado a La Larga (Guaminí, sobre la línea del ferrocarril Sud).



Ese grupo de notables que dirigía la república se encontraba ubicado a mucha distancia del resto de la población y si bien no presumían de populares, tenían conciencia de que gobernar no es solo un ejercicio de poder cuyo objetivo es favorecer al mismo grupo, aunque también cayeran a menudo en esa tentación. De haberse limitado a este ejercicio egoísta, no los recordaríamos hoy. Pero fueron más allá, pensaron a lo grande, se comprometieron con el pasado y apostaron al futuro. Construyeron y en consecuencia merecieron la calificación de hacedores.

La Argentina que celebró con luces y sombras el primer centenario de Mayo, era el fruto de la admirable continuidad de esfuerzos desarrollada por tres generaciones, desde aquella primera concepción de la identidad de la patria americana de los criollos, a los conceptos plasmados en el preámbulo de la constitución de 1853, y por último al proyecto de la generación del ochenta para insertar al país en el mundo.

Ernesto Tornquist perteneció al núcleo dirigente de esta generación de la que formaron parte Roca, Pellegrini, Roque Sáenz Peña, Estanislao J. Zeballos, Miguel Cané, Bernardo de Irigoyen, Lucio V. López, Eduardo Wilde, Joaquín V. González, Dardo Rocha, Emilio Civit, Ezequiel y José María Ramos Mejía, entre otros organizadores de la república liberal; sus nombres se conocen ampliamente, en algunos casos por su vasta producción literaria Cané, Groussac, Lucio V. Mansilla, Eugenio Cambaceres; en otros por su actividad política y militar esencial en la construcción de la república. Menos prensa han tenido los hombres de negocios, comerciantes, empresarios y financistas que fueron parte de este proceso en el que la economía argentina creció, padeció la crisis del 90, la superó y continuó su desarrollo hasta que el comienzo de la primera guerra mundial modificó en parte el escenario.



Tuve oportunidad de escribir sobre uno de estos hombres de empresa del 80, Eduardo Casey, argentino hijo de irlandeses que colonizó la zona de Venado Tuerto, fue dueño de la estancia Curumalán donde organizó tres colonias, y se embarcó en otras empresas hasta que luego de ampliar en forma imprudente el área de sus negocios se fundió en la crisis de 1890. Eso sí, pagó todas sus deudas y falleció pobre en 1906. Merece destacarse que la gran estancia de Curumalán, propiedad de Casey, luego en poder de la banca Baring Brothers, fue comprada por Tornquist. Más prudente que Casey, medido y frío a la hora de las grandes decisiones aunque apasionado por sus proyectos, Tornquist se destacó por encima de sus contemporáneos en el campo de aquellos negocios que permitieron que la economía argentina se insertara en el mundo como exportadora de materias primas. Pero también comprendió que la producción rural no basta para constituirse en la base económica de un gran país y llevó adelante un ambicioso plan de actividades industriales. En ambas ramas fue un auténtico pionero.

De entre sus variadas empresas merece hablarse en primer término de las dedicadas a la colonización de tierras. Tornquist fundó en 1885 una colonia en campos de su propiedad, sobre la estación que llevaría su nombre, en la línea del ferrocarril sur. Dos años después, había 200 pobladores, suizos, alemanes y austriacos (entonces las colonias tenían cierta homogeneidad étnica de acuerdo al origen de los emigrantes).

En palabras de Félix Weinberg, esas primeras colonias semejaban islotes virtualmente aislados por el cuasi desierto pastoril cuyo paisaje contribuyeron a cambiar en solo dos décadas, en la medida en que los cultivos revelaron su riqueza potencial.



Eran, en la visión de un testigo de los años 1880, “campo y cielo. Ni un solo árbol, ni un arbusto por leguas y leguas, verdadero desierto”. Veinte años después, el mismo testigo describe los cambios y sus efectos en el paisaje y en el clima: “trigo, trigo y más trigo; el clima ha cambiado, las lluvias son más frecuentes, la temperatura más cálida y la tierra primeramente labrada, descansada después, produce una exuberante vegetación... Allí donde no vegetaba nada se distinguen de distancia en distancia, las casas de aquellos primeros colonos que debido a su perseverancia son propietarios felices.

Tornquist fue figura relevante en ese proceso de cambio rural gracias a la acción combinada de la ganadería y de la agricultura. Por eso su nombre figura en el capítulo dedicado a la colonización en la historia del poblamiento rural agrícola de Bahía Blanca y su región. Su actividad fue pionera por cuanto colonizar no constituía una prioridad para los estancieros porteños.

Gracias a sus conexiones familiares y su indiscutible talento, visión y audacia, Tornquist, contó con financiamiento de capitales belgas, de la plaza de Amberes para su primera sociedad en comandita cuya liquidez, explica Jorge Gilbert, se incrementó cuando en la Argentina se generaron condiciones de certidumbre para los inversores. Gracias a dichos capitales pudo fundar Estancias y colonias Tornquist (1895, 59.000); Estancias y Colonias Curumalán (1902; 240.000 ha) y finalmente Estancias y colonias La Verde (245.000 ha en Santa Fe).

En la *Historia de la Industria que supimos conseguir*, Jorge Schvarzer incluye a Tornquist en el grupo de los capitanes de industria, gente muy dinámica, escribe, que controlaba porciones decisivas del poder económico y del acceso a la riqueza social, formaban



parte de la elite social, tenían notable capacidad de decisión, conocimiento de los mercados locales, acceso a los despachos oficiales contactos estrechos con instituciones financieras externas y estaban en condiciones de captar las posibilidades de negocios – y de imaginarlas-. Un grupo de estos individuos advirtió tempranamente que la actividad fabril podía ser tanto o más interesante que otras áreas. Eran los principales inversores de capital, los propietarios de las mayores empresas y los voceros y representantes reconocidos del sector. El mayor de ellos fue Ernesto Tornquist, que fundó su primera compañía a los 31 años, con un capital enorme para la época de 1,5 millones de francos belgas: a partir de entonces duplicó ese valor cada cinco o seis años hasta acumular una de las mayores fortunas del país.

Llegaría a ser socio de un frigorífico, forjador de Tamet, la mayor empresa metalúrgica de la Argentina, dueño de Ferrum, de la primera refinería de azúcar del país, de un grupo de seis ingenios tucumanos y otras actividades fabriles que ensayó a lo largo de su vida (J.Schvarzer). Como propietario del Banco Tornquist fue uno de los pocos casos de un empresario que impuso su apellido a una institución bancaria exitosa. La Casa Tornquist era un holding que poseía las empresas mencionadas y controlaba una vasta gama de actividades, desde la explotación de decenas de miles de hectáreas hasta los negocios de importación. Asimismo representó a la firma Krupp para la venta de armas y otros bienes siderúrgicos producidos por la poderosa empresa alemana.

Tuvo fe en la industria argentina. Como se recuerda, se presentó en una fiesta junto a Carlos Pellegrini y Vicente Casares, vestido con un traje fabricado con telas nacionales y con zapatos y sombreros del mismo origen. Esto, que hoy parece un dato banal, constituía todo un desafío porque un varón de la clase dirigente



porteña usaba solamente ropa confeccionada en Londres.

Ernesto entendía que era necesario aplicar políticas proteccionistas para la industria y el comercio: la industria es “la vaca lechera de la que vivimos”, dijo. Consecuente con esta posición fue pionero de la industria frigorífica, en “La Negra”, de Sansinena, que rehabilitó en el Riachuelo y en Cuatros, Bahía Blanca. Tornquist y Cia se hizo cargo de la empresa de Sansinena en la crisis de 1890-1, la reorganizó, aportó capitales y luego empezó a pagar beneficios que alcanzaron al 50 % de las acciones en 1903 (H.S.Ferns. *Gran Bretaña y la Argentina en el siglo XIX*). Cabe suponer que si hubiera vivido unos años más no se hubiera producido el monopolio de dicha actividad por los capitales estadounidenses.

Fue asimismo pionero en la industria del azúcar. En 1887 construyó la Refinería Argentina en Rosario, para agregar valor al azúcar crudo que producían los ingenios. El hecho de que fuera Rosario, y no Buenos Aires el lugar elegido para la nueva fábrica demuestra su visión porque de este modo se ahorraban costos.

Como socio fundador, asociado con Pedro Luro, del Hotel Bristol de Mar del Plata, fue pionero de obras para fomentar el turismo interno. Tornquist coincidía con Pellegrini en cuanto a la necesidad de dotar al flamante balneario y a la capital de comodidades y estilo semejantes a los de los balnearios de moda en Europa. Ambos eran viajeros frecuentes y recorrían los lugares de moda y las grandes capitales de Europa. Sus recorridas les daban la oportunidad de pensar el país desde lejos. Y mientras el “Gringo” se proponía educar el gusto de las elites argentinas, Tornquist ponía manos a la obra.

Se interesó además por las actividades deportivas y fundó el Golf



Club de Buenos Aires. Por esta razón, una avenida de Palermo lleva su nombre (aunque quizás, por su sólida contribución a la instalación de la industria argentina, sería más apropiado bautizar con su nombre la calle de una zona fabril).

Roca sentenció con motivo del fallecimiento de Tornquist: “con su clarividencia en los negocios, donde él ponía la mano, ahí estaba el éxito”.

“Muchos llaman suerte lo que es previsión” había opinado en su momento Tornquist con respecto a sus logros económicos, y también en relación a los éxitos políticos de su amigo el general y ex presidente.

La importancia del empresario en el mundo europeo de las finanzas se puso de manifiesto con motivo de su muerte, en junio de 1908. Entre los muchos homenajes que recibió, es relevante el de una publicación de Amberes, bajo el título *“Ernesto Tornquist et le commerce anversois”*.

Se trata de un testimonio valioso porque cuando nos referimos a los vínculos comerciales de la Argentina de principios del siglo pasado, se los suele limitar a Gran Bretaña. Sin embargo, el reino de Bélgica fue mercado financiero para el crecimiento industrial del país y Tornquist, “Fue uno de los que anudaron relaciones definitivas entre la metrópoli comercial belga y la rica república sudamericana, iniciativa que se traduce hoy (1908) en una enorme cifra de negocios”, dice la nota citada.

Dicha publicación destaca el rol de la negociación financiera como facultad creadora y el ejemplo del empresario argentino: “Fue por años el consejero, el amigo leal, el Business man iluminado



al que podíamos consultar con certeza. Poseía la fuerza de carácter, tenacidad y flexibilidad que se necesita en gran comercio. Prototipo del comerciante en el mejor sentido del término, podía estar orgulloso de su trayectoria, desde el modesto empleado que era en 1870, al gran propietario, gran industrial y financista de 1908... Tornquist se diferenció de las cualidades que distinguen a los argentinos, “ni sonso ni vivo” y supo designar a personas de su confianza en la representación en Amberes”.

Para finalizar esta evocación, que se ha limitado a las actividades económicas de este polifacético personaje, citaré a Estanislao Zeballos quien en la *Revista de Derecho historia y Letras* escribió: “Desde 1880, van corridos veintitrés años de una estabilidad política excesiva. Dos influencias han predominado casi absolutamente en la dirección suprema del país. La del general Roca en política; la del señor Tornquist en finanzas”.

En efecto, la opinión de Tornquist había sido decisiva cuando Roca empezó su segunda presidencia para el proyecto de la Caja de Conversión, medida que provocó polémicas y debates en la prensa y en el parlamento. Tornquist defendió el proyecto (1898) en estos términos: “Considero que el estado de in conversión de nuestra moneda es un inmenso mal [...]. En un país donde la moneda está expuesta a fluctuaciones continuas, falta la base fija para el desarrollo sólido del progreso material. Pero sería una utopía pretender querer hacer la conversión por medios artificiales, por empréstitos, sabemos que la conversión es solamente posible cuando un país, por sus propios recursos, puede sostenerla, cuando su estado económico se lo impone”.

La Ley de Conversión Monetaria que estableció un tipo de cambio fijo, evitó que los gobiernos resolvieran sus problemas



coyunturales mediante la emisión y contribuyó a llevar a la Argentina a los altos niveles de prosperidad y crecimiento de comienzos del siglo. Tornquist fue considerado su padre legítimo, afirma Jorge Gilbert en un trabajo publicado en *Todo es Historia*.

Tornquist le había pronosticado a Roca que su segunda presidencia sería más gloriosa que la primera. Para este fin era necesario volver confiable al país, del que los centros financieros desconfiaban a raíz de la crisis de 1890, según había tenido oportunidad de experimentar en forma directa.

Tornquist, en carta a Roca de febrero de 1901, recomendó que debiera consolidarse en un solo título la deuda externa argentina y aseguró que él estaba en condiciones de negociar el asunto en Londres, con la colaboración de Pellegrini y del ministro de hacienda Enrique Berduc. De entonces datan las cartas en las que el banquero aconseja a Roca no abandonar la presidencia, ante los rumores de que está hastiado.

“Honoris causa debe usted por la patria soportar el fardo hasta la conclusión de su período y si en algo le vale mi palabra, le ruego encarecidamente no piense en tal cosa”.

Roca le contestó: “Me canso y me desencanto muchas veces del trabajo y de la injusticia y deseo íntimamente que el martirio del gobierno terminase mañana: pero de esto a desertar de mi puesto...Esté tranquilo a ese respecto”.

Como se sabe el proyecto de consolidación de la deuda externa, defendido por Pellegrini en el Congreso, atacado por la prensa y en la Universidad, fue dejado caer por Roca, lo que provocó la ruptura del binomio Roca - Pellegrini que desde 1880 había



conducido la política nacional. Tornquist lamentó el desenlace pero mantuvo invariable su amistad con los dos políticos.

En 1902, le correspondería intervenir diplomáticamente, en las sombras, para arreglar el diferendo con Chile y evitar la guerra con el país vecino. Su pacifismo, a pesar de que como representante de la casa Krupp en Buenos Aires contribuyó a armar al ejército argentino, lo enfrentó en más de una oportunidad con Zeballos, La discrepancia giraba alrededor de la política exterior de la Nación. Zeballos era profundamente belicista en su concepción de la política exterior y consideraba que las armas debían ser usadas para asegurar la grandeza nacional. Por su parte, Tornquist trabajaba por un armamentismo disuasivo, que fortaleciera al país y lo defendiera de las amenazas externas en un mundo donde el imperialismo agresivo era la regla. En 1908, el año de su muerte. Tornquist obtuvo una victoria póstuma cuando el canciller Zeballos fue separado del cargo por el presidente Figueroa Alcorta para ponerle fin al conflicto con Brasil por la cuestión de los acorazados.

“Era un patriota ardiente y sincero, con fe ciega en la grandeza nacional, creyendo siempre que ella debía desenvolverse no a las desplegadas sino en la paz, a la que no poco contribuyó en los momentos álgidos y difíciles de la disputa con Chile, cuando una chispa, un tiro perdido en las cimas de los Andes, hubiera producido el incendio”, le escribió Roca a Rosita Altgelt, la viuda de Ernesto “Yo lo estimaba y quería por sus grandes cualidades de hombre de acción y de hombre sensible al mismo tiempo a todos los afectos y cariños mas tiernos”.

Por su parte, el Dr. Carbó, su colega en la Cámara de Diputados de la Nación recordó: “Algunas de nuestras mejores leyes sobre



bancos y sobre moneda reflejan su pensamiento. Jamás excusaba sus servicios para el estudio de los asuntos del Estado que se le sometían..., aportó sus esfuerzos supremos para levantar el crédito nacional empeñando sus relaciones y garantizando sin límites la deuda argentina con su fortuna personal.... Cumpló con el deber de consignar aquí que el señor Tornquist, jamás solicitó ni recibió comisión de ningún género. Nunca presentó cuenta alguna, ni insinuó siquiera que debía ser reembolsado del gasto importante ocasionado con motivo de una extensa correspondencia telegráfica, indispensable para la realización y arreglo de los créditos”.

Difícil encontrar un mejor elogio para este pionero de la industria que logró conciliar los intereses privados con el interés público en una época decisiva para la consolidación de la República.





Ernesto Tornquist

por Enrique Pinedo

Nos hemos reunido esta tarde para recordar la figura de un hombre extraordinario, no sólo por lo mucho que hizo, sino más que nada por la enorme variedad de lo que hizo¹.

El historiador Fernando Madero nos da de él una imagen que al que va leyendo le parece increíble. Se trata de un hombre de negocios que explota quebrachales en Santiago del Estero, y se dedica a la caza -entonces se decía a la pesca- de ballenas en las islas Georgias y en las Orcadas del Sur; que desarrolla la industria azucarera en Tucumán, originariamente creada por el obispo Colombres, pero que él conduce con cuatro ingenios a niveles hasta entonces desconocidos, al punto que hasta su incursión en esa área importábamos ese producto; que crea una fábrica de enlozados que surtió durante muchísimos años las necesidades argentinas; que construye los principales hoteles de Buenos Aires y de Mar del Plata, entonces el Plaza y el Bristol; que al mismo tiempo organiza el club de golf de Palermo, y divulga la música wagneriana, así como solía sentarse a tocar a Bach; que explota el petróleo en la provincia de Mendoza y es el principal financista argentino, así como manda construir varias iglesias; que incursiona en la política internacional en la forma que detallaré más adelante, y que también se dedica a la política interna, ocupándose de los principales problemas económicos del país, y convirtiéndose en diputado nacional, cargo en el que le sorprende la muerte; que es el amigo dilecto de Roca y de Pellegrini y que debe soportar la animadversión de Estanislao Zeballos; que se dedica a la ganadería y a la agricultura en varios establecimientos que crea en distintas regiones del país, en especial en el sudoeste de la provincia de Buenos Aires, al pie de la Sierra de la Ventana,



donde funda un pueblo que hoy lleva su nombre y que se ha convertido en una zona de activo movimiento turístico.

¿Cómo puede ser que un solo hombre se dedique a todo eso?

Alberto Gache, en un libro titulado “Corazones y cerebros” en el que retrata a varios personajes de fines del siglo XIX, aunque utilizando un lenguaje que más se asemeja al del siglo XVIII, hace una semblanza de Tornquist diciendo que era “un cerebro robusto que ardía sin cesar dentro de su cúpula craneana”. Para describir el momento en que Don Ernesto actuaba durante la crisis del 90, 1890, destaca los desastres que causa la inflación. Hace hincapié en lo que significa para una sociedad la pérdida del crédito, pero para mí asombro algo que le llama mucho la atención es el sentimiento de vergüenza que tenían los argentinos que andaban por Europa.

La situación era de tal naturaleza que la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, a la sazón presidida por Don Francisco Uriburu y de la cual era secretario el mismo Gache, convoca a una reunión a la que él le atribuye gran importancia, a la que son invitados los más destacados empresarios de la época. La esencia de la misma consistía en hacerles saber que deberían contribuir con fondos de significación para poder paliar la crisis de los bancos. Porque la crisis de los bancos no es la crisis de los bancos ni menos de los banqueros; es la crisis de los depositantes, de los ahorristas, del crédito en general, y con él del total de la economía y por ende del trabajo humano que se desarrolla dentro de la República.

Era un momento en que funcionaban los mal llamados bancos garantidos y en el que el oro había llegado a cotizarse a 300 según decían los diarios de entonces. Puesto a analizar qué quería decir eso descubrí que en realidad lo que había ocurrido era que el



oro había llegado al 300 % de su valor legal, o sea que se había multiplicado por tres: cifra que después de lo que hemos vivido no hace tanto tiempo, cuando la relación pasó a ser de uno a diez mil millones, después de haber quitado catorce ceros a la unidad monetaria, nos haría esbozar hoy una sonrisa, pero que entonces era la grave señal de un mal camino. Como en economía lo que cuenta mucho son las tendencias, la cosa era grave, aunque no inédita, porque la Argentina había vivido ya varios períodos de inflación, o de creación arbitraria de moneda, lo que se parece a ella como una gota de agua a otra.

Ahora se ha dado a la palabra un sentido diferente al que originalmente tuvo, y a cualquier aumento de precios se le llama inflación. Y todos hemos leído en los diarios que la inflación en San Luis, por ejemplo, es algo inferior a la de Buenos Aires, lo que es naturalmente contradictorio para el significado anterior del término, porque San Luis no puede crear moneda nacional. Aunque hemos visto a muchas provincias crear substitutos de moneda, con lo que se pagaban salarios y jubilaciones y en algunas provincias; *faute de mieux*, ello era de aceptación bastante generalizada.

Tornquist es amigo de Roca, y sobre todo de Berduc, su ministro de Hacienda. Conoce como nadie los vericuetos de la moneda, y contribuye mucho a la creación de la ley de conversión en 1899. Puede ser que ésta no se entienda bien si no se explica, aunque sea en pocas palabras, que en 1881, cuando circulaban por el país muchas clases de moneda, entre ellas españolas y bolivianas, Roca hace establecer por ley la unidad monetaria, el peso, que define la misma ley en términos de oro y en términos de plata, en el sistema que se llamó de bimetalismo incompleto. Allí se lee que el peso tendría el valor de 1 gramo 6129 diez miligramos de oro; y se dice también que medido en plata el peso tendría 25 gramos de plata de



noventa centésimos de fino, moneda igual al doblón español, que después copiaron el dólar norteamericano, el balboa panameño, el sol peruano o nuestro popularmente llamado patacón. El tamaño es idéntico, pero el fino no, ya que el dólar y el sol tenían 80 % de fino, es decir que la alianza era más pura en nuestra moneda que en las otras. ¿Por qué se le ocurre al legislador unir el valor del peso al valor de 1 gramo 6129 diez miligramos de oro? Simplemente porque al dictarse la ley de 1881 la relación de valor entre el metal oro y el metal plata era de 1 a 15,5; y resulta que si dividimos 25 (que eran los gramos que pesaría el peso medido en plata) por 15,5 el resultado nos da esa curiosa suma de 1,6129.

Entre 1881 y 1899, con altibajos en el medio, el llamado peso oro se fue valorizando con respecto al papel, hasta que la ley de conversión reconoció ese hecho y resolvió asignarle al peso papel el valor de 44 centavos del peso oro de 1881. A ese tipo de cambio la Caja de Conversión, creada por Pellegrini y Vicente Fidel López, daba pesos papel a quien entregara oro, y daba oro a quien entregara papel. La ley de 1899 ordenó que esa relación se mantuviera, y en su redacción, que explicó con brevedad y precisión el periodista Domingo Lamas, influyó grandemente Don Ernesto Tornquist. El presidente Yrigoyen cerró temporariamente la Caja de Conversión con motivo de la guerra mundial, y correspondió al presidente Alvear ordenar la reapertura de los pagos en oro a los acreedores de la República. El sistema fue muy parecido al creado un siglo después, y a mi juicio fue beneficioso en ambas oportunidades.

Otro tema que quiero destacar ocurre en el campo internacional. A fines del siglo XIX y principios del XX la relación entre Chile y Argentina se deterioró enormemente, y todos los escritores concuerdan en que estuvimos al borde de la guerra entre ambas naciones. La Argentina había mandado construir dos buques de



guerra en Europa, pero no los podía retirar de los astilleros de los productores porque no tenía dinero suficiente para pagarlos, ni tampoco tenía crédito. Es allí cuando Tornquist avala con sus bienes personales las obligaciones de la Nación, y ante la manifestación de Tornquist en el sentido de que si la Nación no pagara él pagaría, la Argentina puede retirar los barcos. Tornquist comentaría: “Nunca he creído en la guerra con Chile, pero no está de más amontonar materiales en defensa de la paz”.

El encuentro en el Estrecho de Magallanes de los presidentes Errázuriz y Roca sella la paz entre nuestros dos países, y puede decirse sin faltar a la verdad que es posible gracias a las gestiones de Tornquist con Altamirano que permitieron que renaciera o naciera la confianza entre ellas, y la confianza, así como es la base de la economía, es también la base de la paz.

Cuando se hace presente una vez más el temor de la inflación, cuando la confianza en los negocios y en los pagos pende de un hilo; cuando la solvencia futura de la Nación vuelve a estar en duda; cuando la moneda nacional deja de ser un símbolo creíble y los propios ciudadanos toman una tendencia a reemplazarla por otra medida de valor que viene de afuera, haremos bien los argentinos en recordar la figura de Tornquist: su éxito, a mi juicio, se debió a que él tuvo confianza en la gente de nuestro país, y la gente de nuestro país tuvo confianza en él. No hay tal cosa como un derecho a la confianza. La confianza se merece, o no.

Notas

¹ Conferencia pronunciada en el Salón Delia Parodi de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, con el auspicio del bloque del PRO, el 17 de noviembre de 2008 como homenaje por el centenario del fallecimiento de Ernesto Tornquist.



3

Ernesto Tornquist,
el organizador de un poderoso Holding
por Jorge Gilbert

Introducción

Ernesto Tornquist y Compañía fue en sus orígenes una empresa mercantil identificada bajo tal denominación desde que Ernesto Tornquist se convirtiera, a partir de 1873, en socio responsable de la firma. Ésta era, en realidad, continuadora de los negocios de una compañía introductora de capitales belgas, cuyos orígenes se remontaban a 1830, cuando comerciantes y comisionistas de la ciudad de Amberes se establecieron en la plaza de Buenos Aires y vincularan con la comunidad mercantil rioplatense¹.

Dicha firma se sostuvo con un bajo grado de especialización y operó en escala reducida hasta la segunda mitad del siglo XIX, en razón de las características del mercado local, donde, al igual que otros sectores mercantiles, participó en diversas actividades que combinaban, principalmente, negocios de importación y exportación.

Sin embargo, hacia las últimas décadas, los nuevos patrones de acumulación de capital en la economía argentina, posibilitaron el crecimiento de aquéllas empresas vinculadas con centros financieros europeos, las cuales, al modificar sus estrategias operativas, ejercieron un papel clave en el proceso inversor.

Así, en forma progresiva, se produjo una diferenciación entre los medianos comerciantes y aquéllos que habrían de constituirse en referentes de los grupos económicos más importantes del país, como lo fueran Tornquist, Bemberg, Portalis, Bracht, Bunge y Born, o Devoto, (Marichal, 1984).

En tal contexto, consolidado a partir de 1880, la *Compañía Ernesto Tornquist* supo aprovechar las oportunidades generadas por la expansión económica, e invirtió en industrias, tierras, actividades



agropecuarias y finanzas. Dicha apertura hacia sectores no específicamente mercantiles se apoyó en una estrecha vinculación comercial y financiera con el mercado belga, establecida en décadas anteriores, la cual habría de profundizarse a partir de entonces.

El accionar de Ernesto Tornquist no fue por cierto individual, pues el éxito logrado en sus numerosos emprendimientos, sólo puede comprenderse a partir de un entramado de vinculaciones, personales y comerciales, que le fueron de utilidad para alcanzar sus objetivos.

Si bien al formar un conglomerado de empresas, Ernesto quedaba ubicado en una posición central, las estrategias eran definidas por un conjunto de actores. Desde el origen de la 'Compañía', como sociedad belga en-comandita, ésta involucraba a numerosos participantes, a los que habrían de sumarse otros, como consecuencia del crecimiento y diversificación de los negocios, en un contexto de alianzas intra o extrafamiliares, necesarias para lograr fuentes de financiamiento.

La gestión de Ernesto finalizó con su muerte en 1908, a los 66 años, si bien la 'Compañía Tornquist' continuó sus actividades hasta 1974, como empresa familiar dirigida por sus herederos. El período aquí considerado se inicia en 1873, cuando la Compañía adoptó tal denominación, y comprende hasta 1930 en que se modificaron las condiciones del funcionamiento de la economía internacional, con el consiguiente impacto en el orden local.

Durante esos años, la experiencia acumulada por la empresa favoreció una exitosa continuidad de los negocios, los cuales siguieron multiplicándose después de la desaparición del empresario organizador.



Para comprender la formación del grupo liderado por Ernesto Tornquist, se analizó el proceso inversor, su ciclo y evolución, identificándose sectores y actividades predominantes, así como las condiciones que favorecieron su desarrollo².

Será ésta, pues, una aproximación a la historia de uno de los grupos económicos más interesantes y ricos de nuestro pasado, el cual hasta ahora, y a pesar de su importancia, no ha recibido similar interés por parte de los historiadores del área empresarial, ni de aquéllos dedicados a la historia económica en general.

Los cruciales años del despegue

Ernesto Tornquist inició sus actividades como empleado en una firma importadora que operaba en reducida escala, acorde con las características del mercado argentino, en un país de gran incertidumbre, donde la inestabilidad política y monetaria constituían un gran desafío para cualquier iniciativa económica de mayores proporciones.

Eran los años del enfrentamiento entre Buenos Aires y la Confederación, presidida por Urquiza, conflicto que habría de definirse con el triunfo de Mitre y de nuevas fuerzas políticas que, en el transcurso de dos décadas, consolidarían el Estado nacional. Dicha etapa estuvo signada por profundos cambios, no sólo en el ámbito de las relaciones políticas, sino también en la materialización de un proyecto modernizador de la economía y sociedad argentinas, en un proceso de integración al mercado mundial.

A partir de 1862 se afianzó la apertura comercial la que habría de estimular un ciclo de inversiones extranjeras, principalmente británicas, hasta la crisis de 1873. De esta manera el país tuvo acceso al mercado de capitales, factor escaso en Argentina, el cual,



junto a la limitada disponibilidad de fuerza de trabajo local, habían condicionado el crecimiento.

En forma progresiva, los cambios productivos, particularmente en la región pampeana, permitieron ampliar las actividades comerciales, ya fuesen vinculadas con la exportación, o con el abasto del mercado interno. Como resultado de tal proceso, algunos sectores mercantiles, hasta entonces poco diferenciados, comenzaron a especializarse.

En la trayectoria de Ernesto Tornquist, la del setenta fue una década de importantes decisiones, en el ámbito de su vida privada y también profesional. Había llegado a los treinta años, y su demostrada capacidad de gestión en el trabajo, así como una reconocida intuición para buscar oportunidades, hacía pensar en un futuro exitoso.

Fue esa la década en que definió cuestiones cruciales para comprender su posterior trayectoria: en lo particular, decidió constituir una familia, desposando a su sobrina Rosa Altgelt Tornquist; en lo profesional asumió un nuevo rol en la 'Compañía', y, además, optó por aproximarse a un sector de la dirigencia política, la cual, a partir de 1880 habría de predominar en el poder.

El mismo año que contrajo matrimonio, realizó con su esposa un largo viaje a Europa, hacia donde partiera en noviembre de 1872, para regresar en febrero de 1874; durante el mismo, se detuvo en forma prolongada en Londres, Manchester, Amberes, París, Hamburgo, y Crefeld, ciudad donde residía el abuelo paterno de Rosa y adonde, en su adolescencia, Ernesto había sido enviado a estudiar.

En la correspondencia que Rosa enviara a sus padres, residentes en



Buenos Aires, describía la actividad realizada por su esposo, visitando fábricas o dedicando horas al despacho de correspondencia en Ferber, Hün y Compañía "...ayer se la pasó escribiendo hasta las cinco de la tarde, no te puedes figurar como trabaja, a cada cinco minutos entra el portero con alguna carta o telegrama"; en otra misiva solicitaba a su madre: "Cuando escribas a Ernesto, dile que no trabaje tanto, pues a mí no me hace caso, ahora ya ha salido a una fábrica de seda"³.

Difícilmente Ernesto podría haber condicionado su accionar a los pedidos de Rosa, una joven de sólo 16 años, y si bien el trabajo era intenso, éste no era obstáculo para que realizaran una intensa vida social, donde cenas, bailes, teatro, reuniones de círculos literarios o paseos, eran compartidos con algunos de los socios capitalistas, como Grisar, Lynen o Kregingler.

De esa manera, además de incorporar experiencias laborales y demostrar su capacidad, Ernesto establecía vínculos basados en la amistad, y aunque la crisis europea no constituía un clima propicio para atraer capitales al país, el hábil comerciante realizó acuerdos con los socios comanditarios de Amberes, que lo ubicarían luego al frente de la firma en Buenos Aires.

Si bien a partir de 1873 la empresa quedó asociada a su apellido, se mantuvieron los estrechos vínculos establecidos con miembros de la familia Altgelt, con quienes habría de compartir variadas iniciativas.

En Argentina también éstos fueron años críticos, pues a la incidencia local de las fluctuaciones europeas, como la crisis mundial de 1873-1876, que afectara seriamente el rumbo de los negocios, se sumaron las tensiones locales, provocadas por la revolución mitrista de septiembre de 1874, que pretendiera,



mediante la resistencia armada, impugnar la elección presidencial de Nicolás Avellaneda.

Durante esta etapa, numerosos jóvenes, particularmente universitarios, vieron en la figura de Adolfo Alsina la posibilidad de una renovación en pensamiento y práctica, y con ese ideal se incorporaron a la vida política⁴. Entre ellos se encontraban Carlos Pellegrini y Juan José Romero, con quienes Tornquist mantuviera una perdurable relación; ambos habían llegado a la Legislatura de Buenos Aires desde el Partido Autonomista, para desempeñar luego roles importantes en el proceso político que, durante la presidencia de Avellaneda, llevaría a la formación del Partido Autonomista Nacional y a la alianza con la Liga de Gobernadores que habría de apoyar la candidatura presidencial de Roca.

Cuando el levantamiento armado de la provincia de Buenos Aires, en 1880, pusiera en jaque al Gobierno nacional, Pellegrini ocupó el Ministerio de Guerra, mientras Romero, como presidente del senado provincial, asumió como Gobernador desde octubre hasta mayo del año siguiente en que Dardo Rocha se hiciera cargo, mientras la vacante de senador que dejaba éste último fuera ocupada por Pellegrini.

Por su parte Tornquist integró una 'Comisión del comercio', junto a Manuel Ocampo, Leonardo Pereyra, Saturnino Unzué y Félix Frías, formada con la intención de lograr consenso en torno a la candidatura de Sarmiento. La alternativa pacificadora fue rechazada y la resistencia porteña terminó con la derrota militar del gobernador Tejedor.

Finalmente, Roca llegó a la presidencia, y a partir de entonces se afirmaría como uno de los principales referentes de la época.



Fueron años en los que se consolidó un nuevo orden político, y un programa de gobierno que creó condiciones para favorecer el desarrollo de la actividad empresarial, beneficiando al país con un flujo masivo de capitales y mano de obra extranjera.

Ernesto, además, como miembro del Directorio del Banco de la Provincia de Buenos Aires, apoyó las iniciativas de Romero, en particular cuando éste fuera designado Ministro de Hacienda de Roca, y por tanto encargado de impulsar la unificación del sistema monetario nacional.

Resulta evidente que los intereses de los comerciantes convergieron con los de los políticos en diferentes coyunturas, pues ambos sectores buscaban consolidar un Estado nacional capaz de crear condiciones institucionales para favorecer el crecimiento. Los elementos claves para ello fueron lograr la estabilidad política, modernizar las estructuras económicas, y desarrollar las actividades agropecuarias.

En el caso de Tornquist, quién participara de importantes iniciativas empresariales, -sin formar parte del Gobierno-, sus intervenciones buscaron el logro de la estabilidad monetaria, factor nodal para atraer los capitales externos.

Carlos Pellegrini y Juan José Romero, desde diferentes instancias de gobierno, tuvieron responsabilidad política en la formulación de importantes medidas económicas, al par que mantuvieron un permanente intercambio de ideas con Ernesto⁵. En el ámbito privado, el primero compartió su estudio jurídico con Roque Sáenz Peña y Federico Pinedo, mientras Romero estaba asociado con José María Rosa⁶.



Por sus despachos pasaban empresarios nacionales y extranjeros, miembros de corporaciones sociales y financieras, como también postulantes políticos de diferente cuantía; eran espacios en los que confluían negocios privados con niveles institucionales y no institucionales de la política.

Según las Memorias de un empleado del estudio Sáenz Peña-Pellegrini-Pinedo “...no faltaba elemento para la tertulia diaria, que generalmente celebrábase en el despacho del doctor Pellegrini...” “Por entre las nubes de aromatizantes volutas (en referencia al humo de los habanos que fumaba Sáenz Peña) distinguíamos a Vicente Casares, Julián Martínez, Rufino Varela Ortiz, Ernesto Tornquist, los Cantón, los Carlés, los vecinos de quehaceres, Marcelino Ugarte, Benito Villanueva, Miguel Cané, Carlos Meyer Pellegrini, Carlos Coll y tanto otros más” (Viale, 1945).

Tales presencias lejos estaban de representar una homogeneidad de intereses, aunque permiten ilustrar acerca del entramado de relaciones, más allá de las estrictamente comerciales, con las que interactuaba Tornquist, y que resultaban de gran utilidad en oportunidad de decidir estrategias de inversión.

Estos vínculos habrían de contribuir a consolidar su gestión empresarial, ya fuese en lo interno como en el exterior; por ejemplo en 1883, Juan José Romero presentó a Ernesto Tornquist ante la casa Baring, como consultor de finanzas argentinas; su habilidad permitió que cuatro años después, interviniera en la negociación de un empréstito nacional con la banca alemana⁷. Así a la capacidad demostrada en la conducción de su ‘Compañía’, habría de sumarse una imagen de poder y solvencia que sin duda contribuyó para atraer otros negocios.



Ciclo económico y evolución de las inversiones

Los Ochenta constituyeron el comienzo de un ciclo expansivo en la economía agroexportadora argentina, sostenido con variada dinámica durante cinco décadas. Si bien el proceso de crecimiento se mantuvo por más de medio siglo, existieron crisis que modificaron tal tendencia alcista, producto de ciclos recurrentes en los mercados de los países industrializados, (Vitelli, 1999: 29-44, 115-127).

En dicho contexto, la estrategia de la ‘Compañía Ernesto Tornquist’ se modificó con rapidez, en respuesta a la velocidad de los cambios. A partir de 1883, en que renovara el acuerdo societario, sumó a sus objetivos mercantiles la participación en empresas industriales, desde 1889, quedó facultada para comprar y vender propiedades rurales y urbanas, y recién una década después habría de incorporar también los negocios bancarios.

1883/1890 | La etapa inicial de la diversificación

Al producirse la crisis de los setenta, la originaria firma mercantil era todavía una más entre otras tantas de la plaza porteña. Empero, esta limitación habría de devenir en su beneficio, al no ser afectada en igual grado por las condiciones que llevaron a la quiebra a otras empresas del sector bancario, y que tan escaso impacto alcanzaron sobre sus operaciones. (Chiaramonte, 1971: 5°).

Ese antecedente permitió que la empresa expandiera su participación durante los años ochenta a cuatro sociedades: José Conen y Compañía (1883), la Compañía de Productos Kemmerich (1884), la Refinería Argentina (1886) y el Bristol Hotel (1887), sociedades éstas que darían origen, paralelamente, a una compleja red de intereses⁸.



José Conen y Cía. y Cía. de Productos Kemmerich.

Las firmas José Conen y la Compañía de Productos Kemmerich fueron constituidas en Bélgica como sociedades en comandita, con el propósito de realizar actividades en Argentina. La primera de ellas se dedicó a la fabricación de velas de estearina, glicerina y oleína, así como de ácido sulfúrico y demás elementos necesarios para la fabricación de cerillas. Su planta industrial estaba ubicada en el barrio de Barracas al sur, junto al Riachuelo, en la provincia de Buenos Aires, y era provista de sebo por el cercano frigorífico Sansinena⁹. En 1897 sus actividades se ampliaron al asociarse con otro fabricante del mismo rubro, José Berisso, quién poseía una planta industrial en Barracas al norte, en la Capital Federal¹⁰. Simultáneamente José Conen se retiraba de la actividad para radicarse en la ciudad de Lieja, en Bélgica, y dejar la administración de sus intereses a Guillermo Altgelt. El crecimiento de los negocios obligó, en 1904, a la reorganización de la empresa Conen como una sociedad anónima, y la Compañía Ernesto Tornquist logró, así, el control sobre la misma, sus actividades se ampliaran y organizaran en tres establecimientos especializados. Uno concentraba los procesos vinculados con grasa comestible, oleína, glicerina, estearina y velas de todos los tamaños; el segundo, todo lo atinente a la fabricación de jabones para uso doméstico e industrial, mientras la tercera elaboraba productos químicos, como ácidos, sales y bórax¹¹. Si bien, en función de los montos invertidos, Conen no constituyó una gran empresa dentro del grupo, su interés radicó en el fortalecimiento de los vínculos de Tornquist con algunos socios belgas¹².

La Compañía de Productos Kemmerich fue un caso de reorganización de la empresa familiar establecida en 1880, dedicada a la elaboración de extractos vacunos, caldos, peptona, carne salada seca y conservada, y al procesamiento de otros subproductos

ganaderos como sebo, grasa y cueros, (Pillado, 1899:175-176). Estas actividades se realizaban en el saladero Santa Elena ubicado sobre el río Paraná en la costa norte de la provincia de Entre Ríos, en la actualidad departamento La Paz. El aspecto novedoso de esta industria fue el procesamiento de extractos y caldos de carne, productos que alcanzaron una creciente demanda por parte de los países industriales. Su producción se exportaba principalmente con destino al mercado belga, el cual, en 1914 absorbía el 60% de las exportaciones argentinas de este rubro. La empresa mantuvo sus anteriores actividades saladeriles e integró la producción parcial de sus insumos mediante la compra, cría y engorde de ganado, lo que implicó la explotación de más de 260.000 hectáreas de tierras ubicadas en las provincias de Entre Ríos y Santa Fe.¹³ En cuanto a la organización de la sociedad, si bien los propietarios iniciales mantuvieron la dirección sobre los aspectos productivos, el control accionario quedó repartido entre la Compañía Ernesto Tornquist y dos firmas belgas, Henry de Bary y Compañía y Victor Lynen y Compañía que, a su vez, formaban parte de la sociedad Tornquist. La comercialización de los productos Kemmerich se dividió entre las tres empresas precitadas, las que se repartieron igualmente los mercados. Así, Tornquist actuaba, sobre todo, en Estados Unidos, Brasil y Antillas, mientras las otras dos lo hacían en plazas europeas, por lo cual percibían comisiones del 2 y 2,5% sobre los embarques.¹⁴ La vinculación del grupo con Kemmerich se mantuvo hasta 1908 en que la empresa fue vendida a Argentina Estates of Bovril.

La industria azucarera

La organización de la Refinería Argentina constituyó un caso diferente respecto de las dos primeras inversiones, en las que el grupo se asociara con empresas ya formadas. En realidad, esta fue una industria creada y dirigida personalmente por Ernesto



Tornquist, quién aportó, además de recursos, sus vinculaciones con el poder político, indispensable apoyo para que fuera factible la iniciativa. El proyecto para llevar adelante la construcción y puesta en marcha de la refinería se alcanzó durante una etapa de alianzas entre las elites del interior y las del litoral, que habrían de posibilitar la construcción y afianzamiento del Estado nacional. Durante las presidencias de Sarmiento y Avellaneda se había procedido a la construcción y tendido de la red ferroviaria que unía las ciudades de Rosario y Córdoba, y que en 1876 llegara a Tucumán. El impulso que el Ejecutivo otorgara a este trazado, estaba asociado a su necesidad de controlar militarmente el interior resultando imprescindible contar con un transporte rápido de tropas. Este objetivo estratégico se asoció, también, con los intereses de las elites provinciales para sostener a las economías regionales con medidas que favorecieran la expansión de la producción del azúcar en Tucumán, por ejemplo, y posibilitaran, en general, la integración del mercado interno.

Esta combinación de política y negocios constituyó la base imprescindible para el despegue de una industria azucarera nacional, pues una vez lograda la comunicación entre el interior y el litoral, el abaratamiento de los fletes, promovido desde el Estado central, provocó una modernización de la economía tucumana.

El cultivo de la caña se expandió durante las décadas de 1870 y 1880, realizándose también inversiones en equipos, que permitieron reconvertir esta actividad en una moderna industria. En el origen de este proceso se hallaba la básica necesidad de construir una planta refinadora y fue entonces, a partir de 1885, que surgieron varios proyectos, diferenciados por la elección del lugar de radicación y por el posible apoyo desde distintos niveles del Estado, (Guy, 1988: 513-514). El proyecto de la Refinería Argentina, presentado



por Ernesto Tornquist al Gobierno Nacional, finalmente triunfó merced al decidido aval del Presidente Roca.

La planta fue instalada en Rosario, y obtuvo en 1887 una concesión del Estado que le acordaba una garantía del 7% anual durante 15 años, sobre un capital de o\$s 800.000, con un capital autorizado de o\$s 1.500.000. Ello implicaba el otorgamiento, por primera vez a una industria nacional, de un trato equiparable con el hasta entonces brindado a las inversiones de capital extranjero, como las concesiones ferroviarias. En este emprendimiento la Compañía se había asociado con industriales y políticos tucumanos, quienes detentaban el 25% de las acciones, mientras Tornquist, con un 47%, se aseguraba el control de la refinería, (Guy, 1981: 517).

El empresario utilizó, además, su influencia para lograr ventajosas condiciones en la industria del refinado. Entre ellas, un incremento del arancel al azúcar refinada importada, aplicable desde el momento en que rigiera la precitada garantía, dos años después fueron otorgados permisos para importar materias primas cuando la oferta de azúcar local cruda resultara insuficiente. A partir de 1895, la crisis de sobreproducción afectó los intereses de los productores, por lo que en 1897 la exportación de azúcar recibió directamente una subvención estatal, para paliar los efectos de un problema que cíclicamente volvería a repercutir sobre el sector.

El conjunto de estas medidas proteccionistas permitió que la Refinería Argentina incrementara rápidamente su producción hasta llegar a controlar la totalidad del mercado interno, pues si bien el consumo de azúcar no se hallaba restringido sólo a la refinada, la planta de Rosario fue la única en el país hasta 1910, en que la *Compañía Hileret*, dueña del ingenio *Lules*, comenzara la construcción de otra refinería en Tucumán. Hacia fines del

siglo XIX ampliada, ya, la capacidad productiva de la planta, ésta abastecía la demanda interna, mientras los poderosos intereses políticos y económicos asociados desplazaban del mercado doméstico al azúcar refinado importado.

Las inversiones de Tornquist en el sector no se limitaron al refinado y durante la década de 1890 trató de integrar verticalmente la actividad, comprando tierras e ingenios en oportunidad de la crisis precipitada, que llevara a la ruina a los productores con recursos insuficientes. *Nueva Baviera*, fundado en 1879 por Francisco Deport, fue el primer ingenio adquirido por el grupo, en 1886, si bien sólo pudo afirmar su presencia en el sector una vez que se organizara la *Compañía Azucarera Tucumana* (CAT), desde 1895 en adelante, hasta alcanzar a producir más de la cuarta parte del azúcar tucumano. La CAT fue una empresa asociada con intereses radicados en Tucumán, particularmente los de la familia Méndez, propietaria de ingenios y con participación en la política provincial, a través de figuras como la de Pedro Méndez, quién fuera candidato a gobernador por el PAN en 1893, (Guy, 1988: 521). Una empresa, pues, constituida para explotar un complejo de plantaciones y fábricas en la provincia, compró en 1895 dos ingenios más: *La Florida y Trinidad, a Pedro Méndez y Compañía y a Méndez, Salvatierra y Compañía*, a los que se sumarían, en 1898, *Lastenia*, fundado en 1840 por Baltazar Aguirre, y *San Andrés*, organizado en 1860 por Domingo García, (Annexes, 1914, Acta 1523).¹⁵

Los propietarios de los últimos ingenios adquiridos, pasaron a ser socios, al detentar el 34 % del capital accionario de la CAT, si bien el control aún era mantenido por Tornquist, con más del 40% de los o\$s 2.000.000 del capital suscripto, (Annexes: 1914, Acta 1523: 1274). La posterior evolución de la CAT indica que todas sus inversiones fueron rentables, pues su capital superó los

o\$s 4.000.000 en 1912, llegó a \$oro 5.000.000 en 1923 y junto con las reservas legales superó los o\$s 10.000.000 en 1928, lo cual la convirtió en la segunda empresa del grupo en 1930, en orden de importancia de sus capitales, (Cuadro N° 2). La participación de Tornquist en la actividad azucarera habría de decaer durante la década de 1930 y la Refinería Argentina fue liquidada en 1932 retirándose, progresivamente, los capitales invertidos en los ingenios que formaran parte de la CAT.

Servicios hoteleros

El sector hotelero constituyó un caso particular dentro del primer ciclo de inversiones, en tanto incursionaba en un área no tradicional. El interés por esta actividad demuestra que existía en el grupo y, fundamentalmente, en su conductor, una actitud empresarial capaz de responder a demandas surgidas del proceso de cambio económico y sus consecuencias sobre lo social, derivadas del auge y expansión del sector primario y que canalizaban hacia el país sus gastos suntuarios. El sector de servicios hoteleros era una rama relativamente nueva, nacida en Europa a mediados del siglo XIX al formarse la sociedad del *Grand Hotel* en París. Los suntuosos hoteles que desde entonces comenzaran a construirse en las principales capitales, reprodujeron la arquitectura de los grandes palacios de la aristocracia, y se constituyeron en un indicador de status económico para la burguesía enriquecida por los cambios derivados de los procesos de industrialización. Al igual que en los nuevos sectores europeos, la creciente riqueza de la elite argentina se reflejó, entre otros aspectos, en la adopción de pautas que imitaban el consumo y la moda transatlánticos, una de las cuales era la incorporación del traslado a una zona marítima, durante la temporada de verano. En tal sentido, la confluencia de intereses de dos importantes hombres de negocios, Pedro Luro y Ernesto Tornquist, impulsó la iniciativa



que llevaría al surgimiento de la localidad de Mar del Plata, en la costa bonaerense. La relación entre ambos empresarios se había iniciado cuando compartieran cargos similares en el Directorio del Banco Provincia de Buenos Aires durante la primera presidencia de Roca, y sus iniciativas y capacidades financieras terminaron asociadas para la construcción del Bristol Hotel en 1887, y la reorganización del frigorífico Sansinena en 1891.

El Bristol Hotel, inaugurado dos años después de la llegada del Ferrocarril Sur, que conectara en 1886 la ciudad de Buenos Aires con la incipiente Mar del Plata, fue el alojamiento preferido, y por varias décadas “el lugar de encuentro” de los sectores dirigentes y de los que contaban con mayor reconocimiento social entre los miembros de la elite nacional hasta tanto edificaran sus propias residencias, el *chalet*, una expresión de origen suizo romano utilizada para las casas campesinas de madera en la montaña donde se cultiva la huerta y los frutales. El folklore de la historia del Hotel y la ciudad se sesgaron, más tarde, privilegiando sólo las actividades del inmigrante vasco Pedro Luro, quién comprara en 1876 a Patricio Peralta Ramos, las tierras de un saladero abandonado cuya actividad recuperó. A ésta habría de sumar, luego, diversas iniciativas, como la construcción de un horno de ladrillos, la instalación de un muelle de madera y la compra de terrenos sobre los que habría de constituirse, más adelante, el núcleo de la ciudad balnearia, (Sebreli, 1984: 26).

Cuando la actividad saladeril culminaba su ciclo y surgía, en la década de 1880, la industria frigorífica, Pedro Luro, secundado por sus hijos Santiago y José, continuó invirtiendo en otros sectores, entre ellos en la naciente industria de las carnes congeladas y en los servicios de hotelería donde se inscribe el núcleo inicial de la sociedad que construyera el Bristol: José Luro, su cuñado



Francisco Sansinena, Julio Lacroze, Miles Pasman, Adolfo Dávila y Ernesto Tornquist. Con el paso del tiempo, la sociedad se amplió e incorporó nuevos socios frente a la necesidad de construir más y mejores instalaciones, pues la gran aceptación del público había provocado un constante incremento en el número de pasajeros. El grado de compromiso personal que Ernesto Tornquist había asumido sobre el desarrollo de la ciudad y su entorno, lo demuestra la construcción de su *villa de verano*, una de las primeras, en las manzanas que irían desde la actual Avenida Colón hasta la Playa Bristol. Además, de su propio peculio, Tornquist hizo construir la que hoy es la Plaza Colón, diseñada por el infaltable Carlos Thays, quién se encargó de adornarla con árboles y flores exóticas, plantados en un terreno casi yermo, donde sólo destacaba la residencia de la familia Tornquist. Una vez concluida, la plaza fue donada a la naciente ciudad por el empresario, al igual que el mirador luego convertido en Pidgeon Club, hoy llamado Torreón del Monje.

En 1911, todas las propiedades del Bristol Hotel fueron adquiridas por una nueva sociedad del grupo Tornquist: la *Compañía Nacional de Grandes Hoteles*, la cual, con una mayor dotación de capital realizó importantes obras de ampliación, como la que sustituyó al originario primitivo chalet de madera del hotel por el fastuoso palacio que habría de ser inaugurado en 1912. Los años siguientes fueron de intensa y rentable actividad debido a que la elite local interrumpió sus temporadas europeas como consecuencia de la prolongada Guerra iniciada en 1914. Las inversiones de Tornquist en hoteles no se vieron limitadas a las realizadas en Mar del Plata, pues poco antes de morir, el empresario inició la construcción del *Plaza Hotel*, en terrenos de su propiedad, frente a la plaza San Martín, en Buenos Aires, en la manzana delimitada por las calles Florida, San Martín y Charcas.¹⁶



Durante este primer ciclo correspondiente a la década de 1880, las inversiones de la Compañía Tornquist se orientaron principalmente hacia el sector industrial, con participación en tres ramas diferentes: velas y productos químicos, caldos y extractos de carne, y refinado de azúcar. Las dos últimas llevaron a procesos de integración para el abastecimiento de parte de los insumos fabriles, mientras el azúcar generaba inversiones en nuevas empresas. El restante sector, los servicios hoteleros, conformó una actividad en la que la participación de Tornquist se redujo a las cuestiones financieras; paradójicamente, de este núcleo societario habría de surgir su vinculación con la industria frigorífica, que llegaría a constituir una de las inversiones más importantes dentro del conjunto de empresas bajo control del holding. De las cuatro sociedades que formaban parte de la Compañía en esta etapa, dos se habían constituido en Bélgica y las demás eran nacionales. Tal situación permite identificar la gestación del grupo a partir de núcleos diferenciados, tanto por el origen de sus capitales como por el tipo de actividad al que se orientaba la inversión. Es por ello que al interrogarnos acerca de las causas que llevaron a la diversificación de inversiones en áreas inconexas, la misma puede asociarse, inicialmente, con la localización geográfica de las mismas. Aunque también es posible estimar que Tornquist contaba con la información y capacidad de gestión necesarias para expandir sus intereses más allá de lo específicamente mercantil. Tales condiciones se apoyaban también en su capacidad para canalizar hacia el país, importantes recursos financieros producto de su asociación con capitalistas belgas. En tal sentido la reflexión se aproxima a algunas de las afirmaciones sostenidas por Hikino y Amsden, al analizar las experiencias de los países de industrialización tardía. Nos resulta sugerente el planteo que afirma que *...si un país no logra crear grandes empresas industriales por motivos geoeconómicos o tal vez políticos,*



debe desarrollar grandes empresas financieras y mercantiles, que organicen y coordinen el funcionamiento de las pequeñas empresas manufactureras, (Hikino, 1995: 21).

1890-1900 | Una década expectante

La crisis de 1890, con la aguda recesión subsiguiente, explicaría que no hayan existido nuevas inversiones entre 1888 y 1894, excepto la realizada en 1891 con la firma Sansinena e hijos, con el objeto de evitar la quiebra de este frigorífico. Durante dicha crisis se evidenció en Tornquist una actitud previsor, al no actuar en búsqueda de rápidas ganancias, como resultaba usual en el clima especulativo de la época. Por el contrario, la sólida posición económica adquirida lo había convertido en una figura de referencia para los negocios de los sectores privados, tanto locales como extranjeros, y también en un consejero de influencia para el sector público¹⁷. En la década del noventa, las medidas adoptadas por el Gobierno Nacional para resolver la grave crisis, permitieron que el país recuperara su crédito externo al comprometerse a cumplir con las obligaciones contraídas, y contribuyeron a generar las condiciones que habrían de alentar un nuevo ciclo de prosperidad. Así, al finalizar el siglo XIX, la economía argentina se restableció mediante un ajuste que permitió equilibrar el balance de pagos, y aumentar las exportaciones de carnes y cereales. Una vez recuperada la confianza de los inversores externos, la Compañía Tornquist acompañó dicha tendencia con la organización de nuevas empresas. Si bien los indicadores económicos eran auspiciosos en relación con el comercio de bienes exportables, el préstamo extranjero recién habría de recuperarse con el nuevo siglo. Tal situación generaba serias restricciones para los productores que realizaban modificaciones en las pautas de producción agroganadera, quienes se vieron obligados a recurrir, como una forma eficaz de financiamiento, al



crédito hipotecario, en operaciones que habrían de generalizarse una vez superadas las difíciles condiciones que la crisis instalara.

Para actuar en este tipo de servicios, en 1894, se formó la *Industrial y Pastoril Belga-sudamericana*, una de las cinco sociedades extranjeras vinculadas a Tornquist en este sector.¹⁸ Dadas las características del contexto, las inversiones locales se limitaron a la organización de la Compañía Azucarera Tucumana en 1895, según lo referido en páginas anteriores, a la reorganización como anónima de las *Estancias y Colonias Tornquist* en el mismo año, y a decidir una breve participación en la *Cervecería Palermo* en 1897, pues poco después esas acciones fueron vendidas al grupo liderado por Otto Bemberg¹⁹. En cuanto a las Estancias y Colonias Tornquist ésta había sido una inversión realizada en campos de la zona sudoeste de la provincia de Buenos Aires. Las tierras habían sido adquiridas durante la década de 1880, y al constituirse como sociedad anónima, en 1895, era poseedora de un patrimonio de 59.487 hectáreas²⁰. En realidad, se trató aquí de una reorganización de la sociedad en comandita Estancia Tornquist y Compañía, formada en Bélgica a partir de la asociación con varios miembros de la familia política del titular, los Altgelt.

En un comienzo el dominio de estas propiedades se mantuvo, en su mayor parte, indiviso, y fue hábilmente utilizado como recurso para acceder al crédito hipotecario. En pocos años, la rápida valorización de dichas tierras, producto de los avances en el desarrollo agrícola-ganadero, y la transformación productiva de la región, al consolidarse el predominio de la agricultura extensiva en desmedro de la ganadería, decidió a la empresa a venderlas en forma fraccionada, tanto con el propósito colonizador como para la formación de estancias. De esta manera, además de los beneficios derivados de la compra y venta de tierras de la



sociedad, la propiedad fundiaria permitió acceder a importantes recursos financieros provenientes de la banca local y la extranjera. En tal sentido, los campos fueron sucesivamente hipotecados, durante los años ochenta con el Banco Hipotecario de la Provincia de Buenos Aires, y a partir de la crisis de 1890, ante la quiebra del sistema local, con el Banco de Amberes y el Crédito Hipotecario de aquella ciudad. Los recursos obtenidos no fueron reinvertidos principalmente en el sector agropecuario, aunque alcanzaron a desarrollar y mejorar sus planteles ganaderos, sino que, en su mayor parte, fueron transferidos a los más diversos sectores económicos, entre los que se encontraban, principalmente, las nacientes industrias azucarera y frigorífica, y los servicios financieros.

Industria frigorífica: Sansinena

Entre las inversiones más representativas del período se encuentran las realizadas en la industria frigorífica pues, si bien a comienzos de la década del ochenta, el procedimiento del congelado era una actividad incipiente, debía superar aún desafíos tecnológicos y financieros antes de convertirse en la rama más importante de la economía argentina, a principios del siguiente siglo. Las primeras iniciativas en esta industria habían sido realizadas por Eugenio Terrasón en San Nicolás y por Alfredo Drabble, The River Plate Fresh Meat Co., en Campana. En 1882, Drabble había obtenido una franquicia del Gobierno Nacional que eximía de impuestos al congelado. Al año siguiente, es decir en 1883, los dos frigoríficos realizaron los primeros envíos de carne ovina congelada hacia el mercado inglés. Gastón Sansinena, con su establecimiento La Negra, ubicado junto al Riachuelo, en la provincia de Buenos Aires, habría de sumarse a ellos. El último de los instalados en esta primera etapa fue el frigorífico perteneciente a James Nelson y Compañía, una firma inglesa que en 1886 levantó su planta en Zárate. Si bien el número de reses exportadas se incrementó rápidamente



con el aumento de plantas de congelado, los precios obtenidos por los productos argentinos, no obstante fueron inferiores a los competidores de Australia y Nueva Zelanda. Esta situación impulsó a los ganaderos a realizar un cambio productivo, por el cual los ovinos de raza merino fueron mestizados con ovejas Lincoln, a fin de lograr un animal que satisficiera el doble propósito de brindar buenas lanas y mejores carnes. Dicho proceso, que no fue fácil ni rápido, exigió, además, una profunda reconversión de las pautas productivas, las que, paralelamente al cambio en los animales, llevaron a introducir un vacuno, resultado de costosos mestizajes con ejemplares refinados y alimentado con pasturas artificiales. Por último, aunque el cambio en la ganadería resultó exitoso, y nuestras carnes ganaron los mercados externos, los productores debieron realizar grandes inversiones de capital, para lo cual debieron recurrir, en la mayoría de los casos, al crédito hipotecario. (Harispuru, 2003: pp.15:18)

A los cambios impulsados por el frigorífico se sumaron las características particulares de esta nueva industria, que eran complejas y demandaban, además de ingentes capitales, un gran volumen de actividad para alcanzar buena rentabilidad, por lo que debió orientarse la producción hacia el mercado externo sin descuidar el abastecimiento del consumo local. Tales razones llevaron a que, durante el proceso inicial se necesitaran resolver, en forma simultánea, las cuestiones productivas y la conquista de mercados a fin de poder solventar financieramente las posibles pérdidas generadas durante la etapa de instalación. Si bien los empresarios asumieron los riesgos, demandaron medidas de fomento para su actividad de parte del Gobierno Nacional, el que en 1887 les concedió una garantía del 5% sobre el capital invertido, a condición que el 20% del mismo fuese argentino, al par que establecía una prima para la exportación



de ganado vacuno²¹. Sin duda, no resultaba sencillo ensamblar las actividades de producción, distribución y comercialización, y poseer además, una gran capacidad financiera, elemento éste que para los frigoríficos ingleses se resolvía fácilmente recurriendo al mercado de capitales de su país. La situación de Sansinena era diferente y llegó a ser crítica en 1891, cuando la sociedad familiar se convirtió en anónima, mediante la incorporación de importantes accionistas, como el poderoso terrateniente Pedro Luro y el empresario Ernesto Tornquist. La liquidez financiera del grupo, el cual había obtenido un importante incremento en sus capitales en 1889, le permitió intervenir en algunas empresas con dificultades económicas durante la crisis de los noventa. Éste fue el caso al formarse la *Compañía Sansinena de Carnes Congeladas* sobre la base de una empresa iniciada por el francés Gastón Sansinena, quien en 1884 había convertido sus saladeros en frigorífico. La nueva sociedad se formó con un capital autorizado de o\$s 2.000.000, con veinte mil acciones integradas de o\$s 100 cada una, adquirió el frigorífico La Negra, en la margen sur del Riachuelo, y las sucursales de comercialización, con casas establecidas en Londres, París, Liverpool, Santos, El Havre y Dunkerke, (Pillado, 1889: 177).

Los principales capitalistas además de los miembros de la familia fundadora, fueron Pedro Luro, quien detentaba 4.419 acciones; Ernesto Tornquist, 2.100; *Samuel B. Hale y Compañía*, 1.444; *La Buenos Aires*, 1.122; Roberto Olivier, 684; el *Banco de Italia y Río de la Plata*, 680; Juan Iribarne, 259; Domingo Ayarragaray, 252; Arturo Oyuela, 205, y Francisco Pradère, 200, seguidos por otros 55 accionistas con diferente grado de participación. El directorio estuvo compuesto por Ernesto Tornquist como Presidente, Adolfo Luro como vice, y en la función de Directores actuaron Samuel Hale Pearson y Hugo von Bernard; Francisco Sansinena quedó



como Director gerente, Miles Pasman como Síndico y Guillermo Cook como Administrador en Europa, (Pillado, 1899: 178). Esta reorganización posibilitó la expansión de las operaciones, aunque no habían sido superados aún los condicionantes impuestos por el largo y difícil proceso de mejora en los vacunos, que recién a principios del nuevo siglo posibilitaría un incremento significativo en las reses procesadas. Por otra parte, la lucha por la conquista del exigente mercado europeo, en el que Francia y Bélgica obstruían el ingreso de nuestras carnes, les obligaba a competir con poderosos holdings ingleses. Una coyuntura favorable fue la Guerra de los Boers, librada en Sudáfrica entre 1899 y 1902 que permitió realizar importantes ventas para los ejércitos en lucha²². Mientras entre 1898 y 1901 los porcentuales repartidos habían sido del 12, 16, 25 y 22 % respectivamente, este inesperado aumento en la demanda permitió a Sansinena obtener beneficios tan importantes que sus dividendos se ubicaron en un 50% del capital total, por entonces superior a los o\$ 3.100.000, (*Impresiones*, 1911: 262).

Al comenzar el siglo concluyó el período de instalación y preparación de la industria frigorífica argentina, que había estado caracterizado por la elaboración de carne ovina, mediante el congelado y por la existencia de un reducido número de plantas en el país; de ellas dos eran inglesas The River Plate Fresh Meat Co. y *Las Palmas Produce Co.*, mientras que Sansinena era la tercera y la única empresa de capitales nacionales. A partir de 1902 esta industria inició una etapa diferente, marcada por la constante incorporación de nuevos establecimientos y la fuerte presencia de inversiones norteamericanas en el sector que, fundamentalmente, se modificó a través del dominio e instalación de plantas donde predominaba la técnica del enfriado. Esta segunda y definitiva etapa de instalación, que se extendió hasta 1926, habría de afianzar la industria merced a la incorporación de una gran diversificación



de productos elaborados, basados en la primacía del vacuno, lo que llevó a generar un denso mercado interno con demanda sostenida, al par que se conquistaban amplios mercados en el exterior. (Ortiz, 1974: 346).

En esta etapa, Sansinena había ampliado sus fábricas con la instalación de una planta en Cuatrerros, Bahía Blanca, en 1902, a la cual sumó la compra, en 1911, de la totalidad de las acciones de *La Frigorífica Uruguay* ubicada en cercanías de Montevideo, (*Annexes*, 1912: 264), y la adquisición, en 1915, del 45% de las acciones de la sociedad Soulás et Fils, (*Annexes*, 1916: 225)²³. A raíz de los malos resultados obtenidos por las exportaciones a Inglaterra, a partir de 1906 Sansinena abrió numerosas carnicerías en varios puntos de la Capital Federal, con el propósito de dominar a largo plazo, la totalidad del mercado nacional. Su estrategia se basaba en la venta de carne a un precio módico, que sólo cubría los costos operativos, pero que simultáneamente permitía dar salida a los productos de la planta y disminuir los gastos. La empresa creció pues, a través del abastecimiento interno que, paradójicamente, la orientó a ocupar espacios en el mercado mundial, a pesar de las duras condiciones de competencia generadas en el exterior, donde constantemente se disminuían las cotas de participación para los frigoríficos nacionales. En 1906, las ventas también se expandieron en el mercado sudafricano mediante la compra de una empresa establecida en Cape Town, la cual disponía de una red de 44 locales de carnicerías y otras dependencias para almacenaje. Para realizar dicha operación se formó en Londres una compañía con el nombre de *The Sansinena Distributing Syndicate, Ltd.*, con un capital de 200.000 libras esterlinas de los cuales 50.000 fueron aportadas por la firma local, (*Annexes*, 1916: 225).

A partir de entonces, y en base a estas experiencias, se formaron



varias sociedades en el continente europeo, con el propósito principal de controlar la comercialización de carne. Así, en 1917, se fundó en Francia la *Compagnie Française Sansinena de Viandes Congelées*, en 1923 la *Compagnie Belge Sansinena de Viandes Congelées* en Bélgica, la cual adquirió al año siguiente en propiedad, y para expandir sus ventas a Alemania, parte de los activos de la *Fleisch-Einfuhr-Gesellschaft*, (*Annexes*, 1918: 171; 1924: 182; 1925: 198). Las Memorias de Sansinena expresan de manera reiterada los problemas provocados por las variaciones de precios en el mercado de carnes, y las dificultades para las ventas en el exterior. No obstante y a pesar de algunos resultados adversos, la firma registró un aumento constante en sus capitales que en 1902 eran superiores a los o\$s 3.000.000 y en 1927 representaban más de o\$s 10.000.000. Por entonces Sansinena era, en términos de capitales, la empresa más importante del grupo.

En síntesis, los años noventa pusieron a prueba a numerosos sectores empresariales y se generalizaron los quebrantos comerciales. Sin embargo, la Compañía Tornquist se consolidó durante esta etapa, pues la debilidad financiera de algunas firmas le permitió ampliar sus inversiones hacia industrias que mostrarían luego un gran dinamismo, como el frigorífico o los ingenios azucareros. Su destacada posición en el mercado local le permitió asociarse con dos importantes firmas bancarias alemanas: el *Disconto Gesellschaft* de Berlín, y la *Sociedad Anónima Norddeutsche Bank* de Hamburgo, a las que en 1887 había representado en la negociación del Empréstito Nacional²⁴. Con tales avales, su influencia en el mercado de las finanzas argentino se incrementó, al par que su crédito se reforzaba en el Viejo Mundo, esta conjunción de condiciones habrían de explicar el auge de las inversiones del grupo en la etapa siguiente.



La acelerada expansión en los comienzos del nuevo siglo

Entre 1900 y 1912, la Compañía registró el mayor aporte de capital de todo el período analizado en este trabajo, que llevó a constituir veinticinco nuevas sociedades anónimas. Esa situación puso de manifiesto, la existencia de una gran disponibilidad de capitales y, al mismo tiempo, la facilidad para acceder a los mismos, fundamentalmente a los de origen extranjero. Este panorama atrajo hacia el holding, el interés de otros grandes empresarios locales, dispuestos a incorporarse a los diferentes núcleos societarios. En el cuadro N° 1 del Anexo se presenta un listado de las inversiones realizadas entre 1883 y 1928, donde se indica el año de formación de cada sociedad, su razón social y los rubros principales en que se destacaran. La distinta naturaleza de tales actividades supuso dificultades al momento de ser caracterizadas en forma individual, por lo que se optó por presentarlas agrupadas por sectores económicos a partir de 1900, procediendo luego a analizar con mayor detalle aquéllas que resultaran más representativas de cada área.

Las empresas orientadas a la compra, venta y explotación de propiedades urbanas y rurales, fueron los siguientes establecimientos: *Estancias y Colonias Curamalán*, las *Estancias y Colonias La Verde* (luego *Ganadera y Territorial La Verde*), la estancia *La Salamanca*, y la *Compañía Rural Amberesa*. Entre las inversiones industriales figuraron la *Plantadora Isleña*, la *Compañía Introdutora de Buenos Aires* (CIBA), los *Talleres Metalúrgicos*, *El Quebracho S.A.*, la *Compañía Argentina de Pesca*, los *Quebrachales Tintina*, *El Petróleo Argentino*, *El Petróleo Argentino de San Rafael*, *Ferrum*, y la *Compañía de Petróleo Comodoro Rivadavia*. Los servicios financieros, seguros y hoteles del sector terciario, agruparon a la *Compañía Belga Argentina de Ferrocarriles*, *La Alianza Amberesa*, el *Crédito Ferrocarrilero Argentino*, el *Crédito Territorial Argentino*, la



Sociedad General Belga Argentina, la Territorial Belga Argentina, La Buenos Aires Seguros y La Continental, Compañía de Seguros Generales, el Plaza Hotel y la Compañía de Grandes Hoteles.

Servicios de crédito hipotecario

Según se dijera, la Compañía había realizado numerosas inversiones en el sector financiero, particularmente a través del sistema de crédito hipotecario, cuya importancia incidió positivamente en el crecimiento del grupo. En efecto, la expansión del crédito hipotecario había sido consecuencia del auge económico de la región pampeana, que provocara simultáneamente, una importante demanda de capitales por parte de productores y propietarios de tierras, quienes debieron modernizar sus explotaciones a fin de lograr adaptarse a los cambios en los patrones de desarrollo pecuario. Para lograrlo era necesario adecuar sus intereses a los de una ganadería que requería de una mejora en los rodeos, mediante la cruce con animales refinados, la formación de praderas artificiales para su alimentación, y en general, una alta cuota de inversión a fin de modificar la infraestructura preexistente y satisfacer la demanda del mercado interno así como las exigencias de la nueva industria frigorífica, (Sesto, 1999: 4). En respuesta a esta situación, resultó habitual recurrir a los préstamos hipotecarios, los cuales representaron una parte significativa de las actividades financieras argentinas de la época. Según datos existentes, en 1904 se llegaron a pagar en Buenos Aires, tasas del 8 al 9 %, y si bien en años posteriores éstas se ubicaron en un promedio de alrededor del 7%, igualmente representaban una importante remuneración para el capital líquido, (Díaz Alejandro, 1983: 42).

Para lograr operar con fluidez en dichos servicios y realizar paralelamente negocios de compra y venta de tierras, se había constituido en Bélgica, en 1894, la sociedad *Industrial y Pastoril Belga-*



Sudamericana, que resultó según se expresara, la primera empresa organizada por Tornquist con objetivos puramente financieros, (Pillado, 1899: 222). Al fundarse dicha sociedad, sus principales accionistas fueron Albert de Bary, la Compañía Osterrieth, Alphonse Van de Put y Richard Rhodius y Compañía. El capital inicial, de o\$s 280.000 aumentó todos los años merced a la emisión de acciones, las que en 1900 llegaron a representar o\$s 2.600.000. A estos recursos se añadieron cuatro serie de obligaciones emitidas en 1906, la primera al 5% y las tres siguientes al 4%, que sumaron o\$s 4.000.000, (Tilmant, 1908: 22). Este instrumento de intermediación financiera aseguró, importantes beneficios, pues además de duplicarse las tasas de rendimiento de las obligaciones emitidas, los préstamos eran realizados principalmente en pesos oro para evitar las fluctuaciones del papel moneda argentino²⁵.

En 1906, la *Compañía Industrial y Pastoril Belga Sudamericana*, realizó un acuerdo con el *Crédito Territorial Argentino*, creado en París ese mismo año, el cual permitió canalizar, a partir de entonces, hacia nuestro país un mayor flujo de capitales franceses. Con el fin de evitar problemas emergentes de una situación de competencia, se acordaba un reparto de las operaciones de crédito hipotecario que pudieran realizarse en Argentina. A la Industrial y Pastoril correspondería una tercera parte sobre el total de solicitudes recibidas, hasta un máximo de o\$s 7.000.000, en tanto el Crédito Territorial negociaría los otros dos tercios, éste se encargaría, además, de las operaciones restantes, en caso de superarse el límite establecido para su aliada, (Tilmant, 1908: 43). La Industrial y Pastoril colocaba a disposición del Crédito, sin retribución alguna, su organización y relaciones en Argentina, lo que permitiría a Tornquist operar en representación de los intereses de las más importantes casas bancarias francesas: la *Société Générale* y el *Comptoir National d'Escompte*. El Crédito comenzó a operar con un capital



de \$oro 5.000.000, que en cuatro años se habían duplicado; su modalidad fue similar a la Industrial y Pastoril, pues a partir de su capital y de obligaciones emitidas en Francia, realizaba préstamos que, en 1914, habían superado los o\$s 45.000.000. (Tornquist, 1932: 7). Los grandes beneficios obtenidos en servicios hipotecarios, impulsaron al grupo a establecer otras tres sociedades en Bélgica, donde la presencia protagónica en Amberes, de su socio Henri de Bary, facilitaría la reunión de capitales de muy diverso origen. De hecho, las nuevas sociedades se formaron con una significativa participación de miembros de la familia de Bary, los que a su vez se hallaban estrechamente vinculados con inversores de Alemania²⁶. Así, en 1904, se formaron La Alianza Amberesa, que simultáneamente participaba del negocio inmobiliario, la *Sociedad General Belga Argentina* en 1909 y, dos años más tarde, la *Sociedad Territorial Belga Argentina*, destinada a facilitar préstamos para la construcción. De acuerdo con la información obtenida, Henri de Bary y la firma Tornquist controlaban las operaciones de crédito hipotecario a través de estas cinco compañías, formadas por la incorporación de hombres de negocios y banqueros que actuaban en Bélgica, lo que les permitió ampliar su radio de acción, e incluso incorporar a ellas a algunos empresarios de la Argentina con intereses diferenciados de los de Tornquist, como Theodoro Bracht. La Alianza dividió su capital en 8.000 acciones de o\$s 100 cada una, de las cuales el 50% era controlado por Henri de Bary a través de sus empresas o de la participación familiar, en tanto Tornquist detentaba otras 2.000 acciones, (*Annexes*, 1904: T.3, 561-562). Su Consejo de Administración en Bélgica estaba integrado por George de Bary, hermano de Henri, como presidente, su yerno el barón Wilhem von Mirbach, el banquero Alfred Havenith, y los hermanos Van de Put: Louis, agente de negocios, y Alphonse, rentista, en tanto Teodoro de Bary, Jacobo Kade y Rudolf Funke, figuraban en representación de Tornquist.



La Sociedad General Belga Argentina poseía un capital mayor que la anterior, pues totalizaba o\$s 2.800.000 repartido entre 75 socios, de los que sólo catorce controlaban alrededor del 75% de las 28.000 acciones integradas, (*Annexes*, 1909: T.3, 398-400). Las principales participaciones correspondían a Ernesto Tornquist y Compañía con 4.000 acciones, la Sociedad Industrial y Pastoril Belga Sudamericana con 3.000, la agencia de negocios y cambio de Van de Put-Heirman con 2.000; la Compañía Comercial Belga, la Mutualidad Amberesa y la Alianza Amberesa, con 1.500 acciones cada una; la compañía de Theodoro Bracht, la de Hugo Michelis y la Unión Comercial Amberesa, con 1.000 respectivamente, en tanto las firmas *G. y C. Kreglinger* y *Baelde Hermanos* poseían individualmente 800 acciones, y por último participaban con 500 acciones cada uno, el *Banco de títulos, fondos públicos y de depósitos*, Edouard Thys, *Osterrieth & Co.* y Walther Rhodius.

Por su parte, la Compañía Rural Amberesa comenzó con un giro de o\$s 1.600.000, integrado por 37 compradores de las 16.000 acciones emitidas, entre los que resultó notoria la presencia de nobles y rentistas alemanes, (*Annexes*, 1911: T.4, 35-37). Las principales participaciones fueron la de Ernesto Tornquist y Compañía: 2000 acciones, la Compañía Comercial Belga: 1670, y la Sociedad Industrial y Pastoril Belga Sudamericana, Henri de Bary y la Mutualidad Amberesa con 1.000 acciones cada uno, con 800 acciones figuraban Van de Put-Heirman, el Conde Emile Le Grelle y Louis Van de Bosch, en tanto el Barón Ernst von Mirbach poseía 700 acciones y Hugo Michelis 600, respectivamente. Los importantes beneficios alcanzados consolidaron al grupo, el cual concentró y manejó las inversiones en este sector, según evidencia la reiteración de nombres, en calidad de accionistas o con funciones directivas, en las diferentes sociedades. El capital conjunto de estas sociedades sumaba, o\$s 8.188.000 al



inicio de sus operaciones, el cual superó los o\$s 20.000.000 a principios de la Primera Guerra. A esta cifra se agrega la obtenida por la emisión de obligaciones en el mercado europeo, las que permitieron realizar operaciones por valores superiores a los o\$s 70.000.000 en 1914. Posteriormente, las condiciones generadas por el conflicto, obligaron a reducir las actividades y llevaron incluso a la liquidación de la más importante de las sociedades, el Crédito Territorial Argentino S.A., (Tornquist, 1932: 7).

Talleres Metalúrgicos San Martín (TAMET)

Dentro del conjunto de inversiones en el sector industrial, las realizadas en la rama metalúrgica alcanzaron un importante desarrollo, ubicándose entre las más destacadas del grupo después de la frigorífica y la azucarera. La empresa más relevante del holding en este área, fueron los Talleres Metalúrgicos San Martín (TAMET), conocidos con tal denominación a partir de 1925, pues sus orígenes databan de 1902, cuando la Compañía Tornquist se asociara con los talleres metalúrgicos *Rezzónico y Otonello*. Producto de esta fusión fue el surgimiento de la más importante fábrica de bulones y remaches de Sudamérica, a la que posteriormente se le incorporaran otros rubros, como el de construcciones metálicas, fundición y corralón de hierros, (*Impresiones*, 1911: 454 y 466). En 1909, la firma se había transformado en sociedad anónima bajo la denominación *Talleres Metalúrgicos*, con un significativo aumento del capital elevado a o\$s 2.000.000, e integrado totalmente por suscriptores argentinos.

Los intereses de Tornquist en el sector se intensificaron después de finalizar la Primera Guerra porque recién, entonces, fructificaron los contactos establecidos en 1919 con el *Grupo Arber-Terres Rouges* (ARBED) de Luxemburgo, que culminarían en 1922 en una asociación que permitiría incrementar el capital



y las actividades de la empresa, en particular las vinculadas al rubro Construcciones. Durante la década de 1920 se completó el proceso de concentración en esta rama que habría de culminar con la formación de TAMET. Ello implicó, en 1925, la adquisición de la mayor parte de los negocios de los Talleres Metalúrgicos y la integración de la *Compañía de Hierros y Aceros Limitada*, que fuera propiedad de Pedro Vasena e hijos, (ACE, 1925: Registro N° 111). Por su parte, el grupo ARBED había sido creado por la fusión de tres sociedades minero-metalúrgicas de antigua tradición industrial en Bélgica y Luxemburgo, a las que se incorporaron, al finalizar la Guerra, la *Sociedad Metalúrgica des Terres Rouges* y la *Sociedad Minera* homónima. En 1920 se había creado el *Comptoir Métallurgique Luxembourgeois* (Columeta), encargado de la comercialización de los productos del grupo, y al año siguiente se había fundado en Brasil la *Companhia Siderúrgica Belgo-Mineira*, que habría de convertirse en la empresa siderúrgica más significativa de América del Sur, (*Revista Tamet*, 1930: N° 1, 7-8). En 1928, al completarse el proceso de compras y fusiones, TAMET poseía dos fábricas: el establecimiento *San Francisco* (ex-Vasena) en Capital Federal, y el *General Bosch* en Avellaneda, provincia de Buenos Aires. El primero se especializaba en obras y construcciones industriales, clavería, galvanización de alambres y fundición de acero, mientras la planta de Avellaneda se ocupaba de la fundición del hierro para sanitarios, bulonería, mecánica, esmaltado en blanco y color de sanitarios y cocinas, fabricación de caños de hierro fundido y galvanización de chapas. (*Revista Tamet*, 1930: N° 4, 3-4; N° 5, 3-6; N° 6, 4-5).

La consolidación y expansión de TAMET respondió a una estrategia orientada a reemplazar algunos productos de esta rama, hasta entonces mayoritariamente importados. En consecuencia, y dadas las características de la actividad a desarrollar fue necesario



realizar economías de escala en los procesos productivos, las que implicaron la absorción de pequeños talleres y la incorporación de los propietarios anteriores a la nueva empresa. En 1908, el capital de los Talleres Metalúrgicos estaba representado por 20.000 acciones de o\$s 100, en parte emitidas como precio de compra de la firma Rezzónico Ottonello, en cuyo Directorio de doce integrantes, los principales miembros eran Antonio Rezzónico con 3.317 acciones, la Compañía Tornquist con 2.968, Luis Huelgo con 1.828, José Ottonello con 1.123 y Emilio Korkus con 838 acciones, (ACE, 1909: Registro N° 111). En 1921, se reformaron los Estatutos y se duplicó el capital societario, en el cual ARBED obtuvo el control sobre 15.000 acciones, en tanto los tenedores locales más representativos eran Tornquist y Ferrum con 2.000 acciones cada uno. En la distribución de los roles directivos la presidencia correspondió a Carlos A. Tornquist y la vicepresidencia a Gastón Barbanson, cabeza del grupo ARBED, (ACE, 1922: Registro N° 111).

A través de esta breve reseña es factible observar la complejidad de la estructura sectorial, que por sus particulares características resultó sumamente dependiente de las materias primas y los insumos importados, situación que llevó a implementar una estrategia de asociación con capitales extranjeros, aún cuando ello implicase, por su grado de participación, la cesión parcial de la conducción y el dominio de la firma. La evolución de esta metalúrgica constituye un caso de estudio de particular interés, al tratarse de una industria cuyo desarrollo se vinculó con el crecimiento del mercado interno, y por haber sido una inversión previa a la crisis de 1929, efectuada por sectores cuyos intereses son tradicionalmente identificados con los agroexportadores. TAMET es, en efecto, un buen ejemplo para demostrar lo contrario de aquellos que aún afirman que las actividades industriales de la época se vieron reducidas



únicamente a las vinculadas con la utilización de materia prima local, dejándose de lado las denominadas industrias “artificiales” por considerarlas opuestas a los intereses del modelo de inserción primario exportador de la Argentina, en dicha época.

La Compañía Introdutora de Buenos Aires (CIBA)

No obstante haberse originado en actividades de importación, hemos incluido en el sector industrial al que, luego, habría de derivar, a la Compañía Introdutora de Buenos Aires S.A. (CIBA). Formada en 1901, su capital inicial había sido de o\$s 600.000, dividido entre 94 accionistas, capital que había superado los o\$s 3.300.000 en 1930, cuando se ubicara en el quinto lugar dentro de las empresas del grupo. En sus comienzos, los productos que esta Compañía importaba eran mármoles, elementos de tienda y mercería, comestibles, velas y bebidas, si bien a lo largo de la segunda década del siglo XX, toda esta actividad paulatinamente fue abandonada²⁷. En forma paralela, aunque por un breve lapso de tiempo, la firma incursionó en la industria textil y la fabricación de galletitas, para luego concentrarse con exclusividad en la manufactura de tabaco y la explotación de salinas.

El primer rubro, el tabaco, acrecentó su importancia en 1904, con la instalación de una manufactura de cigarros italianos en el barrio de Villa Urquiza de la ciudad de Buenos Aires, que fueran comercializados bajo la marca *Toscanos Avanti*. No obstante, entre las principales dificultades iniciales para poner en funcionamiento la fábrica, se encontraba la falta de mano de obra especializada, razón por la que debió contratarse en Italia, por un plazo de siete años, un centenar de operarias, situación que creó por primera vez en la Argentina, una planta fabril donde el componente obrero era mayoritariamente femenino. La producción, que en un comienzo fuera de 25.000 cigarros diarios, rápidamente se elevó



a 90.000, debido al sostenido aumento del consumo interno, el cual elevó la cifra en 1916 hasta 8.500.000 cigarrillos mensuales. Dicho incremento se tradujo en una mayor incorporación de mano de obra, la que se amplió en más de 1.000 obreros en la década de 1920, manteniéndose la mayoría de mujeres. Además de los obstáculos vinculados con la preparación técnica de obreros y productores, durante los primeros años debieron superarse otros, en especial la competencia originada por el bajo costo del tabaco brasileño, situación que sólo fue neutralizada después de algún tiempo, (*Monitor*, 1921:127). Como la materia prima era importada principalmente de Brasil y Cuba, a partir de 1911 comenzaron a realizarse ensayos en el país, con el propósito de lograr cultivar un tabaco de la variedad Kentucky. Para ello se compraron tierras en el entonces territorio de Misiones, a fin de desarrollar allí las futuras plantaciones; y con similar objetivo aunque resultados adversos, también se realizaron cultivos experimentales en las provincias de Tucumán y Salta.

Con el fin de colonizar y explotar los bosques de Misiones, CIBA S.A. organizó en 1920 la *Compañía Colonizadora Alto Paraná Culmey S.A.*, la cual adquirió 67.500 hectáreas a la firma *Misiones Land Company*. En 1924, la empresa colonizadora habría de ser absorbida por la Compañía *El Dorado de Colonización y Bosques*, la que a su vez integró la sociedad *Tierras y Bosques Campos del Cielo*. Esta última era propietaria de más de 100.000 hectáreas de tierras en la provincia de Santiago del Estero, que habían sido compradas en 1920 a la firma *Estancia Grande Campos del Cielo*, presidida por entonces por Luis E. Zuberbühler, (*Monitor*, 1908: 226, y 1921: 92). La Compañía El Dorado tuvo así en propiedad más de 342.000 hectáreas, de las cuales 235.000 se hallaban en el territorio de Misiones, donde además de explotar los bosques, se fomentó el desarrollo de cultivos de tabaco y yerba mate. Para ello se fundaron las Colonias



de Monte Carlo, San Alberto, Puerto Rico y El Dorado, en cuya población predominaron los inmigrantes alemanes, polacos y suizos, (Tornquist, 1932: 17). No obstante las dificultades iniciales, el cultivo de tabaco Kentucky logró ser desarrollado con éxito y fue desplazando progresivamente al importado, proceso que culminaría recién en 1948²⁸.

Otra de las actividades de CIBA fue la comercialización de sal, mediante la explotación de los yacimientos de las Salinas del Bebedero, ubicados en la localidad de Balde de la Provincia de San Luis cuyos derechos fueron obtenidos en 1917, y las Salinas Grandes situadas en Hidalgo, aún territorio de La Pampa, adquiridos entre 1914 y 1918. Esta actividad salitrera llegó a constituirse en un rubro destacado por la posesión y comercialización, aún actualmente, de la marca *Dos Anclas*, aunque con anterioridad debieron implementarse numerosos procesos de experimentación, a fin de incorporar modernas tecnologías que permitieran obtener un producto apto para variadas aplicaciones²⁹. Tales transformaciones sólo habrían de operarse durante las dos décadas siguientes a la crisis de 1929. El caso de la firma CIBA constituyó una clara manifestación de la disponibilidad de recursos, tanto gerenciales como de capital, por parte de Tornquist. En un comienzo canalizó hacia esta sociedad algunas funciones mercantiles, que luego habrían de derivar hacia otras sociedades, para ensayar posteriormente actividades industriales como las ramas textil y alimentos. Finalmente, se concentró en rubros que representarían mayores ventajas como la manufactura del tabaco y la elaboración de sal.

Las inversiones en tierras

La Compañía Tornquist invirtió también en nueve empresas propietarias de grandes extensiones rurales, las que fueron



subdivididas para formar estancias y crear colonias. Las sociedades así organizadas se denominaban: *Estancias y Colonias Tornquist*, propietaria de más de 59.000 hectáreas en el actual partido de Tornquist³⁰, provincia de Buenos Aires; Estancias y Colonias Curamalán, con otras 240.000 hectáreas en los partidos bonaerenses de Coronel Suárez y Saavedra; Estancias y Colonias La Verde, con 245.000 hectáreas en los departamentos de San Cristóbal y Vera, provincia de Santa Fe; *La Salamanca*, con 28.138 hectáreas cercanas a Comodoro Rivadavia, por entonces territorio de Santa Cruz; la Compañía Rural Amberesa con 33.506 hectáreas en las provincias de Buenos Aires, Córdoba y el ex Territorio de La Pampa; *La Criolla* con 11.000 hectáreas de campos en Buenos Aires, 17.000 en Córdoba y Santiago del Estero y 120.000 en Santa Fe; la *Compañía Inmobiliaria y Ganadera Chacabuco* con 171.294 hectáreas repartidas en diferentes provincias, y la Compañía El Dorado con más de 299.000 hectáreas en los territorios de Misiones y Santiago del Estero³¹.

Según estos datos, las inversiones en tierras originaron el control de grandes dominios, luego progresivamente parcelados y enajenados. Así, las Estancias y Colonias Tornquist fueron liquidadas en 1909, quedando sólo en propiedad de la familia del fundador el casco y casa principal, más algunos pequeños campos cercanos. Similar fue el caso de Estancias y Colonias Curamalán, que entrara en liquidación durante la década de 1920, cuando ya sólo mantenía alrededor de 6.000 hectáreas; Estancias y Colonias La Verde (luego Ganadera y Territorial) fue liquidada en 1916 y parte de sus dominios pasaron a La Criolla, que logró mantenerse como una de las grandes empresas del sector al finalizar el período en cuestión, junto con Ganadera Chacabuco y El Dorado.

Explotaciones forestales y negocios ferroviarios

En el caso de la explotación de recursos naturales localizados en



propiedades del grupo, fue emblemática la tala y procesamiento de madera de quebracho, cuyo derivado, el tanino, era procesado en la planta de la Refinería Argentina de Rosario, y utilizado en la elaboración de subproductos ganaderos, en especial para el tratamiento de cueros. La explotación del quebracho constituyó una actividad de creciente importancia en el país desde fines del siglo XIX, pues además de la extracción del tanino, este árbol era buscado y valorado por su madera dura, de gran resistencia, la que era principalmente empleada en la confección de durmientes para ferrocarril, postes y cercos. Tales productos eran comercializados en el mercado interno y también exportados; en especial el tanino, cuyas exportaciones fueron en constante aumento, a partir de 1898, siendo sus destinos principales los Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania, si bien en este último país, las medidas proteccionistas allí implementadas restringieron progresivamente la entrada a dicha plaza, (*Impresiones*, 1911: 283-286).

En cuanto a los durmientes, éstos eran utilizados en su mayoría en el mercado interno y su producción se asociaba a la demanda generada por el ritmo expansivo del tendido de las líneas férreas. En 1903, Tornquist organizó El Quebracho S.A. con un capital inicial de o\$s 160.000, con el propósito de explotar la madera de los bosques ubicados en campos de la Compañía Kemmerich en la provincia de Santa Fe, pero a los diez años la empresa debió disolverse en razón de su baja rentabilidad, (*Monitor*, 1903: 324). En 1906 fue formada una nueva sociedad, denominada *Quebrachales Tintina*, a fin de explotar alrededor de 441.000 hectáreas de tierras boscosas en la provincia de Santiago del Estero, (*Anuario de comerciantes*, 1923: 373). En esta ocasión, se procedió primero a talar los bosques para luego vender las tierras, previamente parceladas como pequeñas estancias, para usos agrícolas y ganaderos. De ellas, la empresa aún



era propietaria de 44.000 hectáreas en 1931, cuando entró en liquidación. Los intereses vinculados con el quebracho estaban, según dijéramos, íntimamente asociados con la construcción de ramales ferroviarios, y participaban en ellos grupos financieros totalmente extraños a dicha actividad, los cuales obtenían sus recursos mediante la emisión de títulos colocados en mercados europeos, sobre los que se pagaba un interés fijo. Tal fue el caso de Quebrachales Tintina, cuya creación derivó de un proyecto concebido en 1903, al constituirse en Bélgica la *Compañía Belga-Argentina de Ferrocarriles*, formada por comerciantes y banqueros, con el propósito de adquirir, construir y explotar concesiones ferroviarias, (*Annexes*, 1903: 802-809). Su capital originario de o\$ 500.000 fue suscripto por la Compañía Tornquist, la Compañía Comercial Belga, la S.A. Industrial y Pastoral Belga Sudamericana, la Sociedad Belga de Banca y Comercio, las firmas Van de Put-Heirman, y G. y C. Kreglinger.

La Belga-Argentina adquirió la concesión para la construcción de la línea férrea que uniría las localidades de Tintina y Añatuya en Santiago del Estero, así como los derechos para la compra de las tierras en dicha provincia, que el Gobierno Nacional ofrecía en estos casos. Los negocios ferroviarios del grupo no se limitaron a esta iniciativa, pues en 1905 se formó el *Crédito Ferrocarrilero Argentino*, otra importante sociedad cuyo propósito era suministrar los fondos que habrían de permitir la construcción de 180 kilómetros de líneas férreas para unir la localidad de San Cristóbal con el puerto de Santa Fe, correspondiente al Ferrocarril Central Norte, (*Monitor*, 1907: 110). El capital social establecido fue de o\$ 2.500.000, cifra que se destaca entre los montos invertidos hasta entonces por el grupo y que, en razón del núcleo societario, revela la estrecha vinculación que Tornquist había establecido con sectores financieros de primera línea a



nivel internacional³². Los socios europeos en esta ocasión fueron *Baring Brothers & Company*, la *Disconto Gesellschaft*, el *Norddeutsche Bank* y la *Compañía Comercial Belga*³³. Hacia fines de 1921, y una vez que la Administración de los Ferrocarriles del Estado argentino cancelara una deuda pendiente, esta sociedad decidió disolverse. Los primeros años del siglo XX hasta el comienzo de la Gran Guerra, constituyeron la etapa más dinámica de la economía agroexportadora argentina, sostenida, principalmente, por el constante flujo tanto de capitales como de mano de obra extranjera, factores que habrían de posibilitar el rápido crecimiento de las actividades productivas. En dicho contexto se explica el auge de las inversiones realizadas por Tornquist durante ese período, poniendo en evidencia el alto grado de desarrollo de sus capacidades financieras y mercantiles. La estrategia empresarial no estuvo orientada por una especialización sectorial, como tampoco hacia la diversificación dentro de una rama específica. Por el contrario, a las inversiones industriales cada vez más disímiles se sumaron los negocios financieros, inmobiliarios y las explotaciones agropecuarias, en un proceso que contribuyó a concentrar funciones en la empresa matriz que centralizó las decisiones y los recursos financieros. Las sociedades de préstamos hipotecarios deben destacarse entre las inversiones llevadas a cabo durante los tres primeros lustros del nuevo siglo, por haberse formado todas ellas en el extranjero, y por haber movilizado las mayores sumas de capital. Como consecuencia, el efecto más directo de la participación de Tornquist en tales emprendimientos radicó en una mayor disponibilidad posterior de recursos, los que luego habrían de ser derivados hacia otras iniciativas. Además de estas fueron también inversiones de cuantía las realizadas en tierras y estancias, o las destinadas al financiamiento de ramales ferroviarios.



De la Primera Guerra Mundial a la crisis de 1929

Al declararse la Gran Guerra, las condiciones que habían favorecido este auge económico se vieron alteradas, pues el orden internacional se modificó y, fundamentalmente, se interrumpió la oferta de capitales, con el consiguiente impacto sobre la economía argentina, debido a su alto grado de apertura. En ese nuevo escenario, el ritmo expansivo se desaceleró, las actividades especulativas y los servicios hipotecarios se contrajeron, y si bien no se crearon otras empresas, se produjo un importante crecimiento de algunas ya establecidas, con el consiguiente aumento de los capitales en ellas invertidos. Entre las actividades beneficiadas por tal coyuntura se encontraba básicamente la industria frigorífica, favorecida por la creciente demanda generada a lo largo del conflicto, y en general todas aquéllas que permitían sustituir importaciones, como la metalúrgica, el algodón y el tabaco³⁴. Al finalizar la Guerra habría de iniciarse un nuevo ciclo inversor que llegaría hasta 1928. En ese lapso fueron creadas once sociedades, las cuales, aún reproduciendo la tendencia anterior, habrían de orientarse entonces hacia el mercado interno, tal como quedara manifiesto a través del comportamiento de las metalúrgicas, y las productoras de tabaco. En esta última etapa se organizaron, además, tres de las más importantes empresas del grupo orientadas a la explotación de propiedades rurales; ellas fueron las *Estancias y Tierras La Criolla*, la *Inmobiliaria y Ganadera Chacabuco*, y para promover el cultivo del tabaco en la provincia de Misiones, según se analizara anteriormente, la Compañía El Dorado de Colonización y Bosques. En el sector industrial, el acento fue puesto en la actividad metalúrgica, también con otras tres nuevas sociedades: los *Talleres Metalúrgicos San Martín* (TAMEI), el *Crédito Ferrocarrilero e Inmobiliario*, y la *Sociedad Electro Metalúrgica Argentina* (SEMA)³⁵. A ellas habría de sumarse la *Compañía Territorial del Río de la Plata*, que actuaba en el área “construcciones,” la cual era



además propietaria del nuevo edificio de la Compañía, ubicado en la calle Bartolomé Mitre, en plena *City* porteña, e inaugurado en 1925. Al sector servicios correspondieron cuatro empresas: la *Compañía Técnica e Importadora*, la *Compañía General de Comercio e Industria* y la *Comercial e Industrial La Internacional*.

Inversiones en la rama eléctrica

Entre los últimos emprendimientos en el sector industrial, resulta particularmente interesante, la fabricación de conductores eléctricos, tanto por el carácter de la inversión, como por los núcleos societarios a los que Tornquist se vinculara. En efecto, constituida en 1928, la *Sociedad Electro Metalúrgica Argentina S.A.* (SEMA), se organizó en base a la compra de una empresa iniciada cinco años antes, que se dedicaba a la manufactura del cobre y el bronce, así como a la producción de conductores eléctricos. Su capital, en 1930, era de o\$s 700.000, y entre sus principales accionistas figuraban la *Allgemeine Elektrizitäts Gesellschaft* (AEG) de Alemania, el *Electro Holding Co. A.G.* de Luxemburgo, la *Bergwerks Industrie & Handels A.G.* (BIHAG) de Suiza y, por el lado argentino, Ernesto Tornquist y Compañía y Tito Arata.

Esta asociación inicial no quedó limitada a la elaboración de insumos sino que extendió también su participación a las empresas generadoras de electricidad. En efecto, dicha política llevó al grupo a vincularse con la *Compañía Argentina de Electricidad* (CADE), firma que a fines de los treinta se encontraba en un proceso expansivo que la había llevado a ampliar su radio de acción mediante la adquisición de empresas prestadoras de servicios eléctricos en la provincia de Buenos Aires, (*Monitor*, 1930: T. 50, 154)³⁶. Tal expansión contribuía a multiplicar las oportunidades del negocio, al producir una ampliación de la demanda, tanto en las redes de distribución como en la transformación de energía.



La Compañía Tornquist desarrolló entonces una hábil estrategia de relaciones, orientada a favorecer las actividades de su metalúrgica TAMET, la cual contaba con una sección dedicada a construcciones, particularmente estructuras metálicas con las que habrían de ser realizadas importantes obras, tanto públicas como privadas. No resultó extraño pues, que fuera ésta la encargada de construir los edificios para las superusinas de las dos grandes compañías de electricidad: la CADE y la Italo Argentina de Electricidad, en la zona del Puerto Nuevo de Buenos Aires, la primera entre 1927 y 1930, y la segunda a partir de 1930.

La trama de relaciones se extendió también a la Compañía General de Obras Públicas (GEOPE), empresa responsable de la ejecución de las obras, y a la que Tornquist se había asociado en 1927, situación que marca una confluencia de intereses entre electrificación y grandes obras edilicias, (Liernur, 1993: 49). En cuanto a esta última aliada, resulta de interés la composición de su Directorio, pues en él se encontraban además de Carlos Tornquist³⁷, Joaquín de Anchorena, que fuera intendente de Buenos Aires durante la presidencia de Roque Saenz Peña, Antonio Vasena, Vicente Fidel López, A. Seidel y J. Goedhart, y donde actuaban como síndicos los abogados Silvestre Blousson y Juan Mosciaro, que lo eran también de las firmas Siemens-Bauunion y Siemens Schuckert, así como de la mayoría de los intereses alemanes radicados en el país, (*Monitor*, 1927: T. 43, 58), (Harispuru e.a.,2000: 117-119). Sin embargo, el auge del nazismo en Alemania y el inicio de la Segunda Guerra Mundial, con las consiguientes repercusiones en el país, fueron factores que contribuyeron a debilitar los vínculos de Tornquist con los capitales de dicho origen³⁸.



Vínculos societarios

Las diferentes iniciativas de inversión y las sociedades formadas al efecto generaron un complejo y extensísimo entramado de relaciones, que incluyó tanto a capitalistas locales como extranjeros. En este marco, Henri de Bary, radicado en Amberes, resultó una figura clave para negociar en el exterior y representar los intereses de la Compañía Tornquist. Su vinculación con la firma remontaba a los orígenes de ésta, (Gilbert, 2001: 28), en tanto su activa participación logró la constitución de algunas de las sociedades formadas en el Continente, en las que aportó capitales, bien a título personal como en el de su empresa, la Compañía Comercial Belga. Entre los socios extranjeros de Tornquist se deben distinguir los grandes sectores de capital y a las firmas mercantiles y bancarias de segunda línea. Así, producto de su asociación con bancos de primer nivel fueron las dos importantes empresas financieras, el Crédito Ferrocarrilero que reuniera a la casa Baring Brothers de Londres, al Disconto Gesellschaft de Berlín, y al Norddeutsche Bank de Hamburgo, y el Crédito Territorial que contara entre sus socios a los bancos franceses Société Générale y Comptoir National d'Escompte se limitó a la formación de estas dos sociedades, pues antes había participado, como representante de las mismas, en la negociación de varios empréstitos públicos argentinos, el de 1887 para el Banco Nacional, y otros nacionales, provinciales y del municipio de Buenos Aires, entre 1906 y 1910. (Tornquist, 1930: 9, 35-37, 92, 100-101).

En cuanto a los otros socios europeos se han agrupado, por un lado, a quiénes formaran parte de la primigenia sociedad Ernesto Tornquist y Compañía e invirtieran luego en las nuevas sociedades formadas durante los Ochenta y, por otro, al grupo de socios que progresivamente se incorporara a las diversas empresas desde finales del siglo XIX. En el primer grupo figuran industriales,



comerciantes y rentistas, donde los principales fueron Louis Lysen, Víctor Lynen, Víctor Grisar, P. Raeymaecks y Horace van der Burch, y en el segundo los nombres que el nuevo ciclo de auge incorporaba a la economía argentina y que acompañaron la mayor afluencia de capitales extranjeros. Los mayores aportes correspondieron a Alphonse van de Put, Walter Rhodius, Eugene Kreglinger, la Compañía Osterrieth, el banquero Alfred Havenit y la firma de negocios y cambio van de Put-Heirman. En tanto los primeros se asociaron con empresas industriales, como Conen y Kemmerich, los últimos participaron en negocios financieros, con la excepción de la explotación de Quebrachales Tintina y la empresa vinculada con dicha actividad, la Compañía Belga-Argentina de Ferrocarriles. Un tratamiento diferente corresponde a los intereses de industriales extranjeros asociados a empresas del grupo Tornquist a partir de la década de 1920, como fue el caso del cartel luxemburgués del acero ARBED, que integrara TAMEI. El complejo cuadro de relaciones societarias se completaba con numerosos socios locales, participantes en las más de treinta sociedades aquí formadas. Si bien la multiplicidad de nombres impide incluirlos a todos, interesa destacar aquéllos que participaron en la constitución de los tres núcleos de actividades de mayor importancia: el azúcar, el frigorífico y la metalurgia.

En el tema azucarero, y dada la localización de ingenios y cultivos, los intereses con los que Tornquist se cruzara fueron principalmente tucumanos. Entre ellos, según dijéramos previamente, se encontraban propietarios de ingenios como Manuel Ocampo Samanés, David Methven, Pedro Méndez, Santiago Salvatierra y Marco Avellaneda, hermano de quien fuera presidente entre 1874 y 1880. Marco era también político y representaba los intereses de su provincia dentro de la Refinería Argentina junto con Delfín Gallo, ambos diputados nacionales



por Tucumán. Del lado porteño secundaban a Tornquist sus socios Teodoro de Bary, Carlos Carranza y Francisco Mallman, (Guy, 1977: 517), (*Anexes*, 1914, 1252-1259). En el frigorífico Sansinena, además de los socios fundadores, Gastón y Francisco que dieran nombre a la empresa, Pedro Luro e hijos, importantes propietarios rurales vinculados familiarmente con los fundadores, se encontraban entre los accionistas principales. A ellos se sumaron, en 1891, otros sesenta nombres con diferentes participaciones, lo cual no impidió que los primeros detentaran siempre el control de la empresa, junto con Ernesto Tornquist y Compañía. Por otra parte, la concreción de una asociación económica entre Tornquist, Luro y Sansinena se había iniciado ya en 1887, con la constitución de la sociedad que habría de llevar a cabo la construcción del Bristol Hotel. Un tercer núcleo fue el constituido por la actividad metalúrgica, en la que los principales socios de Tornquist fueron, como ya quedara explicado, Antonio Rezzónico, José Ottonello, Luis Huergo y Emilio Korkus. Con las sucesivas reestructuraciones y fusiones, el grupo incorporó otros nombres ligados a dicha rama, como los de Oscar Schnaith, Antonio Lavazza, Germán Gsell, Gustavo Frederking, Eugenio Noé y Werner Moesle, a quienes habrían de sumarse aquellos vinculados con los poderosos intereses del grupo luxemburgués, a partir de 1921.

Consideraciones finales

La configuración de un grupo a partir de la diversificación no constituyó un rasgo singular de esta Compañía, en tanto fue una característica compartida con otras empresas locales, experiencia también repetida en algunos escenarios de Latinoamérica o Asia, y que a la vez se viera asociada con los procesos históricos de desarrollo económico tardío, (Schvarzer, 1995: 191-192), (Barbero, 2000: 120). Dada la identificación en la mayoría de los



grupos con sus actividades específicas, en el caso de la Compañía Ernesto Tornquist ésta sólo pudo constituir su identidad sobre la base de la firma madre y alrededor de la figura de su fundador y eje de todo emprendimiento, Ernesto Tornquist, quién la condujera en forma muy personal hasta su muerte en 1908. A posteriori, si bien sus hijos Carlos y Eduardo, continuaron con las tareas emprendidas, no lograron dar a la Compañía esa impronta tan “personalista,” con que la marcara su padre en los orígenes de la empresa y en sus años de mayor desarrollo.

La Compañía a través del incremento de sus capitales amplió su estrategia empresarial, y sin dejar de ser mercantil, incorporó ramas industriales, que progresivamente tendieron a una mayor complejidad de sus intereses tanto por la variada naturaleza de las actividades realizadas, como por el gran número de relaciones que las mismas llevaban implícitas. Nuevas asociaciones con inversores belgas, en empresas diferenciadas de la firma madre, fueron seguidas por otras integradas con inversores locales. Y si bien los belgas constituyeron el núcleo inicial y más perdurable, se consolidaron también alianzas con grupos alemanes, ingleses y franceses, a los que habrían de sumar los norteamericanos al finalizar la guerra de 1914. Durante toda la década de 1920 se produjo un acercamiento efectivo al capital estadounidense, con el cual se registraron asociaciones para desarrollar actividades en el área petrolera e intervenir en la negociación de títulos públicos argentinos. Simultáneamente se consolidaron los vínculos con empresas alemanas del sector eléctrico, de construcciones y obras públicas. No obstante la fuerte competencia entre los diferentes capitales por el dominio del mercado argentino, ello no impidió compartir negocios y realizar acuerdos a fin de determinar las participaciones sobre el reparto de la plaza, según indicaba la característica del capitalismo de la época.



La dinámica inversora había llevado a la organización de diferentes sociedades y promovido la construcción de una intrincada red de intereses, que puede analizarse desde sus estructuras societarias, el carácter de sus inversiones, y su comportamiento empresarial. En tal sentido, se puede establecer que bajo la conducción de Ernesto Tornquist, es decir entre 1873 y 1908, se realizaron inversiones tanto productivas como especulativas, de corto y de largo plazo, según el sector económico de referencia. Tal multiplicidad pone de manifiesto, no sólo una gran disponibilidad de recursos financieros, sino también un abundante flujo de información que fuera hábilmente utilizado por el empresario para maximizar la capacidad de gestión³⁹.

A partir de las evidencias es posible sostener que la diversificación de actividades estuvo relacionada con la existencia de recursos “ociosos,” como el almacenamiento de conocimientos específicos, principalmente capacidades comerciales y financieras, factores estos a los que habría de sumarse la localización geográfica de las inversiones, la cual contribuyó a concentrar decisiones y recursos en la casa matriz, separándolas de las funciones de producción. Por otro lado, si bien el rol financiero y comercial originó buena parte de las inversiones, en otros casos se trató de iniciativas orientadas hacia actividades que tuvieron desde su origen perspectivas de alta rentabilidad, como la naciente industria frigorífica o la producción azucarera.

La empresa Ernesto Tornquist y Compañía logró, pues, un crecimiento continuo, en una etapa en que la economía primaria exportadora argentina generaba posibilidades de expansión en diferentes sectores. Apoyada en una compleja red de vínculos sociales y económicos, que incluyó también los políticos, Tornquist desarrolló una acertada estrategia que le permitió



crecer y liderar esa enorme red de empresas identificadas y formadas en función de la cohesión que su nombre les brindara.

Notas

** UBA-Facultad de Ciencias Económicas-CEEEED

¹ La primitiva firma de 1830 se llamó 'Bunge y Bornefeld'; a partir de 1858 continuó como 'Altgelt, Ferber y Compañía', y desde 1866 bajo la denominación 'Ferber, Hün y Compañía'. Estos cambios en la razón social se vincularon con cambios en los socios solidarios, es decir en quiénes asumían la responsabilidad en la sociedad en comandita.

² Un análisis detallado sobre la totalidad de las sociedades del grupo, habría derivado en un texto complejo y, por ello, se ha privilegiado un enfoque limitado al seguimiento y evolución de sus diferentes inversiones.

³ Correspondencia enviada desde Amberes por Rosa Algelt a su madre, 17-2-1873 y 8-3-73.

⁴ Así, una generación que se había graduado en la Facultad de Derecho, a finales de la década de 1860, como Aristóbulo del Valle, Mariano Demaría, Bonifacio Lastra, José Terry, Norberto Quirno Costa, Eugenio Cambaceres, Leandro Alem, José M. Rosa, Carlos Pellegrini y Juan J. Romero, entre otros, comenzaron a desarrollar una actuación destacada en la justicia, la política y las letras.

⁵ Tales fueron las vinculadas con la Ley de unificación monetaria, de 1881; la negociación con los acreedores externos luego de la cesación de pagos de 1890; la creación de la Caja de Conversión en 1899, y el frustrado proyecto de consolidación de la deuda externa de 1901 que provocara el distanciamiento político entre Pellegrini y Roca.

⁶ Romero fue síndico de 'Ernesto Tornquist y Compañía', y además estuvo asociado en algunas inversiones.

⁷ En 1887 el gobierno contrató un empréstito para el Banco Nacional, por 10.291.000 pesos oro, en el que participaron: el Direction der Disconto-Gesellschaft, de Berlín, el Norddeutsche Bank, de Hamburgo, M.A. Rothschild



y Sorne, de Frankfurt y S. Oppenheim jr & Co., de Colonia.

⁸ Para esa década, si bien a título personal, Ernesto Tornquist realizó numerosas y lucrativas operaciones de compraventa de tierras, principalmente en la provincia de Buenos Aires y de terrenos urbanos en la Capital Federal.

⁹ A partir de 1891 dicho frigorífico habría de incorporarse a las empresas del grupo.

¹⁰ Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Protocolos Notariales, Registro 78, 1897.

¹¹ The Standard, Special Centennial Edition 1916, Buenos Aires, agosto de 1916, p. 69.

¹² Varios socios primitivos de Conen lo fueron también de Tornquist, como el industrial L. Lysen, los comerciantes Victor Lynen, V. Grisar y P. Raeymaeckers, o el rentista H. van der Burch. Entre ellos figuraba también Tomás Devoto, de la Compañía General de Fósforos, la que utilizaba insumos de Conen. AGN. Protocolos Notariales, Registro 78, 1894.

¹³ Con parte de las tierras que Kemmerich poseía en Santa Fe el grupo organizaría posteriormente otras empresas, como El Quebracho S.A., para la explotación de madera, y las Estancias La Criolla S.A. y Estancias y Colonias La Verde, para la actividad agropecuaria.

¹⁴ La firma Huts y Havenith también participo en la comercialización en el mercado europeo.

¹⁵ Cf. Impresiones de la República Argentina..., 1911, p. 292.

¹⁶ El Plaza Hotel fue una inversión personal de Ernesto Tornquist, y una de las pocas que continuó en posesión de la familia al disolverse el grupo en la década de 1970. A la muerte del empresario las acciones de la sociedad hotelera fueron heredadas por su esposa e hijos. Cf. Archivo General de Tribunales (AGT), 1908, legajo 3026, Sucesión Ernesto Tornquist.

¹⁷ Ernesto Tornquist formó parte de la Comisión de Notables que asesoró a Calos Pellegrini. y durante los sucesos de julio de 1890 integró, junto con Benjamín Victorica, Luis Saenz Peña y Eduardo Madero, la Comisión designada para negociar con los revolucionarios, (Ibarguren, 1969: 77). Por su amistad con Pellegrini y Roca se convirtió en consejero financiero de los diferentes Gobiernos de la época.

¹⁸ El análisis de esta inversión se realiza en páginas posteriores integrada al conjunto de sociedades de crédito hipotecario.

¹⁹ La participación en la Cervecería no fue prolongada, y Bemberg a partir de la segunda década del siglo XX, habría de concentrarse en esta actividad.

²⁰ Provincia de Buenos Aires, Archivo de Geodesia Catastro y Tierras:



Duplicados de mensura, N° 46, 1886, y Catálogo General de Mensuras de la Provincia de Buenos Aires 1824-1924, Partido de Tornquist, p. 373.

²¹ En 1887 se reunieron saladeristas y exportadores, para formar una comisión de la que Ernesto Tornquist fue vocal, a fin de tratar los problemas de la ganadería; las conclusiones fueron que el saladero había terminado, que había que refinar el ganado y en adelante desarrollar la industria del frío para el vacuno. (Tornquist, 1942, 32).

²² La Guerra Anglo-boer redujo las manadas de Sudáfrica y creó una demanda extra para los ejércitos; por otra parte, las sequías habían afectado al ganado en Australia, mientras se reducían los envíos norteamericanos al exterior por aumento de la demanda interna, y se cerraban los puertos británicos al ganado en pie exportado desde Argentina. (Smith, 1983: 42-43).

²³ Según la Memoria de la Compañía Sansinena de Carnes Congeladas la compra se financió colocando en Amberes una emisión de o\$ 1.000.000 en acciones preferidas al 6%.

²⁴ Entre 1889 y 1893 el Disconto Gesellschaft y el Norddeutsche Bank fueron importantes socios comanditarios de la Compañía Tornquist. (Gilbert, 2001: 63-64).

²⁵ En 1899, y también con la participación de Ernesto Tornquist, se estableció la Caja de Conversión, la que permitió estabilizar nuestra moneda y generar mejores condiciones para atraer al capital extranjero.

²⁶ Las tres hijas de de Bary habían casado con oficiales alemanes del antiguo Ejército de la Guardia Real y ostentaban, además, títulos de la nobleza germana, situación ésta que permitió interesar a dichos círculos en la compra de títulos argentinos. Los esposos fueron el barón Wilhelm de Mirbach, Karl-August d'Achembach y Sigfried baron de Milbach.

²⁷ La Compañía Tornquist, había sido también, inicialmente, una firma introductora, y a medida que ampliara sus intereses fue delegando este rol en otras sociedades, igual que ocurriera en el caso de CIBA.

²⁸ La Compañía Introductora de Buenos Aires Sociedad Anónima, 1965, p. 4. La Compañía Colonizadora brindó apoyo técnico para el cultivo y posterior tratamiento del tabaco.

²⁹ Además de ser utilizada en la alimentación humana y del ganado, la sal tuvo variadas aplicaciones en la agricultura y en numerosas actividades industriales.

³⁰ El Partido de las Sierras, constituido como tal en septiembre de 1905, cambió su denominación en noviembre de 1910, a dos años de la muerte de Ernesto Tornquist, formado con tierras que en su origen pertenecieran al partido de Bahía Blanca. Según se indicara en páginas anteriores Estancias



y Colonias Tornquist fue una empresa en la que participara el empresario a título personal.

³¹ Las cifras de la cantidad de hectáreas aquí presentadas para las tres últimas sociedades, son los correspondientes a 1930, pues con anterioridad La Criolla había vendido 100.000 hectáreas y El Dorado 42.000 hectáreas.

³² En 1907 y 1909 la Compañía Ernesto Tornquist había negociado dos importantes empréstitos nacionales para un sindicato de bancos presidido por la casa Baring de Londres.

³³ Crédito Ferro-carrilero Argentino, Memorando, 1920, mimeografiado, pp. 1-2.

³⁴ Aunque la rama textil no figura entre las actividades del grupo, la empresa CIBA, ya citada, desarrolló esta faceta industrial durante algunos años en la segunda década del siglo XX, sin embargo habría de concentrarse en los rubros del tabaco y la sal.

³⁵ En realidad TAMET no fue una actividad que se originara para esta fecha, pues la nueva sociedad era el resultado final de un proceso de absorción de empresas de la rama, iniciada en etapas anteriores. TAMET surgió de la reorganización de los Talleres Metalúrgicos y de su fusión con otras empresas del rubro, mientras el Crédito Ferrocarrilero e Inmobiliario era el sucesor de Talleres San Martín, Compañía Mercantil y Rural.

³⁶ Para entonces la CADE prestaba servicios en 18 partidos bonaerenses, incluida la capital provincial, lo que implicaba abarcar una superficie de más de 11.000 km cuadrados, y una cartera de 63.600 usuarios.

³⁷ Carlos era uno de los trece hijos que Ernesto había tenido de su matrimonio con Rosa Altgelt, diez de los cuales le sobrevivieron. Nacido en 1890, Carlos habría de ocupar el lugar de su padre en la mayor parte de las empresas del grupo, acompañado por su hermano Eduardo, un año menor que él. (Calvo, 1945).

³⁸ Archivo Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Fondo Junta de Vigilancia y Disposición Final de la Propiedad Enemiga.

³⁹ Cf. Nathaniel Leff (1978). Este autor afirma que los grupos diversificados permitieron a las empresas de países en desarrollo acceder a economías de escala, lo cual favoreció una mejor asignación de los escasos recursos, fuesen éstos de capital o empresariales.



Anexo

Cuadro N° 1. Empresas fundadas o donde Ernesto Tornquist & Cía. Ltda. participaba. 1883-1928 por fecha de creación.

Año	Sociedad	Actividad
1883	José Conen y Cía. (Amberes-A) *	Fabricación de velas y glicerina. (I)
1884	Cía. de Productos Kemmerich (A) *	Extracto de carnes/Saladero. (I)
1886	Refinería Argentina	Refinería de azúcar. (I)
1887	Bristol Hotel	Hotelería.
1891	Cía. Sansinena *	Frigorífico. (I)
1894	Industrial y Pastoril Belga-sudamericana(A)	Préstamos hipotecarios, tierras.
1895	Cía. Azucarera Tucumana (CAT)	Azúcar, plantaciones. (I)
1895	Estancias y Colonias Tornquist	Explotaciones agroganaderas, Colonias.
1897	Cervecería Palermo	Cervecería. (I)
1900	Plantadora Isleña	Tierras, frutas, madera. (I)
1901	Cía. Introdutora (CIBA)	Importadora. Explotación de tabaco y sal.(I)
1902	Talleres Metalúrgicos *	Bulonería, remaches, fundición. (I)
1902	Estancias y Colonias Curamalán	Explotaciones agroganaderas, Colonias.
1903	Cía. Belga-Argentina de Ferrocarriles (A)	Ferrocarriles; tierras.
1903	La Buenos Aires Seguros	Seguros.
1903	El Quebracho S.A.	Madera, extractos. (I)
1904	Cía Argentina de Pesca	Pesca de ballenas. (I)
1904	La Alianza Amberesa (A)	Préstamos hipotecarios, propiedades.
1904	Estancias y Colonias La Verde	Explotaciones agroganaderas, Colonias.
Año	Sociedad	Actividad
1905	Crédito Ferrocarrilero Argentino	Ferrocarriles.
1906	Quebrachales Tintina	Maderas y extractos. (I)
1906	Crédito Territorial Argentino (París)	Préstamos hipotecarios.
1907	El Petróleo Argentino	Minería. (I)



1908	Plaza Hotel	Hotelería.
1909	Sociedad General Belga Argentina (A)	Préstamos hipotecarios.
1910	Ganadera y Territorial La Verde	Explotaciones agroganaderas; Colonias.
1910	La Salamanca	Ganadería.
1910	El Petróleo Argentino de San Rafael	Minería. (I)
1911	Cía. Rural Amberesa (A)	Explotaciones agroganaderas.
1911	Sociedad Territorial Belga Argentina (A)	Préstamos para construcción.
1911	FERRUM, Industria Argentina de Metales Art.	Hierro esmaltado; sanitarios. (I)
1911	Cía. de Grandes Hoteles	Hotelería.
1911	Cía. de Petróleo Comodoro Rivadavia	Minería. (I)
1912	La Continental, Cía. de Seguros Generales	Seguros.
1919	S.A. La Criolla	Explotaciones agroganaderas; Colonias.
1922	Cía. Técnica e Importadora, S.A.	Importación de maquinarias.
1922	Cía. General de Comercio e Industria	Hotelería, campos.
1922	Comercial e Industrial La Internacional	Negocios financieros.
1923	Cía. Inmobiliaria y Ganadera Chacabuco	Explotaciones agroganaderas, inmobiliaria.
1924	Cía. Territorial del Río de la Plata	Inmobiliaria, construcciones. (I)
1924	Cía. El Dorado, Colonización y Bosques	Agrícola, forestal, Colonias. (I)
1925	Talleres Metalúrgicos San Martín (TAMET)	Metalúrgica. (I)
Año	Sociedad	Actividad
1927	Crédito Ferrocarrilero e Inmobiliario	Ferrocarriles. (I)
1928	Sociedad Electro Metalúrgica Argentina	Metales; conductores eléctricos. (I)



Fuente: Elaboración propia en base a datos del Monitor de Sociedades Anónimas, varios años, y de Ernesto Tornquist y Cía.Ltda. y sus Compañías afiliadas, mimeo, año 1932.

(*) Participación en empresas pre-establecidas.

(I) Industria.

(A) Sociedades constituidas en Amberes.

Cuadro N° 2. Relación entre capital y reservas de las principales empresas del grupo en 1930, en o\$.s.

Empresa	Capital inicial	Capital en 1930
1- Sansinena S.A. (I)	2.000.000 (1891)	10.802.451
2- Cía. Azucarera Tucumana(I)	3.000.000 (1895)	10.046.861
3- Cía. Territorial Río de la Plata	1.000.000 (1924)	7.014.345
4- Talleres Metalúrgicos-TAMET (I)	3.700.000 (1925)*	4.462.769
5- Cía. Introdutora Buenos Aires-CIBA (I)	600.000 (1901)	3.300.000
6- La Criolla S.A.	3.000.000 (1919)	3.296.153
7- Cía.General de Comercio e Industria	2.000.000 (1922)	3.116.873
8- Refinería Argentina (I)	1.500.000 (1886)	2.201.551
9- FERRUM (I)	660.800 (1911)	1.940.677
10- Cía. Argentina de Pesca(I)	200.000 (1904)	1.917.618
11- Cía. El Dorado (I)	s / d (1924)	1.720.384
12- Cía. de Grandes Hoteles	573.000 (1911)	1.575.486
13- Cía. Ganadera Inmobiliaria Chacabuco	615.000 (1923)	1.572.967
14- Crédito Ferrocarrilero Inmobiliario	1.500.000 (1927)	1.556.943
15- Cía. Técnica Importadora	800.000 (1922)	882.910
16- SEMA (I)	s / d (1928)	730.769
17- Plantadora Islaña (I)	500.000 (1900)	597.557
18- Cía. de Productos Conen (I)	130.000 (1883)	509.279

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Monitor de Sociedades Anónimas, varios años, y Ernesto Tornquist y Cía.Ltda y sus Compañías afiliadas, año 1932, mimeo.

*En 1902 el capital de Rezzónico Ottonello era de o\$s 250.000

(I) Industria



Cuadro N° 3. Evolución del capital de las principales industrias de Ernesto Tornquist & Cía. Ltda. En millones de pesos oro.

Nombre	1890	1895	1900	1905	1910	1915	1920	1925	1930
Refinería Argentina	1.0	1.2	1.2	1.2	1.1	2.1	2.1	2.2	2.2
Frigonífico Sansinena		1.6	2.5	3.1	3.1	4.7	12.5	12.5	10.8
Azucarera Tucumana			2.0	2.6	2.7	4.2	4.3	5.0	10.0
CIBA					1.0	1.1	3.2	3.3	3.3
TAMET						1.3	1.3	3.7	4.4

Fuente: Elaboración propia en base a datos obtenidos de Ernesto Tornquist y sus Compañías afiliadas, 1932.

Bibliografía

I. Fuentes primarias.

A. Inéditas.

. Archivo General de la Nación (AGN), Protocolos Notariales, Registro, años 1894 y 1897.

. Archivo General de Tribunales (AGT), legajo 3026: Sucesión Ernesto Tornquist, año 1908.

. Archivo Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Fondo Junta de Vigilancia y Disposición Final de la Propiedad Enemiga.

. Archivo del Colegio de Escribanos (ACE), Protocolos Notariales, Registro, años 1909, 1922 y 1925.

. Archivo de Geodesia, Catastro y Tierras de la Provincia de Buenos Aires, Duplicado de mensura, N° 46, año 1886.

. Archivo de Geodesia, Catastro y Tierras de la Provincia de Buenos Aires, Catálogo General de Mensuras de la Provincia de Buenos Aires 1824-1924, Partido de Tornquist.

. Archivo privado María Acuña de Coelho, Correspondencia.

. Crédito Ferro-carrilero Argentino: Memorando, año 1920.

B. Publicadas.

. Annexes au Moniteur Belge. Recueil des Actes, Procès-Verbaux et Documents Relatifs aux Sociétés commerciales, Bruxelles, Imprimerie du Moniteur Belge, años 1873 a 1914.

. Bary, C. de (1927), Etude sur l'Histoire des Bary-Barry, Vieux-Dieu-les-Anvers, s/d.



- . Berduc, Enrique (1924), Ernesto Tornquist y Cía. Ltda. (1874-1924), Buenos Aires, E. Tornquist y Cía. Ltda.
- . Calvo, Carlos (1945), Nobiliario del antiguo virreynato del Río de la Plata, Buenos Aires, Ediciones La Facultad, 6 volúmenes.
- . Ernesto Tornquist & Cía. Ltda., “Estatutos de la S.A. financiera, comercial e industrial E.Tornquist y Compañía”, Buenos Aires, Sarmiento, 11 al 28/12/1906.
- . Ernesto Tornquist & Cía. Ltda. (1920), El desarrollo económico de la República Argentina en los últimos cincuenta años, Buenos Aires.
- . Ernesto Tornquist & Cía. Ltda.(1919), “Su historia y su actual desenvolvimiento,”Buenos Aires, El contribuyente fiscal, Año I, N° 9.
- . Ernesto Tornquist & Cía. Ltda.(1930), Manual of Argentine Loans, National, Provincial, Municipal, Buenos Aires.
- . Ernesto Tornquist & Cía. Ltda. (1932), Ernesto Tornquist y sus Compañías afiliadas, mimeo.
- . Ernesto Tornquist & Cía. Ltda. (1942): Ernesto Tornquist, 1842-1942. Estudio biográfico de su vida publicada con motivo del centenario de su natalicio, Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina.
- . Heins, Guillermo (Capitán Nemo) (1936), América industrial y comercial, Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina.
- . Impresiones de la República Argentina en el siglo XX. Su historia, gente, comercio, industria y riqueza. Londres, Lloyd’s Greater Britain Publishing Co. Ltd., 1911.
- . Institución Ernesto Tornquist (1917), Institución Ernesto Tornquist: Su fundación y su desarrollo, Buenos Aires, Peuser.
- . La Compañía Introdutora de Buenos Aires (1965), Archivo y Biblioteca E. Tornquist, Buenos Aires, publicación interna.
- . Monitor de las Sociedades Anónimas y Patentes de Invención, Buenos Aires, Imprenta Coni, revista mensual, años 1903 a 1930.
- . Pillado, Ricardo (1889), Anuario Pillado de la deuda pública y sociedades anónimas establecidas en la República Argentina para 1889, Buenos Aires, Imprenta La Nación.
- . Provincia de Buenos Aires, Ministerio de Obras Públicas, Archivo de la Dirección de Geodesia, Catastro y Tierras (1945), Catálogo General de Mensuras de la Provincia de Buenos Aires, 1824-1944, La Plata, Taller de Impresiones Oficiales.
- . The Argentine Standard Directory (1923), Anuario de Fabricantes y Comerciantes Nacionales y Extranjeros, Buenos Aires, Talleres Rosso y Cía.



- . Tilmant, Jules, “Ernesto Tornquist et le Commerce Anversois (1842–1908),”en: Ernesto Tornquist y Cía. S.A., Ernesto Tornquist. In Memoriam, Buenos Aires, 1908.
- . Unión Industrial Argentina (UIA), Guía descriptiva de los principales establecimientos industriales de la República Argentina, Buenos Aires, s/d, 1896.

II. Fuentes secundarias.

- . Balán, Jorge (1978), “Una cuestión regional en la Argentina: Burguesías provinciales y el mercado nacional en el desarrollo agroexportador,” en: Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Vol.18, N° 69.
- . Barbero María Inés (c) (1993), Historia de empresas. Aproximaciones historiográficas y problemas en debate, Buenos Aires, CEAL.
- . Barbero María Inés (2000), “Mercados, redes sociales y estrategias empresariales en los orígenes de los grupos económicos. De la Compañía General de Fósforos al Grupo Fabril (1889–1929),” en: Estudios Migratorios Latinoamericanos, Buenos Aires, Año 15, N° 44.
- . Cerutti, Mario, Isabel Ortega y Lidia Palacios (1999), “Empresarios, empresa y grupos económicos en el norte de México,”en: Asociación Uruguaya de Historia Económica, II Jornadas de Historia Económica, Montevideo.
- . Coase, Ronald (1994), “La naturaleza de la empresa,” en: L. Putterman (e), La naturaleza económica de la empresa, Madrid, Alianza.
- . Comín, Francisco y Pablo Martín Aceña (c) (1996), La empresa en la historia de España, Editorial Civitas, Madrid.
- . Cortés Conde, Roberto (1989), Dinero, deuda y crisis. Evolución fiscal y monetaria en la Argentina, Buenos Aires, Sudamericana/ITDT.
- . Cortés Conde, Roberto (1999), Auge y declinación de la economía argentina, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- . Chandler, Alfred Jr. (1977), The visible hand: The managerial revolution in American business, Cambridge, Belknap/Harvard.
- . Chandler, Alfred Jr. (1982), “The M Form: Industrial groups, American style,” en: European Economic Review, N° 19, North-Holland.
- . Chiaramonte, José Carlos (1971), Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina, 1860-1880, Buenos Aires, Solar/Hachette.
- . Dávila, Ladrón de Guevara Carlos (c) (1996), Empresa e historia en América Latina. Un balance historiográfico, Santa Fe de Bogotá, Tercer Mundo Editores.



- . Díaz Alejandro, Carlos (1983), *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu.
- . Dorfman Adolfo (1970), *Historia de la industria argentina*, Buenos Aires, Solar/Hachette.
- . Ferns, Harry S. (1968), *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Solar/Hachette.
- . Fraile, Pedro (1993), “La historia económica de la empresa como disciplina independiente: Una perspectiva histórica,” *Revista de Historia Económica*, N° 1, Madrid.
- . Gerchunoff, Pablo y Lucas Llach (1998), *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Ariel.
- . Giberti, Horacio (1961), *Historia económica de la ganadería argentina*, Buenos Aires, Solar/Hachette.
- . Gilbert, Jorge, *Empresario y Empresa en la Argentina Moderna*, Tesis de Maestría en Investigación Histórica, Buenos Aires, Universidad de San Andrés, 2001.
- . Goto, Akira (1982), “Business groups in a market economy,” en: *European Economic Review*, N° 19, North-Holland.
- . Gutiérrez, Leandro y Juan Carlos Korol (1988), “Historia de empresas y crecimiento industrial en la Argentina. El caso de la Fábrica Argentina de Alpargatas,” en: *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 28, N° 111.
- . Guy, Donna (1977), “La política azucarera tucumana y la generación del ochenta,” en: *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Buenos Aires, Vol.16, N° 64.
- . Guy, Donna (1981), *Política azucarera argentina: Tucumán y la generación del '80*, Tucumán, Fundación Banco Comercial del Norte.
- . Guy, Donna (1988), “Refinería Argentina, 1888-1930: Límites de la tecnología azucarera en una economía periférica,” en: *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Buenos Aires, Vol. 28, N° 111.
- . Harispuru Adela, Jorge Gilbert y Andrés Regalsky (2000), “La junta de Vigilancia, el Estado y la propiedad enemiga,” en: *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, Instituto de Investigaciones de Historia Económica y Social, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, Vol.X, N° 19.
- . Harispuru Adela y Jorge Gilbert (2003), “Las inversiones en tierras de Ernesto Tornquist y Cía. S.A.”, en: *III Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales*, UBA. Facultad de Ciencias Económicas, Buenos Aires.



- . Hikino, Takashi y Alice Amsden (1995), “La industrialización tardía en perspectiva histórica,” en: *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Buenos Aires, Vol. 35, N° 137.
- . Hora Roy (2000), “Terratenientes, empresarios industriales y crecimiento industrial en la Argentina: Los estancieros y el debate sobre el proteccionismo (1890-1914),” en: *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Buenos Aires, Vol.40, N° 159.
- . Leff, Nathaniel H. (1978), “Industrial Organization and Entrepreneurship in the Developing Countries: The Economic Groups,” en: *Economic Development and Cultural Change*, Chicago.
- . Liernur, Jorge/ Graciela Silvestre (1993), *El umbral de la metrópolis*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- . Marichal Carlos (1984), “La gran burguesía comercial y financiera de Buenos Aires, 1860-1914. Tipología de cinco grupos,” Buenos Aires, mimeo.
- . Marichal Carlos (c) (1995), *Las inversiones extranjeras en América Latina, 1850-1930. Nuevos debates y problemas en historia económica comparada*, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica.
- . Marichal Carlos y Mario Cerutti (c) (1997), *Historia de las grandes empresas en México, 1850-1930*, México, Universidad Autónoma de Nueva León/Fondo de Cultura Económica.
- . Míguez Eduardo José (1985), *Las tierras de los ingleses en la Argentina, 1870-1914*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- . Ortiz, Ricardo (1974), *Historia económica de la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 4ª.ed.
- . Penrose, Edith (1959), *The Theory of the Growth of the Firma*, London, B. Blackwell.
- . Putterman, Louis (c) (1994), *La naturaleza económica de la empresa*, Madrid, Alianza.
- . Rocchi, Fernando(1996), “En busca del empresario perdido: Los industriales argentinos y las tesis de Jorge Federico Sabato,” en: *Entrepasados. Revista de Historia*, Buenos Aires, Año V, N° 10.
- . Sabato, Jorge (1979), *Notas sobre la formación de la clase dominante en la Argentina moderna, 1880-1914*, Buenos Aires, CISEA.
- . Sapelli, Giulio (1996), “Hacia una teoría de la historia empresarial,” en: *F. Comín y P. Martín Aceña: La empresa en la historia de España*, Madrid, Civitas.
- . Sebrelí, Juan José (1984), *Mar del Plata, el ocio represivo*, Buenos Aires, Editorial Leonardo Buschi.
- . Sesto, Carmen, *La vanguardia terrateniente bonaerense: Un nuevo modelo*



productivo (1856-1900), Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1999.

- . Smith, Peter (1983), Carne y política en la Argentina, Buenos Aires, Paidós.
- . Schvarzer, Jorge (1978), “Estrategia industrial y grandes empresas: el caso argentino,” en: Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Vol.18, N° 71.
- . Schvarzer, Jorge (1995), “Grandes grupos económicos en Argentina. Formas de propiedad y lógicas de expansión,” en: Revista Mexicana de Sociología, México, Vol.57, N° 4.
- . Veblen, Thorstein (1965), Teoría de la empresa de negocios, Buenos Aires, Eudeba.
- . Viale, César (1945), Estampas de mi tiempo, Buenos Aires, s/d.
- . Vitelli, Guillermo (1999), Los dos siglos de la Argentina. Historia económica comparada, Buenos Aires, Prendergast.
- . Williamson, Oliver E. (1986), Las instituciones económicas del capitalismo, México, Fondo de Cultura Económica.





El holding 'Tornquist' y su vinculación con la comunidad belgo-alemana, en Argentina

*Por Adela Harispuru * y Jorge Gilbert ***

Este artículo fue publicado en Estudios Migratorios Latinoamericanos N° 65, abril de 2009

Resumen

El exiguo número de migrantes procedentes de Alemania, -al menos hasta la segunda mitad del siglo XIX -, limitó la focalización de estudios histórico - sociales sobre esa comunidad. La dificultad para acceder a fuentes primarias, y la complejidad del idioma original no fueron un obstáculo menor, lo cual explicaría, de manera relativa, la tardanza en la aparición de material sobre el tema, y su reducida cantidad.

Este trabajo propone un acercamiento a dicha problemática, a través del análisis de los vínculos establecidos por un sector de la comunidad mercantil: específicamente Ernesto Tornquist y quienes estuvieron relacionados con su grupo, mediante el intercambio comercial hacia y desde los territorios belgas y alemanes. El estudio de los lazos familiares, comerciales, societarios y aún políticos, posibilitaron plantear la interacción entre personas y empresas, a fin de observar algunas características de la emigración germana, su grado de integración en la sociedad receptora, y establecer si la elección de estos destinos estuvo ligada a la posibilidad de desarrollar determinadas capacidades específicas, obtenidas en sus lugares de procedencia.

Si bien son numerosos los trabajos sobre procesos migratorios hacia la Argentina, desde variadas perspectivas, la presencia alemana, al igual que la belga, se encuentran entre las experiencias



menos estudiadas. Las razones podrían encontrarse en que, comparada con las características masivas de la inmigración italiana y española, aquellas resultan poco relevantes en términos cuantitativos.

Según señalara Walter Kamphoefner al referirse a los avances de las investigaciones sobre inmigración, durante las últimas cuatro décadas del siglo pasado se habría ampliado el horizonte, hasta entonces centrado en Estados Unidos, principal país receptor, ocupándose, a partir de 1960, de estudiar otros destinos, en particular de América Latina¹. No obstante, el mismo investigador observaba que, a pesar del incremento en la producción, no había sido considerado el proceso de selección de destinos, por parte de los migrantes.

En este trabajo analizaremos una sumatoria de experiencias individuales que, sin formar parte de desplazamientos masivos de población, plantea las vivencias de comerciantes procedentes de dinámicas economías industriales, que llegaron a estas tierras durante la primera mitad del siglo XIX, estableciendo estrechas vinculaciones con los mercados de sus países originarios.

La propuesta constituye un estudio sobre el empresario argentino Ernesto Tornquist, y el grupo económico que liderara, analizando sus vinculaciones con la comunidad de negocios belgo-alemana. En estas interacciones, además, podremos observar qué clase de personas habían emigrado desde aquellos países, cuál fue su grado de integración en las sociedades receptoras, y si la elección de estos destinos estuvo ligada a la posibilidad de desarrollar determinadas capacidades específicas, obtenidas en sus lugares de procedencia².



¿Por qué ocuparnos de Ernesto Tornquist? Porque fue una de las figuras más representativas de las finanzas argentinas entre finales del siglo XIX, y la fecha de su muerte, ocurrida en 1908. A partir de la década de 1880 comenzó a invertir en tierras, actividades industriales y en el sector financiero, conformando un poderoso holding con participación en numerosas empresas.

Al analizar sus comienzos y el proceso histórico durante el cual incrementara su poder económico, aparece como dato relevante su pertenencia familiar a una comunidad cultural germana, y las posibilidades de acceso a un financiamiento externo de origen belgo-alemán, capitales que desde las últimas décadas del siglo XIX, comenzaron a competir en el mercado argentino con los británicos y franceses³.

Los alemanes en Argentina

En líneas generales, la inmigración alemana en nuestro país presentó características similares a las de otras corrientes migratorias procedentes del norte de Europa, es decir que comenzó en la primera mitad del siglo XIX, en forma espontánea, y paulatinamente, los focos expulsores se engrosaron durante toda la centuria. Poco a poco comenzó a ser relevante lo que Cortés Conde denominara “factor amigo y familia”, invocando aquella inmigración atraída por las noticias favorables, enviadas por otros connacionales, llegados con anterioridad⁴.

Tras la ruptura con España, y las consecuentes luchas por la independencia, el monopolio comercial impuesto en América por la Corona, se desarticuló, y los mercados de estas tierras quedaron abiertos al librecambio con otros países europeos. Disputados por mercaderes de variada nacionalidad, en un principio fueron los ingleses quienes comenzaron a ofrecer sus mercancías, imitándolos



después algunos franceses, y también varios norteamericanos.

Los alemanes siguieron el ejemplo, aunque con capitales bastante modestos, y así, pronto el país comenzó a consumir “géneros, algodones, sedas, satines y terciopelos de Westfalia, Renania, Sajonia y Silesia; artículos de hierro y acero del Bergisches Land; vidrios de Bohemia” y otras manufacturas variadas, que eran exportadas hacia estas tierras, ya abiertas al intercambio⁵. Estos mercaderes, sin lograr los volúmenes o montos de los ingleses, poco a poco fueron instalándose con mayor seguridad en la plaza, donde traficaban con los preciados cueros y lanas del país.

Si bien la comunidad alemana en Buenos Aires era pequeña, aún a comienzos del siglo XIX⁶, incluía las familias de destacados comerciantes, como Johann Christian Zimmermann⁷, sus parientes políticos: los Halbach; Adolfo Scheibler, también relacionado con ellos y representante de una de las más antiguas empresas textiles de Westfalia; su primo Federico Scheuten; otro hamburgués: Friedrich Wilhelm Schmaling, fuerte competidor de los ingleses en el rubro de los hilos; el cónsul de Prusia, Johann Eschenburg; el barón José Carlos von Reissig; los Bunge; y Jorge Tornquist.

Las causales que impulsaran a estos mercaderes a radicarse en las costas rioplatenses, pueden ser varias. La primera de ellas, surgió en la misma Europa, y en particular en Bélgica, donde las medidas de carácter liberal adoptadas por la monarquía, con mayor énfasis a partir de la independencia en 1830, buscaron incrementar las operaciones de intercambio a través de la ciudad de Amberes.

El rey Leopoldo I intentó favorecer el librecomercio mediante la eliminación de derechos de aduana sobre materias primas y artículos de consumo, y suprimió, a la vez, los aforos por tránsito y salida de



productos manufacturados desde el puerto sobre el Escalda.

De esta manera fueron generadas las condiciones que convirtieran a Amberes en sede de un gran número de sociedades mercantiles, provenientes de Holanda, Alemania, Francia o Luxemburgo, cuya diversidad de origen no fue obstáculo para que aunaran sus intereses. Los alemanes, en particular, trataron de evitar los conflictos bélicos que se desarrollaban en su tierra, buscando una salida para sus mercancías a través del cercano puerto amberense. Por ello, muchas firmas originalmente germanas, fueron registradas en nuestro país como belgas, nacionalidad que les permitió mantenerse, durante varias décadas, al margen de las restricciones y consecuencias de las guerras en su región natal, y también de las que ocurrían en el convulsionado territorio sudamericano. Por otro lado, la presencia de comerciantes y comisionistas de variada nacionalidad en Buenos Aires y Montevideo, había contribuido al establecimiento de vínculos comerciales y sociales entre éstos, y entidades económicas con sede en Bélgica.

A causa de su ya mencionado escaso número, durante los años que discurrieron entre 1830 y 1850, y para cuestiones prácticas, la colectividad debió integrarse con otras minorías. Así, los inmigrantes alemanes evangélicos participaron, en un comienzo, de los oficios religiosos de ingleses y escoceses, y utilizaron también el cementerio por ellos organizado, para el sepelio de cristianos protestantes.

En 1833 lograron comprar una parcela para enterrar a sus connacionales, mediante la contribución de algunos de los comerciantes previamente citados, a los que se sumaran los Hornung, Klappenbach, Mayer, Milberg, Bullrich, Mohr, Reinecke, Chapeurouge, Diëhl, Spangenberg, Stegmann, y varios más.



Recién en 1843 se constituyó la ‘Congregación Evangélica Alemana’, impulsada por Carlos Augusto Bunge, institución que habría de ocuparse de los servicios religiosos y educativos de dicha comunidad.

Deseosos de poder continuar sus ritos religiosos, pronto se organizaron para conseguir que desde Bremen fuera enviado un pastor, que cubriera también las funciones de maestro para los niños. Así, en 1843 llegó August Ludwig Siegel, quién habría de celebrar servicios en alemán, y enseñar lectura, escritura, aritmética, canto y geografía, en la casa pastoral de la calle Perú. En el mismo año, desde Holstein, arribó Johann Gotthilf Hermann Frers, quien se desempeñaría como maestro auxiliar, y sumaría, a las asignaturas anteriores, la enseñanza del inglés y su tarea como organista⁸.

Hacia 1850, el número de alemanes radicados en Buenos Aires no superaba aún las seiscientas personas⁹, y a pesar de ello, el grupo supo sortear las notorias diferencias culturales de lengua y religión, e integrarse con la sociedad porteña¹⁰.

Adam Altgelt, comerciante de origen hamburgués, resumía así los logros de sus compatriotas al escribir en 1869: “Tenemos un diario, tres clubes musicales, una librería, dos bibliotecas populares, dos colegios para varones y niñas, dos colegios exclusivamente para niñas, un club de gimnasia con su anexo para niños, y varios clubes donde se representan obras teatrales, una sociedad de beneficencia, una sociedad hospitalaria y una sociedad de atención a los enfermos”. Los alemanes, - concluía -, ocupan posiciones muy respetables, tanto en lo económico como en lo social¹¹.

Sus negocios en estas tierras, se vieron favorecidos por las



limitadas capacidades materiales que las firmas europeas tuvieron, en esos tiempos convulsos, para asumir los costos de instalación y gestión de actividades, en un mercado tan pequeño y lejano, y que, alternativamente, buscaran posibles oportunidades de incrementar y mejorar sus negocios en otros países de Sudamérica o Europa.

Éstas habrían sido las elementales razones que justificarían la no instalación en nuestras costas, de filiales de casas matrices extranjeras, sino hasta bien avanzado el siglo XIX, operándose en cambio, a través de un agente, que no siempre actuaba en defensa exclusiva de determinado tipo de intereses.

A partir de 1870, cuando comenzaron a desarrollarse las inversiones germanas en el país, los residentes ya establecidos, que actuaran hasta entonces como consignatarios, se convirtieron en apoyatura y nexos obligados de esos capitales, cuya representación local asumieron.

Antecedentes de la familia Tornquist

Los Tornquist descienden de un antiguo núcleo de la pequeña nobleza sueca, que pasara a Alemania en el siglo XVII, radicándose al principio en Schwerin, y más tarde en Hamburgo. Allí nació Matías, en 1762, primer miembro de ese apellido radicado en Buenos Aires, donde habría de dedicarse, al igual que sus parientes hanseáticos, a la introducción y comercio de café. Aquí contrajo enlace con Elena Hansen, y falleció en 1819 sin dejar sucesión.

Su hermano Jorge, quince años menor, era socio de la Bolsa de Hamburgo, y en su condición de comerciante pasó a Baltimore, Estados Unidos; allí residió durante cuatro años, y contrajo matrimonio, en 1800, con Ana Margarita Elkins.



Cuando su primer hijo era aún pequeño, la pareja decidió regresar a la ciudad germana, donde ambos fallecieron, ella en 1817 y él en 1843. Tuvieron una descendencia formada por seis niños: cuatro varones y dos mujeres; el mayor, Jorge Pedro Ernesto (o Georg Peter), nacido en 1801 en su patria casual, partiría desde Europa, en 1823, nuevamente hacia éstas, por entonces, remotas latitudes sudamericanas¹².

Desde Hamburgo, donde residía, Jorge Pedro viajó al Plata para intentar una actividad independiente, radicándose en la Banda Oriental, donde padeció los difíciles primeros tiempos, con la incertidumbre generada por la guerra con el Brasil y los prolongados enfrentamientos civiles en ambas márgenes.

Cinco años después de su llegada, y decidido a establecerse definitivamente, se casó en Montevideo con una porteña: Rosa Camusso Alsina, hija de un activo comerciante español, Carlos Camusso Morando, y de Francisca Alsina Ambroa, todos afincados en el Uruguay. El matrimonio tuvo siete hijos: Isabel Sofía Carlota, Jorge Juan Antonio, Adelaida Casilda, Laura Micaela, Alejandro Fernando, Rosa Mercedes y Ernesto Carlos; de ellos, sólo los dos últimos nacieron en Buenos Aires, después que la familia se trasladara aquí, en 1838.

Jorge Pedro fue un miembro destacado de la comunidad alemana rioplatense; en Montevideo, donde actuara entre 1827 y 1839; estableció allí una casa importadora denominada “Tornquist y Compañía”, vinculada a su suegro, Carlos Camusso, quien operaba con Alemania y también llevaba adelante otros negocios en Uruguay, Perú y Argentina. Esta firma, -que nada tuvo que ver con la creada luego por su hijo Ernesto-, comerciaba en respetable escala en ambas márgenes del Plata, aunque sus



principales centros fueron Baltimore y Hamburgo, plazas en que residían sus dos ramas familiares, y donde, en el caso de la ciudad alemana, llegara a desempeñarse como Cónsul y agente comercial de la Hansa de esta última ciudad y de la de Bremen¹³.

De sus múltiples y variadas iniciativas, señalaremos la fundación de la ‘Sociedad de Protestantes alemanes’ y la de ‘Residentes Extranjeros’ (más tarde Club), integrada por ingleses, alemanes, franceses, holandeses, suizos y belgas, la cual, debido a la inexistencia de información oficial sobre los diversos valores y metales, funcionaba como primitiva Bolsa de Comercio¹⁴.

Jorge Pedro fue, en consecuencia, uno de los tantos comerciantes extranjeros que durante la etapa previa a la organización del Estado argentino, participara en el comercio de importación y exportación de diversos productos.

Las pautas de la comunidad germana determinaron las de sociabilidad de los Tornquist, en cuya casa se ofrecían reuniones, donde se cantaba y ejecutaba música. Es fácil comprender, entonces, la importancia del medio sobre sus hijos: un ámbito netamente alemán, con estrechos lazos económicos y culturales hacia su país de origen, que habría de incidir fuertemente en el modo de socialización de la familia¹⁵.

No resultó extraño pues que, al igual que su madre, las cuatro hijas de Jorge Pedro y Rosa Camusso, reprodujeran el patrón de alianza matrimonial de sus padres, desposando a comerciantes de origen germano, tres de ellos específicamente de Hamburgo.

Así, Isabel casó en Londres, en 1854, con Hermann Alejandro Fernando Roosen; Adelaida contrajo matrimonio, el mismo año que



su hermana, con Carlos Guillermo Diéhl Bleer, en Buenos Aires, al igual que lo haría Laura con Adam Altgelt Scheuten, y posteriormente Rosa, en 1866, con Augusto Francisco Hoffmann Croseman.

En cuanto a los hijos varones, Ernesto también cumplió el tácito mandato de las alianzas al casarse, en 1872, con su sobrina Rosa Laura María Altgelt Tornquist, con quien tuviera once hijos. Su hermano mayor, Jorge Juan Antonio, fue el único que formó matrimonio fuera del núcleo alemán, desposando en Buenos Aires, en 1862, a Victoria Narcisa Béccar Mansilla.

Inicios y formación del futuro empresario

Ernesto Carlos Tornquist había nacido el 31 de diciembre de 1842, como el séptimo y último hijo de Jorge Pedro y Rosa Camusso Alsina; su infancia transcurrió, por tanto, durante la última década del gobierno de Rosas, en una etapa del país en la que habrían de producirse importantes transformaciones.

Su primera instrucción la recibió en el colegio formado por la comunidad germana en Buenos Aires, conocido como ‘de Germán Frers’. Cuando Ernesto cumplió trece años, a instancias de Adam Altgelt, esposo de su hermana Laura, se decidió que el joven viajara a completar su formación en la ciudad de Krefeld, en Alemania.

Allí concurrían los hijos de nobles, comerciantes y banqueros de Europa, a aprender teoría y práctica comercial, lo cual incluía desde contabilidad hasta finanzas, además de idiomas. Tras permanecer hasta 1858¹⁶, Tornquist regresó, no sólo con el conocimiento adquirido, sino con un círculo de relaciones en sectores que habrían de serle de gran utilidad al momento de desarrollar sus estrategias de negocios.



Por entonces, Buenos Aires se enfrentaba a la Confederación presidida por Urquiza, conflicto que se definiría con el triunfo de Mitre y de nuevas fuerzas políticas, que en el transcurso de dos décadas habrían de consolidar el Estado Nacional.

Dicha etapa, signada por profundos cambios en todos los ámbitos del quehacer nacional, vio también la materialización de un proyecto modernizador en lo económico, político y social, dentro de un proceso de integración con los mercados mundiales. A partir de 1862 se afianzó la apertura económica, estimulándose un ciclo de inversiones extranjeras, principalmente británicas, hasta la crisis de 1873, que permitiría el acceso al capital foráneo. Dicho factor, junto a la limitada disponibilidad de fuerza de trabajo local, -ambos siempre escasos-, fueron las variables que históricamente condicionarían el desarrollo de una economía moderna en Argentina. Los cambios productivos, particularmente en la región pampeana, ampliaron las actividades comerciales vinculadas con la exportación, al igual que aquellas relacionadas con el abastecimiento del mercado interno.

Durante ese período, entre Adam y Ernesto se habían forjado estrechos lazos que gravitarían en el desarrollo personal de este último, quien, al reintegrarse a su país, fue incorporado como vendedor y despachante de aduana en la firma regenteada por su cuñado. La denominación de la misma era ‘Altgelt, Ferber y Compañía’, cuyos antecedentes se remontaban hasta 1830, bajo el nombre de ‘Bunge, Bornefeld & Compañía’¹⁷.

El punto de partida del accionar de Ernesto fue, entonces, como empleado en una sociedad que operaba a reducida escala, acorde con las características del comercio argentino, y con gran incertidumbre a causa de la inestabilidad política y monetaria,



las cuales constituían un gran desafío para cualquier iniciativa de mayores proporciones.

Crecido y formado en ámbitos comerciales, en tiempos en que nuestro país atravesaba varios procesos de cambio, Tornquist debió adaptarse a ellos durante toda su trayectoria como empresario, y también validar esa experiencia en las sucesivas contingencias políticas y económicas.

Vínculos con la comunidad de negocios belgo-alemana

Los mercaderes extranjeros llegados a la Argentina de entonces, trataban de disminuir los riesgos de sus transacciones asociándose con comerciantes locales y, en caso de decidir establecerse, mediante la vinculación matrimonial con familias dedicadas al tráfico de bienes, preferentemente propietarias en áreas rurales, o asentadas en núcleos que cubrieran ambos roles.

Formaban así sociedades en comandita, que operaban a reducida escala, sin desarrollar ninguna especialización en sus actividades, conjunción de variables que explica el retraso en el surgimiento y adopción de otras formas societarias.

La firma donde Ernesto trabajaba, como todas las de su género, en un principio importaba manufacturas y exportaba frutos del país (cueros, sebo, tasajo, etc.), a los que más adelante habría de agregarse la exportación de cereales y lanas en gran cantidad. A partir de 1858, conocida como 'Altgelt, Ferber', con un capital de 250.000 francos, fue reorganizada por Víctor Lynen, comerciante belga que, con otros mercaderes de igual origen, operaba en las plazas de Montevideo y Buenos Aires¹⁸.

Luego, en 1866, Altgelt se retiró de la sociedad, cuyo capital se



había ya duplicado, y ésta pasó a denominarse 'Ferber-Hün y Compañía', en relación con los apellidos de quienes regenteaban el negocio en ese momento.

Hacia 1870, según Altgelt, una cuarta parte del comercio desde y hacia el Río de la Plata se encontraba en manos alemanas, en tanto dicho comercio tenía más peso que el francés o el inglés. Tal afirmación, aunque de objetividad relativa, destaca el contexto de la tradicional sociedad porteña, con predominio de intereses mercantiles rurales, donde los principales vínculos que Tornquist estableciera durante su formación inicial, al igual que en su trayectoria posterior, fueron esencialmente con comerciantes e inversores germanos y belgas.

En 1872 en Amberes, Ernesto realizó acuerdos con los socios comanditarios de la firma, quienes le confiaron sus capitales, más la administración de los bienes de Frédéric Hün, antiguo socio en la empresa, originario de Lübeck, estado de Schleswig-Holstein, quien regresaba a Europa, dando por terminada su carrera en el Plata²⁰.

Fundamentalmente, se le otorgó a Tornquist la dirección total de la gestión, ubicándolo al frente de la firma en Buenos Aires, la cual a partir de entonces, y a lo largo de un siglo, pasó a llamarse "Ernesto Tornquist y Compañía". En 1873 se produciría la renovación del contrato societario, organizándose la casa con un capital de 1.500.000 francos²¹.

Al hacerse cargo de los negocios de la 'Compañía', ahora con su nombre, Tornquist se convirtió en socio responsable, quedando habilitado para el giro comercial, e iniciando una nueva etapa en la historia de esa firma, instalada y conducida mayoritariamente por mercaderes de origen belga, desde hacía más de cuatro décadas.



Los socios colectivos y comanditarios, durante el período 1874 - 1878, además de Ernesto, fueron Robert A. Ferber y Friedrich Hühn en Buenos Aires; Víctor Lynen, ‘D. Mauroy & Co.’, Otto Günther, ‘E. Osterrieth & Co.’, y los hermanos Nottebohm, en Amberes, además de J. Bennert, de Bruhl, en el estado de Rhenania del Norte, Westfalia.

Las referencias sobre estos socios son limitadas; los Nottebohm, originarios de Bielefeld, también en Westfalia, habrían llegado a Amberes en 1811, donde ampliaron sus vinculaciones y constituyeron una poderosa razón comercial.

Otro caso de movilidad territorial fue el de la compañía organizada por Wilhelm Lynen, cuyos miembros pertenecían a una familia de origen hugonote francés; establecida en Río de Janeiro, que luego pasaría a Amberes con un importante capital. Uno de sus cinco hijos, Victor Lynen, se radicó en Buenos Aires en 1853, donde años después organizaría la razón ‘Altgelt, Ferber y Cía’²².

En calidad de socios, en 1878 se vincularon con la ‘Compañía Tornquist’, los siguientes capitalistas: Carl Elbinhäus, de Bonn, y Hugo Schuchard, de Barmen, ambas del estado de Rhenania del Norte, en Westfalia, más Félix Grisar y Jean Van den Bergh-Elsen, de Amberes.

En esa década de los setenta, comenzaron también las inversiones financieras alemanas en nuestro país, tras el arribo de la “Compañía de Navegación Hamburgo – Sudamericana”, y el establecimiento de importantes casas bancarias, como la “Diskontogessellschaft” de Berlín, en 1872, junto a sucursales de “Salomon Oppenheim” de Colonia y el “Banco Belga – alemán del Plata”.



La ‘Compañía Tornquist’ creció acompañando los cambios registrados en la economía argentina durante la década de 1880; por ello incrementó su capital y diversificó sus inversiones hacia el sector industrial, con participación en rubros de desarrollo dinámico, como las industrias del azúcar y la carne.

Tal expansión se sustentaba en cambios cuantitativos, relacionados con los aportes de capital externo, y la incorporación de importantes socios financieros, así como en aspectos vinculados con modificaciones organizacionales de la gestión.

Ejemplo de ello fue la incorporación, en Buenos Aires, de Teodoro de Bary, quien se sumaba para desempeñarse como responsable solidario, mientras en Amberes, la ‘Compañía Henri Albert de Bary’ se convertía en representante oficial del grupo, en el viejo continente²³.

Tanto Teodoro como su primo Henri Albert de Bary, se constituyeron en figuras claves para el desarrollo del holding. Primos entre sí en primer grado, los de Bary provenían de diferentes ramas familiares: la del primero era originaria de Barmen, Alemania, y la otra de Amberes, Bélgica; ambos habrían de sostener con Tornquist una estrecha aunque bien diferente vinculación.

Teodoro había llegado a Buenos Aires en 1865, contando sólo veinte años, como empleado en la firma ‘Bemberg, Helmendahl & Co.’, donde trabajaría hasta su incorporación a la firma de Ernesto²⁴. Por su parte, su primo Henri Albert también había viajado al Plata para desempeñarse como comerciante, aunque su permanencia aquí fue de pocos años, pues en 1876 regresó a Amberes, donde desarrollaría una exitosa carrera comercial²⁵.



La casa 'de Bary', de Amberes, desplegaba sus actividades en un vasto escenario, que comprendía desde Sudáfrica a México y Canadá. En 1889 se había asociado con dos importantes firmas bancarias alemanas, la 'Disconto Gesellschaft' de Berlín, y la 'Sociedad Anónima Norddeutsche Bank' de Hamburgo, instituciones que, a partir de entonces, también estuvieron ligadas, mediante aportes de capital, a 'Ernesto Tornquist y Compañía'²⁶.

En 1899 ésta última fue reorganizada con un importante incremento en su capital; desde entonces integrado mayoritariamente por fondos locales, si bien continuaron algunos de los anteriores socios extranjeros, a los que se sumaron la 'Compagnie Anversoise d'Entreprises Coloniales e Industrielles', y el 'Banque d'Anvers'²⁷. Finalmente, cuando en 1906 la 'Compañía Tornquist' fuera convertida en sociedad anónima, la participación en ella de belgas y alemanes había dejado de ser relevante. Sin embargo, esto no constituyó obstáculo para que continuaran interviniendo en diversas formas de asociación, con otras empresas del conglomerado.

De la 'Compañía' al holding.

Como explicáramos, las actividades iniciales de la 'Compañía Tornquist' se habían dirigido hacia el comercio ultramarino, dedicándose a la exportación de lanas y cueros y a la importación de manufacturas, a la vez que actuaba como intermediario de intereses radicados en Bélgica.

La evolución económica de ese país, mediante la consolidación industrial y sus políticas liberales en relación con el comercio y el mercado de capitales, favorecieron su expansión. Así, a partir de 1870, Argentina fue uno de los principales receptores de sus capitales, junto con España, Austria -Hungría y Rusia.



Dentro de ese marco, Ernesto Tornquist planificó sus estrategias de inversión, canalizando los beneficios del auge europeo hacia nuestro país, el cual atravesaba un período de gran crecimiento económico.

Desde el punto de vista jurídico, la sociedad comenzó como una sociedad comercial en comandita, creada en Amberes en 1873, y registrada luego, también en Argentina. En 1899 pasó a ser sociedad por acciones y finalmente sociedad anónima, a partir de 1906. En su evolución, la firma tuvo, durante más de dos décadas, un aporte mayoritario de capital externo, situación que luego habría de balancearse hacia el obtenido del ahorro local, en un proceso en el que Ernesto adquiriera el control societario. Con una mayor liquidez se fueron ampliando los objetivos de la 'Compañía', al incorporarse inversiones en el sector industrial, desde 1883; luego, las operaciones inmobiliarias e hipotecarias y finalmente, desde 1899, los negocios bancarios²⁸.

Así, a partir de la década del ochenta comenzó a participar en una serie de empresas, ya sea mediante la adquisición de acciones de algunas ya establecidas, que presentaban problemas financieros, o creando otras.

En algunos casos, el modo fue la asociación con capitales externos y en otros integrándose con socios locales; de esa manera y en forma progresiva, se fue conformando el grupo económico, es decir, un conjunto de empresas jurídicamente diferenciadas, que actuaron en diversos sectores de actividad económica, aunque operando en forma coordinada, según mandatos de un reducido número de directores, comunes a todas ellas, y con una similar propiedad accionaria.

La primera participación en una actividad industrial fue en



‘José Conen y Compañía’, sociedad constituida en Amberes en 1883, para la fabricación en Buenos Aires de velas de estearina, glicerina y oleoina, como también para la elaboración de ácido sulfúrico. En 1904 fue reorganizada como sociedad anónima y pasó a ser dirigida por la ‘Compañía Tornquist’; sus actividades se ampliaron a la manufactura de jabones y otros productos químicos como ácidos, sales y bórax²⁹.

Entre aquellas empresas en las que Tornquist intervino, asociado con capitales belgo-alemanes, cuya contraparte en Amberes era la firma de Henri Albert de Bary, se encontraban la ‘Compañía de Productos Kemmerich’, ‘Compañía Belga-Argentina de Ferrocarriles’, ‘Industrial y Pastoril Belga Sudamericana’, ‘La Alianza Amberesa’, ‘Sociedad General Belga Argentina’, y la ‘Compañía Rural Amberesa’.

La ‘Compañía de Productos Kemmerich’, fue una sociedad anónima establecida en Amberes en 1884, para la explotación del saladero ‘Santa Elena’, en la provincia de Entre Ríos. Se ocupaba de la compra, cría y engorde de ganado para la elaboración de extracto de carne, caldos, peptona, carne salada, seca y conservada, sebos, grasas y cueros, explotando 260.000 hectáreas de tierras en las provincias de Santa Fe y Entre Ríos³⁰.

En el caso de la ‘Compañía Belga-Argentina de Ferrocarriles’ se trató de una sociedad anónima formada en Amberes en 1903, para adquirir, construir, y explotar concesiones de ferrocarriles, tierras, actividades forestales o mineras en América del Sur. Parte del capital originario se destinó a la adquisición de una concesión ferroviaria en la provincia de Santiago del Estero, más los derechos de compra de tierras en ese territorio³¹.



Las otras sociedades gestionaban inversiones en el sector financiero, particularmente a través del sistema de crédito hipotecario, que habrían de incidir muy particularmente en el crecimiento del grupo. La expansión de estos servicios había sido consecuencia del auge económico de la región pampeana, que provocara, simultáneamente, una importante demanda de capitales por parte de productores y propietarios de tierras, quienes debieron modernizar sus explotaciones, a fin de lograr adaptarse a los cambios en los patrones de desarrollo pecuario.

Para lograr operar con fluidez en dichos servicios y realizar paralelamente negocios de compra y venta de tierras, se había constituido en Bélgica, en 1894, la sociedad ‘Industrial y Pastoril Belga-Sudamericana’, que resultó, según se expresara, la primera organizada por Tornquist con objetivos puramente financieros³². Sus principales accionistas fueron H. A. de Bary, la ‘Compañía Osterrieth’, Alphonse Van de Put y ‘Richard Rhodius y Compañía’.

En 1906, la ‘Compañía Industrial y Pastoril Belga Sudamericana’ realizó un acuerdo con el ‘Crédito Territorial Argentino’, creado en París ese mismo año, el cual permitió canalizar hacia nuestro país, a partir de entonces, un mayor flujo de capitales franceses, y posibilitó que Tornquist representara intereses de las más importantes casas bancarias francesas: la ‘Société Générale’ y el ‘Comptoir National d’Escompte’.

Los grandes beneficios obtenidos en servicios hipotecarios, impulsaron al grupo a establecer otras tres sociedades en Bélgica, donde la presencia protagónica de su socio Henri de Bary en Amberes, facilitaría la reunión de capitales de muy diverso origen. De hecho, las nuevas sociedades se formaron con una significativa participación de miembros de la familia de Bary, los que a su



vez se hallaban estrechamente vinculados con inversores de Alemania³³. Así, en 1904 se formó 'La Alianza Amberesa', que simultáneamente participaba del negocio inmobiliario, la 'Sociedad General Belga Argentina' en 1909 y, dos años más tarde, la 'Sociedad Territorial Belga Argentina', destinada a facilitar préstamos para la construcción.

De acuerdo con la información obtenida, Henri de Bary y la firma 'Tornquist' controlaban operaciones de crédito hipotecario a través de estas cinco compañías, formadas por la incorporación de hombres de negocios y banqueros que actuaban en Bélgica, lo cual les permitió ampliar su radio de acción, e incluso incorporar a ellas a algunos empresarios de Argentina, con intereses diferenciados de los de Tornquist, como Theodoro Bracht³⁴.

La 'Sociedad General Belga Argentina' poseía un capital mayor que la 'Alianza', pues totalizaba o\$s 2.800.000³⁵. Por su parte, la 'Compañía Rural Amberesa' comenzó con un giro de o\$s 1.600.000, integrado por treinta y siete compradores de las 16.000 acciones emitidas, entre los cuales resultó notoria la presencia de nobles y rentistas alemanes³⁶.

El grupo se vio consolidado por los importantes beneficios alcanzados, lo cual le permitió concentrar y manejar inversiones en dicho sector financiero - hipotecario, y la reiteración de nombres, en calidad de accionistas o con funciones directivas, en las diferentes sociedades, habla también de una continuidad ligada a dichos resultados.

El capital conjunto de las sociedades pre-citadas, sumaba o\$s 8.188.000 al inicio de sus operaciones, y superó los o\$s 20.000.000 a principios de la Primera Guerra. A esta cifra se agregó la



obtenida por la emisión de obligaciones en el mercado europeo, la cual permitió realizar operaciones por valores superiores a los o\$s 70.000.000 en 1914. Posteriormente, las condiciones generadas por el conflicto, obligaron a reducir las actividades y llevaron incluso a la liquidación de la más importante de las sociedades, el 'Crédito Territorial Argentino S.A.'³⁷.

Las iniciativas en las que Tornquist interviniera, en modo alguno se vieron circunscriptas a las anteriormente analizadas, pues, a partir de tales alianzas, el empresario pudo disponer de significativos flujos de capital, utilizando bienes propios para acceder al financiamiento hipotecario, y de esa manera contar con la liquidez que le posibilitaría diversificar aún más sus inversiones.

A modo de referencia, el cuadro N° 1, ilustra sobre las empresas que formaron parte de este grupo económico hasta los años de la Gran Guerra. Si bien sobre el conjunto de sociedades, las formadas con participación belga y/ o alemana, resultan numéricamente menores, en términos de sus capitales fueron las más importantes, a excepción de aquellas vinculadas a las industrias del azúcar y la carne.

Por su parte, las empresas de servicios financieros tuvieron un valor estratégico, además de permitir rápidas ganancias en el contexto de una economía en expansión, al conectar a la 'Compañía' con un amplio espectro de sectores demandantes de crédito, e informar sobre la posibilidad de nuevos negocios.

En síntesis, aunque Ernesto Tornquist tuviera un rol central en la formación del conglomerado, el mismo fue resultado de un proceso que involucrara a numerosos actores económicos, tanto del país como del extranjero. Así, las relaciones con los belgas y alemanes, sobre los que informáramos a lo largo de nuestro



análisis, se incrementaron por la conjunción de una serie de factores, entre los que pesó la identificación de Ernesto con el mundo germano.

Éste fue el ámbito donde habría de buscar sus colaboradores más directos. En efecto, el núcleo mayoritario de directores de empresas del holding, y de la propia 'Compañía' estuvo formado por personas nacidas o vinculadas a Alemania. Entre otros podemos citar a Arnold Schlaepfer, Eugéne Winterhalter, Teodoro de Bary, Ernest Hecker, Wilhelm Altgelt, Wilhelm Gsell, Adolfo Bömer, Jacobo Kade, Rodolfo Datwiler, Máximo Hageman, Miles y Ernesto Pasman.

También debe ponderarse la influencia de una trama de vínculos familiares y personales, incluyéndose en ellos su cercanía a sectores del poder político, además de una trayectoria construida en un entorno donde demostrara su capacidad, tesón y meticulosa laboriosidad, valores éstos que hicieron de él un factor confiable en el siempre tumultuoso mundo de los negocios.

Consideraciones finales

Nuestro objetivo ha sido indagar cómo Ernesto Tornquist lograra construir una red de vinculaciones personales, culturales, y económicas, en ámbitos germanos y belgas, que le permitieran, desde su inicio como dependiente en una pequeña firma mercantil, realizar una exitosa carrera empresarial, hasta convertirse en uno de los más destacados financistas de su tiempo.

Si bien Tornquist había nacido en Buenos Aires, el análisis de sus antecedentes familiares revela una temprana migración procedente de Hamburgo, y remite al núcleo de comerciantes arribados con el propósito de continuar sus actividades mercantiles, en ambas



márgenes del Plata.

A partir de esa época, comenzaron a formarse empresas mercantiles aquí, mediante la asociación de individuos radicados en el país, con otros establecidos transitoriamente, y que se limitaran a aportar recursos desde el exterior.

La mayoría de ellos provenían de la ciudad de Amberes, la cual constituyó un ámbito propicio para la confluencia de inversores de diversa procedencia, reuniendo capitales belgas con otros del norte de Alemania. Además, desde allí se estructuraron redes personales, basadas en la confianza, que posibilitaron el acceso a la información, y la organización de sociedades que permitieron financiar, en un comienzo, operaciones mercantiles, a las que habrían de sumarse luego actividades industriales y servicios financieros.

La formación en un ámbito cultural germano es un dato relevante para comprender las interacciones, tanto con otros comerciantes radicados en el país, como con el mercado europeo. Tal pertenencia favoreció la comunicación y el conocimiento mutuo, basados en un universo de valores compartidos, y una misma forma de entender la práctica de los negocios.



Notas

* Universidad Nacional de Tres de Febrero/ Centro de Estudios Económicos de la Empresa y el Desarrollo (CEEED), Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires. Email: harispa@fibertel.com.ar
mailto:harispa@fibertel.com.ar

** Centro de Estudios Económicos de la Empresa y el Desarrollo (CEEED), Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires/ Universidad Nacional de Tres de Febrero. Email: jgilbert@fibertel.com.ar

¹ W. KAMPHOEFNER, Walter, “¿Quiénes fueron al sur? La elección de destino entre los inmigrantes alemanes en el siglo XIX”, en Estudios Migratorios Latinoamericanos, Buenos Aires, Año 14, N° 42, 1999.

² Op.cit., pp. 24:25.

³ M. C. VERA DE FLACHS, “Capitales alemanes en la Argentina”, en Investigaciones y Ensayos, N° 40, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1990.

⁴ R. CORTÉS CONDE, El progreso argentino, 1880-1914, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1979, p. 40.

⁵ E. CÁRDENAS y C. PAYÁ, La familia de Octavio Bunge, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1995, pp. 34s

⁶ H. KELLENBENZ, “El comercio entre Alemania y Argentina desde 1830 hasta 1850”, en Primer Congreso de Historia de la Confederación Argentina, Buenos Aires, Tomo I, 1976, pp. 17:29.

⁷ Entre 1832 y 1856, la firma ‘Zimmermann, Frazier & Co.’ operó en Buenos Aires, primero como intermediaria, y luego como agente de la firma Baring de Londres; cf. Archivo Baring, HC4 4.1.28 y 4.1.30.

⁸ H. HARTENECK, “La primera inmigración alemana protestante”, en Todo es Historia, Buenos Aires, diciembre de 2001 N° 413, pp.21s.

⁹ W. HOFFMAN, “Die Deutschen in Argentinien” en Harmut Fröschle (Hg): en Die Deutschen in Lateinamerika, Tübingen / Basel, Horst Erdmann Verlag, 1979.

¹⁰ H. KELLEBENZ, op.cit., loc. cit.

¹¹ L. ALTGELT, Los viejos Altgelt, Buenos Aires, edición del autor, 1990, p.69.

¹² C. CALVO, Nobiliario del antiguo Virreynato del Río de la Plata, Buenos Aires, Ediciones La Facultad, tomo VI, 1945, pp. 319s.; y Archivo De Bary – Tornquist (en adelante ADBT): Documentación privada: Epistolario.

¹³ H. KELLEBENZ, op. cit., pp. 17:29.

¹⁴ J. NAVARRO VIOLA, El Club de Residentes extranjeros, Buenos Aires,



Editorial Coni, 1941, pp. 12, 16, 182.

¹⁵ Cf. W. LÜTGE, W. HOFFMANN, K. KÖRNER y K. KLINGENFUSS, Deutsche in Argentinien, Buenos Aires, edición del ‘Deutschen Club’, tomo 2, 1980, pp.83 y 87.

¹⁶ ‘Ernesto Tornquist 1842-1942. Estudio biográfico de su vida, publicado con motivo del centenario de su natalicio, Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina, 1942, p.18.

¹⁷ Carl Bunge fue quién organizó la primitiva firma; emigrado a la Argentina en 1827, a los 23 años, con una experiencia en la empresa familiar establecida en Rotterdam, Holanda, se asoció en Buenos Aires, en un principio, con Friedrid Hütz, y luego con Franz Bornefeld, dedicándose a actividades de importación y exportación. A la muerte de Carl, en 1849, su hermano Heinrich August Hugo viajó desde Europa para encargarse de los negocios. En su viaje lo acompañaron, entre otros, su sobrino Adam Altgelt y Robert Ferber, quiénes venían a intentar fortuna en la región rioplatense; partieron de Rotterdam en octubre de 1849 en el bergantín holandés “Carl August”, llamado así en honor del fallecido Bunge, con una carga consignada a la firma de Buenos Aires. Cf. C. ALTGELT, El ancho camino de la mediocridad, Michigan, Edición privada; Talleres Gráficos Messenger Printing Service, 2001, pp.36:37.

¹⁸ Congregación Evangélica Alemana en Buenos Aires. Su historia: 1843-1993. Buenos Aires, Edigraf S.A., 1993.

¹⁹ L. ALTGELT, op.cit., p.175.

²⁰ ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN (en adelante AGN), Sala IX, Protocolos Notariales, Registro N° 73, año 1874.

²¹ ADBT: Correspondencia enviada desde Amberes, Hamburgo y Manchester, año 1874.

²² J. TILLMAN, “Ernesto Tornquist et le commerce Anversois 1842-1908”, en In Memoriam: Ernesto Tornquist, Buenos Aires, 1908.

²³ La ‘Compañía Henri Albert de Bary’ se había formado en Amberes en 1882, para realizar negocios por cuenta propia o en comisión. El capital fue aportado por cuatro socios, quiénes a la vez tenían participación en la ‘Compañía Tornquist’; se trataba de Federico Lynen, Edouard y Auguste Nottebhom, además del mencionado de Bary. Cf. Annexes au Moniteur Belge. Recueil des Actes, Procés-Verbaux et Documents Relatifs aux Societes Commerciales, Bruxelles, Imprimerie du Moniteur Belge, años 1873 a 1914, año 1882, p.1505.

²⁴ Teodoro habría de convertirse en aliado incondicional de Tornquist, aumentando aún más la cercanía, al añadir a sus lazos societarios, el matrimonio, en 1899, de los hijos mayores de ambas familias: Alberto Teodoro con Ernestina Tornquist.



²⁵C. de BARY, *Etude sur l'Histoire des Bary-Barry*, Amberes, Vieux-Dieu-les-Anvers, 1927, pp.224, 225 y 234:240. Henri A. De Bary casó en 1873 con Celina Saavedra; tres años después, al enviudar, regresó a Europa con sus dos hijos. Allí realizó un segundo matrimonio con Ana Merrill, hija del Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Estados Unidos ante la Corte de Bruselas.

²⁶Annexes au *Moniteur Belge...*, año 1889, p.1234. La 'Disconto Gesellschaft' y la 'Norddeutsche Bank' fueron socias de la firma 'Tornquist' entre 1889 y 1893; luego, aunque dejaran de formar parte, quedarían vinculada con la misma por su participación en la 'Compañía Henri Albert de Bary'.

²⁷AGN, Sala IX, Protocolos Notariales, Escribanía Gutiérrez, año 1899. La 'Compagnie Anversoise', pertenecía a Henri Albert de Bary, Louis Van de Put, Theodore Bracht, y Hugo Michelis. Las relaciones establecidas con el Banco de Amberes no eran nuevas, pues Tornquist había negociado financiamientos mediante obligaciones hipotecarias para una de las empresas de su grupo, la 'Compañía de Productos Kemmerich', y contraído, igualmente, importantes deudas hipotecarias sobre inmuebles de su pertenencia.

²⁸Cf. J GILBERT, *Empresario y Empresa en la Argentina Moderna*. El grupo Tornquist, 1873-1930, Victoria, Universidad de San Andrés, documento de trabajo N° 27, 2002.

²⁹AGN, Sala IX, Protocolos Notariales, escribanía Gutiérrez, 1894. Algunos de los primitivos socios de Conen lo fueron también de la 'Compañía Tornquist', como Victor Lynen, V. Grisar, P. Raeymaeckers o H. Van der Burch.

³⁰Annexes du *Moniteur Belge...*, año 1884, pp. 1226:1230. Además de los fundadores de la firma: Edouard Kemmerich y Walter Giebert, entre los principales accionistas se encontraban la 'Compañía Tornquist', la firma 'H.A. de Bary', y la 'Compañía Victor Lynen'.

³¹Annexes du *Moniteur Belge...*, año 1903, pp.802:809. Los principales accionistas fueron E. Tornquist, H.A. de Bary, C. Kreglinger, Van de Put-Heirman, la 'Société Belge de Banque et de Commerce' y la 'Industrial y Pastoral Belga Sudamericana'.

³²R. PILLADO, *Anuario Pillado de la deuda pública y sociedades anónimas establecidas en la República Argentina para 1889*, Buenos Aires, Imprenta La Nación, 1889, p. 222.

³³Las tres hijas de de Bary habían casado con oficiales alemanes del antiguo Ejército de la Guardia Real y ostentaban, además, títulos de la nobleza germana, situación ésta que permitió interesar a dichos círculos en la compra de títulos argentinos. Los esposos fueron el barón Wilhelm de Mirbach, Karl August Heinrich Adolf d'Achenbach, Clemens de Brandestein y Siefrigd Heinrich,



barón de Mirbach. Éste último casó con Olga de Bary al convertirse ésta en viuda de Brandestein. Cf. C. de BARY, *Etude sur l'Histoire des Bary-Barry*, Amberes, Vieux-Dieu-les-Anvers, 1927, pp. 239-240.

³⁴Annexes du *Moniteur Belge...*, 1904: T.3, 561-562. La 'Alianza' dividió su capital en 8.000 acciones de o\$100 cada una, de las cuales el 50% era controlado por Henri de Bary a través de sus empresas o de la participación familiar, en tanto Tornquist detentaba otras 2.000 acciones. Su Consejo de Administración en Bélgica estaba integrado por George de Bary, hermano de Henri, como presidente, su yerno el barón Wilhem von Mirbach, el banquero Alfred Havenith, y los hermanos Van de Put: Louis, agente de negocios, y Alphonse, rentista, en tanto Teodoro de Bary, Jacobo Kade y Rudolf Funke, figuraban en representación de Tornquist.

³⁵Annexes du *Moniteur Belge...*, 1909, T.3, 398-400. Las principales participaciones correspondían a 'Ernesto Tornquist y Compañía' con 4.000 acciones, la 'Sociedad Industrial y Pastoral Belga Sudamericana' con 3.000, la agencia de negocios y cambio de Van de Put-Heirman con 2.000; la 'Compañía Comercial Belga', la 'Mutualidad Amberesa' y la 'Alianza Amberesa', con 1.500 acciones cada una; la compañía de Theodoro Bracht, la de Hugo Michelis y la 'Unión Comercial Amberesa', con 1.000 respectivamente, en tanto las firmas 'G. y C. Kreglinger' y 'Baelde Hermanos' poseían individualmente 800 acciones, y por último participaban con 500 acciones cada uno, el 'Banco de títulos, fondos públicos y de depósitos', Edouard Thys, 'Osterrieth & Co.' y Walther Rhodius.

³⁶Annexes du *Moniteur Belge...*, 1911: T.4, 35-37. Las principales participaciones fueron la de 'Ernesto Tornquist y Compañía': 2000 acciones, la 'Compañía Comercial Belga': 1670, y la 'Sociedad Industrial y Pastoral Belga Sudamericana', 'Henri de Bary' y la 'Mutualidad Amberesa', con 1.000 acciones cada uno; con 800 acciones figuraban Van de Put-Heirman, el Conde Emile Le Grelle y Louis Van de Bosch, en tanto el Barón Ernst von Mirbach poseía 700 acciones y Hugo Michelis 600, respectivamente.

³⁷'Ernesto Tornquist & Co. Limitada, 1874-1924', Buenos Aires, edición de la firma 'Tornquist', enero de 1924.



4

Don Ernesto Tornquist y los pactos de Mayo
Comentarios sobre una nota de Alberto del Solar
por Carlos Dellepiane Cálcena

El escritor y diplomático chileno don Alberto del Solar, nacido en Santiago de Chile el 2 de octubre de 1859, fue asiduo colaborador de *La Nación*, matutino porteño donde publicó en 1908 el artículo que se transcribe.

Participó de la campaña militar al Perú como oficial del regimiento Esmeralda, estando presente en las acciones de Tacna, Chorrillos y Miraflores. De regreso en Santiago, ingresó al servicio exterior de su país y fue destinado con rango de secretario a la Legación chilena en Madrid. Su permanencia en la capital madrileña, le permitió frecuentar a los intelectuales españoles del momento, despertándose en él su vocación por las letras.

En 1889 se avecindó con su familia en Buenos Aires, donde desarrolló una amplia labor literaria, parte de ella dedicada a la Argentina, la patria de su mujer Felicia Dorrego Lezica y de su hijos. Como periodista escribió en *La Nación*, *La Prensa*, *El País*, *La Tarde* y *El Tiempo*, como también en periódicos de Santiago de Chile y Valparaíso.

Cuando el diferendo limítrofe con el país trasandino, en enero de 1902, se distinguió por su intervención pacífica en la negociación privada de desarme, la que llevó a cabo conjuntamente con el argentino don Ernesto Tornquist Camusso (1842-1908), diferendo al que pusieron fin los *Pactos de Mayo*. Alberto del Solar falleció en Buenos Aires el 9 de agosto de 1921.

Los denominados *Pactos de Mayo* que dieron fin a la carrera armamentista, documento primero en su género establecido entre dos naciones, fueron el Tratado General de Arbitraje signado el 28 de mayo de 1902, siendo presidente de Chile D. Germán Riesco Errázuriz (1854-1916) y de la Argentina D. Julio



Argentino Roca (1843-1914).

Se refrendaron tres documentos. El primero, un *Acta Preliminar*, en la que la Argentina se comprometió a no inmiscuirse en el conflicto que Chile mantenía en su frontera norte. El segundo, un *Convenio de Limitación de Armamentos Navales*, con la finalidad de limitar la adquisición de armamentos emprendida por los dos países. Por entonces la Argentina había encargado a los astilleros Gio Ansaldo de Génova, la construcción de los acorazados *Moreno* y *Rivadavia*, que posteriormente cedería al Japón. El tercero, un *Tratado General de Arbitraje entre Chile y la Argentina*, en el que se acordó un marco general para la solución de diferendos limítrofes, en los casos en los que no se llegare a un acuerdo diplomático. En este tratado se estableció que la Corona Británica sería la instancia a la que habrían de someterse las dificultades, o en su reemplazo la Confederación Suiza. También se convenía que la sentencia sería inapelable y, además, que se solicitaría al árbitro la formación de una comisión especial destinada a fijar los hitos demarcatorios en la frontera.

A los buenos oficios de don Ernesto Tornquist para obtener una perdurable relación bilateral, se sumaron los artículos publicados en *La Nación* por el general Bartolomé Mitre. Éste, en su editorial del 9 de abril de 1902 intitulado “El día siguiente del fallo”, sostuvo que “...la República Argentina no es parte en las cuestiones del Pacífico, ni tiene ningún negocio que hacer en ellas”.

Símbolo de la reafirmación de la paz entre las dos naciones, fue el establecimiento del Cristo Redentor en la línea divisoria de la frontera, imagen bendecida el 13 de marzo de 1904, magnífico monumento escultórico debido a la feliz iniciativa de doña Ángela Oliveira César de Costa. En esa oportunidad monseñor Ramón Ángel Jara, Obispo de San Carlos de Ancud, pronunció



sus famosas palabras: “Se desplomarán primero estas montañas, antes que argentinos y chilenos rompan la paz jurada a los pies del Cristo Redentor”.

En el Palacio San Martín, sede oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, se conserva una figura de mármol de Carrara con la inscripción “Mal d’Amore”, obsequio del Comercio de la República de Chile al embajador D. José Antonio Terry -por entonces representante argentino en el país trasandino-, con motivo de la firma de los Pactos de Mayo de 1902.

El artículo que a continuación se transcribe, apareció en *La Nación* de Buenos Aires el 20 de junio de 1908. Se conocen cuatro ediciones de este trabajo, impresas en Buenos Aires en los Talleres Gráficos del Instituto Técnico “La Piedad”. La última de ellas, de dieciocho páginas, data de 1978.

Don Ernesto Tornquist y los Pactos con Chile (datos para la historia)

Por Alberto del Solar, publicada en *La Nación*

Como homenaje a la memoria del ilustre muerto, como tributo de confraternidad y como deber de justicia, entrego a las columnas de *La Nación* los antecedentes y documentos que hallará el lector más adelante. Varias veces, en charla íntima, se trató de la conveniencia de darlos a la publicidad y, en efecto, algo de todo ello vio la luz, no hace mucho tiempo, en un diario de esta capital, comunicado en forma sucinta a su distinguido director por el propio señor Tornquist, como acto de condescendencia ante el reiterado y amistoso pedido de hacerlo.

Pero, los detalles más interesantes, las cartas y telegramas relativos al asunto de que se trata, han permanecido hasta hoy inéditos en



su forma original, así en la Argentina como en Chile. Es sin duda oportuno darlos a conocer en estos momentos exhumándolos del olvido, no sólo en honor del extinto, sino en bien de la historia.

Por tales documentos se verá cuan exacto es el concepto, repetido aquí hoy casi inconscientemente por todos, y como a virtud tan sólo de una amable y simpática tradición ya popular, a saber: “A don Ernesto Tornquist se debió la iniciativa de las célebres negociaciones internacionales de desarme y fue él quien, a fuerza de actividad y de constancia dio los pasos necesarios para que resultara posible llevarlas a término oficialmente”.

Ciertos detalles, anteriores a mi modesta intervención en estos asuntos, me fueron comunicados por don Ernesto -verbalmente en aquella época y, más tarde, por escrito- con el objeto de completar el pequeño archivo que convinimos ambos en conservar duplicado, para el caso de que fuera conveniente publicarlo en alguna ocasión.

He aquí, ahora, los hechos.

El 22 de marzo de 1902, cuando los rumores de guerra entre Chile y la Argentina se acentuaban de modo alarmante, el señor Tornquist, considerando que había llegado el caso de aprovechar sus poderosas relaciones en la alta banca extranjera con el objeto de intentar una gestión tendiente a obtener la mediación amistosa del gobierno de la Gran Bretaña, en el sentido de limitar los armamentos y detener el creciente y peligroso avance de amenazas y enconos recíprocos, tuvo la feliz inspiración de dirigir conjuntamente a los señores Baring y Rothschild el siguiente telegrama:

Chile ha comprado dos blindados, con opción a anular esa compra, pagando multa. Gobierno argentino, queriendo conservar supremacía naval, está negociando también dos blindados, igualmente en condición de anular compra, pagando multa. Si



estas adquisiciones se efectúan serán la ruina financiera de ambos países. Es, pues, muy importante que ustedes traten de inducir inmediatamente gobierno británico a que, por medio de sus representantes diplomáticos en Santiago y Buenos Aires, influyan sobre ambos gobiernos a fin de que cancelen estas compras, y, además, los dos acorazados adquiridos por Argentina en Italia -MORENO y RIVADAVIA- teniendo la convicción de que ambos países aceptarán la intervención propuesta. Contesten.

Cuatro días después, el 26 de marzo, contestaba Baring:

Gobierno británico declina intervenir, sin tener previamente aceptación de ambos gobiernos. En este caso, usaría de sus buenos oficios.

La dificultad, como se ve, consistía en obtener la certeza de que, tanto el gobierno de la Argentina como el de Chile, estarían dispuestos a aceptar una intervención que no era decoroso solicitar y que, sin embargo, convenía por demás recibir, si era ofrecida oficialmente.

El mismo día llegó a manos del señor Tornquist el siguiente telegrama confidencial, firmado por el señor Perugia:

Rothschild y Baring han hecho todo lo posible (have done their utmost); pero la iniciativa particular ante el gobierno Británico es insuficiente. Trate usted de arreglar que el ministro Barrington tenga una conversación extraoficial con el presidente Roca, para ver de obtener que Barrington telegrafe directamente al gobierno inglés, tratando de que se haga lo mismo simultáneamente en Chile”.

¿Cómo proceder? El ministro chileno Concha Subercaseaux se hallaba a la sazón ausente del país.

Don Ernesto no desmayó. Empezó por ver al señor Barrington, quien, a pesar de su buena voluntad, declaró que no podía tomar



iniciativa alguna que no estuviese de acuerdo con la forma comunicada por Baring en el telegrama transcrito.

Tras de este fracaso, y en los propios instantes en que, bastante desalentado, meditaba el señor Tornquist sobre la manera de vencer las dificultades expuestas, tuve la suerte de visitarle, como solía hacerlo a menudo después de mi regreso de Europa, donde habíamos estrechado nuestra amistad. Con motivo de convicciones personales, de largo tiempo atrás arraigadas en mi espíritu, toqué incidentalmente en esa visita el tema de los armamentos, en forma que coincidía del todo con las ideas de mi interlocutor.

He aquí, más o menos, nuestra conversación:

-Parece increíble -le dije- que, por ambas partes, nos estemos arruinando con estos gastos desmedidos. Yo abrigo la certeza que es este el caso absurdo de dos hombres de bien, que, recelándose mutuamente, sin otra razón que la del temor de verse el uno agredido de repente por el otro, cargan armas, dispuestos, no a atacar, sino a defenderse si son atacados. Suprímase la desinteligencia y se acabará el andar armados.

-¡O, por lo menos, -me contestó don Ernesto- el andar armados hasta los dientes! Es este el mayor disparate que he visto en mi vida. ¡Oh, si fuera posible reducir estos gastos ruinosos, evitar nuevas adquisiciones navales, contentándonos con lo que ya tenemos, y que aún nos sobra!

-Siempre que uno y otro país se pusiesen de acuerdo...

-¿Y, cómo? ¡Abí está la dificultad!

-Interviniendo alguien...

Don Ernesto hizo un gesto brusco.

-¡Hola, hombre! -me dijo con animación-, ¿también piensa usted como yo? ¿también cree que es preciso que alguien intervenga? ... ¡Pues, a la obra! ¿Tiene usted relación personal con el presidente



Riesco?

-Según para qué, y según y cómo...

-Como para tantear sus disposiciones...

-¿En qué sentido?...

-En el sentido de "aceptar" la oferta de una intervención amistosa de parte de alguna gran potencia extranjera, con el objeto de limitar los armamentos...

-¡Pero para eso no se necesita ser amigo de nadie! Eso, en las actuales circunstancias debería aceptarse de rondón...

-No se precipite: aguarde. Vamos al grano: ¿Tiene, o no tiene usted suficiente amistad con el presidente Riesco como para...

-Para tanto, no. Pero, si habla usted en serio, le diré que, en su defecto, conozco la persona a quien podría dirigirme para comunicarle cualquiera idea útil a nuestros países: un Consejero de Estado, uno de los personajes más importantes e influyentes de Chile: el señor don Eulogio Altamirano, con cuya amistad me honro desde hace ya largos años.

-¡Altamirano: magnífico! Vamos, pues, sin rodeos a la obra. He aquí de lo que se trata:

Y don Ernesto, con esa manera afable y sencilla que le era peculiar, me comunicó los telegramas transcriptos; los pasos dados por él hasta esos momentos; sus gestiones anteriores; las buenas disposiciones del señor general Roca y del ministro Barrington, etc.

-La verdadera dificultad -agregó-, estriba en que ninguno de los países consentirá en solicitar esta mediación, y en que, tanto el general Roca como el señor Riesco, por bien dispuestos que se hallen, no aceptarían jamás "iniciar" negociación alguna en tal sentido. Todo debe hacerse, pues, por conducto privado; pero autorizado. Vea usted este telegrama confidencial, firmado por el jefe de un poderoso banco extranjero de Valparaíso.

El telegrama decía así:

—
—
“El resultado de mis informes es que el presidente Riesco parecería bien dispuesto: pero es necesario que la gestión se haga por personas autorizadas. Preguntas indirectas no recibirán sino contestaciones evasivas”.

-¡Hay que explorar el campo! -concluyó el señor Tornquist-. Si usted pudiera hacerlo allá, yo trabajaría, entretanto, en el mismo sentido aquí.

-Lo haré con todo el convencimiento y con todo el entusiasmo de que soy capaz -le contesté-. Cuente usted conmigo en absoluto. Voy a escribir hoy mismo al señor Altamirano. Esta tarde le traeré mi carta para que la lea usted antes de ser enviada por la Cordillera.

-Converse también con Barrington. ¿Son ustedes amigos, según creo?

-Lo somos, muy felizmente.

Al siguiente día tuvimos una larga conversación con el señor ministro inglés, quien no sólo aceptó de lleno nuestro programa de acción, sino que prometió al señor Tornquist suspender por el momento el viaje a Europa que tenía resuelto para esos días.

He aquí ahora la carta dirigida al señor Altamirano:

Buenos Aires, 2 de abril de 1902

Señor don E. Altamirano

Mi distinguido señor y amigo: Con el tiempo apenas suficiente para entregar esta carta al señor X (quien la llevará a usted ignorando su contenido), le escribo dos líneas.

He aquí el asunto:

El señor don Ernesto Tornquist, cuya posición social y financiera son de usted conocidas, y cuya alta autoridad le ponen en esta materia en primera fila entre los hombres influyentes en este país, ha tenido conmigo una conversación amistosa, resultado de la cual es el envío que le hago de los telegramas adjuntos (copias de los

originales entregados por el mismo señor Tornquist) y de los cuales le ruego se imponga.

El señor Tornquist, en charla confidencial, tocó el punto de los armamentos. La conversación nos trajo al tema a que se refieren los telegramas. El señor Tornquist manifestó que habría conveniencia (por conducto absolutamente “privado”, puesto que se trata de una iniciativa particular) de explorar el ánimo de los dos gobiernos respecto de la disposición en que ellos pudieran encontrarse para “aceptar” la intervención amistosa del gobierno de S. M. B., en el sentido de detener los armamentos.

A esto le pregunté yo: ¿Qué cree usted que haría el gobierno argentino? El me contestó: “Si el gobierno chileno aceptara, el argentino aceptaría. Es mi convicción.

Resumen: me confió la copia de los telegramas y el encargo de que los enviara a Chile a algún personaje influyente, con los propósitos del caso.

A indicación mía, convinimos en que la persona elegida fuera usted, y aquí me tiene, mi distinguido amigo, de portavoz, perfectamente dispuesto, aunque sin opinión respecto de la que pueda tener el gobierno argentino, si bien juzgo el ambiente muy favorable al hallazgo de una fórmula, que entrego a su discreción y talento, en el sentido de obtener un resultado favorable, anhelosamente deseado por todas aquellas personas que se interesan por el bien de ambos pueblos. No hallándose Concha aquí, no ha sido posible consultarlo. No olvide usted que se trata de dar a esta gestión el carácter absolutamente privado y particular que tiene.

Se me ha encargado estricta reserva por ahora sobre el punto. Aguardando su respuesta, lo saluda muy afectuosamente su seguro servidor y amigo, Alberto del Solar

Tres días después, recibía yo del señor Altamirano el siguiente telegrama:



Hoy va mi respuesta y es completamente satisfactoria.
 Visité inmediatamente al señor Tornquist, quien no ocultó su satisfacción. Debo suponer que mostró el despacho a quien correspondía, pues después de conservarlo hasta la noche, me lo devolvió, manifestándome con cuánto interés aguardaba la carta anunciada en él.

Dicha carta hela aquí:

Santiago, abril 9

Señor don Alberto del Solar:

Mi querido amigo: Hoy, cuando iba al Consejo de Estado, tuve el gusto de recibir su carta y me fue fácil imponer al presidente de lo que usted me decía.

Usted no me da opinión sobre la conducta de estos dos gobiernos, o de estas dos repúblicas, empeñadas en una lucha absurda para alcanzar la superioridad marítima; pero yo le doy la mía, que es de condenación absoluta. Pienso con vergüenza que europeos y americanos se reirán de nosotros al vernos hacer, pobres como somos, este papel soberbio, que apenas es perdonable en las grandes potencias. Vamos a la ruina, y, lo que es peor, al ridículo.

Felizmente, nuestro gobierno no se empecina y está pronto para enmendar el rumbo, si encuentra reciprocidad.

Usted puede asegurar: "Que el gobierno de Chile está dispuesto a entrar en negociación con la República Argentina para reducir ambas escuadras en condiciones de que una no sea un peligro para el país a que pertenece la otra, aceptando con agrado la amistosa mediación del gobierno de S. M. Británica.

Nuestro contrato no tiene la cláusula de poder cancelarlo mediante el pago de una suma de dinero, lo que no obstaría para importante negociación."

Pongo entre comillas lo que usted puede contestar, para significarle



que esa relación no es mía, sino que... real y verdaderamente explica el pensamiento del gobierno de Chile.

Ojalá lleguemos a puerto, porque es de dar al diablo con la vida que hacemos.

No tenemos con la Argentina cuestión alguna, porque la única que tenemos está sometida a arbitraje, y supongo que los argentinos, como los chilenos, estamos resueltos a respetar la sentencia, sea cual sea.

¿Es que la Argentina quiere mezclarse en nuestras cuestiones con el Perú y Bolivia? Pues que lo diga, y entonces, todos aquí, yo mismo, el más entusiasta amigo de la Argentina y el más resuelto partidario de la paz, diría: basta ya no hay solución posible sino en la guerra.

Y como la guerra importaría a lo menos un millón de pesos diariamente, trabajo tendrían los ministros de hacienda de los dos países para encontrar esos millones.

¡Que enorme insensatez!

Ruégole, mi querido amigo, que salude muy cariñosamente a su señora, etc., y usted disponga de su viejo amigo, E. Altamirano

La carta, -de la cual hizo sacar copia el señor Tornquist-, siguió el destino del telegrama. Conservé la original en mi poder, pues de acuerdo con el mismo don Ernesto, resolví llevársela inmediatamente al ingeniero Mitre, con el objeto de que éste la hiciera llegar a manos de su señor padre -a la sazón en Santa Catalina, la estancia del señor Unzué- pues, como es natural, teníamos grande interés en que él la conociera, tanto más cuanto que, recibida esa carta aquí el 16 de abril, llegaba a Buenos Aires poco después de haber publicado La Nación su célebre editorial referente a la no intervención de la República Argentina en las cuestiones del Pacífico, circunstancia que hacía singularmente interesante el párrafo de la carta de Altamirano, relacionado con



el mismo asunto. La coincidencia de opiniones entre el gran diario argentino y el gran estadista chileno no podía resultar más casual y eficaz. Debo a la deferencia de mi amigo don Emilio Mitre el poder publicar a continuación el contenido de la interesante tarjeta con que el señor general Mitre acusaba a su hijo recibo de aquella carta, al devolverla. La tarjeta decía así:

Querido hijo: Te vuelvo la carta de Altamirano a del Solar, que da la nota de la situación. Hemos ganado la partida por los dos lados: por el lado nacional y por el lado internacional. Es una nueva situación que viene, y que importa la ganancia de muchos millones para ambas partes, no sólo en lo que se va ha dejar de gastar, sino en lo que se va a ganar.

Te abraza tu padre que te quiere, Bartolomé Mitre

Por su parte, el señor Altamirano, a quien había comunicado yo, en sustancia, aquel famoso documento periodístico, me escribía con fecha 16:

Contesté su primera y muy interesante carta y en el acto de ponerla certificada en el correo, dirigí a usted un telegrama diciéndole: "Hoy va mi respuesta y es completamente satisfactoria."

Espero que usted habrá recibido la carta y el telegrama.

Su segunda carta ha sido leída en La Moneda, como la primera.

Mitre con su artículo ha prestado un gran servicio a estos países.

Ese era el único punto negro. Le doy muchas gracias por sus noticias.

Aquí no puede ser mejor la voluntad del gobierno y del país para ir a arreglos definitivos y satisfactorios.

Suyo affmo: E. Altamirano

El camino a las negociaciones oficiales quedaba, pues, abierto. El señor Tornquist, de acuerdo con el ministro inglés -quien dio cuenta a su gobierno de las gestiones favorables entabladas con Chile y llevadas a cabo, al mismo tiempo, en la Argentina- telegrafió



por segunda vez, y con fecha 7 de abril, a Baring, lo que sigue: *Barrington ha telegrafiado, por fin, al gobierno británico sobre asunto de mi telegrama de 22 de marzo. Ruegue a Lord Rothschild telegrafíe al gobierno chileno en el mismo sentido, para facilitar solución.*

Baring contestó el 9 de abril:

Rothschild telegrafió al gobierno chileno. Gobierno británico bará todo lo posible para ayudar.

El 14 de abril vuelve a telegrafiar Baring:

Chile ha contestado a Rothschild que está dispuesto a arreglar el asunto amistosamente y que se pone en comunicación con el gobierno inglés.

Concluyó así la intervención privada; los ministros británicos en Santiago y en Buenos Aires recibieron instrucciones de su gobierno para intervenir amistosamente, y, aun cuando durante quince o veinte días se presentaron pequeñas dificultades de detalle, el 28 de mayo se firmaron los pactos por los que se estableció definitivamente la paz entre ambas naciones.

He aquí la última carta del señor Altamirano. Lleva la fecha de 27 de junio:

Mi querido amigo: Por causa de mucho trabajo no le había escrito antes; pero hoy lo hago para felicitarle con usted del giro que lleva la cuestión chilenoargentina. Es esta vez, la razón y el corazón me dicen, que vamos a la paz definitiva.

Todavía se harán los últimos disparos en uno y otro congreso; pero, felizmente, será en sesiones secretas. ¡Al fin se han de convencer de que Dios ha puesto entre nosotros una cordillera altísima con algún fin!

En fin, para mi es cuestión concluida, aunque haya pequeñas dificultades que discutir y que arreglar todavía.



Ahora quiero felicitar a usted y al señor Tornquist, por su concurso tan eficaz como patriótico.

¡Sea enhorabuena, la publicación de estas líneas, la modesta corona de laurel destinada a deshojarse sobre las tumbas en cuyo seno descansan los despojos venerados de los dos hombres a cuya memoria van consagradas: ¡Don Ernesto Tornquist y don Eulogio Altamirano!





5

Ernesto Tornquist
a través de su correspondencia personal
por María Acuña de Coelbo y Juan Cruz Jaime



Introducción

¿Es posible imaginar hoy, entrado ya el siglo XXI, a un financista y empresario nacido a mediados del siglo XIX? Más aún, ¿cómo retrotraernos para investigar en su entorno familiar y social?

Afortunadamente, la respuesta es positiva, y viene de la mano de la correspondencia privada y los testimonios de quienes lo conocieron. Este interesante cuerpo documental, inédito y celosamente guardado en archivos familiares, permite apreciar desde una perspectiva más amplia al personaje que hasta hoy sólo se conocía en su faceta de hombre público. Siendo correspondencia privada, hemos conservado el tono familiar y la grafía utilizada.

Es muy probable que a las nuevas generaciones les sorprenda algunos puntos de vista de entonces, así como nuestros antepasados se hubieran sobresaltado —cuando no horrorizado— de ciertas costumbres y líneas de pensamiento actuales. De modo que antes de comenzar a leer el presente capítulo, los invitamos a ubicarse sin los prejuicios actuales.

Un aspecto destacado de su personalidad fue que, en medio del fragor de sus viajes, atendiendo las necesidades de su país y de sus negocios, nunca deja de lado el afecto profundo por los suyos. En esta introducción daremos a conocer aquel Ernesto Tornquist cariñoso con la familia, sensible y generoso con quienes lo merecían, de modo que aquellos que desconocen su vida íntima, descubran al hombre común tras el bronce.

A su esposa la interiorizaba de sus negocios, la hacía participe de la información que recibía del gobierno, incluía noticias de su



salud, y preguntaba con mucho interés por sus hijas mujeres. De estas sentidas líneas se desprende que extrañaba enormemente a su familia. Sus cartas traslucen el amor por su esposa y sus hijos.

Las cartas a los que lo rodeaban, así como las respectivas respuestas, lo muestran en su intimidad. Eran muy frecuentes, y con su esposa –a quien cariñosamente llamaba Rosita– lo hacía diariamente. En ellas se despedía con frases tales como *“Tuyo – que te quiere de todo corazón– Tu viejo inservible”*, que dejan traslucir un estado de ánimo algo decaído pero siempre tierno.

Del mismo modo en que era sensible y generoso con los que lo merecían, y a pesar de la diplomacia que era característica de su persona, cuando se trataba de negociar no le temblaba la mano ni la voz, Consecuentemente, los disgustos traían aparejados problemas físicos.

Desde Londres en 1897 le escribe a su esposa: *“Mucho sentí no verte ayer en la estación de Amberes. Estuve con von Mallinckrodt en una discusión bastante acalorada hasta las once y cincuenta y cuando vi la hora ya era tarde para alcanzarte. Y lo peor es que fue tiempo perdido pues no arribamos a nada con el asunto Kemmeritch con Liebeg – son gente imposible.”*

Su entorno familiar

El nacimiento de Ernesto ocurre en plena época de Rosas. Asistió a la escuela primaria de la Comunidad Evangélica Alemana de German Frers. A los catorce años fue enviado a la ciudad de Krefeld, Alemania –cuna de nuestro bandoneón–, donde estudió contabilidad, finanzas e idiomas en una escuela comercial.

Finalizados los cursos volvió a Buenos Aires en 1859 y comenzó a trabajar en “Altgelt, Ferber y Cía”, firma de muy reducido accionar,



uno de cuyos propietarios era Adam Altgelt, su cuñado y futuro suegro¹. Sobre su posterior desarrollo comercial recomendamos la lectura de los capítulos de Jorge Gilbert en este mismo libro.

Frisaba los treinta años cuando se casó, en 1872, con su sobrina Rosa Altgelt Tornquist, de dieciséis, con quien tuvo catorce hijos de los cuales sobrevivió una decena. Adelantado a su época, interiorizó a su mujer en sus negocios, pues Rosa conjugaba su juventud con una extraordinaria madurez y un sexto sentido que resultó decisivo para el afianzamiento del matrimonio y el mutuo apoyo ante las dificultades.

De luna de miel zarparon hacia Europa y durante su estadía de poco más de un año, aprovechó para afianzar sus negocios. Rosa, a pesar de su juventud, comenzó desde entonces a acompañar a su marido en los devenires comerciales. Siguió el viaje por París, desde donde Rosa comparte con su madre *“Nos sentamos a tomar helados y hasta las doce no volvimos”*. ¿Quién se imaginaría que hace un siglo y medio Ernesto y Rosa se adelantarían en costumbres tan frecuentes hoy en día?

Fue su compañera ideal. Era la mujer que está detrás de todo hombre de éxito. A pesar de la diferencia de edad, lo acompañó siempre, lo apoyó y compartió los momentos buenos y los otros.

Si bien había nacido en Hamburgo, siempre se consideró argentina. Rosa escribió a su madre: *“Ernesto pesa 62 kilos y esta muy contento. En París hicimos la relación del general Mansilla, lo tuvimos dos veces a comer, y una vez fue con el sobrino, así que hemos aumentado el número de relaciones; también convidamos a Adolfo Bullrich, y como te imaginarás hablamos mucho de la querida patria; cada día veo que es allí donde se pasa mejor”*.

Las separaciones momentáneas se debieron al cuidado de los



hijos que no podían trasladarse por toda Europa, o en Mar del Plata cuando Ernesto se quedaba trabajando. Así como Rosa se preocupaba por su salud y bienestar, Ernesto a su vez la tuvo en bandeja de plata. En el año 1894 por motivos de salud pasó cinco semanas en el hotel Villa Goeke, Wildungen, Alemania, en las aguas termales y le escribió:

“Recibí tu carta tan florida y al principio creí que sería de alguna novia joven hasta que conocí tu letra”, bromeaba, para luego decir con seriedad: “No me gusta estar separado de la familia, ando como bola sin manija y como demasiado en el café de París”.

Siguió muy de cerca la educación de sus hijos. Fue uno de los temas que más le preocupaban, especialmente la de los varones, reprendiéndolos cuando era necesario. Pedía informes a los directores de los colegios, siempre interesado por su desarrollo. Las cartas que les enviara reflejan a un padre preocupado por la distancia física que lo separaba de sus vástagos y tienen una constante reflexión sobre los aspectos más decisivos de su formación.

Desde Buenos Aires en 1898, escribe a su hijo Carlos Alfredo: *“Querido Gordo ¿Cómo te va con tus estudios? Tengo interés que siempre me escribas algo sobre las materias que les enseñan a Uds. Veo por tu carta a Herr Walter –tutor de sus hijos varones–, que te estás olvidando el alemán y es necesario que dediques algunas horas por semana a leer en alemán y tomar lecciones y Adolfo también para que no se olviden lo que ya saben! Te aconsejo que aproveches bien tu tiempo en Eastbourne y ante todo aprendas bien el inglés, pues cuanto antes sepas bien este idioma regresarás a esta. Con mucho cariño para ti y Adolfo, tu padre que tanto los quiere.”*

Mas adelante además de interesarse por sus estudios comparte sus actividades:



“Mis queridos muchachos. Espero las cartas en inglés que decían van a escribirnos próximamente. Estuve con Pietranera y Carlos Carranza en Tucumán donde visitamos en tren expreso seis ingenios Laflorida, Lastenia, San Andrés, Nueva Bavaria, Concepción y Trinidad, y nos divertimos mucho. También estuvimos un día en Rosario de la Frontera y allí Blanco y otros me preguntaron mucho por el de los anteojos - su hijo Carlos era corto de vista-. Hoy llega Pellegrini y miles de personas van a ir a recibirlo al dique N° 4 – yo también voy. Contéstame Gordo respecto a las lecciones de alemán. Espero que se diviertan mucho en las vacaciones en Escocia y os abraza vuestro padre que tanto los quiere.”

La educación formal era un tema que lo ocupó hasta el final de sus días. Se propuso fundar un instituto que formara el carácter y disciplina de los alumnos. En un terreno donado por el señor del Solar en Pilar, hizo levantar un edificio con este fin, al cual impuso el nombre de su gran amigo ya fallecido Carlos Pellegrini.

Durante su estadía en Europa buscó personalmente un director para el Instituto. Compartía con su esposa en 1901, los problemas que tenía para entusiasmar a los teachers: *“Pienso encontrar un Reader –maestro inglés– para el colegio Carlos Pellegrini, que me da mucho, mucho trabajo”.*

Adelantándose al siglo

A fines del siglo XX resurge entre los estudiosos de las finanzas, la llamada “Reforma Torquiniana” dándole una significativa importancia. En “El Futuro del Dinero” pp 468-470 leemos *“En 1899, la Argentina fue el primer país del mundo en abandonar institucionalmente el patrón oro, “flexibilizando” su conversión”.*

Agente económico ad honorem

En Europa comenzó a establecer las bases de sus negocios.



Hagamos un breve interludio para conocer brevemente el desarrollo de la historia financiera del país en que le tocara vivir.

En 1824 Rivadavia obtiene un empréstito por un millón de libras esterlinas de la casa “Baring Brothers y Cía”, cuyo servicio fue suspendido en época de Juan Manuel de Rosas. Recién en la gobernación de Bartolomé Mitre se decide el pago del capital y los intereses, refinanciándose la deuda que tendrá graves consecuencias en 1890 y se terminará de abonar en 1904.

Uno de los asuntos que lo detenían en Europa era, pues, revertir la imagen negativa que se tenía de nuestro país, y del resultado de sus gestiones se esperaba conseguir créditos de capitales extranjeros.

Refiriéndose a lo arduo de esta labor, su esposa escribió años más tarde a su hija Ernestina, quien casada, había quedado en Buenos Aires: *“Papá esta muy cansado y tía Rosita lo encuentra muy avejentado, es demasiado lo que trabaja pero todos dicen que si se arregla el asunto que todavía lo detiene en Europa, será una obra magna, como nunca se ha visto en América ni en Europa, bien merece la corona de laureles como Napoleón I”*.

En su edad madura Tornquist hizo malabares para dar credibilidad a un país al que le costaba mucho acceder al crédito internacional. A su esposa le escribía contando sus penurias desde Londres día a día: *“Muchos me preguntan por ti. La gente es muy amable pero en negocios duros ya nadie quiere saber de la República Argentina – todos están doloridos–. De buena gana me iría hoy de Londres pero no puedo”*; y agregaba al día siguiente: *“Poco adelanto aquí en mis negocios, la gente tiene miedo a la Argentina y a los chilenos les dan toda la plata que quieran. En Amberes son mucho más amigos de la Argentina”* concluyendo esa semana: *“...vengo cansado de la City donde he charlado 6 horas con Brandt, Wimthurn, Manzano y muchos otros que tú no conoces,*



estoy haciendo propaganda para la Argentina y algo he de obtener. Ayer estuve también con el célebre General Kösner (chileno alemán) y tuve una larga conversación con él. Un abrazo tierno”.

Vuelto a Buenos Aires los negocios seguían ocupándole largas horas y fatigando su precaria salud. En enero escribía: *“Hoy he tenido 50 personas en el escritorio a moler y ponerme nervioso”*; y en marzo: *“He estado muy ocupado y me han molestado mucho por todos lados como te contará de Bary² que tiene más calma que yo”* y *“Hoy otra vez he estado muy ocupado –a las 9 entierro de Sansinena³ –hubo mucha gente– y después varias sesiones asuntos azúcar y otros”*.

El siglo XX comenzó con nuevos intentos de conseguir dinero en Europa para las cíclicas crisis argentinas. Los cambios en los ministerios se tornaron frecuentes y el roquismo hacía alianzas hasta poco antes impensables con el mitrismo, generando gran imprevisibilidad en los mercados locales. Ernesto seguía la crisis día a día:

“Después vi a Saturno Unzué que me contó mucho de Roca, Pellegrini, etc. Noticias nuevas de Buenos Aires no hay –todo parece que está tranquilo–, no habrá festejos el 9 de julio y el Gobierno ha ordenado se dé carne de balde a los pobres. Aquí en Londres los banqueros furiosos con Roca –y dicen que no quieren hacer más negocios con el gobierno argentino. Pero conmigo están amables como siempre”. Sin duda, su diplomacia innata prefiguraba a Tornquist como el hábil negociador que un Gobierno siempre imprevisible necesitaba.

“Los asuntos andan de mal en peor en la tierra –y quién sabe cuándo podremos embarcarnos. Ahora parece que Roca quiere entregarse a los mitristas pero estos piden, como precio para ayudarlo a gobernar el país, que se anule la ley de conversión de la moneda a 44 f – y que se nombre



ministro del interior a Manuel Quintana, quién sabe si no son más que rumores infundados... Los banqueros aquí están sumamente disgustados con la Argentina y será muy difícil que quieran otra vez entrar en negocios con nosotros”.

“El telegrama que recibí anoche de Buenos Aires dice que todo está tranquilo allí —que Roca le ofreció al General Mitre el Ministerio de Hacienda para su hijo Emilio, pero lo retrasó... y ahora dicen que Avellaneda (el viejo) será ministro de Hacienda”.

Pasaban los años, pero Roca no cambiaba sus formas y las fórmulas presidenciales salían de su casa de la calle San Martín. Desde Buenos Aires en 1904 le escribe a su esposa: *“Hoy almorcé con Pellegrini y Carolina [Lagos de Pellegrini] me encargó muchos recuerdos para ti. La política está muy embarullada, los quintanistas no desesperan pero yo dudo que salga electo. [Bernardo de] Irigoyen tuvo hoy una larga conferencia con Roca —aún nadie sabe lo que han hablado”.*

Los diarios comentaban su actuación en Europa: *La Nación, Noticias del Exterior, Paris, 18.09.1900. “Algunos telegramas de Buenos Aires anuncian que allá se ha publicado la noticia de que el Dr. Carlos Pellegrini ha venido a Europa con el objeto de cooperar en proyectos del Sr. Ernesto Tornquist para la conversión de la deuda argentina.*

Cree el Sr. Tornquist que la operación produciría efectos inmediatos, y que la mayor parte de los tenedores actuales de la deuda argentina la aceptarían. Los nuevos títulos que no fueran canjeados en seguida por los antiguos quedarían depositados en una caja de Londres hasta que terminara el canje. Este plan encuentra muchos incrédulos, que se preguntan cuando se lograría terminar la operación”.

Lamentablemente, la prensa no comprendía en todo su valor



el trabajo de Ernesto en pos del mejoramiento económico y financiero del país y éste solía sentirse agobiado:

“De Martín me explico que no quiera tener relaciones de correspondencia con el excomulgado de La Nación y de La Prensa, que veo que me han estado atacando furiosamente con motivo de un reportaje mal traducido y mal interpretado, ¡qué se va a hacer! Estoy pensando en ir algún día al centro de la “Sabara” o alguna isla situada lejos de la costa, donde me dejen tranquilo. De la exposición poco he visto —pienso ir en 15-20 días a Paris para a lo menos no haber estado en Europa en 1900 sin ver los milagros del siglo que se va”.

A fines del año 1900, con motivo de su intento de unificación de la deuda externa de la Nación, distribuida en más de treinta empréstitos, Julio Argentino Roca —que promediaba su segunda presidencia— encomendó a Carlos Pellegrini y Ernesto Tornquist la forma de llevar el plan adelante en Europa.

Sin embargo, al hallar una cerrada oposición en el Parlamento, la prensa y la opinión pública, al año siguiente Roca dio marcha atrás con el proyecto, lo que implicó la enemistad implacable de su antiguo amigo y partidario, quien se sintió traicionado.

Ernesto Tornquist en su correspondencia se hace eco de las largas y agotadoras negociaciones, formales e informales, que debió llevar adelante y cómo las mismas iban desgastando sus relaciones en Londres:

“Hoy Sábado no puede hacerse mucho con negocios en la City, además hay una especie de panacea en la bolsa —por una especulación desenfrenada en la Bolsa de Nueva York en acciones de los ferrocarriles del Pacífico y eso me embroma mucho en mis negociaciones por la unificación [de la deuda]”.



“Toda mi atención está absorbida por el asunto de la unificación —que marcha adelante a paso de buey —pero tengo alguna esperanza que a la larga lo llevaré a cabo — ¿pero quién sabe cuando?”

Pacificador interno y externo

En 1890 un nuevo partido, la Unión Cívica, se enfrenta con el Partido Autonomista Nacional. Leandro N. Alem y Aristóbulo del Valle son sus conductores y los generales Mitre y Roca la estimulan indirectamente.

La revolución estalla en la capital el 26 de julio. Mientras el general Campos y una Junta Civil dirigen la revolución, Levalle, Capdevila, Pellegrini y Roque Sáenz Peña organizan la defensa del gobierno.

La transparencia y confianza que inspiraba Tornquist, hizo que Leandro N. Alem le otorgara un salvoconducto para que se pudiera mover con toda tranquilidad entre las filas revolucionarias.

Concentrados los revolucionarios en el Cuartel del Parque, carentes de municiones y de iniciativa, al cabo de varios días son vencidos por el ejército nacional.

Dice el Diario La Prensa en el Cincuentenario de la Revolución: *“Los revolucionarios depusieron las armas el día 29 influyendo a favor de esa actitud los consejos de la comisión mediadora compuesta por el doctor Benjamín Victorica, doctor Luis Sáenz Peña, Francisco Madero y Ernesto Tornquist la cual obtuvo del gobierno, como compensación, las bases de una capitulación honrosa”*. Con motivo de su intervención, les entregaron un diploma firmado por diversas personalidades, entre ellas Bernardo de Irigoyen, Adolfo Saldías, Juan B. Ambrosetti, Rafael Calzada, Miguel Riglos, Estanislao Zeballos, etc.



Las sucesivas crisis ministeriales y presidenciales que siguieron a la revolución lo tuvieron de observador privilegiado. *“De de Bary tuve un largo telegrama político de Buenos Aires, parece que el viejo don Luis Sáenz Peña no puede encontrar persona respetable para remplazar a Quintana y Campos y que se dice que por eso renunciará el presidente. Estoy curiosísimo de ver el desenlace de la crisis. Roca está ganando en la opinión de todos, menos los mitristas”*.

En el plano externo, la victoria de Chile sobre las naciones andinas en la guerra del Pacífico de 1879 inflamó el espíritu nacionalista del vecino país, acrecentando la percepción de amenaza en el nuestro.

Como consecuencia de los mutuos temores recién en 1888 se logró una convención sobre demarcación y peritos para delimitar en el terreno lo acordado en un tratado. Comenzó entonces la divergencia de criterios: mientras los chilenos pugnaban por la divisoria de aguas los argentinos estaban convencidos de que el límite lo marcaban las altas cumbres. Por tal razón, las demarcaciones estuvieron casi estancadas entre 1893 y 1896.

Ernesto Tornquist seguía por entonces los acontecimientos desde Londres y en 1895 comentaba a su mujer: *“No estoy contento ni en, ni con Londres, pero temo que tendré que quedarme aquí por unos 8-10 días más. Hay que aguantar, no hay mas remedio. Culpa tiene principalmente la cuestión chilena. El viernes habrá sesión secreta en el Congreso de Bs. Aires si compran o no uno o dos buques de guerra y mañana lunes sigue la sesión”*.

Al mes siguiente, en Berlín, se reunía casi todos los días con empresarios y políticos para obtener apoyo para la causa nacional: *“Tuve una conferencia de una hora y media con Hausemann y tengo alguna esperanza de obtener 400 a 500.000 libras para el gobierno argentino, es decir para ayudarlo a Romero⁴ —y tenga con qué pagar todas las armas que*



tenemos que comprar para evitar una guerra con Chile. Llegó el General Mansilla a Londres y me telegrafió ayer. Le he contestado que nos veamos fin de la semana en París –Hotel Continental– así que es probable lo tendrás por allí en estos días”.

“Hausemann está muy bien dispuesto para ayudar al Gobierno argentino y darnos plata; lo raro es que Salsmunchen me hace oposición, con él tengo más trabajo que con Hausemann y Russell. Ayer tuve una conferencia larga con Russell y Salsmann y me disgusté tan profundamente que quedé nervioso e irascible con ganas de mandar a pasear a todos. Comí con Bullrich, el Sr. Herrera Vegas (hijo), y un Dr. Cranwell, argentinos. Tomé demasiado champagne para abogar el disgusto y me hizo mal. No pude dormir con la nerviosidad—recién me dormí a las cinco de la mañana— felizmente dormí hasta las diez y media y ahora estoy otra vez tranquilo. Aquí los oficiales argentinos de Berlín tienen indicios, todos creen en la próxima guerra con Chile”.

“Ya estaba desesperado de no obtener nada pues los alemanes no quieren hacer negocios con nosotros —y si algo hacen, es de mala voluntad. El D. [...] solamente por mis empeños y para no disgustarme está dispuesto y Hausmann y Russell me ayudan. Ayer estuvo dos horas Russell en el Deutsche Bank para que tomen participación y hoy sabré si aflojan —creo que sí. Pero después que esté aquí medio arreglado tengo primeramente que telegrafiar a Romero y esperar la contestación. El viaje de Salsmunchen a París quedó en nada —pues parece que con los canallas de franceses no hay que contar”.

“Depende de un telegrama —que yo creía recibir hoy de Buenos Aires y que ahora no llegará hasta mañana—, el negocio por los diez millones de francos está arreglado aquí en el Direntage; falta ahora que Romero lo acepte, si no fuera así quizá tenga que quedarme aquí algunos días más. Hoy comen conmigo Ricchieri y D. [...], dos oficiales argentinos”.

En 1896 ambos gobiernos pidieron el arbitraje británico, que no



se concretaría hasta 1902. En medio, ambas naciones movilizaron parte de sus fuerzas de reserva, ya que nuevos incidentes surgieron a mediados de 1901.

Tornquist los seguía de cerca desde Londres: *“En el asunto de la pacificación sigo adelantando muy despacio y todavía hay muchas dificultades que vencer —algunas veces siento haberme metido”.* *“Aquí tengo tareas muy incómodas, pero tengo la esperanza que saldré bien, aunque no tan bien como desearía. No puedo explicarte —pero estoy muy preocupado y casi diría asustado—, ojalá nunca me hubiera metido en camisa de once varas”.* *“Sigo ocupadísimo con mi asunto, pero todo anda bien y estoy en correspondencia continua con Buenos Aires por telégrafo”.*

Finalmente, concluidos en mayo de 1902 los llamados Pactos de Mayo, llegó en forma casi simultánea el laudo arbitral de la corona británica, dejando de lado la amenaza de guerra inminente. El intenso trabajo patriótico de Ernesto Tornquist - en el cual dio hasta la garantía sin límites de su fortuna personal - no había sido en vano.

Defensor de la agroindustria

Percibió que el porvenir del país estaba basado en el desarrollo de la agricultura y la ganadería para lo cual era fundamental exportar carne para consumo y de saladero de la mejor calidad. Para ello, era de suma importancia el mejoramiento de las razas.

Consciente de la necesidad de fomentar la agroindustria en el país, Tornquist acompañó a Carlos Pellegrini en todos los proyectos que éste presentaba en dicho sentido. En Europa se dedicó a la compra de animales de buena calidad para refinar el ganado existente, compartiendo con conocidos sus experiencias. Adolfo Bullrich era uno de quienes lo acompañaban en estos proyectos.



Escribía a Rosa desde Berlín y Londres: *“Hoy tuve visitas a patadas –pues vino, primero un ovejero que pienso mandar a Santa Catalina para que cuide los carneros y conversé dos horas con él”. “A Adolfo Bullrich lo vi aquí ayer también – se fue a una cabaña de ovejas”. “Una hora he conversado con Bullrich sobre carneros y toros pero nada que te interese”.*

Con Pellegrini compartía no sólo las inquietudes en la educación del soberano sino también todo lo referido a la industria: *“Usted es mas industrial que comerciante...”*, solía decirle el ex presidente, que en una ocasión lo acompañó a una reunión, vestidos con traje y zapatos de industria argentina para fomentarla, algo totalmente inédito en la época.

Pionero en la búsqueda de petróleo

Fue un visionario de las futuras energías. Respecto al petróleo vemos en los archivos inéditos de Fernando Madero⁶ la siguiente información que hemos resumido, y que ilustra la relación de Ernesto Tornquist y el petróleo.

“En 1881 comienza lo que podríamos denominar la fiebre del petróleo en la Argentina –más conocido entonces como asfalto– y a la cual no podía estar ajeno una personalidad comercial de los kilates de Dn. Ernesto Tornquist: así toma contacto con los pioneros de los relevamientos geológicos en la Argentina, los Dres. Stelzner, Brakebusch y Dodenbeder, y se hace asesorar sobre las posibilidades de industrializar el petróleo.”

Dn. Ernesto Tornquist: funda en 1886 la Compañía Mendocina de Petróleo. Viajó a Europa tomando contacto con varios técnicos –especialmente germanos– entusiasmándolos en viajar a Argentina. Así viajó acompañado del geólogo Dr. Rodolfo Zuber ‘a efectos de reconocer el terreno de petróleo que la



Compañía había adquirido en Cacheuta, provincia de Mendoza’, donde se comprobó científicamente que a poca profundidad había petróleo (el mismo geólogo publicó en 1889 un estudio geológico del Cerro de Cacheuta).

Retorna a Europa con el objeto de comprar máquinas para perforar y reconocer el manto petrolífero y pronto comenzaron a armar las primeras torres del sistema Express –las mejores que ofrecía la industria de entonces–. Contaba con el respaldo de su gran amigo, el banquero belga H. Albert de Bary que tanto había contribuido a las numerosas empresas que Dn. Ernesto había montado en la Argentina, y así la compañía efectuó de 1887 a 1890 unas veinte perforaciones, de ochenta a doscientos noventa metros.

La empresa estableció el primer oleoducto que funcionó en Argentina conduciendo el petróleo a la ciudad de Mendoza –en un trayecto de cuarenta kilómetros– por una cañería de varios metros de diámetro, que desembocaba en un depósito de hierro de una capacidad de 3.000 metros cúbicos.

Con el Ferrocarril Gran Oeste Argentino se efectuó un contrato para abastecer el petróleo como combustible para las locomotoras, y la usina de gas de Mendoza. Así el Ferrocarril ha podido servirse del petróleo durante un año y para todas sus locomotoras. La compañía floreció y distribuía utilidades a sus accionistas; pero súbitamente en 1890-1891 las minas se agotaron.

Si la industria del petróleo, entonces en ciernes, hubiera podido proveer perforadoras de hasta 2.000 metros de profundidad, la compañía habría visto acrecentar sus capitales, incentivando la capacidad de su producción. De todos modos, el país pudo comprobar que en las entrañas de su tierra había abundancia



del preciado “oro negro” y, una vez más, reconocer y admirar la capacidad creativa a Don Ernesto Tornquist”.

Ernesto Tornquist y el azúcar

Fue uno de los pilares de la industria azucarera y un pionero de la responsabilidad social al pagar en efectivo, en vez de vales o plata boliviana como se acostumbraba en el Norte. Aunque hoy parezca natural, estos rasgos solidarios de Tornquist entonces no eran comunes entre los empresarios. El azúcar que se producía en el país salía de los ingenios blanqueado pero no refinado. En 1887 Ernesto Tornquist vislumbró el negocio con el que se lo asoció durante el resto de su vida y construyó la Refinería Argentina en Rosario, provincia de Santa Fe, agregando valor a la mercadería que se puso al servicio de varios ingenios del país y eventualmente a otros países como Cuba y Brasil. Esta empresa modelo recibió en 1888 el primer premio en la Exposición Internacional de Ganadería y Agricultura en Buenos Aires.

Desde estos ingenios partía el azúcar crudo a la Refinería de Rosario y de ahí a la exportación. El lugar resultaba muy conveniente para la entrada de materia prima, maquinaria, etc., abaratando enormemente los costos.

En 1895 fundó junto a Pedro Méndez la Compañía Azucarera Argentina. En el mismo año inició las actividades con la compra de los ingenios “La Florida”, “Nueva Baviera” y “La Trinidad”. En 1901 incorporó los ingenios “Lastenia” y “San Andrés”.

En sus inicios el negocio presentaba dilaciones, que Ernesto comentaba a su esposa en: *“Hoy estuve todo el día en la city y creía adelantar mucho con mi asunto de Tucumán – pero desgraciadamente ciertos papeles, que yo creía que ya estaban aquí, no han llegado y no podré*



hacer nada hasta que lleguen”.

En sus cartas a Rosa los ingenios ocupaban un lugar de importancia, tanto cuando le escribía desde el exterior como cuando lo hacía desde Buenos Aires en la temporada veraniega: *“También adelanto algo en el asunto mío –obligaciones hipotecarias sobre los ingenios nuestros en Tucumán– pues quisiera que me presten 300.000 libras y tengo esperanza que con mucho trabajo he de salir con la mía”.*

“Al fin aquí parece que me va algo mejor con mi asunto de Tucumán después de 15 días de trabajos estériles –tengo esperanza que se arreglará satisfactoriamente para Setiembre-Octubre dejando preparado todo ahora ya. Si recibes telegrama para mí, abrimelo y telegrafíame el contenido, no me lo mandes por carta sino por telégrafo”.

“Hilerei⁷ debía llegar aquí mañana y tengo absolutamente necesidad de verlo; ahora parece que no viene hasta el lunes”. “Anoche a las 8 pm comimos en el Café de Paris Pedro Méndez, de Bary y yo, y a las nueve y media me acosté con mucho sueño”.

Las quejas sobre los problemas que le generaban también se las participaba en 1905 a su hermana Laura: *“Querida vieja: Tucumán, como siempre los tucumanos, nos han robado la plata. Vine para encontrar sol y calor y hemos tenido tres días y tres noches las más frías de todo el invierno –anteanoche hubo 4° bajo cero pero al fin ha salido el sol y en el solcito está agradable. Ayer estuvimos en el ingenio “La Trinidad” que tiene un chalet y un jardín preciosos, calles de grandes naranjos llenos de fruta, palo borrachos y tarcos de [...]”*

A pesar de todo, el impulso que dio a la industria azucarera fue tan importante que de ahí en más se lo identificó con ese producto. Al fallecer, un diario de Brasil anunció que: *“Falleció ó rei do açúcar”*.⁸



Pesca - Pionero en las islas Antárticas de esa industria

La capacidad para aprovechar las circunstancias en nuevos proyectos, se vio reflejada en 1903 con ocasión del naufragio de la expedición en los helados mares del sur del célebre explorador sueco Nordenskjöld.

Ernesto, sin perder tiempo, organizó una expedición a la isla Georgia del Sur en busca de ballenas, cuyo aceite tenía en aquel entonces un precio excesivo y fundó junto con Pedro Christophersen y otros amigos la Compañía Argentina de Pesca el 29 de febrero de 1904. En ese entonces no estaban en peligro de extinción y su caza no estaba mal vista, sino por el contrario se utilizaban sus subproductos con diversos fines, incluso medicinales. Con ese propósito, adquirieron un pesquero a vapor y un velero.

Las ganancias de este emprendimiento fueron tan exitosas que durante el primer año se duplicó el capital y se triplicó en los siguientes, repartiendo enormes dividendos a sus accionistas.

Impulso a las colonias

El interés por las colonias no es producto del azar en Ernesto. Su padre, su cuñado y futuro suegro, Adam Altgelt, y su abuelo materno, Carlos Camusso, eran inmigrantes. Aquellos eran de origen sajón, éste, latino.

En Alemania – a donde fue enviado a estudiar cuando tenía catorce años – había notado la falta de oportunidades que sobrellevaban los europeos. En una Europa devastada por las guerras, las tierras subdivididas en minifundios insuficientes para el sostén de las familias, sus habitantes tenían necesidad imperiosa de encontrar una vía alternativa que posibilitara su supervivencia. Conocedor por la experiencia de su familia lo que la inmigración



significaba, vio la posibilidad de fundar colonias para facilitar el arraigo de grupos de familias al mismo tiempo que serviría de contrapeso a la inmigración golondrina, que venía al país sin miras de radicarse para el levantamiento de las cosechas y retornaban una vez concluidas éstas.

Argentina, un país nuevo, con enormes kilómetros cuadrados de tierras inexploradas se convirtió en la oportunidad de una salida de la pobreza. Y así fue como hombres y mujeres se lanzaron a la aventura. Dejaron a la gran familia, la patria que los vio nacer, sus afectos, y llegaron aquí, con la ilusión de un porvenir mejor, para comenzar una nueva vida. Los grandes sacrificios tuvieron como recompensa el bienestar que el viejo continente ya no les podía ofrecer.

La enorme extensión del país permitía la convivencia de los hijos de la tierra denominados entonces “pampas”, los que provenían del otro lado de la Cordillera, y los nuevos pobladores con los bolsillos vacíos y los brazos dispuestos a trabajar duramente. Los pampas y vorogas, poco a poco fueron arrinconados o asimilados por aquellos que venían de las costas del Pacífico. Éstos al cambiar su modo de vida se convirtieron en una cultura depredadora. Con este cambio de vida, su antiguo espacio geográfico les quedaba chico, de modo que aquí encontraron la veta económica: llevar animales de vuelta que ya tenían apalabrados o vendidos. La ocupación territorial por parte de ellos se evidencia en los llamados “Paso de los chilenos”, “Laguna de los chilenos”, etc.

Al ganado le bastaba el espacio geográfico por el cual andaba libremente. Este era más extenso que las posibilidades de ocupación. Las pariciones eran superiores a las necesidades propias y de la exportación.



Invertir en tierras despobladas representaba una ganancia a largo plazo. Por esa razón, no consiguió inversores interesados en el país que querían logros más inmediatos. Recurrió entonces a capitales belgas, con quienes estaba muy vinculado, para fundar colonias basadas en ventas a precios razonables de modo que los colonizadores pudieran progresar sin angustias sumándose a la construcción del país. Argentina se convertiría en una verdadera fuente de divisas y riqueza, amén de ser abastecedora de productos alimenticios para el mundo.

Tornquist, en sus comienzos no era propietario, sino que vivía en una casa alquilada e igualmente su oficina. Cuando sus finanzas progresaron, fue comprando tierras para colonizar. Recién en abril de 1880 adquirió unas tierras en el sur de Buenos Aires que pertenecían a Benjamín Páez. Así lo confirma este párrafo del diario La Nueva Provincia de esa época:

“...Los compradores se arrepintieron muy pronto de sus adquisiciones y terminaron vendiéndolas a la Compañía Estancia Tornquist que en esos años intentaba la colonización de esos valles...”

A su vez, el 25 de enero de 1887, compró en la localidad de Castellanos las tierras que habían pertenecido a Apolinario Benítez y luego a Guillermo Brandt, Hijos y Cía, con la intención de promover el poblamiento de ese distrito. Nacieron entonces las colonias Ramona, Bicha, Coronel Fraga, Marini, Carolina, Eusebia y Josefina. Las dos primeras fueron denominadas con el apodo de sus hijas mayores Ernestina y María Luisa.

En 15 años se colonizaron todas las tierras de acuerdo a las posibilidades de cada comprador. Al conmemorar los 75 años de la fundación (29 de enero de 1894) de la localidad de Ramona en la Provincia de Sta. Fe surgen relatos de cómo se inició la



colonia, los primeros habitantes, los planos de división, etc. Allí construyó el primer templo parroquial y la primera escuela.

Los descendientes de antiguos pobladores de Ramona expresaron igualmente su testimonio, que hoy en día cobra relevancia: *“La personalidad de Tornquist surgía límpida a través de su trayectoria financiera. No está presente en él la sombra del avieso explotador o la del latifundista monopolizador o especulador.”*

“Fue un excelente colonizador de sus posesiones, a pesar de no conocer personalmente varias de ellas. Las subdividía y vendía a los colonos en condiciones liberales, de modo que después de duros pero pocos años el campesino se hallaba dueño de su tierra. Sus administradores debían estar imbuidos de este amplio espíritu que facilitó la pronta colonización de los campos de Tornquist. Lo mismo sucedió con los edificios públicos de las colonias, a los que financiaba íntegramente”.

Los primeros colonos de la Colonia Bicha – sobrenombre de su hija María Luisa – venían del norte de Italia, donde trabajaban minúsculas parcelas viviendo en condiciones de extrema pobreza traían fama de trabajadores incansables⁹

“... el Gobierno de la Provincia de Santa Fe aprueba el trazado de la Fundación de la Colonia Bicha, ubicada en terrenos de su propiedad [de Tornquist] en el Departamento de Castellanos, por resolución del 29 de enero de 1894.

“... en dicha resolución se escritura a favor del Fisco los terrenos destinados a Juzgado de Paz, Hospital, Cementerio, Iglesia y Plaza Pública”

Don Lorenzo Bolatti expresaba *“Tornquist en 1887, como otros pioneros, asegurando soberanía nacional ante apetencias extranjeras,*



adquiere extensiones en esta zona ayudado por la plantilla del labriego..." La cercanía del puerto de Bahía Blanca tenía un valor agregado para la comercialización y la salida de las cosechas. En 1895 transformó la sociedad en comandita "Estancias Tornquist y Cía." en la sociedad anónima "Estancias y Colonias Tornquist".

Entre 1880 y 1882, adquiere varias hectáreas a los antiguos propietarios, siendo las dos estancias principales "Manantiales" y "La Ventana". Con la llegada del Ferrocarril al año siguiente se crearon condiciones de seguridad para la radicación de colonias de agricultores. Esta sociedad atrajo colonos suizos y alemanes quienes se dedicaron especialmente a la agricultura.

En 1886 compró los campos de Fuerte Argentino llamado también "Paso de los Chilenos". Una de las fuentes para conocer el origen de sus campos son las escrituras públicas, cuyas copias se encuentran en la Biblioteca Tornquist del Banco Central.

En 1890, solicitó autorización para fundar un pueblo que hoy lleva su nombre. A estas extensiones pronto se les sumaron campos en La Magdalena, Córdoba y San Luis, que se dedicaron a la agricultura y la ganadería.

En 1902 le compra a Eduardo Casey su proyecto de división en fracciones menores de las tierras que éste había adquirido en Curumalán, proyecto en el que Casey había fracasado debido a sus deudas.

Interés por Mar del Plata

En esa ciudad construyó una mansión que disfrutaron su familia y sus allegados.



Contribuyó al engrandecimiento de la ciudad: encargó al paisajista Charles Thays un diseño destinado a la plantación de árboles para el embellecimiento de la Plaza Colón, que pagó de su peculio al igual que el Paseo General Paz y la rambla de madera que sustituyó al tablado destruido por el temporal de 1890.

En cartas a su familia comenta algunas de las obras marplatenses: *"En Mar del Plata han echado abajo el puente del Bristol—y se están haciendo allí jardines y bajadas cómodas—, también se está haciendo el teatro y en el terreno donde estaba el resguardo se construyó un gran Hotel anexo del Bristol—cuando vuelvan van a encontrar todo muy cambiado"*.

Mientras Rosa y sus hijos pasaban las temporadas en Mar del Plata, Ernesto no descuidaba el trabajo o, aprovechando que estaba solo, se encerraba en su escritorio más de lo conveniente o se excedía en las comidas de negocios.

"Anoche comí en lo de Lita (su cuñada Laura) con Altgelt (Adam) y Margarita (otra cuñada); volví a pie a la Avenida Mayo y allí estuve hasta las 10 pm con Emilio Bunge, Juan Manuel Larrazábal, Pedro Boldini y Ezequiel Barrenechea. Hoy me voy a comer con Alkayen, duermo otra vez en el escritorio y mañana temprano me voy a la quinta y quizá al Tigre a almorzar con Schlieper".

"Ayer Domingo no te escribí pues me fui a la quinta primero (Los Ombúes, en Belgrano), después almuerzo en el Tigre Hotel con Manuel Láinez y Rosetti y a las cinco me fui con Alkayne a Merlo y comimos con Romero. Ayer comí con Schlieper—sólo los dos— y después me vine a pie. Son veinte o veinticinco cuadras. Hoy me voy a comer con Altgelt y después pienso ir a visitar al General Mansilla que llegó hoy".

Impulsor de los ferrocarriles

En 1902 se constituyó la Sociedad Belga de Ferrocarriles, y el 14 de



octubre de 1903 se inauguró la primera estación y el 29 de octubre de 1904 la última, construyéndose el ramal Tintina–Añatuya.

Con 220 leguas compradas funda en 1906 la S.A. Quebrachales Tintina, elaborando durmientes, postes de alambrado y leña. Ya en 1895 había creado la compañía Crédito Ferrocarrilero Argentino S.A. que financió la prolongación de la líneas San Cristóbal a Santa Fe, con capitales ingleses, alemanes y belgas.

Él mismo era un pasajero frecuente y se divertía en los viajes: *“Volvemos en este momento del “Garibaldi”, lindísimo buque donde fuimos hoy saliendo del Hotel a las 7 am y cuando llegamos al muelle del puerto, justamente salía el “Margarita”, el vaporcito que debía conducirnos a la nave de guerra. Tomamos una ballenera y fuimos la mitad del camino a vela hasta que encontramos al Margarita. Fue un paseo lindo pero frío, pues aquí estamos casi de invierno. Esta mañana había 6° nomás – pero muy lindo día. Sol precioso. Ninguno se mareó en la ballenera a vela y el Gordo perdió con el viento su gorro, comprado ayer aquí por \$4 pues el que traía de Buenos Aires lo había pedido en el tren. ¡Batata!”*

“Ayer Domingo lo pasamos muy bien en un punto llamado Cuatrerros, que está a tres leguas y media y es la primer estación del ferrocarril al Neuquén. Tomé tren expreso y con él inauguramos este nuevo ferrocarril. Somos los primeros que han dado a ganar plata a los ingleses pues nos cobraron \$700 por el tren expreso. Iban como 400 personas gratis... hubo un gran remate que fue un verdadero suceso... – toda gente obrera que va ahora a poblar la célebre Villa Olga. Es un paraje muy bonito – hay un arroyo cristalino– un millón de árboles y cuando llegó el tren era verdaderamente un golpe de vista lindo y el remate estuvo muy animado. Todos están bien de salud, incluyéndome a mí, duermo perfectamente y me hace bien el paseo. Para Bahía Blanca el remate fue una romería y he hecho conocer Cuatrerros. No hablamos de azúcar, después de tu recomendación a Kessler y que te agradezco!”



Cuando la vitalidad puede mas que la mala salud

La salud de Ernesto fue una constante en las cartas con Rosa y entre ella y otros parientes. El exceso de trabajo y las innumerables preocupaciones minaban su estado físico y los médicos no acertaban en la cura. Imaginamos que en palabras modernas sería un cuadro de “estresazo”. Desde 1883 hasta 1907 las cartas nos hablan de sus achaques y su cansancio.

Tornquist era de mediana estatura y contextura débil por sufrir lo que en aquellos años se llamaba “Catarro de Nierenbecken”. Su mal lo aquejaba terriblemente y los largos viajes en tren afectaban tanto sus riñones que en cierto momento decidió hacer una cura de aguas termales y consultar varios médicos en Europa: *“Te escribo a las 7 y ¼ pm, cansado como un perro”*.

“Querida Lita: Ernesto vuelve á quejarse desde ayer del estómago, y eso que se cuida bastante, pero los malditos quehaceres lo hacen preocupar bastante”.

“Mi querida María: Esta será la última mía que por ahora recibirás de Amberes donde hemos pasado más de 3 meses. El miércoles 26 por la mañana nos dirigimos a París, Ernesto ha tomado ya un coche wagon. Te imaginas lo contentos que estaremos todos con el viaje; creo que pasaremos 15 días a Cairo; todos animan mucho á Ernesto... En general veo Ernesto mejor, pero desde que le dijo Israel, que el andar en ferrocarril le hace mal, se le figura que tiene dolor, ahora va a tomar griike (sic) para engordar, está muy flaco, pero desde que Israel lo despachó sin operación está más animado”.

“Mi querida Maria: ... te haré una reseña del baile de fantasía al que asistimos anoche, como fue dado en el Casino, nos quedaba muy cómodo y fuimos a las diez y media. Ernesto decía que estaba cansado y que ojalá no necesitase ir, como dice siempre, y después no quería volver al hotel. Ya hace cinco semanas que llegamos a Cairo.” La ida a Egipto durante más de un mes ¿sería quizás para llevar a cabo su deseo de irse al Sahara



para liberarse de las preocupaciones?”

“Solamente para decirte que estoy bien - pero sumamente ocupado pues he recibido mi correo de Bs. As. y estoy leyendo las cartas e incluso hace 4 horas y no he concluido”.

“Hoy lo visité a Florencio Domínguez –que me esta ayudando mucho como también Revalstocke. En cuanto a negocios no tengo mucho que hacer –pero tantas visitas y conferencias me matan–, no vuelvo a Europa con negocios”.

Ernesto también se ocupó y preocupó de sus familiares. En las siguientes cartas se refiere a su cuñado y suegro: *“En cuanto a la casa de Altgelt, yo he telegrafiado a Düsseldorf que no la vendiera, pues tengo arreglada una hipoteca sobre ella”*

“Parece que no compró la casa o que Altgelt no la quiso vender y ahora que está arreglada la hipoteca espero que no la venderá. Si asimismo la vendiera puedo darle una casita lindísima de las que estoy construyendo en Reconquista esq. Córdoba”. “Siento tanto que el pobre Altgelt esté viejo y flaco como dice Lita – se conoce que el golpe con Hermann –su hermano - lo ha afectado mucho. Ayer le escribí una carta larga a Altgelt”.

Por supuesto, su situación en el mundo de los negocios y las relaciones surgidas de estos, a veces le traían contratiempos con los pedidos: *“Hoy recibí carta de Pinto que te incluyo, No me gusta incomodar nuevamente a Rothschild, pues temo que me tome por cargoso – cómo le voy a pedir que él escriba demostrando ganas de ser servido!”.*

Lo reservado para la familia

Hacia el final de su vida, encontró la paz en “la quinta”, como solía llamar a su establecimiento agropecuario situado en el hoy Partido de Tornquist. De las primitivas hectáreas que había comprado para



colonizar, reservó una parte para disfrutarla con sus allegados. Allí construyó un enorme edificio para compartir con sus hijos y nietos contrariando la voluntad de Rosa, que tenía la idea de hacer varias casitas que los albergaran independientemente. Pero Ernesto insistió y su opinión ganó. Quería tener a sus hijos y nietos bajo el mismo techo. Siguiendo sus indicaciones el Arquitecto Nordman erigió el enorme edificio, que algunos llaman Castillo pero que Rosa insistía en que se lo conociera como “El Chalet”. Ernesto intentaba entusiasmarla en sus cartas.

Las modernas instalaciones incluían luz de gas acetileno.

Dentro del establecimiento había construido casas para el personal y sus familias dotadas de todas las comodidades de que se disponía en aquel entonces. Los empleados solteros tenían dos inmensas construcciones con dormitorios, matera, cocina y los servicios sanitarios.

La Estancia La Ventana en la localidad de Tornquist –antes partido de las Sierras– y el Plaza Hotel, frente a su casa, que no pudo ver terminado, fueron las dos obras que encaró con la clara conciencia que deseaba dejarlas como legado a su familia.

“No te puedes imaginar lo lindo que es aquí en otoño – Carlos Carranza está encantado y quiere que le edifiquen una casita en mi quinta de la que te escribe hoy Martín. Carranza quiere venir a pasar aquí dos meses con los cachorros. Creo que a ti te gustaría esta soledad y tranquilidad contra las montañas – lo único que se oyen son los pajaritos y ovejas. Funke¹⁰ es muy amable y caballero. De azúcar no hablamos –paseamos todo el día y de noche jugamos al billar una sola vez. El Gordo es un bandido, entretiene a todos y Martín parece muy contento y está más conversador.



“De buena gana me quedaba aquí un mes..., puede ser que haga una casita de mala muerte en lo que llamo mi quinta donde vivía Landívar en el arroyo de la Ventana. Es un paraje precioso donde Walter¹—plantó como 100.000 árboles y éstos han crecido y hay mucha sombra— pero ante todo el aire es delicioso. Mañana no te escribiré pues vamos a la estancia de Lainez que queda 4 leguas de aquí, en medio de las montaña.

En ese lugar que tanto amó y tan poco pudo disfrutar, hizo edificar en el pueblo que había fundado y en medio de la plaza la Iglesia Santa Rosa de Lima — llamada en honor a su madre Rosa Camusso de Tornquist —.

A ambos costados se colocaron fuentes que hizo traer de Europa y encargó al paisajista Carlos Thayx el diseño del jardín de la plaza.

“Parece que Bemberg (Ottito) y otro señor más están con Lainez. De aquí mandé tarjetas a Mansilla—dándole la bienvenida y a Amancio Alcorta por la muerte del hijo dándole el pésame. A Raquel un abrazo por su cariñosa cartita, que se aproveche no más de mi ausencia, que cuando regrese ya no podrá dormir en mi cama, la regalona. A mis queridos Toto y Adolfo un beso —la próxima vez que venga lo traigo a Adolfo. Un abrazo a todos — Ernestina, María Luisa, Mercedes y la picarona de Florencia y tú recibe los cariños de quien mucho te quiere”-

“... siempre buen tiempo en Bahía Blanca —puerto militar, baterías— Villa Olga (de la que ha salido encantado Cárdenas)² y desde el Jueves que andamos aquí vagando en la Sierra. Ayer subimos a la Ventana (1200 metros de altura) y después almorzamos en la estancia de Lainez donde nos trataron regiamente ... Nunca me ha gustado la sierra más que esta vez — todavía tengo un resto de resfrío y tos — en 2-3 días más creo que estaré bien del todo. Creo que te gustaría a ti aquí —la soledad, el rico aire, las sierras, los arroyitos, ¡qué lindo!”-



“La quinta nueva está preciosa [se refiere a la estancia] —es un verdadero parque rodeado de los dos arroyos y todos están encantados con el parque tan pintoresco—. Hoy nos vamos a Bahía Blanca para ver el puerto militar y mañana a [Fortín] Cuatrerros [Hoy General Daniel Cerri] donde la Compañía Sansinena está construyendo un frigorífico, y el Sábado a Curumalán”.

Dos años antes de morir, se alegra porque su esposa finalmente aprueba el proyecto de construir la casa grande: *“Mucho placer me das diciendo que ahora te gusta la estancia bien lo sabía que al fin te gustaría — Yo también quisiera pasarme allí tres meses seguidos — si puedo el año próximo — pues me haría mucho bien”.*

Apoyo a emprendimientos hoteleros

Funcionarios del ferrocarril pensaron que instalando un hotel de primera categoría en Sierra de La Ventana llevaría gran cantidad de turistas a la zona. Buscaron y consiguieron el apoyo de varios hombres públicos, entre los que se encontraba Tornquist

Uno de los inconvenientes fue la distancia para transportar la cantidad de ladrillos. Ernesto recordó entonces que en uno de sus viajes por Europa, visitó en Checoslovaquia una fábrica de ladrillos hechos a máquina.

Manos a la obra. Compró una de ellas e instaló una parte en las cercanías de un arroyo próximo a la futura edificación.

El hotel era magnífico, habitaciones con vista a las sierras, biblioteca, sala de baile, ruleta, sala para proyecciones cinematográficas, huerta, cámaras frigoríficas, canchas de golf, polo, tenis, pileta de natación, capilla, usina que proveía 1000 HP, cisterna para 12 millones de litros de agua, y escalinatas de mármol de Carrara.



Ernesto no llegó su inauguración en noviembre de 1911. Poca vida tendría a su vez el denominado “Club Hotel” pues el presidente Hipólito Irigoyen prohibió las salas de juego y¹³ el hotel cerró en 1917.

Posteriormente fue utilizado en diversos proyectos. Finalmente, después de años de deterioro se incendió en su totalidad.

En La Falda – Córdoba, dio impulso al hotel “Edén”. situado en medio de un lugar que Adam Altgelt describe a su hija Rosita “*En el paraíso 4/5 de febrero -99*” y luego se despide cariñosamente *tu fiel papá*”.¹⁴ Adam, cuñado y suegro a la vez de Ernesto, informaba quienes iban, la belleza del entorno, que había que mejorar, como era el trato, limpieza, etc.

En “Reconocimientos” (capítulo mas adelante) se encuentra el testimonio de la señora que lo explotaba, A la fecha el mismo está abandonado.¹⁵

Hotel Plaza

Tanto viajar hospedándose en hoteles de lujo, al ver que Argentina estaba teniendo un lugar destacado en el mundo de las inversiones, aprovechó un terreno de su propiedad frente su casa para que Buenos Aires tuviera un gran hotel a la altura de los mejores.

Y aquí sí su esposa puso sus condiciones que por supuesto fueron atendidas. Como todas las tardes se sentaba tejiendo para personas de pocos recursos, no quería que la altura del hotel tapara la luz. De modo que Zucker encontró la vuelta y en la esquina de Florida y Charcas –actualmente Marcelo T. de Alvear– hizo un chanfle de modo que nunca se pudiera edificar delante de éste. Posteriormente, se construyó la entrada de carruajes donde



hoy entran los automóviles y taxis para dejar o levantar pasajeros, respetando el plano pues no había posibilidades de hacerlo de otro modo.

Los materiales del edificio debían ser de primera calidad tanto nacionales o importados de Europa. El Plaza fue el primer hotel de lujo en Buenos Aires y la elección del lugar fue muy criticada entonces, ya que se consideraba que no iba a tener éxito. Hasta entonces los hoteles estaban en su mayoría en Avenida de Mayo.

Pero Ernesto no llegó a su inauguración, a la cual asistió el Presidente Figueroa Alcorta. Un año antes, el 17 de junio de 1908, como él mismo lo anticipara unos días previos, su vida llegó a su fin.

Apoyo a la música y los deportes

Ernesto impulsó la música de Wagner en el teatro Colón. Además le gustaba cantar y asistir a funciones de ópera. Varias de sus epístolas nos muestran a un Ernesto Tornquist amante de las artes, especialmente la música. “*Anoche fui a las diez y media al palco de la de Rothschild y me encontré con las dos hermanas muy amables y preguntaron por ti. Cuando venías, etc. Dieron muy bien Rigoletto – Anselmi*”¹⁶ *cantó muy bien.*

Completamente alejado de la circunspección característica de todos sus retratos, en carta desde Hamburgo, Rosa le comenta a su madre: “*Comimos en lo de Gossler. Ella cantó con Ernesto algunos dúos y entre ellos uno de Mendelsohn, que tú cantabas siempre*”.

¿Cuál era la razón para que cualquier propuesta relacionada con los deportes encontrara en Ernesto el entusiasta apoyo a la iniciativa? ¿Tendría que ver con su salud o un reconocimiento de la importancia para la salud en general?



Hacía grandes caminatas y cabalgatas, a pesar de que su salud no lo permitía en forma frecuente. Paul Groussac lo describe en su libro *Los que pasaban el “...banquero con gustos de artistas”*, y refiriéndose a la estadía en la estancia La Ventana cuando los huéspedes volvían de los paseos “*rendidos y despenados*”, Ernesto se sentaba ante el armonio y “*tocaba preludios de Bach y otras obras*”.

En su quinta Los Ombúes de Belgrano –hoy terrenos de la Embajada Alemana– edificó una enorme pileta. César Greslevin, investigador y conocedor de ese barrio comentó que alguien que vivía enfrente sobre la Calle Olleros, la describe como elevada, de madera y para regar la huerta. Ante el asombro del vecindario que no lo veían con buenos ojos, las mujeres se bañaban lunes miércoles y viernes y el resto de los días – menos los domingos - lo hacían los varones.

En una época donde casi nadie sabía nadar, junto con Paulino Llambí Campbell solicitaron en concesión a la Municipalidad un terreno en las Barrancas de Belgrano para crear un “Establecimiento de Baños y Escuela de Natación” en Juramento, entre Av. Vértiz y Zavalía.

Los baños se inauguraron en enero de 1883: ... *“había dos piletas con trampolines a cielo abierto, pero cubiertas con un toldo corredizo...poseían una confitería muy concurrida, no sólo por los bañistas”*.

En Mar del Plata fue un entusiasta propulsor del balneario y a su vez disfrutaba enormemente la playa.

En la Plaza Colon, disputaba carreras de ciclismo con Carlos Pellegrini, Victorino de la Plaza y el Coronel Melitón Panelo a quien consiguió una bicicleta reforzada dado su exceso de peso.



Fue un promotor del golf no solo en Mar del Plata. Al volver de un viaje junto a Emilio Mitre, José Balcarce y Manuel Aguirre planearon y luego fundaron el Golf Club Argentino en Palermo en 1905. Actualmente, la Avenida Ernesto Tornquist en ese lugar recuerda su entusiasmo por este deporte y su apoyo financiero para concretarlo.

En ese mismo año, unos jóvenes que querían fundar un club de remo en el Tigre, fueron a sus oficinas para solicitarle apoyo. Ernesto inmediatamente aprobó la iniciativa y en 1905 se funda el Rowing Club Argentino del cual fue designado su primer Presidente.

El gran disgusto hacia el final de su vida

Pasados algunos años de la agobiante diplomacia preventiva contra Chile, Ernesto Tornquist, como representante en Buenos Aires de la casa Krupp, trabajó intensamente para evitar un costoso programa de armamento que perjudicaría a dos países hermanos: Brasil y Argentina. Quien reaccionó primero ante el rearme brasileño fue el gobierno chileno, ligado junto al argentino a un sistema de desarme naval, derivado de los Pactos de Mayo. El aviso chileno condujo a una serie de reuniones en Buenos Aires. En una de ellas, efectuada en la casa del presidente Manuel Quintana antes de su muerte, Figueroa Alcorta –por entonces vicepresidente–, mostró la necesidad de impedir esa asimetría en el Cono Sur de América Latina.

Apenas asumió la primera magistratura nombró como canciller a Estanislao S. Zeballos, quien ocupó el cargo entre noviembre de 1906 y junio de 1908. Dicha competencia argentino-brasileña contó con dos instrumentos: la búsqueda de aliados en los países del Cono Sur, que se ubicaron dentro de la órbita de una u otra potencia subregional, y la carrera armamentista.



Cuando esta situación tuvo lugar, los amigos de Tornquist, otrora poderosos, estaban muy lejos de apoyarlo. El General Roca había dejado la política para descansar y el entrañable Carlos Pellegrini había fallecido. Ernesto tuvo que vérselas con la fuerte oposición que le hiciera Zeballos.

El canciller se puso en contacto con Krupp para que estos le quitaran la representación a Ernesto, quien al conocer este hecho presentó su renuncia indeclinable. Este tema, que estuvo en el tapete de 1907 a 1908, afectó profundamente la salud de Ernesto que falleció en junio de este último año.

Ernesto Tornquist y la posteridad

Tras su muerte publicaron notas necrológicas en Uruguay, Chile, Brasil, Inglaterra, Alemania, Francia o Bélgica, e incluso en países con los cuales su relación fue circunstancial, tales como Gales, Irlanda, Perú, Paraguay, Bolivia, Portugal, Rumania.

Aunque le correspondía por su cargo de diputado de la Nación, su familia no aceptó que sus restos fueran velados en el Congreso de la Nación. En su honor, sin embargo, el presidente Figueroa Alcorta y el vicepresidente Marco Avellaneda, firmaron un decreto en el que la bandera nacional permanecería izada a media asta en todos los edificios públicos de la Nación.

Empresas, bancos y oficinas de los ferrocarriles mantuvieron las puertas entornadas. Por sus conexiones bancarias con el Uruguay, y por la misma razón, la flota de Montevideo mantuvo la bandera a media asta, al igual que otras agencias navieras, entre ellas la Mihanovich.

Le rindieron honores correspondientes a general de brigada,



siendo el primero de ellos una sección del escuadrón de granaderos al mando del teniente Florencio Méndez, apostado frente a su domicilio desde las diez de la mañana del día de su muerte.

El ataúd, envuelto en una bandera patria, fue seguido hasta la Recoleta por aquel escuadrón apostado en su casa, más una sección del 3o de artillería y los batallones 3o y 4o de infantería con sus bandas de música. Al llegar al cementerio, los clarines tocaron atención y las bandas, marchas fúnebres.

Como a cualquier mortal, había quienes lo estimaban, y quienes no estaban de acuerdo con sus ideas. Jules Tilmant, redactor del diario Anvers-Bourse, refiriéndose al éxito obtenido en su intervención para mantener la paz y recuperar el honor del país por deudas impagas, definió la situación de la siguiente manera:

“El venticello de la calumnia y de la injuria sopló contra él, de suerte pues que a su personalidad no falta ninguna de las características substanciales del hombre de gobierno”.

Su política a favor del desarme en lugar de armarse para la paz, como proponía entonces el Poder Ejecutivo –Brasil había comprado acorazados– y contra sus propios intereses, suscitó este comentario de Tilmant: *“Y el gran Patriota que era Tornquist, a pesar de la modestia que formaba uno de los rasgos de su carácter, está perfectamente justificado considerar aquello como un triunfo personal, a pesar de la envidia y los celos que durante quince años le mordieron los talones”.*

Podemos reconstruir algunos rasgos de su personalidad en los testimonios recogidos en “In Memoriam”: *“De talla un poco inferior a la media, apenas se notaba por el control de sí mismo y energía naturales. En su última estadía en Amberes, quedó el recuerdo de su cortesía perfecta, su sonrisa amable con aquellos que recibía y los que le eran presentados,*

siempre dispuesto a hacer favores a los amigos que se lo solicitaban”.

Tal era su clarividencia que vislumbró que su fin se acercaba y cinco días antes de fallecer, anticipó a los médicos que era inútil todo esfuerzo para salvarlo.

Después de su muerte se dispuso en su homenaje la erección de una estatua. Siguiendo los lineamentos de su conducta, su familia consideró que ese dinero era mejor aplicarlo en la construcción de viviendas para el personal de las empresas del Grupo Tornquist.

Reconocimientos

Fue muy comprensivo con aquellos que veía tenían buena fe y con inconvenientes que se podían resolver. Un ejemplo es el testimonio de la señora Marie Püschel de Schubert, propietaria del Hotel Edén de La Falda a finales de diciembre de 1897.

“Con la ganancia de este gran capital no alcanzábamos a pagar los intereses... Me aconsejaron viajar a Bs. As. y tratar con Don Ernesto Tornquist el principal acreedor. Eso hice inmediatamente y él me recibió muy amistosamente... me ofreció que comprara La Falda. Al comienzo estuve perpleja porque no supe qué contestar. Luego casi me reí de este ofrecimiento, ¿acaso pensaba el Sr. Tornquist que yo poseía una fortuna para poder comprar La Falda?

“Esto mismo le dije muy tranquila, a lo que él comenzó a explicarme sus planes detalladamente... En todo esto no corría riesgo alguno, por lo tanto no lo medité tanto y acepté la propuesta.

“Para poder iniciar la actividad, el Sr. Tornquist me adelantó, a modo de capital de explotación, una pequeña suma de dinero “Si nosotros vemos que Ud. avanza, no importa estirar por un año más el período de levantar la deuda...”¹⁷

Otro ejemplo de su filantropía lo encontramos en el recuerdo de un vecino de Junín, quien se cruzó con Tornquist en 1883. *“Legamos a un boliche de campo, muy pobrecito, en busca de algo para comer. Tuvimos que conformarnos con lo que había. El señor Tornquist, en vista de esa pobreza, le pregunta al bolichero por qué no surtía algo más en su negocio, contestando el interpelado que por la sencilla razón de no tener capital ni relaciones, agregando: Ah, si tuviera algunos pesos, cuántos buenos negocios podría hacer en estos parajes, señor.*

- *¿Sí? ¿Y cuánto necesita?*
- *Unos mil quinientos pesos, señor*
- *¿Y cree usted que esa suma puede hacer su felicidad y la de su familia?*
- *Si señor*
- *Bien...*

Y sacando de su cartera una tarjeta extendió en ella un vale por esa suma contra una casa de Bahía Blanca y al entregárselo le dijo:

- *Tome amigo, trabaje y sea feliz; el día que esté en condiciones de devolvérmelos, si quiere hacerlo, aquí tiene mi dirección.”*

Su sensibilidad se puso varias veces de manifiesto. William Morris da un testimonio al producirse su fallecimiento. Con sobriedad describe su sencillez, su solidaridad, su interés por los demás, faceta que muchos desconocen al verlo como un exitoso financista desprovisto de tiempo y sensibilidad. Este testimonio fue publicado en el Suplemento de la Revista Evangélica Argentina “La Reforma” llevando por título *“En afectuosa memoria del señor Ernesto Tornquist” 17 de junio de 1908.*

“A mí no me corresponde decir una sola palabra sobre su esforzada, patriótica y varonil vida pública, pero una profunda gratitud me da el



derecho de tributar a su memoria un muy afectuoso recuerdo. En el nombre de los niños de las Escuelas e Institutos Evangélicos fui a verlo por primera vez, y desde entonces (hace seis años) siempre iba con esperanza y confianza, seguro de una bondadosa acogida y de una palabra de cariño y de aliento. Recuerdo vivamente su visita a nuestras escuelas, hace cinco años, el interés que demostró en todo, la sencillez y la ternura con que trató a los niñitos, las preguntas de fondo que me dirigió sobre lo que costaría aproximadamente la compra de todos los edificios ocupados por esta obra, también si había pensado alguna vez en la creación de una fuente de recursos propios para su sostenimiento... La noche antes de su último viaje a Mar del Plata lo vi en su despacho, estaba muy ocupado, y abatido; me atendió muy generosamente con su acostumbrada bondad; nos despedimos, y salí para bajar a la calle, por un raro impulso inexplicable me detuve, esperé un momento, y resueltamente penetré otra vez en su despacho, le pedí disculpas y le hablé francamente, como nunca le había hablado, y con mucho cariño; le agradecí calurosamente toda su bondad durante los años pasados, le dije cuanto me afligía verlo tan enfermo y le rogué que tratara de alejarse de tanto trabajo, de cuidarse, de recuperar nuevas fuerzas, le dije que hacía mucha falta al país, a muchísimos, y a los niños de nuestras instituciones, y que esperaba y pediría de Dios nuevas fuerzas para él y que sus años fuesen prolongados, y terminé diciendo: 'Dios le bendiga, querido Sr. Tornquist'. Me escuchó aparentemente muy emocionado, guardó silencio por un minuto, ocultando la cara entre las manos, y después levantándose vino a mí y, tomando mi mano entre las suyas, me dijo muy tiernamente: 'Muchas gracias. Sr. Morris, muchas gracias'. No lo vi más".

Legado con vigencia

A cien años de su fallecimiento, rescatamos su pensamiento en una carta dirigida poco antes de morir a Manuel Láinez. Hoy cobra inusitada vigencia.



Mar del Plata, 31 de enero de 1908

Estimado Láinez:

Recibí su carta del 25 del corriente y en su contestación mi yerno Barreto le habrá dicho que sus deseos se cumplirán. Agradézcole el telegrama de hoy, aunque no puedo aceptar la importancia que Ud. atribuye a mi firma en el manifiesto. En honor a la verdad debo de declarar que solamente por un espíritu de solidaridad con los colegas he adherido. Yo habría preferido no tomar parte en la política activa.

Desapruebo el proceder quizá algo precipitado del Presidente y considero un gran mal que volvamos a actos políticos, que debían ser imposibles hoy, que querríamos ser nación consolidada, respetuosos de sus leyes fundamentales. Pienso que lo que hoy es el deber de todo hombre de bien es tratar de encarrilar las cosas para que en Mayo, cuando abra el Congreso,¹⁸ volvamos definitivamente al régimen constitucional conciliando y perdonando errores que todos hemos cometido.

¡Sería una vergüenza que hoy que la Argentina en el exterior es considerada como país definitivamente constituido volvamos a ser colocados en la categoría de las republiquetas de Centro-América y Venezuela!

¡El Brasil se bañaría en agua de rosas!

Y basta de política y disculpe a un hombre que no pretende **ni quiere ser político** sino simplemente patriota. Aunque estoy algo mejor de salud aún no me encuentro del todo en caja —y casi no puedo jugar al golf— hace ocho días que no voy.

Azúcar: Si algo vale mi pedido ruégole dé orden que "El Barcé" no ataque a los azucareros —bastante embromados están los tucumanos con la última pésima cosecha, créamelo— no quiero darle latas sobre azúcar ni le hablo por mis intereses particulares, pero conozco el asunto y hablo con convicción.



¿Cuándo viene por acá?

Suyo afmo.

E. Tornquist

Las personas y las instituciones confiaban en él: su palabra **valía** y era **suficiente**, más allá si se plasmara en un documento o no.

Notas

¹ Esta firma tenía sus orígenes en aquella fundada en 1830 por sus tíos segundos Karl August y Hugo Bunge, tío de Adam, quien asociado con Bornefeld, fundó la compañía “Bunge, Bornefeld y Cía.”, empresa dedicada a la exportación de lanas y cueros y a la importación de maquinaria agrícola.

² Teodoro de Bary, socio y consuegro.

³ Francisco Sansinena (Montevideo 1848-BA 1898), pionero de la industria frigorífica en la Argentina, fundador del establecimiento “La Negra”; la crisis de 1890 lo llevó a la quiebra, recuperándose por la inyección de capital aportada por Ernesto Tornquist. Una localidad bonaerense del partido de Rivadavia lo recuerda.

⁴ Juan José Romero (BA 01.01.1841-id. 30.11.1913), Ministro de Hacienda de los Presidentes Julio A. Roca, Luis Sáenz Peña y José Evaristo Urriburu

⁵ General Pablo Ricchieri, Ministro de Guerra del General Roca, quien ante los riesgos de algunos conflictos fronterizos le pidió que viajara a Alemania y adquiriera cuarenta mil máuseres para equipar convenientemente al Ejército. El general Ricchieri formalizó rápidamente la compra de las armas con las fábricas alemanas. Cuenta la tradición que en la entrevista final, se le acercó un representante de los fabricantes, quien le presentó un sobre y le expresó: “General, los fabricantes me han encomendado que le entregara este sobre con



el importe de la comisión que le corresponde por su intervención”, Ricchieri abrió el sobre y encontró un cheque de un considerable monto. Sin titubear, tomó el cheque, lo endosó y se lo devolvió al funcionario diciéndole: “Mande 3 mil máuseres más.”

⁶ Gran investigador de la historia y la genealogía familiar, prematuramente muerto en 1984, su viuda Cecilia Paz nos hizo depositarios de su archivo en lo referido a Ernesto Tornquist y su familia.

⁷ Clodomiro Hileret, empresario azucarero.

⁸ “In Memoriam Ernesto Tornquist”, ob. cit., p. 237, cita de O Paiz, diario de Río de Janeiro, 18.06.1908.

⁹ Jacoby, Mary “Un siglo de trabajo – Colonia Bicha – 1894 – 1994 Centenario – Departamento de Castellanos Pcia de Santa Fe-

¹⁰ Fue uno de sus administradores. Al morir, no teniendo familiares directos, legó su establecimiento para vacaciones de alemanes de pocos recursos.

¹¹ Apodado Facón Chico por el tamaño del facón que llevaba en la cintura. Esta denominación lo diferenciaba de José Font, alias Facón Grande, protagonista en el levantamiento de la Patagonia.

¹² Pablo Cárdenas, esposo de Adelaida Altgelt, hermana de Rosa.

¹³ Benitez, Rubén, La Nueva Provincia . 22 de Octubre de 1978, pag. 20

¹⁴ Documentación suministrada por el Ing. Bettinotti

¹⁵ Documentación suministrada por el señor Alfredo J. Ferrarassi

¹⁶ “Junto Tita Rufo y Graziella Pareto, fueron el trío principal del Rigoletto del Colon” – en ADN Cultura La Nación – Bs.As. 29/05/2010 Pag20

¹⁷ Traducida del alemán del original conservado en el archivo familiar.

¹⁸ Se refiere a la orden de cerrar el Congreso dada por el presidente Figueroa Alcorta

Bibliografía

- . Aportes Documentales para los orígenes de la Colonia y Pueblo de Tornquist
- . E.E Media N° 1, Anexo Chasicó - 1992
- . Archivos privados. Cartas y otros
- . Acta de Matrimonio de Rosa Altgelt y Ernesto Tornquist.
- . AZZI, MARÍA SUSANA, ELIZALDE DE MENDIONDO, MARÍA MARTA. “Mar del Plata Golf Club –1900-2000”, Ediciones Xavier Verstraeten.
- . Baigorria, Manuel. “Memorias” – Prólogo de Félix Luna – Biblioteca “Dimensión Argentina”. SOLAR/HACHETTE –Bs.As. 1975.
- . BARILI, ROBERTO T. “La Historia de Mar del Plata”, Editorial Dársena.



- . BARROS, CAROLINA, FRAGA, ROSENDO- Compiladores - “Fue Futuro” – Hechos y personajes de nuestra Historia - Colección Estudios – 18 – Ed. Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría – 1993.
- . BECÁIS, MAREA. “La etnia mapuche en el Siglo XIX, su ideologización en las pampas y sus intentos nacionalistas”, en Revista de Estudios Trasandinos – Revista de la Asociación Chileno-Argentina de Estudios Históricos e Integración Cultural, N° 3.
- . BELZA, ENTRAIGAS, BRUNO, PAESA “ La Expedición al Desierto y los Salesianos – 1879” Ediciones Don Bosco Argentina – 1979.
- . BERDUC, ENRIQUE, en “Ernesto Tornquist & Co. Limitada”, Diciembre de 1923.
- . BIOY, ADOLFO. Antes del 900.
- . BIEDMA, JUAN M. Crónica Histórica del Lago Nahuel Huapi, Emecé Editores. S.A., 1987.
- . Boletín Salesiano.
- . BRAUN MENENDEZ, ARMANDO, “Roca – Las dos presidencias”. Ed.Emece - 1990
- . BRUNO, CAYETANO. “El salesiano padre Adolfo A. Tornquist, borradores de biografía inédita”, Buenos Aires, 1992.
- . CAPITÁN NEMO. “América Industrial y Comercial – Ernesto Tornquist – Homenaje”, 1936.
- . CÁRDENAS, EDUARDO JOSÉ, Y PAYÁ, CARLOS MANUEL. “La Argentina de los Hermanos Bunge”, 1993.
- . Editorial Belgrano. “1894-1969: Ramona, 29 de enero – 75° aniversario”, Santa Fe, 1969.
- . “Cincuentenario de la SA Compañía Azucarera Tucumana – 1895-1945”, Peuser S.A., 1° Quincena de mayo 1945.
- . CINQUINI DE GUTIÉRREZ, NORA. “Informe sobre la fundación del Colonia y Pueblo de Tornquist”.
- . “Comisión Nacional de la Institución Tornquist – Ernesto Tornquist 1842-1942”, Buenos Aires. 29 de diciembre de 1942.
- . CRESTO, JUAN JOSE – “Roca y el mito del genocidio” – La Nación -23 de Noviembre de 2004
- . Curruhiuca-Roux, “Las Matanzas del Neuquén”, Crónicas Mapuches, Ed. Plus Ultra, 1993- 5ª edición.
- . DEL SOLAR, ALBERTO. “Don Ernesto y Los Pactos con Chile (Datos para la Historia) 1944 -1978”.
- . Diarios La Nación, La Nueva Provincia, Tornquist, Observador Serrano, La



- Prensa.
- . Diario La Nación “100 años atrás” (varios recordatorios).
- . Diario La Nación, 20 de junio de 1908.
- . EBELOT, ALFRED, “Relatos de la Frontera”, Biblioteca “Dimensión Argentina”, Ed Febrero 1968, Editado con Apoyo del Fondo Nacional de las Artes SOLAR/HACHETTE
- . Ernesto Tornquist & Co. Limitada – 1874-1924.
- . FLORIA, CARLOS A., GARCÍA BELSUNCE, CÉSAR A. “título de la obra a continuación de los autores y con comillas”
- . Historia política de la Argentina contemporánea – 1880-1983”, Alianza Universal, Buenos Aires-Madrid, Cuarta Edición, 1992.
- . GILBERT, JORGE. “La evolución de los negocios de Ernesto Tornquist, de comerciante a financista, 1859-1908” en las Jornadas “Los comerciantes como empresarios, siglos XVIII-XX”, Universidad Argentina de la Empresa, Buenos Aires, 18-20 de noviembre 2002.
- . GILBERT, JORGE. “El Grupo Tornquist entre la expansión y las crisis de la economía argentina del siglo XX”, en CICLOS en la Historia, la Economía y la Sociedad, N° 25.26, Año 2003, UBA FCE – Económicas.
- . GILBERT, JORGE. “Empresario y Empresa en la Argentina Moderna – El Grupo Tornquist, 1873-1930”, Universidad de San Andrés – Departamento de Humanidades, Documento de Trabajo, octubre 2002.
- . GROUSSAC, PAUL. “Los que pasaban”, Buenos Aires, 1919.
- . GUERRERO, ALEJANDRO. Jorge Newbery, Emecé Editores S.A., 1999.
- . GUY, DONNA J. “Latin American Family History – The Family as a Business and Corporation in Argentina” – World Conference on Records Aso., Vol 9.
- . HARISPURU, ADELA, GILBERT, JORGE. “Las inversiones en tierras de Ernesto Tornquist y Cía. S.A.” en Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales – Buenos Aires, 5 al 7 de noviembre 2003, Facultad de Ciencias Económicas, UBA.
- . HERNÁNDEZ, JOSÉ. “Vida del Chacho y otros escritos en prosa”.. Selección de Noé Jitrik, Centro Editorial de América Latina, 1967.
- . HERZ, ENRIQUE GERMÁN. “La Revolución del 90”, Emecé Editores, 1991.
- . HUX, P. MEINRADO. “Memorias del ex Cautivo Santiago Avendaño 1834-1874”, Ed. Elefante Blanco, 1999.
- . “Imágenes de Mar del Plata desconocida”, Citibank, con motivo del 120° aniversario de la fundación de la ciudad, febrero 1999. .
- . JACOBY, MARY. Un Siglo de Trabajo, Colonia Bicha –1894-1994–



- Departamento Castellanos, Pcia. de Santa Fe, Argentina
- . JIMÉNEZ, JUAN FRANCISCO, RATTO, SILVIA, VILLAR DANIEL (editor) “Relaciones inter-étnicas en el Sur Bonaerense – 1810-1930”, Departamento de Humanidades Universidad Nacional del Sur.
 - . LIETAER, BERNARD. “El Futuro del Dinero”, Coedición Errepar/Lonseller, Adenda.
 - . LUNA, FÉLIX. “Francisco P. Moreno”, Grandes Protagonistas de la Historia Argentina. Ed. Planeta S.A.I.C , enero 2001.
 - . LUNA, FÉLIX. Soy Roca, Sudamericana S.A., 4ª edición, febrero 1990.
 - . Madero, Fernando María. “Ernesto Tornquist” en La Argentina del 80 al Centenario, compilación dirigida por Ezequiel Gallo y Gustavo Ferrari, Editorial Sudamericana, 1980.
 - . Madero, Fernando Ma. “Roca y las candidaturas del 80” – Ed Nueva Mayoría – 2007. Edición Póstuma
 - . MADERO, FERNANDO MARÍA - Archivos y Correspondencia.
 - . MANSILLA, LUCIO V. “Una excursión a los indios ranqueles”, Emecé Editores.
 - . MARTÍNEZ SARASOLA, CARLOS. “Nuestros paisanos los indios”, Emecé Editores, 1992.
 - . MURANO, ADRIÁN. “Banqueros”, Grupo Editorial Norma, 2004.
 - . MUSTERS, GEORGE CHAWORTH. “Vida entre los Patagones”, Ediciones Solar y Librería Hachette, 1964.
 - . QUINTEROS, GUILLERMO O. “Explorando símbolos del poder local. El partido y colonia Tornquist, 1880-1950” en Mundo Agrario. Revista de estudios rurales, n° 5, segundo semestre 2002. Centro de Estudios Históricos Rurales, U. Nac. de La Plata.
 - . Revistas Caras y Caretas de la época.
 - . Revista “Ramona Centenaria”, 1994, Autores: Integrantes de la Subcomisión de Investigación y Redacción.
 - . Revista “1894-1969. Ramona, 29 de Enero”, 75 Aniversario.
 - . Revista Primera Plana N° 418 2/11/71.
 - . RODRÍGUEZ PROF. STELLA MARIS, RODRIGUEZ LIC. SERGIO G. “Club Hotel de la Ventana - La Historia de un Gigante”.
 - . ROJAS LAGARDE, JORGE LUIS. El malón de 1870 a Bahía Blanca y la colonia de Sauce Grande, Ediciones Culturales Argentinas, Secretaría de Cultura, Ministerio de Educación y Justicia, 1984.
 - . ROJAS LEGARDE, JORGE LUIS “Malones y Comercio de Ganado con Chile - Siglo XIX” de la editorial Elefante Blanco- 2004



- . SANCHEZ LABRADOR, JOSEPH, S.J. “Los indios Pampas, Puelches, Patagones”. Monografía inédita prologada y anotada por Guillermo Furlong Cardiff. S.J. – 1936 VIAU Y ZONA – EDITORES – Buenos Aires.
- . SAPORITI, NÉSTOR. “El largo viaje hacia Dios”. Páginas de vida de Adolfo Tornquist sdb., Editorial Epifanía, 2004.
- . SCANDIZZO, DELFOR REINALDO. “El Gringo Pellegrini”, Ediciones Corregidor, 1997.
- . SCHLEH, EMILIO J. – “Noticias Históricas sobre el azúcar en la Argentina” – Ed.Centro Azucarero Argentino – 1945.
- . SCHVARZER, JORGE. “Historia Argentina – La industria que supimos conseguir (Una historia político-social de la industria argentina)”, Ed. Planeta, 1996.
- . STAUFFACHER, WALTER. “Las Salinas Grandes de Hidalgo, La Pampa, y su desarrollo”. Editado por Cia. Introdutora de Bs. As. SA, 1967.
- . Stauffacher, Walter. “Las salinas de La Pampa y la industria salinera argentina” Edición del Autor, 1964.
- . SZANTO, ERNESTO – “Los Salesianos en el País de los Césares” – Marymar Ediciones S:A: 1982.
- . “Todo es Historia”, Publicación dirigida por Félix Luna, Nos. 479, 483..
- . URQUIZO, ELECTO. “Memorias de un pobre diablo”, Ediciones Culturales Argentinas, Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación, 1983.
- . VILLAR, DANIEL (Editor), JIMÉNEZ, JUAN FRANCISCO, RATTO, SILVIA. “Relaciones Inter-étnicas en el Sur Bonaerense 1810-1830”, Instituto de Estudios Histórico-Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Bs. As., Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur.



6



Huellas de Ernesto Tornquist
por Juan Cruz Jaime y Sara Shaw de Critto





Huellas de Ernesto Tornquist

Por Juan Cruz Jaime y Sara Shaw de Critto

Testimonios de su trayectoria

Han pasado más de cien años de su fallecimiento y aún perduran huellas de lo realizado por Ernesto Tornquist. A continuación realizaremos una breve reseña de lo que consideramos más llamativo, pero por la gran cantidad de actividades realizadas por Tornquist a lo largo de su vida, no seremos exhaustivos.

Comenzaremos por las publicaciones relacionadas con su trayectoria. Poco tiempo después de su fallecimiento, la compañía que llevaba su nombre publicó en 1908 un gran volumen en su homenaje: *“Ernesto Tornquist. In Memoriam”*.

Sin duda el libro más importante relacionado con sus actividades es *“El desarrollo económico de la República Argentina en los últimos cincuenta años”*. Fue compilado por Carlos Alfredo Tornquist y publicado en 1920 por Ernesto Tornquist y Cía. Ltda. Gran parte de la información de esta publicación fue extraído de los escritos de Ernesto Tornquist. Este detallado trabajo con datos bien fundamentados, ha sido clave para muchos de los que han estudiado la historia de la economía argentina. Fue reeditado en el año 2005 por uno de los bisnietos de Ernesto Tornquist: Raimundo Carlos Florin.

En 1924, celebrando los cincuenta años de la casa Tornquist, Enrique Berduc publicó *“Ernesto Tornquist y Cía. Ltda. Medio siglo de labor y progreso (1874-1924)”*.

En 1942, para el centenario de su nacimiento, la empresa Ernesto Tornquist & Cía. Ltda. publicó: *“Ernesto Tornquist, 1842-1942. Estudio*



biográfico de su vida publicada con motivo del centenario de su natalicio.”

Es de destacar lo escrito por Vicente O. Cutolo en el “*Diccionario Biográfico Argentino*”, publicado en 1969 por la Editorial Elche de Buenos Aires.

Fernando Madero hizo su aporte en el capítulo sobre Ernesto Tornquist, en “*La Argentina del Ochenta al Centenario*” compilación de Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, publicada por la Editorial Sudamericana en 1980.

El Dr. Enrique Pinedo en “*Cien hombres que hicieron la Argentina en cien años*”, publicado en 1994 por Ediciones Corregidor, incluyó a Ernesto Tornquist entre las figuras destacadas.

En el año 2003, Carlos A. Altgelt y María F. Acuña, publicaron “*El ancho camino se bifurca*”. Este libro una fuente de información que será citado varias veces a lo largo de este capítulo.

En muchas publicaciones y revistas encontramos referencias a su trayectoria. Uno de los más recientes es “*Pioneros de la industria argentina*” de María Susana Azzi y Ricardo de Titto de la Editorial El Ateneo fue Publicado en el año 2008 hace la descripción de las actividades de Ernesto Tornquist.

Ernesto Tornquist y su familia¹

Ernesto se casó en 1872 con su sobrina Rosa Altgelt y tuvieron catorce hijos, fallecidos cuatro de ellos a muy temprana edad.

. María Rosa, nacida en 1873, falleció a los siete años en 1880 y Ernesto, nació en 1875 y vivió pocos meses.

. Llegó Ernestina en 1876, quedó como la hija mayor. Se casó



con Alberto de Bary, hijo del socio de su padre Theodoro de Bary. Tranquila, muy sencilla en el trato y en el vestir y al igual que su madre, tejía durante las tardes para personas de pocos recursos. Se ocupaba de su familia, de sus hijos, luego de sus nietos y siempre de sus parientes en Alemania a quienes ayudaba por lo que habían sufrido en los estragos de la guerra. Falleció a los 75 años el 30 abril de 1952.

. Elena, nació en 1878 y cinco años después falleció.

. María Luisa fue la quinta y nació en 1880. Se casó con Benjamín Muniz Barreto. Se destacó por los trabajos que realizó en la estancia Juan Gerónimo, en las tierras que le regaló su padre. Allí se producían los pollos que luego se consumían en el Plaza Hotel y se cultivaban orquídeas. Fue una experta en horticultura y en productos de granja con varias publicaciones referidas a su actuación. En 1949 fue elegida presidenta de la Sociedad Argentina de Horticultura. Falleció el 29 de diciembre de 1954 a los 74 años.

. Martín, sexto de la familia, nació en 1882 y se recibió de astrónomo. Se casó con Verónica Bernal. Fue el fundador del pueblo de Verónica en la provincia de Buenos Aires, donó su iglesia y un colegio, además de organizar la instalación de los colonos. También, convencido de la necesidad de proteger el estuario del Río de la Plata de posibles amenazas, donó las tierras para instalar la Base Aeronaval de Punta Indio. Tuvo la iniciativa de donar un campo para colaborar con el Parque Provincial La Ventana, al que luego se le puso el nombre de Ernesto Tornquist. Falleció el 13 de junio de 1967.

. Mercedes, la séptima, nacida en 1883, fue muy piadosa, realizó importantes donaciones a obras de bien y además participó activamente en ellas. Falleció soltera el 8 de septiembre de 1924 a los 40 años.

. Carlos Alfredo, el octavo de los hijos, nació en 1885. Destacado



banquero y empresario, dirigió durante varios años la Casa Tornquist. Debido a esta trayectoria, la Academia Nacional de Ciencias Económicas el 15 de mayo de 1919 lo designó académico. Se casó con Malena Madero. Falleció el 31 marzo de 1953 a los 68 años.

. Raquel, nació el 24 de junio de 1886. Se casó con Ludovico Macnab y fue madre de un sacerdote. En el archivo de los salesianos hay una carta que ella escribió comentando que Don Orión la visitó en su casa. Vivía al lado de su hermana Florencia y eran muy unidas. Falleció el 13 de agosto de 1966.

. Adolfo, nació un año y medio después. Se recibió de ingeniero y luego se ordenó sacerdote salesiano. Fue misionero en países muy lejanos durante 20 años. Antes de la crisis de 1930, que impactó muy negativamente en las empresas de su familia, pudo hacer cuantiosas donaciones con el dinero recibido de la herencia de su padre y luego de su madre. Los beneficiados fueron centenares de instituciones y personas de distintas partes del mundo, en su mayoría salesianas. Entre ellas el edificio del Instituto Tecnológico Internacional en Roma, la iglesia de la Resurrección, en la ciudad de Buenos Aires, en Bahía Blanca el edificio para el Teatro Don Bosco. Costeó de su peculio el traslado desde Roma a la Argentina los restos del recientemente declarado Beato Ceferino Namuncurá. Falleció en Alta Gracia, Córdoba, el 20 abril de 1971 a los 83 años. Sepultado según su voluntad en Fortín Mercedes - al sur de la provincia de Buenos Aires - en su cajón se lee el siguiente texto: *“Aquí yacen los restos mortales de don Adolfo Tornquist, sacerdote salesiano, misionero de la India. Prefirió dejar los bienes temporales para conquistar los celestiales.”*

. Eduardo, el último varón, onceavo de la familia, nació el 28 de marzo de 1891. Se recibió de abogado en la Universidad Nacional de Buenos Aires con medalla de oro. Se casó con María Luisa Constanza. Luego de la crisis de 1930, estuvo a cargo de las



empresas familiares hasta el final de su vida. Hizo construir una capilla en la población de Quimilí de Santiago del Estero. Falleció el 2 de agosto de 1969 a los 78 años.

. Florencia fue de las más piadosas de la familia, y ocupó el decimosegundo lugar. Nació el 1º de junio de 1893 y se casó con Jorge Castex. Fue terciaria sacramentina y una entusiasta colaboradora de los salesianos. Ocupaba un lugar central en la familia. Además de invitar a sus sobrinos a sus estancias en San Antonio de Areco o en Sierra de la Ventana, celebraba sus cumpleaños con una multitudinaria reunión familiar en su gran casa en Charcas 512. Falleció el 4 de julio de 1963 a los 70 años. Lo curioso es que ella había expresado el deseo de “morir en una iglesia o cabalgando” y murió mientras hacía la acción de gracias después de comulgar en la Basílica del Santísimo Sacramento. Manejó muy bien sus establecimientos agropecuarios además de ser una experta jineta como algunas de sus hermanas.

. Sara, la decimotercera y última, nació el 6 de noviembre de 1897, junto con un mellizo que murió el mismo día del nacimiento. Se casó el 4 de octubre de 1917 a los diez y nueve años con Alejandro E. Shaw y falleció el 27 de agosto de 1925 a los 27 años, dejando a dos pequeños hijos huérfanos de madre.²

Casi todos los hermanos, en la medida que se iban casando, construyeron sus casas en torno a la plaza San Martín, muy cerca del hogar paterno y del Plaza Hotel. Ernestina, Florencia y Raquel vivieron en sus respectivas residencias hasta el final de sus vidas. El doctor Martín de Achával contó que cuando él era muy chico “todos” los Tornquist vivían cerca de la esquina de Florida y Charcas. Entre ellos su abuela María Diehl Tornquist, casada con Martín Miguens.



Memorias del Padre Adolfo Tornquist³

El Padre Adolfo Tornquist escribió dos manuscritos a instancias de sus superiores salesianos. El primero lo tituló “Memoria”, fechada el 24 de abril de 1942 y el segundo, “*Mi vocación*” se encuentran en los archivos de los padres salesianos.

Sobre la base de estos escritos se hicieron dos biografías: la primera, escrita por el Padre Cayetano Bruno, sacerdote salesiano. Durante diez años fue Decano de la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad Salesiana en Roma. Además miembro de número de la Academia Nacional de Historia y autor de varias publicaciones. La segunda, “*El largo viaje hacia Dios, páginas de vida de Adolfo Tornquist sdb*”, escrita por Néstor Saporiti fue publicada en marzo de 2004 por la Editorial Epifanía en Buenos Aires.

Los siguientes párrafos han sido extraídos de los escritos del Padre Adolfo.

Nací en Buenos Aires, calle Florida 989, esquina Charcas, (casa demolida en 1933), el domingo 4 de diciembre de 1887.

El recuerdo más remoto que tengo es el de la revolución del 26 de julio de 1890 (yo tenía por lo tanto dos años y medio) en Buenos Aires. Mamá había reunido a los hijos menores en la salita de la esquina de Florida y Charcas del primer piso, cuando una bala perdida entró por una ventana. Entonces asustada nos llevó a un cuarto grande del fondo de la casa, donde no había ningún peligro. Mi padre ‘tuvo parte importante en la pacificación’, que condujo a la renuncia del presidente Miguel Juárez Celman, aceptada por el Congreso el 6 de agosto de aquel año⁴.

Don Ernesto, quiso que sus hijos aprendiesen la lengua alemana.

En 1891 contrató a un maestro alemán y protestante llamado Juan Walter, para que nos enseñara los primeros grados de la escuela y la lengua alemana. Por su influencia me enseñó a hacer



que yo fuera cumplidor de mi deber; y así fueron los primeros pasos de mi vocación religiosa.

Llegó el año de 1894 con la gran novedad de este viaje de toda la familia.

En marzo de 1894, Papá resolvió ir a Europa por negocios y tal vez por salud. Nos embarcamos en un barco italiano Duquesa de Génova. Éramos quince personas: Papá, Mamá, los nueve hijos y cuatro personas más, entre ellas herr Walter. Hasta llevábamos a bordo una vaca lechera para tener leche fresca.

Desembarcados en Génova, llegaron en tren a París. Viajaron por Bélgica, Alemania, Suiza, Italia. Para resguardarse de los fríos del invierno, fueron a El Cairo, Egipto. En la Estancia La Ventana se conserva un retrato de la familia en las famosas Pirámides como fondo. Esta larga aventura duró casi dos años.

Residencias de Ernesto Tornquist

En los comienzos de su matrimonio con Rosa, vivió con su familia de una forma muy austera en una vivienda alquilada. Al llegar el fin de siglo leemos en las memorias de su hijo Adolfo que tenían varias residencias importantes y que era un esfuerzo para su madre organizar el traslado de una a otra según el cambio de estaciones.

Así resultaba que vivíamos desde Pascua hasta octubre en la calle Florida 989; de allí nos íbamos a Belgrano hasta enero, y de allí a Mar del Plata hasta Pascua. Mi pobre Madre tenía que hacer tres mudanzas cada año con diez hijos. Por más que tuviese ayuda, había que pensar y preverlo todo.

En el libro publicado en noviembre del año 2009: “Celebrando los primeros 100 años. Marriott Plaza Hotel”, hay una fotografía de la esquina de Florida y Charcas donde se destaca una pequeña torre con ventanas laterales para ser utilizadas como miradores. Tenía un telescopio astronómico. Fue la primera residencia familiar en



la ciudad de Buenos Aires con un ascensor que funcionaba a gas⁵. El Padre Adolfo recordaba cómo festejaban el cumpleaños de su padre:

Además los 31 de diciembre de cada año, cumpleaños de mi padre, se hacía gran baile y fiesta en la casa de Belgrano. Era la más grande fiesta privada de todo Buenos Aires, y puede decirse de todo el país... A medianoche exacta, para celebrar la entrada del año nuevo, se hacían veintiún salvas de cañones desde un pequeño fuerte que había en el parque.

De ésta quinta en el barrio de Belgrano -situada en una manzana limitada por la avenida Luis María Campos y por las calles Olleros, Gorostiaga y Villanueva - sólo quedan las imponentes verjas de hierro. Estuvo deshabitada varias décadas hasta que fue demolida. Se le atribuyeron leyendas sintetizadas en una nota publicada en el diario Clarín, en la sección *Secreta Buenos Aires*⁷. La República Federal de Alemania compró esa propiedad y en 1980 comenzaron a construir un moderno edificio para el Consulado, la Embajada y la Residencia del embajador de Alemania.

Los Tornquist eran entusiastas de Mar del Plata donde hicieron construir una casa. Su importancia se aprecia en una foto en la publicación *“Imágenes de una Mar del Plata desconocida”*⁸.

La única casa de Ernesto Tornquist que aún está en pie y en manos de algunos de sus bisnietos, es la Estancia la Ventana. Construida en 1903 en la localidad de Tornquist, provincia de Buenos Aires, por el arquitecto alemán Carlos Nordmann. De estilo gótico, es similar al de los castillos alemanes del Valle del Rhin. El parque, de extraordinaria riqueza arbórea, fue diseñado por el paisajista Carlos Thays.



Sus aportes en Mar del Plata

Impulsó la construcción del Bristol Hotel de Mar del Plata, junto a Pedro Luro. Hay un busto de Ernesto Tornquist en la plaza Colón de esa ciudad.⁹ Fue presidente de la Comisión del Sur y contribuyó muchos emprendimientos, entre ellos la construcción del Paseo General Paz. Prestó su iniciativa y su ayuda económica para el desarrollo del balneario y proyectos de urbanización. En ese entonces se plantaron los primeros árboles en la plaza Colón y se organizó la primera Colonia Marítima para Niños Débiles. En 1888 inauguró el Bristol Hotel que pertenecía a su Compañía Nacional de Grandes Hoteles.

Construyó el Torreón del Monje, y lo donó. El propietario actual es la Municipalidad de Gral. Pueyrredón¹⁰. Fue inaugurado el 28 de febrero de 1904¹¹. La productora Kuntur realizó el documental: *“Patrimonio Arquitectónico de Mar del Plata”*, emitido en el 2005 en el ciclo *“Descubriendo la Argentina Insólita”*, de canal Metro. En esta producción se hace referencia a la leyenda de este edificio escrita por Alberto del Solar, gran amigo de Ernesto Tornquist.

En el libro: *La Catedral del Golf. El Mar del Plata Golf Club: 1900 - 2000*, de Maria Susana Azzi y otros, publicado en 2001 en Buenos Aires por Ediciones Xavier Verstraeten, hay información sobre las principales contribuciones de Ernesto Tornquist a Mar del Plata: el Hotel Bristol, la Plaza Colón, el Torreón del Monje y la promoción del Barrio Sur.¹²

Las actividades empresarias en Tucumán

En el Museo de la Industria Azucarera en la Casa del Obispo Colombres situado en el Parque 9 de Julio de San Miguel de Tucumán, hay un retrato de Ernesto Tornquist y unas palabras de reconocimiento a sus emprendimientos en la industria



azucarera. Estos fueron principalmente la Refinería Argentina y la Compañía Azucarera Tucumana con los ingenios La Florida, Trinidad, Nueva Baviera, Lastenia y San Andrés. Gracias a estos emprendimientos la importación de azúcar disminuyó. En el libro: “Pioneros de la industria argentina”¹³, se hace la descripción de estos hechos y de los comienzos del auge de la industria azucarera argentina a partir de 1886.

“Un hito en la historia industrial: La fundación de la Refinería Argentina de Rosario”

Nota en la Gaceta de Tucumán: 17.12.08

por Carlos Páez de la Torre.

En las dos últimas décadas del siglo XIX, la producción azucarera de Tucumán ya era muy importante para la economía nacional. Pero, expresa la historiadora Donna Guy, “no había manera de competir con el azúcar refinado que se utilizaba en el litoral”, importado de Francia y de Alemania. Además, los adelantos tecnológicos en Europa habían llevado a un precio cada vez más bajo el azúcar de remolacha. Eso obligaba a los productores argentinos, si querían competir en el mercado mundial, a refinar su propia azúcar, o vender a bajo precio azúcar sin refinar, a una refinería extranjera’.

Ya a principios de 1880 hubo intenciones, en Tucumán, de instalar una refinería, pero el propósito no pudo cumplirse por falta de financiación. Fue el empresario y banquero Ernesto Tornquist (1842-1908), quien decidió construir la Refinería Argentina, en Rosario. Su propuesta se elevó al Congreso, con el beneplácito del presidente Julio A. Roca. Los diputados partidarios de la refinería, sabedores de que los representantes del litoral eran adversos a las tarifas protectoras, distrajeron la atención de éstos presentando un proyecto de aumento del precio del azúcar. Como lo esperaban, la iniciativa fue recibida con fuerte oposición. El



ministro de Hacienda, Wenceslao Pacheco, destacó entonces que el proyecto de la refinería de Tornquist aparecía como una alternativa favorable para dar colocación al azúcar producido. ‘El pueblo prefiere el azúcar refinado para ciertos usos y ciertas necesidades’, subrayó. La refinería finalmente fue aprobada. Tornquist logró que el Estado garantizase un porcentaje de ganancias a la compañía. Antes de buscar la suscripción extranjera, invitó a suscribir acciones en la Refinería Argentina a inversores del país. Industriales y políticos tucumanos adquirieron una cuarta parte de las acciones, cuyo control, por cierto, quedó en manos de Tornquist. La planta empezó a funcionar en 1889.”

Su contribución al deporte

Su preocupación y ocupación por lo social y cultural que le rodeaba, se refleja en estos importantes aportes:

Rowing Club Argentino¹⁴

En su sitio institucional encontramos la siguiente reseña fundacional: *El 29 de marzo de 1905 en oficinas del Sr. Ernesto Tornquist se reúnen los señores Henry M. Edye, Samuel Kay (h), Henry B. Elliot, Jorge F. Elliot, Ramón L. de Oliveira César, Martín E. Miguens, Ernesto C. Simons y Enrique Jorge para dejar constituidas las bases de una nueva institución dedicada al fomento del remo y convocar, a los aficionados que simpatizaban con este propósito. El 14 de abril de 1905, el Rowing Club Argentino designó su primera Comisión Directiva, y su primer Presidente fue Ernesto Tornquist.*

Golf Club de Palermo¹⁵

Ernesto Tornquist fue su primer presidente, junto a Emilio Mitre tuvieron la iniciativa de transformar esas tierras bajas y anegadizas en un importante campo de golf. La calle que lo bordea lleva su nombre.¹⁶



En el año 2005, para celebrar el centenario de este club se publicó el libro escrito por Carmen María Ramos, con fotos de Dolores Otamendi, y editado por Marina Larivière Producciones titulado: “*Golf Club Argentino. Cien años*”. De este libro se han extraído los siguientes párrafos de la introducción y del primer capítulo:

Como en muchos otros aspectos de la vida argentina de principios del siglo XX, el temprano desarrollo del golf refleja el espíritu de una dirigencia culta, progresista y abierta a las innovaciones, la misma que puso al país de aquellos años entre los diez primeros del mundo.

En sólo cuarenta años, los que median entre 1880 y 1920, la Argentina - que acababa de salir de la anarquía - se convirtió en un país moderno. Bajo el influjo de la generación del 80, que supo aprovechar las circunstancias económicas del mundo y los desarrollos científicos y tecnológicos, se abrió un mercado mundial para nuestros productos primarios. Una mayor capacidad de los barcos impulsados por motores para el transporte de granos, y las cámaras frigoríficas que transportaban la carne conservada durante las largas travesías marítimas, significaron un vuelco espectacular en la prosperidad de nuestros hombres de campo.

Entre 1870 y 1930 arribaron alrededor de cuatro millones de personas, sobre todo españoles e italianos, a un país que en total tenía tres millones de habitantes.

En 1904 se celebró la inauguración oficial de la cancha de Golf en Mar del Plata. Según ha quedado consignado en relatos de Juan Dentone, un día José Balcarce y Manuel Aguirre Anchorena, que eran cuñados y poseían campos en las zonas de General Madariaga y Coronel Vidal, fueron al Mar del Plata Golf Club a tomar el té. Vieron la cancha y los greens impecables y les gustó. Volvieron a la semana siguiente con Emilio Mitre y Ernesto Tornquist.

Los cuatro caballeros, acompañados por José Drysdale, recorrieron la cancha y se mostraron muy entusiasmados, al punto que se los considera los primeros propagandistas del golf en nuestro país.

Pensaron que, tras el largo verano marplatense, se hacía necesario construir



otra cancha en la ciudad de Buenos Aires que permitiera promover entre los porteños este novedoso deporte. Así fue que, al volver a Buenos Aires, se pusieron en marcha para fundar en Palermo el Golf Club Argentino, al que se considera el primer club genuinamente argentino en un medio totalmente dominado por la influencia británica.

El diseño de la cancha fue realizado por Thomas T. Watson, y el profesional Jack Park se encargó de su construcción. Las tierras eran bajas y se inundaban con facilidad. Para superar esta dificultad, Watson creó un lago bastante grande en el centro de la cancha y con la tierra extraída se relleno el campo.

Mitre y Tornquist jugaron un papel decisivo, el primero para que el Club pudiera obtener en concesión las tierras donde pretendía instalarse, y el segundo como financista de las obras.

Ambos, figuras relevantes de la economía y de la política argentina de comienzos del siglo pasado, fueron, sin duda, los grandes impulsores -y primeros presidentes- del Golf Club Argentino, fundado oficialmente el 13 de junio de 1905.

Fueron ellos los que lograron entusiasmar a otros porteños atraídos por la destreza y la caballerosidad que caracterizan a este deporte. Así fue como Manuel Láinez, Tomás Teodoro Watson, Joaquín M. Cazón, Teodoro de Bary, Carlos P. Lumb (h), Guillermo C. Aldao, César Gutiérrez Segura, Carlos M. de Alvear, José N. Drysdale, Guillermo Higgins, Pablo Hasperg, Sixto J. Quesada, Mariano J. Paunero, Samuel Hale Pearson, Ambrosio Quesada, H. H. Loveday, y otras dos firmas ilegibles, firmaron el acta fundacional, el 13 de junio de 1905.

La primera comisión directiva estuvo integrada por Ernesto Tornquist como presidente, Emilio Mitre como vicepresidente, y Tomas T. Watson como capitán; la institución tenía como objetivo “fomentar el juego del golf”.

El 8 de enero de 1906 se firmó el contrato de concesión con la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires por el cual se otorgaba al Club, por un plazo de 10 años, el terreno de 35 hectáreas contiguo al Hipódromo Argentino, comprendido entre la calle Pampa y las avenidas Alsina y del Palmar. Por contrato el Argentino quedaba obligado a construir, además de la cancha,



un edificio social y otras instalaciones, por un monto no menor a los 80 mil pesos. También a conservar la vegetación del terreno, como cebos, talas, sauces, espinillos, naranjos e higueras.

El sábado 29 de diciembre de 1906, con la presencia de amigos y directivos del Jockey Club, del Buenos Aires Golf Club (hoy San Andrés), del Hurlingham y del Lomas Athletic, se inauguró la cancha de Palermo. Los socios aplaudieron con entusiasmo el discurso de Ernesto Tornquist, quien aseguró que el Club se fundaba “bajo los mejores auspicios”, y que “se podría disfrutar de todas las comodidades y hacer ejercicios higiénicos”. Luego tomó una madera – que todavía se conserva y se exhibe en el bar de del Viso - y con un swing bastante ortodoxo dejó formalmente inaugurados los links del Argentino.

Así nació un nuevo ámbito social y deportivo en Buenos Aires, cercano a la quinta que Tornquist tenía en la avenida Luis María Campos y Olleros.

Lentamente, las instalaciones y comodidades de Palermo fueron mejorando gracias a los primeros ingresos en concepto de cuotas sociales, pero la situación financiera del Club se vio realmente fortalecida cuando en junio de 1907 Ernesto Tornquist hizo una donación de 100.000 pesos.

Ernesto Tornquist y las Islas Georgias del Sur

El impulso de este innovador empresario lo llevó a organizar una empresa pesquera denominada Compañía Argentina de Pesca, CAP, en unas islas aisladas del Atlántico Sur.

Gracias a esta emprendimiento estuvo ondeando la bandera argentina en esas islas por muchos años. Se puede decir que hubo ocupación argentina por la presencia de esta bandera desde 1904 hasta 1950, fecha en que los establecimientos de la empresa CAP y sus instalaciones fueron desmantelados por el Reino Unido.¹⁷ La historia completa de esta compañía está publicada en un libro en inglés: *The history of Compañía Argentina de Pesca Sociedad Anónima of Buenos Aires*, por Ian B. Hart.¹⁸



Relato de un viaje

Un matrimonio amigo, Andrés Magaz y Andrea Roccatagliata de Magaz, nos hizo llegar una reseña de su viaje por esos mares helados y nos cuentan su sorpresa cuando encontraron en esas islas referencias a una antigua empresa argentina.

En febrero de 2006 viajamos en un crucero de aventura en el barco noruego Nordnorge y fuimos hasta las islas Georgias. Luego de viajar entre témpanos durante más de dos días de navegación desde la Península Antártica, nos acercamos a las islas y quedamos admirados al encontrarlas tan verdes, están cubiertas por musgo y por pastizales en los que pastaban renos.

Nos asombramos al encontrar en la Bahía Strommess grandes construcciones y depósitos cilíndricos muy altos, como silos que se utilizaban para almacenar el aceite de las ballenas. Además se conservan unos generadores gigantescos al aire libre, y unas increíbles antiguas turbinas de electricidad hidráulicas en la Bahía Grytviken. Pero lo que más nos impactó fue encontrar que lo que veíamos eran rastros de una antigua empresa argentina; CAP, Compañía Argentina de Pesca.

Nos contaron la historia de esa empresa: el noruego Capitán Larsen naufragó allí y la corbeta argentina Uruguay los rescató y trasladó a los naufragos a Buenos Aires. Allí conoció a Ernesto Tornquist, y logró convencerlo para que financie una empresa pesquera.

En la placa del museo situado en Grytviken dice:

*CAP, Compañía Argentina Pesca*¹⁹.

El acta fundacional; 29 de febrero de 1904.

Presidente; Ernesto Tornquist.

Manager: Capitán A Larsen

Fue muy emocionante encontrar esta mención a un empresario argentino en un lugar tan remoto.



El buque *Ernesto Tornquist*²⁰ fue incorporado en 1927 por la Cía. Argentina de Pesca como buque factoría para la industrialización de la ballena. Construido en 1897 y transformado en factoría en 1924, tenía un porte bruto de 9.647 tons., capacidad de carga seca 900 m3 y de 6.300 tons. en tanques.

En 1945 fue transformado en buque tanque y se le hicieron comodidades para 178 personas. Hizo viajes durante la Segunda Guerra Mundial a Nueva York, Nueva Orleans y Curaçao. En un viaje desde Sandefjord, Noruega, a Grytviken en las islas Georgias del Sur encalló cerca de las islas el 15 de octubre de 1950, con 51 tripulantes y 208 pasajeros. Se salvaron todos, pero el buque fue a pérdida total²¹.

Otros testimonios

Ha sido notable lo que hizo Ernesto Tornquist en el aspecto religioso, pues aunque no fue un devoto católico valoraba la importancia de la religión e hizo construir varias iglesias. Su preocupación por el tema espiritual se reflejó en:

Iglesia Santa Rosa de Lima en Tornquist.

Iglesia de Cuatrerros, actualmente General Cerri, localidad cercana a Bahía Blanca.

En la colonia Ramona de Santa Fe, donó el terreno para construir una iglesia colaborando en su construcción. Posteriormente fue demolida para dejar lugar a una más moderno.



Bibliografía

. Biblioteca Ernesto Tornquist, en el Banco Central de la República Argentina: Reconquista 266.

. Escuela Normal Nacional Superior Ernesto Tornquist, en el partido de Tornquist, Pcia. de Buenos Aires.

. Colonias: cumplió con la consigna aceptada y compartida por muchos en ese contexto histórico: *Gobernar es Poblar*. Prueba de ello son las Colonias Ramona, Bicha y Químili²².

. En Rosario, cercano a la zona denominada Embarcadero y a la antigua estación de ferrocarril “Córdoba-Rosario”, está aún un gran edificio construido para la Refinería Argentina de Azúcar, que perteneció a la empresa Ernesto Tornquist y Cía. Ltda. Años más tarde, este conjunto de edificios se utilizó para otros fines, el último fue la Maltería Safac. En julio del año 2000, el Concejo Municipal declaró a esta construcción como patrimonio arquitectónico, urbano e histórico de la ciudad.

. Aún se pueden encontrar en el sudeste de la provincia de La Pampa, en Salinas Grandes, edificios y algunas ruinas de la fábrica de sal. Este era un elemento imprescindible para los saladeros de carne que eran los pilares de la economía argentina del siglo XIX. Los saladeros de carne pertenecían a la Cía. de Productos Kemmerich que luego formó parte de Ernesto Tornquist y Cía. Ltda. Esta empresa explotaba también el saladero Santa Elena ubicado sobre el río Paraná en la costa norte de la provincia de Entre Ríos, en la actualidad departamento La Paz.



Ernesto Tornquist y el turismo

Fue un visionario y un pionero en estas actividades en una época en que no se consideraba al turismo como una actividad rentable. Comprendió la importancia de los hoteles y por eso participó en la construcción del Hotel Bristol²³ de Mar del Plata y contribuyó a impulsar el Tigre Hotel. Además dio apoyo económico al Club Hotel Sierras de la Ventana y al Hotel Edén, en la Falda, Córdoba.²⁴ En el año 1880 construyó el Hotel Termas en Salta a 6 km. al este de la ciudad de Rosario de la Frontera, en un lugar considerado el primer balneario de aguas termales de Sudamérica. Lo manejó durante muchos años. Al final de su vida decidió emprender la construcción del Plaza Hotel de Buenos Aires.

El Plaza Hotel

Ernesto Tornquist recibía a muchos extranjeros y consideraba que no había un lugar adecuado para recibirlos, esto lo impulsó a cubrir esa necesidad. Le encargó su diseño a Alfred Zucker²⁵, arquitecto muy destacado en ese tiempo. Pero no lo pudo conocer terminado, murió un año antes que esa gran obra concluyera.

Un 15 de julio de 1909 se inauguró en Buenos Aires el Plaza Hotel, el primero de los grandes hoteles de lujo argentinos.

Fue el edificio más alto de la ciudad²⁶ y se lo consideró el más alto de América Latina hasta 1923, año en que se construyó en la avenida de Mayo el Palacio Barolo.²⁷ En las fotografías antiguas se destaca su silueta imponente, que muchos años más tarde quedó opacado debido a la construcción de edificios de propiedad horizontal.

Famosos escritores, artistas, presidentes y reyes lo eligieron como



residencia durante sus viajes. Difícilmente podían encontrar, aún en otros sitios del mundo, una atención tan especial y una cocina notable por su excelencia.

El Grill del Plaza es uno de los pocos ambientes del hotel que se conserva casi sin cambios, desde su inauguración en 1909. El reconocido artista Jorge Soto Acebal, fue el autor de los frescos que se conservan en las paredes de La Brasserie.

En sus comienzos tenía casi 500 personas para atender 160 habitaciones y 16 suites. Fue el primer hotel en ofrecer un original sistema de aire acondicionado: se colocaban barras de hielo alrededor del salón comedor y se hacían funcionar ventiladores sobre ellos. En el comedor se usaba los “punkas”, habituales en la India y consistían en unas pantallas oscilantes que se activaban mecánicamente para movilizar el aire.

El Plaza fue remodelado muchas veces para adecuarlo a los tiempos, pero siguió conservando su incomparable aire de distinción.²⁸

En cuanto a la calefacción y a la refrigeración Augusto Coelho, que trabajó allí entre 1968 y 1971, hizo la siguiente reseña:

“En la primera época del Plaza, se utilizaba un sistema inspirado posiblemente en los primeros vapores con bodegas enfriadas con compresores de amoníaco, esto había posibilitado la era del “chilled-beef”, el oro de la ganadería argentina. El hotel instaló un piletón de salmuera en la Sala de Máquinas, el líquido se bombeaba a serpentinas dentro de cámaras frigoríficas para la conservación de alimentos y para enfriar aire que se enviaba al Salón de Fiestas por conductos de mampostería de ladrillos que remataban en vistosas rejillas caladas decorativamente en bronce dentro del Salón. En el piletón además se colocaban en filas, que llenaban el espacio disponible los moldes para las barras de hielo.



El que era que ese entonces el chef de la Pastelería, modelaba esculturas de hielo usadas para decorar las mesas de los banquetes. Para la calefacción y el agua caliente, las calderas eran alimentadas a carbón. Proveían a los baños de las habitaciones y tenía un sistema de calefacción con bombas de circulación de agua caliente para los radiadores.”

Palabras del Arq. José María Peña

Hemos extraído algunos párrafos del libro del arquitecto José María Peña “Plaza Hotel, sus primeros cien años”, editado por el Marriott Plaza Hotel en el año 2006.

“La ciudad de Buenos Aires se preparaba para el Centenario que se cumpliría en el año 1910, con el entusiasmo que era de imaginar en una ciudad que se había abierto a la modernidad, como se decía en aquellos años.

A comienzos del siglo XIX la ciudad de Buenos Aires no era precisamente una meta turística, ni en aquellos años era costumbre hablar de turismo. No obstante esto existían algunas fondas como la de “Los tres Reyes” y hoteles como el “Hotel de Keen” y el “Hotel de Faunch”, ocupados generalmente por comerciantes ingleses que llegaban a la ciudad por razones comerciales.

El espíritu empresario de Don Ernesto Tornquist unido a una sensibilidad cultural de hombre de mundo lo llevó a encarar la explotación de un gran Hotel partiendo de un planteo hasta ese momento inexistente: ubicar al nuevo Hotel en una zona alejada del sector en donde se encontraban los principales emprendimientos hoteleros de la ciudad. El lugar elegido fue la esquina de Florida, la calle de moda, pero en su confluencia con la Plaza San Martín, lejos del muelle de pasajeros cuya cercanía era en ese entonces considerada beneficiosa, como comodidad para los viajeros. El edificio fue encargado al estudio de arquitectos Alfredo Zucker y Cía. quien lo proyectó con una estructura de hierro, material que también fue elegido para los prefabricados “bow windows” así se denominan a los aventanamientos que con tres ventanas avanzaban hacia el frente, permitiendo mayor entrada de luz.



Este edificio fue considerado en el año 1908 por la revista “La Ilustración Sudamericana” como el primer “Sky Scraper” (rascacielos) en “Sud-América”.

Es preciso tener en cuenta que Alfredo Zucker había levantado rascacielos en Chicago. El arquitecto supo combinar la distribución interna de los ambientes con la visión exterior del edificio. Un fuerte basamento que abarcaba la planta baja y los dos pisos superiores, donde se apoyaban los dos cuerpos principales, que en altura adoptaban la forma de una U que se abría sobre la calle Florida. El estilo del edificio respondía al gusto del momento, en este caso un libre planteo de arquitectura académico francesa, con techo mansarda de tejas de pizarra. La entrada principal se encontraba en la gran ochava de las calles Charcas, hoy Marcelo T. de Alvear y Florida, frente a la casa particular de Don Ernesto Tornquist.

Como no podía ser de otra manera, con el paso de los años se realizaron cambios que alteraron el planteo inicial. Al comenzar la década de 1940, un prestigioso estudio de arquitectura, el de los arquitectos Rocha y Martínez Castro, fue el responsable de los nuevos cuerpos que se levantaron sobre las calles, hoy Marcelo T. de Alvear y San Martín. Con estas construcciones se aumentaba notablemente la capacidad del Hotel.

Dos fueron las últimas intervenciones efectuadas: la primera, entre los años 1976 y 1978, tendió a aumentar el número de las habitaciones...

La segunda, por su parte, concretada en el año 1987, se ocupó de llevar adelante, una nueva remodelación, especialmente en el tercer piso, para generar un sector de suites de máxima categoría: a ellas se sumaron la pileta de natación, el sauna y el gimnasio, estos últimos en el primer piso. La terraza, por su parte, se convirtió en uno de los lugares de especial atracción. Los responsables de estos últimos trabajos fueron los arquitectos Clorindo Testa, Héctor Lacarra y Juan Jaime Genoud.

Trayectoria centenaria del Hotel

Se celebraron bodas de diamante, los ochenta años en 1989 y una década después, el aniversario de los noventa. Para el centenario



hubo un festejo memorable. La prensa lo reflejó ampliamente y a pesar de que la información que brindan es un poco reiterativa, decidimos adjuntar las notas periodísticas más ilustrativas.

75 años: bodas de diamante

“El Plaza Hotel, todo un símbolo del estilo de vida argentino, es una fiesta que no cesa”

La Nación. 14 de julio de 1984

Para Ernesto Tornquist, la realización de un hotel porteño de la más alta categoría conformó el sueño de toda su vida. Lamentablemente no lo llegó a ver, puesto que su hotel se inauguró en 1909, un año después de su muerte. Pero el Plaza Hotel, como se lo llamaba habitualmente, tiene todo lo que ambicionaba Tornquist y aún más: un gusto refinado y la personalidad que lo identifica como uno de los hoteles top del mundo entero.

Parte de la atracción que ejerce el Plaza proviene del mágico solar donde se edificó. Es que la zona de Florida y Santa Fe es para muchos argentinos el sitio más hermoso de Buenos Aires; un punto neurálgico, donde convergen el bucólico verdor de la plaza San Martín, la elegancia del último tramo de Florida, el nacimiento de la avenida Santa Fe, y al fondo, el río inmóvil recortado sobre el cielo.

Ninguno de los notables de entonces y ahora permaneció ajeno a la tentación de recalar allí. El poeta Rabindranath Tagore, por ejemplo, sólo dejó el hotel cuando Victoria Ocampo lo invitó a pasar una temporada en su casa de San Isidro.

Para los muchos gourmet que habitan por estos lares, hablar del Plaza es mencionar a Pedro Muñoz, el Chef que desde 1944 regentea el área culinaria. Nadie que ha disgustado el placer de probar su centolla a la Sarah Bernhardt, o su ciervo ‘Au Grand Veneur’, puede olvidarlo”.

Salieron varias notas alusivas en el diario Clarín; el 26 de junio, en la revista Para Ti, el 2 de julio, en La Razón, el 25 de julio, y en La Nación, el 26 de junio.



80 años: un nuevo aniversario

La fiesta de los 80 años del Plaza fue el 23 de agosto de 1989. Muchos familiares vinieron desde lejos para compartir tan importante festejo.

“El plenario Tornquist en su noche inolvidable. 1989”

La Nación, 25 de agosto

En una fiesta original y divertida más de 350 descendientes directos de don Ernesto Tornquist, fundador del Plaza Hotel, y de su esposa Rosa Altgelt, acompañados por sus respectivas familias, se dieron cita en los salones del hotel con motivo de conmemorar los 80 años de su inauguración.

Entre esos, muchos no se conocían para los cuales se confeccionaron credenciales identificatorias de distintos colores que diferenciaban las seis ramas directas.

La celebración comenzó con una misa oficiada en la cripta del Santísimo Sacramento; a la ceremonia religiosa le siguió un cóctel y una comida buffet.

En una enorme tribuna sobre la escalinata del gran comedor se tomaron las fotos conmemorativas de los descendientes de todas las edades y sus familias.

Pancho Ibáñez, con sus ocurrentes comentarios, condujo la ubicación del clan Tornquist en las gradas acompañado por la música del burumbumbum de Clemente.

“Historias secretas en 80 años y 360 suites”

Revista La Nación: 18 de septiembre de 1989

“Una gran ciudad necesita un gran hotel”, pensó Ernesto Tornquist, pionero de la industria y las finanzas argentinas (creó el banco homónimo, los Saladeros de Santa Elena, los Talleres Metalúrgicos San Martín; las cervecera Palermo; la Compañía de Pesca; fue director y vicepresidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires y diputado nacional) y a principios de siglo empezó a dar forma a su proyecto: la construcción fue encargada al arquitecto alemán Alfred Zucker; las estatuas a Eberlein y a Benesch; los muebles a Warin Gillem, de Londres, y la decoración a Carmignani.

La idea original presenta un edificio que ocuparía una manzana frente a



la plaza San Martín. La construcción se empezó desde la entonces Charcas hasta donde ahora está el Kavanagh y la estructura de hierro se armó rápidamente con vigas fundidas en la empresa metalúrgica de Tornquist. Hasta que Rosa Altgelt, su mujer, puso el grito en el cielo al ver desde la ventana de su casa, en Florida, y Charcas, cómo esa mole iba robándole el sol de la tarde a la sala de la ochava donde ella solía bordar. Resultado: Tornquist hizo modificar los planos y el ala de la esquina, donde ahora está Ricciardi, quedó mocha. El Plaza Hotel fue inaugurado el 15 de julio de 1909 con la asistencia del presidente de la República, José Figueroa Alcorta.

En la revista Para Ti del 16 de octubre de 1989 se publicó la nota: “Mil historias para una leyenda” y su subtítulo fue: “El Plaza Hotel cumple 80 años y lo festejamos recordando su anecdotario.”

De esta extensa nota escrita por R. Araceli hemos extraído lo siguiente:

Hay pedacitos de suelo planetario por los que parece pasar algún misterioso eje del mundo. También hay camas que nacen predestinadas. Hablando de sitios y de camas el Plaza Hotel celebra en 1989 sus 80 años de existencia. Monarcas, presidentes, artistas, magnates señalados para la historia del siglo XX pasaron por ese ámbito.

Todas las carillas de esta nota alcanzarían para tan solo nombrar la lista de famosos que albergó el Plaza. Si es cierto que las personas dejan en donde viven una invisible lámina energética, y ésta es acumulativa, el Plaza Hotel podría ser considerado como una singular usina planetaria.

¿Por qué nació el Plaza Hotel? Era notorio que la Argentina de principios de siglo iba camino a convertirse en uno de los 10 países más ricos del mundo. Hacía falta un hotel “para recibir en el mejor nivel de Europa”. Ernesto Tornquist del dicho al hecho no demoraba nada. Cuando don Ernesto le mostró los planos a su esposa Rosa, ésta le dijo: “Ernesto, me vas a sacar el sol”. De inmediato la esquina fue mochada, de manera que el hotel no interrumpiera el sol sobre la casa de los Tornquist, que estaba enfrente.

Y el hotel empezó a crecer bajo el signo del cosmopolitismo, Zucker era



alemán, pero con varios años en Estados Unidos. Dibujó un palacio francés. Por dentro se pobló de estatuas del escultor alemán Eberlean (predilecto del emperador). Los muebles fueron encargados a Londres, a Warin & Gillon. El decorado del famoso comedor al italiano Carmignani. Los grupos de ninfas y la Venus a Beuesch. Los azulejos del Grill vinieron de Dinamarca, de Delft. Los cielos rasos los pintó el famoso español Vilas Prados. La consigna era “Lo mejor de lo mejor fuera de donde fuera”. Las 80 habitaciones iniciales tenían hasta teléfono que permitía hablar, atención; hasta a Rosario...

¡Cómo no iba a tener ascensores el Plaza si el primer ascensor que tuvo el país fue puesto en la casa familiar de los Tornquist!

A lo largo de 80 años el hotel tuvo que transformarse, con los tiempos y afrontar verdaderos desafíos: desde los fastos de la década del 30 a la computación, las transmisiones vía satélite, los teléfonos presidenciales de nuestra época. Veamos un desafío entre tantos: año 1961. Llegó el presidente de Italia, Giovanni Gronchi.

Durante un mes 65 personas trabajaron arduamente para remodelar un conjunto de habitaciones. Por más de dos décadas estas tareas fueron dirigidas por Dolores Jiménez Grenier, jefa de mantenimiento. Al mando de verdaderas brigadas de artesanos, esta mujer afrontó por años las exigencias y a veces los caprichos de los huéspedes más diversos. Rockefeller pedía ropa de cama muy, pero muy colorida. A Reza Palhevi, sha de Persia, y su esposa Farah Diba le transformaron las suites: fueron todas verde nilo adornadas con paneles italianos a la ténpera. El objetivo era que los huéspedes “extrañaran lo menos posible” su Palacio de las Rosas.

Paredes de madera oscura, barra revestida en cuero. Detrás, desde hace 38 años, el famoso barman español Manuel Cerqueiro. Sus tragos más famosos son el María Cristina y el Manuelita.

No todo es burbuja y lujo. Indira Gandhi se ocupó de la presentación de las mesas para la comida que su país le ofrecía al nuestro. Decidió que sólo hubiera un discreto ramo de flores en la mesa del presidente. Esto por todo adorno, dijo: “Vengo de un país pobre”.

Año 1922. Alberto de Bary, yerno de Tornquist está sobre la azotea del



Plaza. ¿Qué hace? Está instalando la antena de L.O.X Radio Cultura, la segunda radio privada de la Argentina y además la primera radio que en el mundo transmitirá publicidad comercial. Los avisos fueron de las Medias Marion y de Perfumes Coty. El barítono Aldo Rossi a ratos cantó y a ratos difundió avisos.

Cuando vino Louis Armstrong ocupó una habitación que daba a la plaza San Martín. Un grupo de fans empezó a tocar en la vereda. Louis los escuchó desde la cama. Al rato abrió la ventana, lanzó un gruñido de guerra, puso la trompeta en sus labios, infló los pulmones y empezó a tocar con los desconocidos. Así estuvo una hora y media, hasta las cuatro de la madrugada.

La presencia de Charles de Gaulle trajo otros inconvenientes. No había cama a su medida. Hubo que hacerle una especial, de dos metros treinta. La cama quedó archivada, hasta que años después vino otro pasajero: Rock Hudson.

A Raphael, las adolescentes se lo querían comer vivo allá por 1970. Un día (esto lo vimos) una fanática entró en su habitación, acucillada debajo de la mesita que traía su té. Cuando la descubrió le dijo: “¿Qué quieres, mujer?” “A vos te quiero, ¡divino!”. Para serenarla, él le regaló un pesado rosario de oro que antes le habían obsequiado otras admiradoras. “Toma esto para ti. ¿Está bien?”. Ella contestó: “No, divino, lo que quiero es darte un beso en la boca”.

Uno camina por el Plaza Hotel y sabe que pisa donde pisaron reyes, poetas, mandatarios, el hombre lunar. Monarcas, astronautas, artistas, magnates que son parte de la historia viva del siglo XX se hospedaron en el Plaza Hotel. Hubo reyes que asombraron por su exotismo y otros que asombraron por su sencillez. Cada personaje significó una exigencia. Más allá del “hermetismo blindado” del hotel, intimidad de historias quedaron para la leyenda.

Una historia a destacar; la de José Vallet empezó a trabajar en el Plaza muy joven. Limpió baños, fue ascensorista. Acostumbraba averiguar los nombres de los pasajeros. Esto impresionó a un empresario norteamericano. Lo becó en su país y luego lo empleó en su compañía. Con los años llegó a ser propietario de esa empresa. Estando en la guerra, en Shangai, fue herido gravemente. Le salvó la vida un sacerdote que resultó ser el Padre Adolfo Tornquist que en ese entonces



era misionero en ese lugar. Su trayectoria fue de ascensorista a magnate.

90 años, hacia el Centenario del Hotel

Para celebrar los 90 años se volvieron a juntar los descendientes.

“Cumplió 90 años el Plaza, pionero de la hotelería porteña”

La Nación el 16 de julio de 1999

Los descendientes de Tornquist, fundador del tradicional hospedaje, brindaron rodeados de fotografías y diarios de época.

El financista quería ofrecer a los extranjeros que llegaran a la Argentina un albergue tan lujoso como los europeos. Pero al morir Tornquist, no sólo dejaba colocados los cimientos del hotel que durante su larga historia cobijaría a reyes y príncipes, presidentes, artistas plásticos, músicos y cineastas. Además, había sembrado las semillas de la excelencia edilicia.

Para conmemorar sus nueve décadas, los descendientes de Tornquist celebraron ayer una misa en la Iglesia del Santísimo Sacramento y luego se reunieron para brindar en el ahora llamado Marriott Plaza Hotel.

En su etapa inicial, el edificio contaba con calefacción central, luz eléctrica y un teléfono que permitía comunicarse “hasta con Rosario”. Ahora, dispone de discado directo internacional, Business center, piscina y gimnasio para los huéspedes de sus 267 habitaciones y 38 suites.

Centenario del Hotel

En noviembre de 2009 se celebró el centenario del hotel con una magnífica fiesta presidida por Carlos França, Gerente General del Marriott Plaza Hotel y Jorge Enrique Shaw, Presidente del directorio de la Compañía General de Comercio e Industria, sociedad propietaria del establecimiento.

Desde 1994 este hotel ha sido operado por la cadena Marriott brindando un servicio de calidad garantizado internacionalmente.

Este evento tuvo una gran repercusión en los medios, se contó con la presencia de Mirtha Legrand y otros reconocidos personajes y la conducción estuvo a cargo de Pancho Ibáñez.



Distrito de Tornquist, provincia de Buenos Aires

En 1880 Ernesto Tornquist compra²⁹ en el sudeste de la provincia de Buenos Aires los campos de Fuerte Argentino. Allí funda un pueblo donando los terrenos de la Municipalidad, el Mercado Municipal, Aguas Corrientes, el Matadero Municipal y la Iglesia Santa Rosa de Lima, dejando cuatro manzanas para la plaza central que aún están parquizadas siguiendo un antiguo diseño del A° Thays.

En el año 1932 el renombrado arquitecto Francisco Salomone construyó frente a esta gran plaza un llamativo edificio para la Municipalidad y le agregó una imponente torre con reloj que tiene como telón de fondo a la Sierra de la Ventana. Esto llama la atención de los visitantes que encuentran algo diferente a otros lugares de la provincia de Buenos Aires.

En el diario de Bahía Blanca, la Nueva Provincia, se publicó una nota que le hicieron al señor Sharf el 16 de octubre de 1978.³⁰

“Don Ernesto Carlos Tornquist no habría recibido donativo alguno del gobierno, sino que en 1880 se vinculó a la zona, al adquirir el 17 de abril de ese año 8 mil hectáreas de campo a don Benjamín Páez, en el sector del arroyo Sauce Chico. Luego, fue adquiriendo paulatinamente nuevas extensiones hasta llegar a 32.000 hectáreas.”

Esto contradice algunas versiones equivocadas sobre cómo Ernesto Tornquist adquirió esas propiedades; no le fueron otorgadas por el gobierno sino que las fue comprando.

Tornquist decidió fraccionar sus tierras, las puso en venta en pequeños lotes con grandes facilidades de pago. Posteriormente la colonia pasó a ser administrada por la sociedad S.A. Estancia



y Colonia Tornquist. El pueblo de Tornquist atrajo a muchos inmigrantes de origen alemán.

Ernesto Tornquist, celebrando el tercer aniversario de la compra de esas tierras, dispuso en abril de 1883 la apertura de una primera casa de comercio para ramos generales.³¹ Seis años más tarde se instaló una oficina de la Dirección General del Registro Civil, respaldada por la Municipalidad de Bahía Blanca.

Hay organizaciones comunitarias en las que destacan la sede de la Sociedad Germánica, la Biblioteca Germánica y el Hogar Funke (residencia veraniega para ancianos y jóvenes alemanes). Rodolfo Funke vino a la Argentina para trabajar con Ernesto Tornquist, y al morir soltero en 1938, dejó sus bienes para este emprendimiento.

“Un castillo gótico alemán en medio del paisaje serrano”

La Nación. 23.7.05, por Yuyú Guzmán ³⁴

Ernesto Tornquist es un exponente del 'renacimiento argentino', período histórico brillante que se ubica entre las dos presidencias de Julio Argentino Roca, entre 1880 y 1904.

Representativo de la pujante “Generación del 80”, en la que brilló por sus talentos natos para manejar grandes empresas mercantiles, Tornquist había nacido en la Argentina en 1842, fruto de una familia de origen sueco radicada en Buenos Aires.

Estudió en Alemania y de allí volvió a la Argentina, con la cultura de aquel país incorporada a su formación y gusto estético.

Dedicado principalmente a las operaciones bancarias, sus capitales respaldaron importantes iniciativas empresariales, como la construcción de puertos e instalaciones ferroviarias, emprendimientos industriales, explotación de recursos naturales y la edificación del Hotel Plaza, en Buenos Aires, su creación más emblemática.

Thays empezó el trabajo en 1905 y a partir de entonces, durante seis años



seguidos fue a la estancia La Ventana, donde puso alrededor de 2000 plantas anuales, contando con que se perdería la mitad. Thays hizo un diseño muy extenso, con estatuas, copones y un quiosco alejado de la casa para reunirse a tomar el té.

Este establecimiento ganadero, el primero de la comarca, se fraccionó muchas veces para dar lugar a otras estancias y al asentamiento de colonos suizos y alemanes que trajo Tornquist. En la actualidad, el casco de la estancia La Ventana, todavía pertenece a la descendencia de su fundador.”

Parque Provincial Ernesto Tornquist³²

Está enclavado en el Sur de la provincia de Buenos Aires, en la zona central de la Sierra de la Ventana. Dentro de este parque se ubica el Cerro Tres Picos, de 1.239 metros y el famoso Cerro de la Ventana, que fue declarado Monumento Natural en 1959. Se caracteriza por un cordón serrano que es parte del que comienza en la zona de Cuyo. Cuenta con 6700 hectáreas, de las cuales casi la mitad fueron donadas por Martín Tornquist. Al conocer la noticia que se estaban por crear algunos parques provinciales, Martín hijo de Ernesto Tornquist ofreció dos predios de su propiedad, el primero, de más de tres mil hectáreas y con el conocido Cerro de la Ventana, lo vendió al estado provincial a mitad de precio y el otro terreno lo donó. La venta y la donación de tierras se concretaron en mayo de 1937. El área cuenta actualmente con un Campamento en la base del Cerro de la Ventana, un sendero hacia el Hueco de la Ventana y un Centro de Interpretación para los visitantes.

Historia de la fundación de la Colonia y Pueblo de Tornquist

La Lic. Nora Cinquini nos hizo llegar este texto.

Al referirnos al accionar de Don Ernesto Tornquist, en el sur de la Provincia de Buenos Aires, no podemos menos que citar el marco de referencia de la vida del país, en el cual nuestro fundador, con su impronta de visionario, de pensante



práctico y personalidad inquieta, contribuyó a cimentar innumerables obras. Por aquellos años a partir de 1875, la producción ganadera extensiva requería seguridad en la explotación de tierras, sólo posible resolviendo el tema de la frontera interior. Ello se fue logrando con el avance sucesivo de fuertes y fortines. Hacia 1880, el tendido de la red ferroviaria, el auge de los volúmenes exportables, como consecuencia de la actividad agropecuaria y la llegada de distintas corrientes inmigratorias, fueron jalonando la ocupación del territorio. Es entonces donde Don Ernesto Tornquist, entre las múltiples orientaciones de sus actividades, llega a la zona de influencia del Sistema de Ventania y la elige como uno de sus lugares preferidos.

Analizando los primeros Duplicados de Mensura en el Archivo de Geodesia, Asesoría Histórica y Cartográfica de la Dirección de Geodesia, M.O.P. de la ciudad de La Plata encontramos en el N° 69 una diligencia de mensura del campo propiedad de la “Sociedad Anónima Estancia y Colonia Tornquist”. Se ha extraído del folio 2 reverso, lo siguiente:

“El Sr. Tornquist hace constar que es propietario de otras tres fracciones de campo contiguo a los comprados como sigue: Una fracción compuesta de 8000 ms. de frente por 10000 de fondo, término medio, o sea 8000 hectáreas, que lindan al Noroeste, con el arroyo Sauce Chico, al Sudoeste con D. Hernán Algelt, por el Sudeste y Noreste con D. Carlos Algelt, cuya fracción le corresponde por compra a D. Benjamín Páez en 17 de Abril de 1880 ante el Escribano Julio Méndez.”

Estas fueron sus primeras tierras en la zona y las destinó para emplazar el Pueblo y Colonia Tornquist.

Enseguida comienza a desarrollar una actividad ganadera, como lo comprobamos en el Archivo Histórico de Bahía Blanca, así en su Balance Municipal correspondiente al año 1880, registrado con el N° de salida 2649 para el día 28 de diciembre, figura Don Ernesto Tornquist, como contribuyente por pago de impuesto, “boletó señal de ovejas”.

Don Ernesto Tornquist, conforme a lo expuesto anteriormente, llegó a la región con su impronta de trabajo a partir de 1880 y no de 1885 como lo dan



varias publicaciones. Entre los varios documentos existentes que confirman esta aseveración podemos enunciar lo ocurrido en la Misión de Monseñor Espinosa, quien visitando Carhué, Puán y Guaminí, llega a Bahía Blanca en enero de 1881. Transcribimos este texto de la página 101 de su obra “La Conquista del Desierto” publicado por la Editorial Freeland.

“Dije la Misa en el mismo Fuerte a San Antonio. Hice telegramas a los Comandantes Sosa y Díaz Gómez. Comulgaron un soldado y tres mujeres. Estuvimos en la Estancia de Tornquinson y el inglés que la cuida nos prometió caballos para mañana. Tienen 30 leguas de campo...”

El lugar citado era la Primer Casa Administración construida por Don Ernesto Tornquist, hacia el Oeste, en forma inmediata de la hoy Estación del Ferrocarril. También establece allí su gran Casa de Comercio, la primera de ese tipo en una amplia zona.

Existe una publicación editada en 1886, detectada en Berna, Suiza, por el Prof. Nicolás Matijevich, quien en vida fuera creador y director del Centro de Documentación Patagónica de la Universidad Nacional del Sur. El ballazgo lo realizó en uno de sus viajes, en 1983, siendo su título: “La Colonia Tornquist en el Distrito de Bahía Blanca”, su autor fue Mauricio Alemann. En la misma se realiza una descripción muy completa de la incipiente Colonia y Pueblo, describe aspectos fitogeográficos, valor de la tierra, tipos de cultivos ya practicados, rendimientos de los mismos, vida social y las facilidades para la adquisición de predios.

En 1889 Don Ernesto Tornquist, solicita se establezca un Juzgado Administrativo en nota fechada el día 22 de abril, dirigida al Sr. Ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, Don Francisco Seguí. En ella explica: “...la colonia se encuentra en un estado muy próspero y cuenta ya como 800 - 900 habitantes, incluyendo las del pueblito que hemos fundado al lado de la estación del ferrocarril y que ya tiene casi 70 edificios...”, la misma tuvo resolución favorable, el 3 de junio de 1892, siendo nombrado primer Juez Administrativo Don Adolfo Dozo.

Los planos de la Colonia y Pueblo, realizados por el agrimensor Pedro Pico,



fueron enviados al Sr. Ministro de Obras Públicas de la provincia de Buenos Aires, para su aprobación el 8 de enero de 1890, siendo aprobados el 7 de mayo del mismo año.

El centro urbano fue progresando y Don Ernesto Tornquist y su esposa Doña Rosa Algelt permanecían atentos a las necesidades, destinando solares para edificios públicos, ayudando en su construcción, donando además la escuela y la Iglesia Santa Rosa de Lima. Esta fue bendecida por Monseñor Nepomuceno Terrero, con la presencia del General Roca, el día 14 de abril de 1907.

Por ese entonces viajar a Bahía Blanca para realizar trámites causaba numerosos inconvenientes. Movilizados por mejorar, logró la población que el Senador López Cabanillas presentara en la Legislatura Provincial el día 8 de agosto de 1905 un proyecto de ley para crear el Partido de Las Sierras, el mismo fue aprobado. El Partido conservó el nombre hasta 1910, ya que el 4 de noviembre en homenaje a su fundador, el Poder Ejecutivo promulgó la Ley N° 3288, cambiando el nombre de Partido de Las Sierras, por el de Partido de Tornquist.

Una de sus obras preferidas como lugar de descanso, fue crear la Estancia “La Ventana”, entre los arroyos Ventana y San Juan. Construyó allí un maravilloso castillo, rodeado de un gran parque, donde existe un espléndido puente colgante y frente al castillo tenía un pequeño lago artificial, diseño todo de Carlos Thays, quien lo había contratado también para el organigrama paisajístico de la Plaza principal del pueblo.

Citemos tan solo que en ella, la Iglesia ocupa la parte central y un lago, en uno de sus laterales, donde permanecen aves en estado natural. Es importante recordar también que enfrente en 1909 y a ambos costados de la Iglesia, se colocaron, dos fuentes donadas por la familia. Tornquist provenientes de la fundición de Ubaldron, de París.

En 1911 se inauguró en este sector también, un monumento a su memoria, realizado en mármol por el escultor G. Affanni, tiene la característica de estar su figura sentada con rostro sereno y mirando eternamente su maravillosa obra; quizás perciba la gratitud final y continua de un pueblo que lo mira como su ilustre fundador.



Homenajes

A lo largo de los años se han realizado varios homenajes a su persona, mencionaremos algunos de los más recientes.

Con motivo del centenario de su fallecimiento, algunos de sus bisnietos decidieron publicar este libro para preservar su memoria.

En el diario La Nación, el 17 de septiembre de 1992, se publicó la siguiente reseña:

“Trasladaron a Tornquist los restos de su fundador”

El féretro de Tornquist y el de su señora, Rosa Altgelt, llegaron precedidos por un grupo de jinetes y una autobomba del cuerpo de bomberos locales, mientras la Banda del Batallón 181 del Comando del quinto Cuerpo del Ejército interpretaba la marcha fúnebre.

En la plaza y en el palco oficial, estaban presentes abanderados, escoltas y personal de las escuelas del distrito y de instituciones de la ciudad y del partido, autoridades civiles, militares y eclesiásticas, legisladores provinciales y familiares. Entre estos, sus nietos: el arquitecto Ricardo de Bary Tornquist, el doctor Fernando Tornquist y el sacerdote Ludovico Macnab.

El intendente municipal, Gerardo Ratero, dio la bienvenida, luego habló el intendente de Ramona, Santa Fe, pueblo también fundado por Tornquist.

Habló un representante del intendente de Quimilí y otro del intendente de Mar del Plata, Mario Russak, quien adhirió con un conceptuoso mensaje sobre el impulso que dio a las zonas Ernesto Tornquist, quien entre otros logros, fundó el hotel Bristol. Luego habló el secretario de Gobierno de la comuna, Rubén Panzitta; la presidenta de la Comisión Pro traslado de los restos, licenciada Nora Cinquini de Gutiérrez, y en representación de los familiares, el doctor Fernando Tornquist.

Los oradores destacaron las virtudes y la fecunda y las múltiples actividades que desarrolló Tornquist, tanto en su vida privada como en el campo político, social y económico particularmente quien llegó a avalar créditos de la Nación



ante el extranjero en épocas críticas y que logró acuerdos políticos con Chile en situaciones comprometidas, así como su ayuda en la gestión de gobierno del país. Después de una misa concelebrada que presidió el arzobispo de Bahía Blanca, monseñor Rómulo García, los restos de Tornquist y de su señora fueron depositados en el recinto que se hizo construir en el atrio de la iglesia Santa Rosa de Lima³⁵ y se descubrieron placas recordativas.”

Centenario de su fallecimiento

El 17 de junio, aniversario del centenario de su fallecimiento numerosos bisnietos, tataranietos y amigos de la familia, se reunieron en la Iglesia del Pilar donde se celebró una misa.

El 7 de agosto de 2008, en la librería Cúspide en el Village Recoleta, se presentó el libro *“Pioneros de la Industria Argentina”* de María Susana Azzi y Ricardo Titto publicado por la Editorial El Ateneo. Uno de los capítulos está dedicado a George Peter Ernest Tornquist y a Ernesto Tornquist. Luis Fernando Tornquist participó junto a los autores en la presentación del libro.

El 29 de octubre en el Salón Anasagasti del Jockey Club se realizó un homenaje adhiriendo a este centenario: *“Don Ernesto Tornquist, un constructor de la Argentina moderna”*. La mesa redonda fue presidida por Carlos M. Gelly y Obes, presidente de la Comisión de Cultura siendo los panelistas Enrique Pinedo, María Saenz Quesada y Lucía Gálvez. La coordinación estuvo a cargo de un bisnieto de Ernesto: Luis Fernando Tornquist. Al finalizar, el club invitó a los asistentes a un cóctel.

El lunes 17 de noviembre a las 19:00 hs. en el Salón Delia Parodi de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, con el auspicio del bloque del PRO, se repitió el mismo panel con María Sáenz Quesada, Lucía Gálvez y Enrique Pinedo.



El 26 de junio se realizó un acto en Ramona, provincia de Santa Fe: Esta reseña se publicó en el boletín “La Opinión de Rafaela”.

“En conmemoración al centenario del fallecimiento de Don Ernesto Tornquist, formador del Pueblo y Colonia de Ramona y Colonia Bicha, se realizaron los actos contando con la presencia de cuatro bisnietas y cinco tataranietos: Mercedes Acuña, María Acuña de Coelbo, Ana De Bary de Sánchez de la Puente, su esposo e hijos, Sonia De Bary de Irigoyen e hijo y Mariana Hogg de Felices.

El arribo a Ramona de los descendientes fue el sábado a la tarde. Fueron recibidos por las agrupaciones tradicionalistas “Viento Sur” y “Estampas Gauchas” que a caballo se encargaron de acompañarlos a recorrer sus calles. El domingo a la mañana se izó la bandera y luego se celebró la Santa Misa ofrecida por el eterno descanso de Don Ernesto y su familia. Luego se realizó el acto, donde se resaltaron las cualidades del formador del pueblo y su fructífero paso por esta vida. Contando con numeroso público, la deuda hacia el propiciador de esta comunidad, Don Ernesto Tornquist, quedó saldada con el monumento que se le erigió. Los reconocimientos dependen de las acciones que hemos realizado en pos de los demás y por el bien común. El descubrimiento del monumento estuvo a cargo del presidente comunal Ceferino Mondino. El busto que preside esta obra es un obsequio de la familia Acuña, nietos de Ernestina Joaquina “Ramona” Tornquist de De Bary, por ella se eligió el nombre para esta Colonia. María Acuña, en representación de su familia, dijo unas palabras.

El diseño y la conducción técnica se deben al joven arquitecto local Jorge Martino y a su padre, que junto a un grupo de colaboradores, aportaron, además de su trabajo, el compromiso y la dedicación para poder plasmar los sentimientos de la Comunidad en esta obra.”³⁶

Para concluir: palabras de una bisnieta

En mi infancia oí muchos comentarios sobre mi bisabuelo, pero han sido tres los que quedaron grabados en mi memoria: que fue el primer empresario



*argentino de productos no agropecuarios y que lamentaba que hasta los inodoros eran importados, que habría que fabricarlos en el país. Por último, que había sido garante del gobierno argentino ante entidades bancarias europeas y ante la Baring Brothers. Gracias a este trabajo en equipo, pude comprobar la gran veracidad de estas frases.*³⁷

Notas

¹ Muchos de estos datos han sido extraídos de “El ancho camino se bifurca” de C. Algelt y M. Acuña.

² Uno de ellos tiene iniciada su causa de canonización. Ver: www.acde.org.ar/ Enrique Shaw.

³ En estas dos biografías y en escritos archivados por los salesianos, encontramos varios de estos datos.

⁴ La presidencia del General Julio Argentino Roca (1880-1886) había sido sucedida por la de su cuñado, Miguel Juárez Celman. Este último renunció en 1890 debido a la Revolución del Parque, y lo reemplazó su vicepresidente Carlos Pellegrini.

⁵ Revista LNR, de La Nación, domingo 20 de junio.

⁶ En la revista Caras y Caretas del 7.1.1899, hay una nota sobre esta casa y una velada que se realizó en ella titulada “El baile en casa de Tornquist”.

⁷ Fantasmas y sonoras cadenas en La Mansión Encantada. Clarín: 4/10/2010.

⁸ Edición del City Bank. Cultura. 1999. Municipalidad del Partido Gral. Pueyrredón.

⁹ Carlos Algelt y María Acuña. “El ancho camino...” ídem, pág. 119. Luego lo ubicaron en otro lugar.

¹⁰ www.mardelplataonline.com/paseos/centro_y_perla/index.htm

¹¹ El Patrimonio Arquitectónico y Urbano de Mar del Plata. Los autores; Arqs. Novacovsky, Alejandro, y otros. Centro de Estudios Históricos, Arquitectónicos y Urbanos de la Fac. de Arquitectura, Urbanismo y Diseño. Un. Nacional de Mar del Plata, 1997. Area Editorial.



¹² Páginas 144, 147 y 148.

¹³ María Susana Azzi y Ricardo de Titto, Colección caminos de la Argentina de la Editorial El Ateneo.

¹⁴ www.rowingclubargentino.com.ar/histor.html.

¹⁵ <http://www.comarcaturistica.com.ar/etorn.htm>. Av. Tornquist 6385, esquina Olleros.

¹⁶ Carlos A. Algelt y María F. Acuña “El ancho camino se bifurca”, Bs. As. 2004, pág.123 y 423

¹⁷ www.histarmar.com.ar/BuquesMercantes/Listado-Buques-Pesca.htm. En diciembre de 1904 comenzó a funcionar Grytviken, la primera estación ballenera basada en la Antártida. En enero de 1905 el Ministerio de Agricultura de la República Argentina autorizó a la Compañía Argentina de Pesca a establecer una estación meteorológica y magnética en ese lugar.

¹⁸ ISBN 0 85628 299 5

¹⁹ Todo se aprovechaba de la ballena, especialmente como alimento. El aceite se usaba además como combustible, esto fortaleció a la CAP como una empresa importante. Creada el 29 de febrero de 1904 por el alemán H.H. Schlieper, el cónsul de Noruega Christopersen y E.Tornquist como principal share holder (accionista), llegó a ocupar centenares de empleados, a tener decenas de barcos y en las estaciones se instalaron cines. Todo está documentado en el Museo visitado por los Magaz en Puerto Grytviken.

²⁰ www.histarmar.com.ar:80/IndiceMercantesArgentinos.htm

²¹ Dato aportado por Alfonso Ruiz Guiñazú.

²² Sobre estas colonias se ha escrito en otros capítulos. Esta información ha sido extraída del El ancho camino se bifurca de Carlos A. Algelt y María Acuña. Bs. As. 2004

²³ Este Hotel, muy importante entonces, pertenecía a una compañía de E. Tornquist: “Cia. Nacional de Grandes Hoteles.” Fue demolido y en ese lugar se construyó el Casino Provincial.

²⁴ Viejoshoteles.blogspot.com/2008/02/el-hotel-gloria-del-pasado

²⁵ Arquitecto nacido en Alemania que trabajó en New York y Chicago y participó en la construcción de varios edificios importantes y prestigiosos.

²⁶ La Nación/ Sección Turismo, pag. 5. “Cinco estrellas en un siglo”. 12/7/09.

²⁷ Existían monumentos más altos y la cúpula del Congreso Argentino, pero no edificios habitables.

²⁸ Su decoración también se modificó varias veces, las más importantes fueron dirigidas por la reconocida artista Lucrecia Moyano de Muñiz y luego por Celina Pirovano. En 1978 Rafael Cash y Diego Achával renovaron la



decoración de un importante sector del hotel.

²⁹ En la biblioteca Tornquist del Banco Central hay copias de las escrituras de esta compra; los originales están en el archivo familiar organizado por Rosa María De Bary y María F. Acuña.

³⁰ Nota de prensa perteneciente al archivo privado de María F- Acuña.

³¹ www.escribahia.org/tornquist.htm

³² www.argentinaturismo.com.ar/tornquist/parque-provincial-ernesto-tornquist.html

³³ http://www.lanueva.com/edicion_impresa/nota/31/12/2002/2cv068/nota_papel.pdf

³⁴ http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=723071

³⁵ Ernesto Tornquist y su señora eligieron a esta santa como patrona de la iglesia donada por ellos, para conmemorar la memoria de Rosa Camusso de Tornquist.

³⁶ <http://www.laopinion-rafaela.com.ar/opinion/2008/06/26/d862630.php>

³⁷ José María Rosa escribió lo siguiente sobre la “deuda externa deuda eterna”: En 1824, siendo Bernardino Rivadavia Ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, autorizó el pedido de un préstamo a la Baring Brothers (Inglaterra) por un millón de libras esterlinas. El objetivo era construir un puerto y dotar de agua corriente a la ciudad de Buenos Aires. No se hicieron las obras públicas, pero se pagó casi catorce veces ese monto, hasta cancelarla en 1906. Ernesto Tornquist fue el que avaló personalmente el empréstito que se solicitó a los bancos europeos para obtener una moratoria en 1896.

Bibliografía

- . Guy, Donna (1988), “*Refinería Argentina, 1888-1930: Límites de la tecnología azucarera en una economía periférica,*” en: Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Vol. 28, N° 111. Publicado por el Instituto de Desarrollo económico y social, 1988.
- . Ernesto Tornquist y Cía. S.A., « *Ernesto Tornquist. In Memoriam*”, Buenos Aires, 1908.
- . Berduc, Enrique (1924), “*Ernesto Tornquist y Cía. Ltda. (1874-1924)*”, Buenos Aires, E. Tornquist y Cía. Ltda.
- . Ernesto Tornquist & Cía. Ltda. (1942): “*Ernesto Tornquist, 1842-1942. Estudio biográfico de su vida publicada con motivo del centenario de su natalicio*”, Buenos Aires, 1942.
- . “*El desarrollo económico de la República Argentina en los últimos cincuenta años*”.



Compilado por Carlos Alfredo Tornquist, Buenos Aires, 1920. Ernesto Tornquist y Cía. Ltda. 2ª edición: 2005.

- . Vicente O. Cutolo. “*Diccionario Biográfico Argentino*”, Buenos Aires, 1969. Editorial Elche de Buenos Aires.
- . Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo y otros. “*La Argentina del Ochenta al Centenario*”. Buenos Aires, 1980, Editorial Sudamericana. El autor del capítulo dedicado a E. T. fue Fernando Madero.
- . Enrique Pinedo. “*Cien hombres que hicieron la Argentina en cien años*”, Buenos Aires, 1994. Ediciones Corregidor.
- . Carlos Altgelt y María F. Acuña “*El ancho camino se bifurca*”. Buenos Aires 2003.
- . María Susana Azzi y Ricardo de Titto. *Pioneros de la industria argentina*, Buenos Aires, 2008, Editorial El Ateneo.
- . Néstor Saporiti. “*El largo viaje hacia Dios, páginas de vida de Adolfo Tornquist sdb*”, Buenos Aires, 2004. Editorial Epifanía.
- . José María Peña “*Plaza Hotel, sus primeros cien años*”, editado por el Marriott Plaza Hotel en el año 2006.
- . Carmen María Ramos. “*Golf Club Argentino. Cien años*”. Buenos Aires, 2005. Edición de Marina Larivière Producciones.
- . Josefina Sartori: “*Celebrando los primeros 100 años. Marriott Plaza Hotel*”. Buenos Aires, 2009.

Fuentes consultadas por la Lic. Nora Cinquini:

- Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires.- La Plata
- Archivo de Geodesia, Asesoría Histórica y Cartográfica de la Dirección de Geodesia. Ministerio de Obras Públicas - La Plata
- Archivo Histórico de Bahía Blanca.
- Archivo Histórico del Juzgado de Paz de Bahía Blanca.



Epílogo

por Carlos Manuel Payá

En 1842, cuando nació en Buenos Aires Ernesto Tornquist, la Confederación Argentina se hallaba inmersa en la guerra civil y amenazada por la intervención extranjera. Sólo, la firme y perseverante voluntad del gobernador Rosas, impidió que se fragmentara en un anárquico mosaico, lo que permanecía dentro de ella, de lo que fuera el antiguo Virreinato del Río de la Plata.

La futura nación argentina era entonces un escorzo pendiente de realización.

La organización constitucional del país, y el difícil logro de la moderación de los enfrentamientos políticos, fue una tarea que todavía, insumiría varios años.

En medio de ese proceso de cambio creció y se formó la generación de Ernesto Tornquist.

El destacado pensador francés Ernest Renan decía que la esencia de una nación era que todos los individuos tuvieran muchas cosas en común, y también que todos hubieran olvidado muchas cosas. Los jóvenes porteños y provincianos, coetáneos de Tornquist, comprendieron que para tener un proyecto compartido debían dejar de lado los terribles rencores que habían dividido a sus mayores.

La empresa que se les presentaba en el horizonte era nada más ni nada menos que la de consolidar un Estado y una Nación en el vasto, y casi vacío, territorio argentino.

Ernesto el hijo de un extranjero, y ajeno a la tradición española, fue



uno de esos notables constructores de la República.

Como empresario incursionó en los más diversos campos: las finanzas, los frigoríficos, la industria azucarera, la metalurgia, la colonización y explotación agropecuaria y la gran hotelería, entre otros.

También jugó un papel decisivo en momentos trascendentales para el destino del país: así fue una figura determinante para la superación de la crisis financiera de 1890 y un consejero, lúcido y prudente, en la búsqueda de una solución pacífica al conflicto limítrofe con Chile en 1902.

Cuando la Argentina se aproximaba a cumplir su primer centenario podía sentirse muy satisfecha de sus logros materiales, pero no por cierto, de sus prácticas electorales.

El ex presidente Carlos Pellegrini, compañero de generación y gran amigo de Tornquist, tomó la decisión de liderar la lucha para saldar esa postergada deuda institucional. Ernesto lo acompañó en su propósito, y de este modo compartieron con Emilio Mitre, Roque Sáenz Peña y Luis María Drago, la lista de diputados nacionales por la Capital Federal, que resultó triunfadora, en las elecciones del 13 marzo de 1906.

Sin embargo ninguno de los dos amigos vería la conclusión de su anhelado proyecto: Pellegrini murió ese mismo año y Tornquist en 1908. La patria agreste y rústica en que ellos habían nacido, era ahora, cuando la dejaban, una nación próspera, rica y con un porvenir pleno de promisorias expectativas.

Tornquist, como otros hombres de su tiempo, colaboró con gran tesón para la realización de esa extraordinaria empresa colectiva.



Ese núcleo dirigente tuvo la convicción de que la Argentina, sin poseer una fuerte y generosa aspiración de grandeza, no podría ser nunca ella misma.



Agradecimientos:

Martín de Achával, Ivana Canosa, Marita de Bary de Racedo, Celsa Acuña de Hogg por hacer legibles las cartas de Ernesto, Leonora Acuña de Randle, Saul Marcelo Bettinotti, DIMAGRAF S.A, Elsa Shaw de Canale, Comuna de Ramona, Rinaldo Colomé, Nora Cinquini de Gutierrez, Marta Gutierrez de Platero Jefa de Bibliotecas del Banco Central, Josefina Fornielles de Nazar Anchorena, Alfredo Ferrarasi, Martin Hogg, Andrés y Andrea Magaz, Familia Muniz Barreto, José María Peña, Carmen María Ramos, Patricia Liliana Leon, Juan Carlos Villa Larroudet y sra., Familia Zapiola, Ernesto De Bary y Juan Manuel Zeitler Varela (Biblioteca Pública de la Legislatura de Buenos Aires).



Indice

Prólogo	11
<i>por Isidoro J. Ruiz Moreno</i>	
Capítulo I	
El Punto de Partida	19
<i>por Luis Fernando Tornquist</i>	
Capítulo II	
Palabras para celebrar un centenario	73
I Parte Escenario y Circunstancias	75
<i>por Lucía Gálvez</i>	
II Parte El Gran Empresario de una Generación de Hacedores	87
<i>por María Sáenz Quesada</i>	
III Parte Ernesto Tornquist	99
<i>por Enrique Pinedo</i>	
Capítulo III	105
I Parte Ernesto Tornquist, el organizador de un poderoso Holding	107
<i>por Jorge Gilbert</i>	
II Parte El holding 'Tornquist' y su vinculación con la comunidad belgo-alemana, en Argentina	169
<i>Por Adela Harispuru y Jorge Gilbert</i>	
Capítulo IV	
Don Ernesto Tornquist y los pactos de Mayo, Comentarios sobre una nota de Alberto del Solar	199
<i>por Carlos Dellepiane Cálcena</i>	
Capítulo V	
Ernesto Tornquist a través de su correspondencia personal....	211
<i>por María Acuña de Coelbo y Juan Cruz Jaime</i>	
Capítulo VI	
Huellas	261
<i>por Juan Cruz Jaime y Sara Shaw de Critto</i>	
Epílogo	316
<i>por Carlos M. Payá</i>	



Ernesto Tornquist pudo iniciar las más heterogéneas empresas, que si bien consolidaban su patrimonio, también servían para agrandar y fortalecer al país, mejorando la condición de sus hijos mediante la creación de fuentes de trabajo: refinería de azúcar, colonias en Buenos Aires, Santa Fe y la lejana Santa Cruz, aserradero en Santiago del Estero, tendido de línea férrea a Tucumán, saladero en Entre Ríos, explotación de salinas en La Pampa, talleres metalúrgicos, y sociedades comerciales, y un sólido Banco que llevó su apellido, sin que le fuera ajena incluso la pesca de ballenas en las remotas islas Georgias del Sur para aprovecharlas industrialmente. Estos y otros negocios se detallan en el libro.

Pero sería una limitación injusta considerar a Tornquist sólo como calculador en su propio beneficio, ya que la filantropía fue una de sus más destacadas características, traducida por ejemplo en la venta a precios irrisorios -casi simbólicos- de tierras a colonos que así radicaba, donando los espacios públicos que crecían a merced de su tesón.

Lo someramente expuesto tenía como derivación forzosa y prevista, el adelanto nacional.

Puesto que se ha podido comprobar que los emprendimientos de Ernesto Tornquist se realizaban en comarcas despobladas, sin constreñirse a las cercanías de ciudades donde le hubiese resultado más favorable su explotación, sino en parajes lejanos, extendiendo la presencia argentina y su modernización allí donde el desierto dejaba de serlo debido a su empeño



ISBN 978-987-25824-1-8



9 789872 582418

